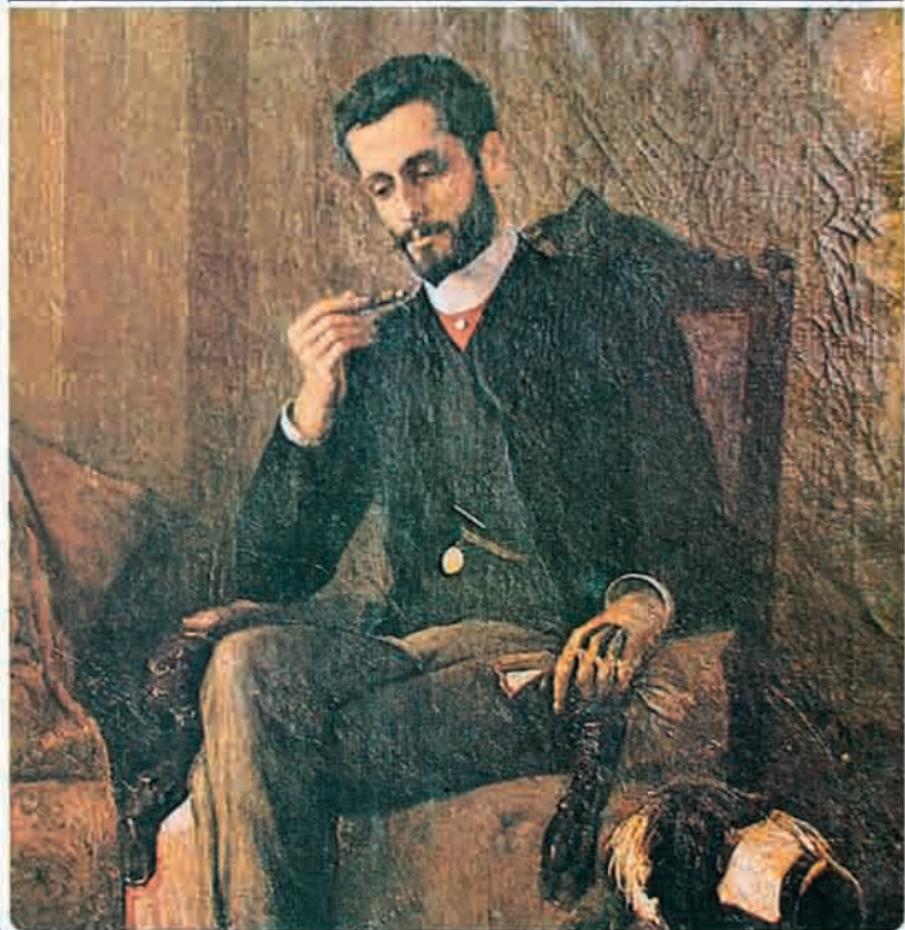


JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS

QUINCAS BORBA



¿QUIEN ME DICE QUE ESTE PERSONAJE NO SEA EL BRASIL?

1

¿UN AUTOR NACIONAL?

LA PREGUNTA del título pertenece a un contemporáneo de Machado de Assis, y se refiere a Pedro Rubión de Alvarenga, figura central de *Quincas Borba*.¹ En efecto, Rubión es ingenuo (aunque no puro) en el manejo del dinero, de la filosofía, del amor, de la política y, al final, un delirio de grandeza le hace perder el juicio, lo que puede verse, aunque no sea evidente, como una alegoría del Brasil. Otros autores, por el contrario, criticaron en Machado la falta de intención y de colorido nacional: se trataría de un autor extranjerizante, sin interés hacia los problemas nacionales. Esta divergencia ha llegado hasta nuestros días. Incluso, recientemente, produjo una polémica en la Cámara de Diputados cuando se escogía al patrono de las letras brasileñas. José de Alencar (1829-1877), el celebrado autor de novelas indianistas, ¿no sería más nacional que Machado de Assis? La opinión de la crítica más refinada (que sin embargo a otros parece tan sólo más elitesca, además de poco nacional) va en dirección opuesta: el autor de *Quincas Borba* sería el más profundamente brasileño de nuestros escritores.

Al mismo Machado de Assis le inquietaba el problema. Escribiendo después de la boga indianista, siendo contemporáneo del localismo romántico y luego del descriptivismo naturalista, trató de definir su posición:

No hay duda de que una literatura, sobre todo una literatura naciente, debe alimentarse principalmente de los asuntos que le ofrece su región; pero no hay que establecer doctrinas tan absolutas que la empobrezcan. Lo que debe exigirse al escritor ante todo es cierto sentimiento íntimo que lo hace

¹ El crítico al cual nos referimos es Araripe Jr. (1848-1911), de tendencia naturalista. Machado de Assis nace en 1839 y muere en 1908. *Quincas Borba* fue publicado en un diario para señoras, *A Estação*, a partir de 1886, y se editó en libro en 1891.

hombre de su tiempo y de su país, aun cuando trate temas remotos en el tiempo y en el espacio. Un famoso crítico francés, al analizar hace tiempo a un escritor escocés —Masson— con mucha razón decía que del mismo modo que se podía ser bretón sin hablar siempre del tojo, así Masson era un buen escocés sin necesidad de nombrar al cardo; y explicaba lo dicho añadiendo que en él había un *scotticismo* interior, diferente y mejor del que era simplemente superficial.¹

La literatura de Machado de Assis presenta sin duda un brasileñismo interior de este tipo, que hasta cierto punto se dispensa del color local. Se trata de un atributo difícil de precisar y, aún más, de explicar.

Es de notar que las singularidades evidentes del país —por las cuales los patricios se reconocen, con orgullo o con risa— no están ausentes de la novela de Machado cuya tónica, sin embargo, no proporcionan. Digamos, en fin, que en vez de *elementos* de identificación, Machado buscaba *relaciones* y *formas*. La fisonomía nacional de estas últimas es profunda, sin que por eso sea obvia.

De esta manera, en *Quincas Borba* el lector encuentra alusiones a episodios históricos importantes, detalles regionales, observaciones sobre las bellezas naturales del país, expresiones populares y una buena colección de tipos cariocas. Sin embargo, todo está presentado brevemente, sin la insistencia de las novelas históricas, regionalistas, urbanas o de mitificación nacional, que se especializaban en la exploración de dichos aspectos. Machado, competidor, no se quedaba atrás: él también daba pruebas de maestría en cada uno de estos campos, pero al mismo tiempo los relativizaba. Tenía la suficiente modestia como para tomar en cuenta a sus compatriotas, pero quizás, tras ella, se escondía el designio consciente de superarlos.² Sin descuidar lo pintoresco, lo tomaba como elemento de paso —subrayadamente fortuito— hacia niveles más significativos.

La crítica lo notó y se dividió. A unos, la ironía en el tratamiento del color local y de todo lo inmediato, les pareció una desconsideración: Machado carcerería de amor hacia nuestras cosas (naturaleza, asuntos sociales, nacionalidad). Otros, lo saludaron como nuestro primer escritor con preocupaciones universales (quien les daba la sensación de elevarse por encima del estrechamiento local de los primeros). Recuérdese —a favor de los segundos— que el universalismo es, de hecho, un componente de la literatura machadiana. Esta, además de otras fuentes, se inspira en la psicología de los moralistas franceses del siglo XVII, volcada en la naturaleza humana general, y también en la reciente curiosidad "clínica" por el funcionamiento psíquico y por sus aspectos inconscientes.

Las dos convicciones, una en contra y otra a favor, registraron la posición *reducida* que la anotación local presenta en las novelas de Machado, y de allí concluyeron que su importancia era escasa. Ahora bien, indudablemente esta conclusión es errónea. Y hasta tal punto lo es, que hace poco se publicó

¹ Machado de Assis, "Instinto de nacionalidades" (1873), en *Obra Completa*, Río de Janeiro, Aguilar, 1959, vol. III.

² Antonio Cândido, *Formação do Literatura Brasileira*, São Paulo, Martins, 1959, vol. II, cap. III, "Aparecimento da ficção".

un grueso libro de interés sociológico sobre las transformaciones efectuadas en Brasil entre el Imperio y la República, totalmente basado en el valor documental de esas anotaciones.¹ La evidencia que se impone es que Machado no sólo no era desatento, sino que precisamente era el más atento de nuestros escritores. Aún más, impresionado por la cantidad y por la precisión de los detalles sociales que el autor del mencionado estudio encontró, los tomó como información, haciendo abstracción de la ironía que siempre los acompaña (y que muy bien captaban quienes insistían en el divorcio entre escritor y circunstancia inmediata). Por lo tanto, este libro documenta a cabalidad la amplitud y la fidelidad del trabajo de cronista de Machado, y quizás es en este aspecto donde se encierra la polémica, aunque no se analice su espíritu. En resumidas cuentas, falta fundamentar todas las posiciones: la anotación local es numerosa y muy importante, lo que no le impide tener algo intencionalmente reducido, sensible sobre todo en su relación cómica con los temas considerados universales a los cuales ella sirve de materia. *Lejos de ser un defecto, veremos que esta conjunción desapareja es uno de los secretos de la narrativa machadiana y de su carácter nacional.*

Una tercera corriente ve a Machado bajo el signo de la dialéctica de lo local y de lo universal. Opina que él fue más lejos que otros en la transcripción del dato social, en el aprovechamiento crítico de la literatura brasileña anterior, lo que paradójicamente lo habría llevado a prescindir del apoyo de lo pintoresco y del exotismo, permitiéndole integrar sin servilismo los numerosos modelos extranjeros de los que se valía. Por consiguiente, es nuestro primer novelista que se puede leer independientemente de la simpatía que se debe al compatriota, sin ser por esto menos nacional. Según mi opinión, ésta es la concepción más interesante, y en ella se inspira el presente estudio.²

Al mismo tiempo hay una dialéctica también de las posiciones dialécticas. El conflicto entre localistas y universalistas se conectaba al ciclo de la independencia política y a la liquidación —prolongado en el tiempo— del complejo colonial. Era necesario diferenciar al país de la ex metrópoli portuguesa, como también afirmar su estatuto de nación culta. De tal manera, unos insistían en la originalidad de Brasil y otros en el carácter occidental de su civilización. La dialéctica de lo local y de lo universal ocasiona el balanceo de esta oposición, situando los términos enemigos en el interior de un mismo movimiento de afirmación de la identidad nacional, donde se complementan armoniosamente.

Pero el concierto de las naciones civilizadas del cual aspirábamos a formar parte, y adonde esta dialéctica prometía conducir, cayó en descrédito. En su lugar surgió en primer plano la historia mundial del Capital, del cual la colonización de América, el imperialismo de unos y la dependencia económica, política y cultural de otros, además de la lucha de clases, son capítulos inseparables. La dialéctica de lo local, nacional, universal y categorías afines, no

¹ Raymundo Faoro, *Machado de Assis: a Pirâmide e o Trapézio*, São Paulo, C. E. Nacional, 1974.

² Sobre todo Lucía Miguel-Pereira, *Prosa de Ficção*, Río de Janeiro, J. Olympio, 1957.

por eso queda sin efecto; más bien, sus términos vuelven a definirse al desaparecer su promesa de armonización. O mejor dicho, la armonía de este sistema parece exigir y reproducir desigualdades y alienaciones de toda índole, en una escala inconcebible, cuya indemnización resulta difícil imaginar. Con esta perspectiva —que no será la última— que viene conformándose desde los años 30 y que se impuso a la mayor parte de los brasileños a partir de 1964, el pasado se volvió más sombrío: en vez de un aporte local a la diversidad de las culturas, surgió en primer plano la historia de la deformación nacional, como instancia de la marcha grotesca o catastrófica del Capital. (De esta manera, las singularidades nacionales se insertan con las debidas mediaciones en una historia más amplia, ya no como originalidad a cultivar, sino como situación *de facto* y desventajosa en el sistema internacional.)¹ En estas circunstancias, la definición del carácter nacional de una literatura y de un escritor tampoco queda indemne.

El horizonte de Machado no era éste, ya que el novelista luchó asiduamente por la creación de una cultura nacional. Pero tampoco era armonioso. Llevado por un sentimiento peculiar hacia las cosas brasileñas e influido por el *fin de siècle* europeo, Machado no veía el futuro con entusiasmo. En su obra, construcción y destrucción están íntimamente asociadas. Una impresionante búsqueda de invención de formas nacionalmente auténticas, viene acompañada por la afirmación irónica (y enfática) de su arbitrariedad. La novela de Machado participa de la consolidación de la literatura brasileña, como también de la destrucción de formas a la cual empezaban a dedicarse todas las vanguardias del mundo como expresión de la crisis general de la cultura burguesa que se venía anunciando. Un movimiento, pues, que da cuenta de la situación del propio país, el cual intentaba constituirse en nación culta en el mismo momento en que la expansión imperialista inauguraba la crisis de la nacionalidad y de la civilización burguesa.

En *Quincas Borba* el lector encuentra en todo momento, lado a lado y bien diferenciados, lo "local" y lo "universal". A Machado no le interesaba su *síntesis*, sino su *disparidad*, cosa que le parecía característica. ¿Sería quizás —usando sus mismas palabras— uno de los "temas que le ofrecía su región"? En esta convivencia irreconciliable, donde se puede ver la totalidad de una situación histórica y cultural, los términos se ridiculizan recíprocamente. Además, la misma determinación enfática de estos niveles, a punto de volverse planos retóricos diferentes, ya es un recurso cómico, algo parecido a un registro de la alienación. Por ejemplo, la comadre Angélica tiene en su huerto una multitud de animales: pájaros, cachorros, gallinas, vacas, además de un pavo; pero sus vínculos en el campo de los intereses humanos son mínimos y podrían traducirse a una tesis de psicología abstracta, según la cual el pavo le interesa más que las aflicciones del prójimo. La tesis es universal, pero la comadre es de Barbacena. El encanto del capítulo está en el desnivel, y no en la armonía, entre la generalidad de la tesis y el detalle localista del personaje. ¿Qué sentido tendría decir que éste se universalizó?

¹ Véase Antonio Cândido, "Literatura e subdesenvolvimento", en *Argumento* n. 1, Río de Janeiro, Paz e Terra, octubre de 1973.

Y si en la comadre no es posible ver una figura universal, quizás cabría decir que la presencia de la universalidad en un huerto de Barbacena configura una incongruencia risible (pero ¿por qué?) que a Machado, su constructor meticuloso, le parecía significativa.

Muchas y cada una de estas desigualdades son inocentes, y todas son encantadoras. Sin embargo, el conjunto es desolador. La riqueza vital que se anuncia en la anotación social no se dinamiza, puesto que el salto a la reflexión universalista, sistemáticamente repetido, le impide todo movimiento. Siendo mucho más abstracta —he allí lo disparateo—, la reflexión no puede retener más que una línea, además arbitraria, de la variedad de aspectos que la anotación había establecido. Esta queda reducida a pretexto irrisorio de la reflexión, y privada de la significación que le cabría en su mismo plano y prolongación. O, mejor dicho, esta privación es exactamente lo que Machado quería significar. Por otra parte, a la luz del espesor mimético y de la vitalidad de la anotación, la pobreza de la reflexión universalista se descalifica a sí misma en cuanto arbitraria; descalificación que también es lo que Machado quería significar. La descalificación es recíproca. Igual que el gordo y el flaco del cine, anotación y reflexión forman una pareja de comedia.

La impresión de vacuidad es poderosa y nítida. No obstante, es difícil precisar su campo pues no está designado. Por ser un principio formal de la novela de Machado, la seca transición entre la anécdota local y su reconquista reflexiva en el plano de lo universal, excluye el recurso a términos de síntesis. Sería justamente allí donde podría captarse la experiencia del proceso realizado, más general que lo estrictamente local y menos abstracto que lo universal. Digamos que este proceso está literariamente en acto, que *resulta* en la lectura, pero no recibe denominación ni es objeto de reflexión. Esta le incumbe al lector.

En otras palabras, nuestra hipótesis es que la brasileñidad de Machado no reside en su extraordinario trabajo de anotación local, del cual naturalmente depende, como tampoco es anulado por el discurso universalista, estrato importante de su literatura. Estas dos dimensiones, que son datos palpables, se constituyen (junto con otros) en fórmulas y formas que las relativizan, de las cuales son materia disonante y que —ellas sí— traducen el "sentimiento íntimo de su tiempo y de su país" al cual se refiere Machado.

Digamos que estas fórmulas y formas son la transcripción literaria de formas reales, determinantes aunque poco evidentes, del proceso nacional. Por sus asuntos, las novelas de Machado son ostensiblemente arbitrarias y fútiles. En cambio, su composición fija y explora reglas, movimientos y apreciaciones, obligados por la práctica de la vida brasileña. *Reglas que no son ni universales ni contingentes, sino necesidades de la situación histórica nacional, tales como sólo una larga reflexión las hubiera podido captar.* En el plano del asunto y de la forma manifiesta, Machado se confina en la contingencia caprichosa y fragmentaria de la crónica semanal del periodista; sin embargo, en su forma esencial, su novela imita la necesidad estructural del país. Se trata, si es posible decirlo así, de nuestra singularidad *lógica*. Para acompañar este argumento, el lector deberá permitirnos en la presente exposición algunos esquemas que se refieren a la Historia.

EL CONTEXTO

EN BRASIL se leían novelas antes de que existieran novelistas brasileños. Cuando éstos aparecieron, a mediados del siglo XIX, fue natural que se siguieran los modelos, buenos y malos, que Europa ya había establecido en nuestros hábitos de lectura. Esta observación trivial, tiene, sin embargo, muchas implicaciones: nuestra imaginación se había consolidado en una forma cuyos presupuestos, en buena parte, no se encontraban en el país o estaban alterados. ¿Era la forma la que no servía o era la realidad?

Algo semejante ocurrió con las ideas. Por ser anticolonial, el movimiento de independencia (1822) tenía que incluir necesariamente elementos de doctrina liberal. Estos, que habían nacido en el suelo de la emancipación burguesa europea, poco tenían que ver con las realidades de nuestra economía que se basaba en el trabajo esclavo. A despecho de la seducción que ejercía, el mundo de las nuevas ideas parecía no ajustarse al nuestro. ¿Qué partido tomar?

Este carácter imitativo y postizo de la vida ideológica brasileña ha sido frecuentemente denunciado por nuestra crítica y se ha convertido en uno de sus principales lugares comunes (donde además se reconcilian puntos de vista reaccionarios y de izquierda). Su parte de razón es evidente: todo intelectual brasileño sabe que se pasa la vida discutiendo ideologías y teorías cuya base local es problemática. Pero su parte de ilusión es menos evidente y más interesante. Supongamos que gracias a algún milagro, la "intelligentsia" del país se liberara de las ideas extranjeras: ¿acaso encontraría así la ideología auténtica a la cual aspira? Sin duda encontraría su propia posición de clase, cuyo efecto persuasivo probablemente no sea progresista; y encontraría, sobre todo, la expresión cruda de las relaciones de producción vigentes, que no por ser nuestras dejan de ser horrendas, y que las ideas extranjeras por lo menos permiten criticar en nombre de la indignación moral y del progreso. Sin contar que, viendo mejor, también vería evaporarse el carácter nacional de dichas relaciones. En cierto modo, estas últimas son tan ajenas como propias, puesto que se consolidaron en función de una división internacional de trabajo nefasta para nosotros, y por esa misma función que se reproducen.

De esta manera, lo nacional no es tan nacional como se piensa. Por otra parte, las ideologías extranjeras tampoco son tan extensas a nuestro proceso como parece, sin que ello signifique que sean aptas para comprenderlo. Para una apreciación más correcta del problema es necesario, pues, tomar distancia.

Al obtener la independencia, Brasil se convierte en una nación entre naciones, a la que le correspondía acceder a los progresos materiales, sociales y culturales del mundo moderno que en principio se le brindaban. Por otra parte, la ruptura de las relaciones coloniales se produce en el contexto libre cambista de la expansión comercial inglesa, lo cual llevará a una nueva divi-

sión internacional del trabajo. Esta no revoluciona al latifundio esclavista interesado en la exportación, que el país conservaba desde su época colonial, sino que, por el contrario, lo consolida. De esta manera, Brasil entra en el mundo moderno y participa de sus beneficios (entre los cuales está la multiplicación de las escuelas literarias) mediante la importación, ahora mayor, de esclavos; más adelante experimentará un auge esclavista y cultural gracias a la producción de café.¹

El problema, hasta cierto punto, es análogo al de las libertades llamadas formales, que en la famosa expresión de Heine asegura el bienestar a los ricos y el derecho de dormir bajo los puentes a los pobres. El límite de la analogía es obvio, puesto que un país no es un individuo: los inconvenientes del progreso y del atraso nacional no podían ser considerados de igual manera del punto de vista de los africanos que del punto de vista de nuestras élites. Pero también éstas, aunque beneficiarias, sentían cierto malestar. La civilización a la cual aspiraban no armonizaba con la esclavitud que defendían. Las contradicciones ideológicas que resultan de este cuadro son numerosas, y el siglo XIX brasileño estuvo saturado de éstas, que eran inevitables y formaban un sistema.

Véase el caso flagrante del Liberalismo en todas sus diversas dimensiones. Se trataba de la doctrina en cuyo nombre los pueblos de América rompían con la subordinación colonial, y que por este título formaba parte de su nueva identidad. Se trataba del régimen de comercio internacional al cual se veía obligado el país, ya que el reconocimiento diplomático inglés era indispensable para la consolidación de la Independencia. Se trataba del ideario más seductor del mundo moderno, el cual llenaba los discursos y la literatura de los países cuya cultura nos proporcionaba el modelo de civilización. Finalmente, se trataba sobre todo de la práctica ligada al mercado internacional, hacia el cual tendía lo esencial de nuestra economía: la exportación. En otras palabras, las ideas y el cálculo económico de la burguesía europea del 800 eran no solamente una afinidad electiva de nuestras élites, sino también parte efectiva e inseparable de nuestro proceso social, *tan inseparable como el trabajo esclavo*, respecto al cual estaban en contradicción y tenían que convivir. ¿Cómo asumir los dos términos al mismo tiempo? El proceso nacional, en todo caso, los conciliaba.

En el nivel de los principios, la contradicción es evidente. Veamos algunas de sus ramificaciones, lo que permitirá que el lector tenga una idea de las ambigüedades ideológicas en que vivía Brasil, y que fueron la materia prima de la novela de Machado de Assis.

Desde un punto de vista liberal, la esclavitud —base de la vida económica brasileña— era una vergüenza, además de un atraso. Desde un punto de vista esclavista, era la doctrina liberal la extranjera, antieconómica y abominable. Sin embargo, esta posición tenía en su contra el espíritu del siglo, y difícilmente un poeta hubiera querido cantarle a las glorias del cautiverio, aunque fuese por nacionalismo y contra la hipócrita Inglaterra que quería prohi-

¹ Véase Celso Furtado, *O Mito do Desenvolvimento Econômico*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1974, especialmente el cap. II.

birnos el comercio de africanos. Ello no impidió que, en la práctica, este comercio, igual que la institución de la esclavitud, fuese amplia y tenazmente defendido. Véanse las expresiones de un contemporáneo, reveladoras del dilema: "Por una parte están los abolicionistas, apoyados en el sentimentalismo retórico y armados de la metafísica revolucionaria, corriendo detrás de abstracciones para realizarlas en fórmulas sociales; por la otra están los trabajadores, mudos y humillados, en actitud de quien se reconoce culpable o medita una venganza inconfesable".¹ Para completar la confusión, recuérdese que el latifundio esclavista ya había sido —en su origen del siglo XVII colonial— una empresa del capital comercial, y que por lo tanto el lucro había sido desde siempre su eje principal. Ahora bien el lucro, como prioridad subjetiva, es común tanto a las formas antiguas del capital como a las más modernas. De modo que hasta cierta época —cuando esta forma de producción llegó a ser menos rentable que el trabajo asalariado— los incultos y abominables esclavistas fueron, en lo esencial, capitalistas más consecuentes que nuestros defensores de Adam Smith, quienes en el capitalismo veían sobre todo la libertad. Se ve, pues, cómo en la vida intelectual el malentendido estaba creado. En materia de racionalidad, los papeles se confundían e invertían normalmente: la ciencia económica liberal, cuya base es el trabajo libre, no se aplicaba en el país, y olía a fantasía y moralismo; el oscurantismo era responsabilidad y nacionalismo; el altruismo tendía a la implantación de la plusvalía, etc.²

En otras palabras, el liberalismo en Brasil era elemento de una comedia ideológica *diferente de la europea*. Es cierto que la libertad de trabajo, la igualdad ante la ley y, de modo general, el universalismo, también eran ideología en Europa; pero allá correspondían a las apariencias, puesto que encubrían lo esencial: la explotación del trabajo. Entre nosotros, las mismas ideas serían falsas en sentido diverso, por decirlo así, original. La declaración de los Derechos del Hombre, por ejemplo, parcialmente transcrita en la Constitución brasileña de 1824, no sólo no ocultaba nada, sino que hacía más abyecta aún la institución de la esclavitud.³

Finalmente, como tampoco correspondía a las apariencias, el papel del liberalismo parece haber sido *otro* —¿pero cuál?—, aunque conservó siempre la terminología y el prestigio originales. Para definir ese papel es necesario recobrar al país como una totalidad.

Esquematisando demasiado, se podría decir que la colonización produjo, basándose en el monopolio de la tierra, tres clases de población: el latifundista, el esclavo y el "hombre libre", en realidad *dependiente*. Entre los primeros dos la relación está clara; es la multitud de los terceros lo que nos

¹ Son palabras de Pereira Barreto, un progresista ligado a la producción de café. Según su opinión, la abolición no debía apresurarse, pues sería un efecto automático del avance de la agricultura. La cita se encuentra en Paula Beiguelman, *Teoria e Ação do Pensamento Abolicionista*, São Paulo, Pioneira, 1967.

² Véase Fernando H. Cardoso, *Capitalismo e Escravidão*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1968.

³ Emilia Viotti da Costa, "Introdução ao estudo da emancipação política" en C. G. Mota, ed. *Brasil em Perspectiva*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1968.

interesa. Ni propietarios ni proletarios (sin ser tampoco siervos de la gleba); su acceso a la vida social y a sus bienes depende materialmente del *favor* de un poderoso. Su figura característica es el agregado. El favor es por lo tanto el mecanismo a través del cual se reproduce una de las grandes clases de la sociedad, que también incluye a otra: la de los propietarios. Nótese además que será entre estas dos clases que se producirá la vida ideológica, recogida por lo tanto por el mismo mecanismo. De esta manera, con mil formas y nombres, el favor atravesó y afectó en conjunto a la existencia nacional, resguardadas siempre la relación productiva de base que se aseguraba mediante la fuerza, y la finalidad de gran producción, que es mercantil. *Se trata de nuestra mediación casi universal*, que para fines ideológicos parece anteceder a la relación esclavista (que es brutal) y a la relación pecuniaria (que es degradante).¹

Sin embargo, esta ideología no llegaba a combatir las construcciones del liberalismo. Aunque estuviese ampliamente madura y comprobada en la práctica, difícilmente podía servir de inspiración a un gran esfuerzo especulativo, capaz de enfrentarse al otro que se ligaba con el polo hegemónico del mundo burgués. En las palabras de Machado de Assis, "es el influjo externo el que determina la dirección del movimiento; por ahora en nuestro ambiente no hay la fuerza necesaria para la invención de doctrinas nuevas".² Y en realidad, ¿por qué atacar la civilización que nos servía de modelo? Por el contrario, era necesario incorporar lo más posible sus argumentos y sus instituciones, lo cual hacíamos ávidamente, para probar nuestra modernidad, aunque ellos fuesen tan incompatibles con la ideología del favor como con la esclavitud, que esta asimilación a su vez no hacía desaparecer. Entonces, ¿cómo quedamos?

Lo que ocurrió fue una articulación entre lenguaje liberal y la dinámica práctica del favor: ésta predominaba en los actos y al mismo tiempo renunciaba a una expresión ideológica más amplia. De allí un mecanismo de *recuperación* muy particular donde la terminología de la civilización burguesa moderna se movía según las reglas del clientismo, las cuales no eran naturalmente las suyas. Para valorar la disonancia que esta combinación normalizaba y hacía cotidiana, no hay que olvidar que en Europa, durante el proceso de su afirmación histórica, la civilización burguesa había postulado la autonomía del individuo, la universalidad de la ley, la cultura desinteresada, la remuneración objetiva, la ética del trabajo, etc. El favor, punto por punto, practica la dependencia del individuo, la excepción a la regla, la cultura interesada, remuneración y servicio personales. El elemento de lo *arbitrario*, el juego fácil de la estima y la autoestima que la relación de favor trae al primer plano y al cual subordina el interés material, era lo que justamente combatía el liberalismo en el contexto de la Europa feudal.

Evidentemente, el antagonismo es grande. Veamos sin embargo su resolución, de importancia capital en nuestra vida ideológica y literaria: *adapta-*

¹ Véase Sergio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, Rio de Janeiro, J. Olympio, 1956, cap. III, y M. S. de Carvalho Franco, *Homens livres na Orden Escravocrata*, São Paulo, Instituto de Estudos Brasileiros, 1969.

² "A nova geração", *Obra completa*, vol. III.

das las ideas y las razones europeas, podrían servir, y muchas veces servirían, de justificación, nominalmente «objetiva», para el momento de la arbitrariedad que está en la naturaleza misma del favor. Este se expresaba en el lenguaje del liberalismo cuya sintaxis, si es posible decirlo así, quedaba quebrada o, mejor dicho, modificada; modificación que forma un sistema que es preciso estudiar. Por consiguiente, se atribuía metódicamente la independencia a la dependencia, la utilidad al capricho, la universalidad a las excepciones, el mérito al parentesco, la igualdad al privilegio, etc.

Desde el punto de vista liberal son disonancias, pero desde el punto de vista del favor son armonías. En efecto, entre obsequiante y obsequiado, ¿qué cosa mejor que una razón "racional" para legitimar el libre albedrío del obsequio? La doctrina ilustre enaltece a las dos partes, reitera su participación en la cultura moderna y superior de Europa y le reconoce al lado flaco su libertad, lo que en un país donde domina el trabajo esclavo y la brutal dominación personal, no es superfluo.

Se trata de una constelación peculiar. La ideología liberal es sacrificada en su dimensión descriptiva y cognoscitiva, pues no existe el trabajo libre al cual se adhieren las apariencias que dan una base verosímil a esta ideología. En compensación, ella pasa a ser indicadora de la afinidad de nuestras élites con el mundo moderno, afinidad que no resiste la menor inspección, y que sólo gracias a la complicidad entre el obsequiado y el obsequiante puede sustentarse. Nótese bien la diferencia: no es la ideología la que fundamenta la convivencia de los intereses antagónicos, sino la complicidad consciente entre las partes interesadas que permite a unos y a otros, y al país, el tener ideologías... *En este sentido, digamos que éstas funcionan en segundo grado*; funcionamiento que supone la suspensión, pero no la supresión, de su intención original. De ahí algo como un inevitable desequilibrio interno: el criterio europeo siempre está presente, para enaltecernos o avergonzarnos, sin que nadie lo tome realmente en serio y tampoco lo exceptúe. Al fin y al cabo, el predominio del albedrío personal en este movimiento también es una singularidad, puesto que se trata de una dimensión humana a la cual el liberalismo, en su versión seria, le tiene horror.

Obsérvese todavía que esta combinación irresuelta no es una construcción intelectual, sino un dato inmediato y muy difundido en la vida cotidiana de las élites brasileñas. Su presencia se documenta fácilmente en las instituciones, en las ideas, en las artes, en la política, etc. Es por esta cualidad que es punto de partida para la elaboración literaria, sobre todo para la novela. En cuanto materia artística, tiene el mérito de ser una pequeña suma de la problemática nacional, tal como he tratado de señalarlo a través de este esbozo histórico. Se trata de una singularidad local sin duda, pero una singularidad constituida en el plano de las relaciones, y casi se podría decir una singularidad lógica en cuya ecuación están los términos de nuestra inscripción en la historia mundial, de la cual esta ecuación a su vez es una fórmula. Más adelante espero que su parentesco con las "disparidades", sobre las cuales descansa la novela de Machado, se haga verosímil para el lector.

Para el novelista, estas singularidades no dejaban de plantear sus problemas. ¿Cuál era la forma que les correspondía?

José de Alencar (1829-1877), por ejemplo, en sus novelas urbanas —calcadas según el modelo romántico-realista de los seguidores de Balzac— crea personajes llenos de conflictos e ideas afectadas, a la manera del individualismo romántico-liberal. Esto en cuanto a los personajes principales. En cambio, en las figuras secundarias que sirven para dar color local a la narración, la observación predomina sobre el modelo importado. Aquí, las ideologías tienen un régimen distinto y menos exigente, subordinado a la esfera del favor. Esquemáticamente podemos decir que la sociedad presupuesta en el conflicto central es liberal-burguesa (es decir, europea), en tanto que las figuras periféricas viven en Brasil. Desde el punto de vista de estas últimas, que viven según las normas del paternalismo, los héroes son personajes ridículos y afectados. Recíprocamente, desde el punto de vista del conflicto central, las figuras secundarias no añaden nada y son superfluas. En total, la coexistencia discordante de liberalismo y favor no es el *asunto* de estos libros, sino su *defecto*. Para solucionarlo hubiera sido necesario inventar una forma nueva.¹

Precisamente en sus primeras cuatro novelas, que son mediocres, Machado trató de esquivar este problema.² Ya que era escéptico en relación a las ideas y promesas liberales, trató de suprimirlas en su narración. Trató de confinar los problemas de afirmación del individuo a la esfera intrafamiliar, donde reinaba el paternalismo sin interferencia alguna. Presentado como horizonte incuestionable de la vida, éste no sufre la comparación, vejatoria pero actual, con la temática de los Derechos del Hombre, o sea del individuo. Un anacronismo cuya oportunidad ideológica es evidente: Machado narraba con el paternalismo, y no con el romanticismo y el liberalismo, para asegurarse un puesto al sol. Mientras tanto, el espíritu del tiempo volvía por la puerta de atrás, pues en esos libros se trataba de *racionalizar* el paternalismo, esto es, de civilizar la arbitrariedad de las clases dominantes y asimilarla lo más posible al espíritu burgués moderno. Y, en efecto, respaldados por la claridad con la cual Machado veía el problema, estas novelas escapan a la sombra del ridículo que siempre amenaza la obra de Alencar, debido a la fraseología romántico-liberal. Pero pagan esta superioridad con ciertas estrechez e irrelevancia generales: el mundo moderno está demasiado ausente de estas novelas, donde sobre todo impresiona la desproporción entre el ingenio del autor y la limitación del resultado. La verdad era que los problemas de la familia ya no podían ser la metáfora del mundo contemporáneo. Solamente a los cuarenta años Machado logrará encontrar una solución con las *Memorias póstumas de Brás Cubas* (1881), donde esclavitud, liberalismo y paternalismo están emparentados bajo el signo de la irresponsabilidad del narrador. En ese momento de su vida, había completado su ascensión social, y ya no veía razón alguna para ocultar los problemas de la vida brasileña.

¹ Estas observaciones se refieren sobre todo a *Senhora* (1875), una de las mejores novelas de Alencar.

² *Ressurreição* (1872), *A Mão e a Luva* (1874), *Helena* (1876) e *Iaiá Garcia* (1878).

UNA FORMA ORIGINAL Y MODERNA

LA CARACTERÍSTICA formal dominante en las novelas de la segunda etapa de Machado de Assis es la del narrador extraordinariamente *voluble*. Esta volubilidad ilustra una concepción del funcionamiento psíquico, a la cual volveremos más adelante, que además preside la construcción de los personajes. Es también la expresión de un punto de vista de clase y depende, para su realización literaria, de un gran virtuosismo retórico. Veremos, finalmente, que ella es el mismo tejido conjuntivo —sumamente sutil— de la prosa machadiana. Por ahora, sin embargo, lo más importante es que representa una transposición, sobre el nivel de la forma, del momento de libre albedrío que es inseparable de las relaciones de favor. En otras palabras, Machado pone en el centro formal de su novela un movimiento clave de nuestra vida ideológica.

Las consecuencias literarias son múltiples y determinantes. Antes que nada, hay que notar la audacia del camino tomado, que implica el abandono de los héroes, los conflictos, las ideas y la atmósfera del individualismo romántico-liberal, que en una u otra versión dominaban en la novela contemporánea. En efecto, sumariamente, el tema de esta última estaba ligado al conflicto entre la *consistencia* personal (en el amor, en los ideales, en la vocación, en la ambición social, en la ganancia, etc.) y el funcionamiento normal del orden burgués. Un contexto en el cual la volubilidad tenía que parecer un tema frívolo... Por otra parte, es conocida la inspiración que Machado buscó en los humoristas ingleses del siglo XVIII (Stern, Swift, Fielding) que apreciaban mucho la frivolidad. A este respecto, es de observar que la independencia literaria no está en la ausencia de modelos, sino en la libertad con que ellos son utilizados. Huyendo de los esquemas del realismo-naturalismo europeo del siglo XIX, pero no de su espíritu inquisidor y filocientífico, que había incorporado profundamente, Machado evitaba mostrarnos un Brasil ya europeizado, ya exótico, logrando así ser en gran medida el mayor realista brasileño.

Quien dice volubilidad dice mutación frecuente, debido a razones subjetivas. El narrador voluble pone a sus personajes, a sus ideas, a su narración, y al mismo lector, dependiendo de sus caprichos. Ahora bien, la subordinación de la realidad a los vaivenes de la autoestima del narrador —y de los personajes— es cómica justamente porque el sentido de la realidad no solamente no se ha perdido, sino que en cierto modo hasta se ha sublimado.

En efecto, en *Quincas Borba* (como en los demás libros de *madurez* de Machado de Assis) se insinúan y esparcen los elementos de una novela realista. Ahí está la herencia de Quincas Borba, mucho tiempo añorada, los enredos de dinero, los amores adúlteros, la ascensión social, la filosofía individualista, el interés clínico por la locura, la ambición política, etc. Este nivel, que existe y que es uno de los horizontes del libro, no llega a transmitir su movimiento a la narrativa. Ello sucede porque el narrador lo *inte-*

rrumpe continuamente subordinando la dinámica de las posiciones sociales al movimiento de la *veleidad*, que puede ser suya o de los personajes. En otras palabras, la realidad es vista ya sea teniendo dinámica propia, ya como un valor simbólico, en el contexto de las compensaciones necesarias para el equilibrio de la *autoestima*. Desde el punto de vista de la continuidad narrativa, el aspecto dominante es el segundo: la ley de las compensaciones simbólicas, para la cual todo en este mundo puede servir de materia prima, prevalece en todo momento sobre la ley de la realidad, para terminar —como se verá— en *nada*. Con la ayuda de la buena voluntad, el lector quizás estará vislumbrando una variante de las dualidades cuya matriz sociológica expusimos anteriormente.

Subordinadas a la gravitación de la fantasía personal, las ideas y las ideologías sólo secundariamente pueden ser consideradas por el interés propio o cognoscitivo que se define con esta designación. Su principal dimensión está en la satisfacción que proporcionan a quienes las expresan, la cual es externa a ellos y depende de las circunstancias del momento. En otras palabras, en su calidad de solución formal, la volubilidad del narrador otorga a las ideas, en la novela de Machado, la dimensión que en el Brasil de la época ellas de hecho tenían, por la fuerza de su constelación histórica; es decir: todas funcionan en segundo grado. Sirvan de ejemplo la fraseología liberal de João de Souza Camacho, que el lector admirará en el capítulo LVII, o la filosofía del Humanismo, mezcla satírica de monismo materialista y darwinismo social, que permite a Quincas Borba considerarse superior a San Agustín, y hace que el pobre Rubión se crea tan poderoso como para "dejar con la boca abierta a los que antes no le hacían caso". Quien haya leído algunas páginas de literatura política o filosófico-científica del siglo XIX brasileño reconocerá la notable exactitud en el tono de estas sátiras. Esta —y éste es el punto en el cual queremos insistir— no proviene solamente de los méritos periodísticos de Machado, que son grandes, sino de una raíz profunda: de la situación en que las ideas se exponen, una vez envueltas en el movimiento de su narración. Es como si hubiesen encontrado su lugar y su comicidad naturales (o nacionales). Machado había alcanzado, o mejor dicho construido, la forma que le permitía acoger con éxito artístico las observaciones corrientes. *Había logrado conciliar la dimensión constructora y la capacidad mímica, la composición y lo empírico*: bastaba transcribir la realidad cotidiana y la gracia se hacía presente.

Algo semejante ocurre con los personajes. Sus conflictos reales (a saber, las contradicciones ligadas al dinero, al amor, a la familia, a la clase social, a la ambición política o intelectual) son elementos de la intriga sobre la que influyen pero cuya lógica interna, sin embargo, no alcanzan a determinar. Se debe a que tanto el narrador como los personajes, no valoran los conflictos por su exigencia objetiva, como lo haría cualquier ciudadano realista y como, desde luego, lo hizo la corriente narrativa del mismo nombre. Constantemente se escapan hacia las fantasías compensatorias donde las dificultades reales resultan equilibradas por grandezas imaginadas. Incluso en el caso de Sofía y Cristiano Palha, quienes trabajan metódicamente con el fin de enriquecerse e ingresar en la alta sociedad, no son sus proyectos —en tanto

elementos de perseverancia y esfuerzo— los que ocupan el primer plano sino las circunstanciales satisfacciones psicológicas.

Nuestra tesis es que esta «falta de realismo» es un elemento del realismo brasileño (y de hecho, con menos profundidad y sistematización, ella se encuentra en varios momentos clave de nuestra literatura): el paso constante a lo imaginario, de naturaleza compensatoria, transcribe la interferencia sistemática entre la práctica del favor —considerada en su componente de arbitrariedad y búsqueda de reconocimientos personales— y las exigencias de la práctica propiamente burguesa, que son *objetivas*.

Tal como hemos señalado, las exigencias de la objetividad jamás son respetadas, ni por los personajes ni por el narrador, lo cual no impide que siempre estén presentes, ridiculizando a unos y otros. Por otra parte, si narrador y personajes no dudan en tomar partido por la satisfacción imaginaria inmediata, contra el sacrificio subjetivo (la ascesis) que la objetividad requiere, con esto ganan cierta vida y espontaneidad que en otro caso ciertamente no tendrían. Alienados quizás por la imaginación, pero vivos. ¿Dónde estará el bien? Este es uno de los ejes problemáticos de la posición de Machado, en la cual se refleja la posición excéntrica del país, en relación al universo del Capital, y ciertas ventajas que de allí provienen, que son difíciles de tratar sin caer en la reacción y que sin embargo existen y animan nuestra literatura.

Sea como fuere, transformando el paso a lo imaginario en principio formal, Machado le daba la generalidad ineluctable de un apriorismo. Por consiguiente, los personajes se mueven en un círculo pre-trazado, estrecho por definición, que no admite cualidades humanas ligadas a una intención más compleja y menos inmediata (incluso cuando calculan, o creen calcular, los hombres son víctimas de la inmediatez de la satisfacción imaginaria). Más que esto: no hay dudas en cuanto al cierre de su círculo, que termina siendo un poco obvio, aunque la obviedad naturalmente tenga intención humorística. Y, efectivamente, en *Quincas Borba* no hay una figura *abierta* en cuya perspectiva el lector pueda sumergirse para explorar la vida. Todas tienen la limitación evidente de sus vicios, lo que las hace encantadoras y no permite que sean tomadas propiamente en serio: no es gracias a ellas que el lector dará el deseado paso adelante. Por otra parte, parece ser ésta la norma general, y muy seria, de la vida. Algo semejante ocurre en el plano de las ideas; éstas también traen la marca previa de la inocuidad, dado su funcionamiento de segundo grado. Personajes e idea sufren algo parecido a una reducción esencial e inapelable, en la cual quizás se transcriba la misma situación “descentrada” de Brasil, cuyo modo de vivir era condenable a la luz de la ideología que las mismas élites del país adoptaban: nuestras anécdotas podían ser vivas, pero no tenían importancia para la exploración de la escena contemporánea. Pero —y ahí está la paradoja histórica— esta falta de importancia está acompañada de mucha vitalidad. No parece que la marginalización histórica y la alienación eliminen el placer de vivir, aunque tampoco dejen de envenenarlo, tal como lo muestra la literatura de Machado. En otras palabras, la vigencia de *Quincas Borba* no está en sus ideas o personajes, que aun siendo audaces también son limitados (no le falta osadía, por ejem-

plo, al análisis de las relaciones conyugales del matrimonio Palha), sino en el movimiento que constantemente los presenta como muñecos y títeres ya conocidos. Este movimiento sí está abierto y desafía la interpretación.

Como unidad formal, la volubilidad es breve por naturaleza: el tiempo de abandonar una posición por otra, que a su vez será abandonada. Su característica es la *discontinuidad*. Mejor dicho: lo que tiene continuidad y se completa muchísimas veces, pero siempre dentro de una pequeña esfera, es el movimiento que va de la insatisfacción a la satisfacción imaginaria inmediata, ya del personaje, ya del narrador; en tanto que los conflictos considerados reales, cuya lógica es objetiva y su resolución larga, no son objeto de una voluntad o de una consciencia duradera. No podía ser mayor el contraste con el esquema corriente de la novela del 800, basada en la estabilidad temporal y en la tensión de un proyecto individual. Desde el punto de vista de la composición, la consecuencia es radical: desaparecen el elemento dramático y la economía narrativa que lo acompaña. El conjunto queda suelto, sin jerarquías o centro, y se desdobla a través de digresiones, asociaciones analogías, paralelos, repeticiones, etc. En lugar de la economía dramática del conflicto entre individuo y sociedad, está la curva de las compensaciones imaginarias repetidas, en cuyo final están el cansancio, la saciedad, la extinción, el escepticismo o la locura. Los ritmos de conjunto de la narrativa machadiana pertenecen a este orden.

No vamos a repetir el argumento de los párrafos anteriores, para indicar la afinidad de estos ritmos con la práctica del favor. Pero veamos a qué se escapaba Machado al abandonar la fórmula de la novela romántico-individualista, centrada, digamos, en los grandes proyectos de un joven. De hecho, el telón de fondo postulado de esta manera, necesario además para su pleno rendimiento, es la sociedad abierta a las carreras, donde es posible que un Don Nadie se convierta en Napoleón. Ahora bien, en Brasil, la decisiva diferencia de clase no se franqueaba a fuerza de méritos personales; no existía una carrera que de esclavo llevase a hombre libre, y mucho menos a ministro. Y había otro nivel más en el cual este esquema no nos cuadraba: la novela romántica valoriza, en el proyecto individualista, a la radicalidad sin concesiones; ahora bien, en el universo del favor, la concesión y los convenios no sólo no son signos de debilidad sino que son indispensables a la fuerza. Para apreciar finalmente hasta qué punto Machado se desviaba de estos modelos, recuérdese que Rubión va de la provincia a la capital, de la pobreza a la riqueza, del anonimato a la política, de la simplicidad a la ideología, sin que en ningún momento su camino se asimile al paso de la pureza a la corrupción. Cuando era provinciano y pobre, Rubión se desvivía para servir y agradar a Quincas Borba, con la esperanza de ser recordado en el testamento del millonario loco. Por consiguiente, cuando más adelante sea robado por los cariocas, el conflicto se situará entre los ladinos de la capital y un ladino ingenuo de Barbacena; conflicto éste que nada tiene de romántico. *En el Brasil sin feudalismo la provincia no se opone a la sociedad del dinero, de la cual es una versión desvaída.* Ahora bien, la oposición entre feudalismo y capitalismo, que bien o mal se refleja en las oposiciones entre

campo y ciudad, ricos y pobres, familia y mercado, talento y supervivencia, es la única sobre la cual se esquematizó la casi totalidad de las novelas europeas.

Machado no solamente reorganizó la forma novelesca en la línea profundamente nacional, sino que llegó a resultados extremadamente modernos. Entre 1880 y 1900 escribió libros cuya afinidad con Proust, Nietzsche, Freud, Dostoiéwski, Kafka, Pirandello, Baudelaire y con seguridad otros más, es profunda. La volubilidad narrativa tiene sus momentos de *spleen*, conoce la gratuidad y la tentación del mal, sabe que dentro de una persona existen muchas otras y que la identidad tiene que ver con la convención y la máscara, sabe que no es muy seguro que la vida tenga un sentido, hace la experiencia proustiana del tiempo y, sobre todo, pone en acción una especie de economía de la vida psíquica basada en un sistema de compensaciones que no respeta los conceptos, donde tiene lugar el sueño, los lapsos, los automatismos, el encadenamiento asociativo, las frustraciones, las sustituciones, las desarticulaciones, las perversiones, etc., como el lector verá más adelante. *En suma, ella hace del comportamiento racional un caso particular*, y esto como consecuencia de una actitud observadora y de las más racionalistas.

Sin profundizar ahora en el estudio de las razones de esta modernidad, tal vez se pueda decir que en un país donde el capitalismo no había adquirido su forma clásica, los límites de la civilización burguesa aparecían, digamos, en la superficie de la vida —lo que no los hace más reconocibles— y no como en Europa, al final de un duro trabajo de crítica. En este sentido, hay que observar que varias de las obras de vanguardia de la cultura brasileña, como las de Oswald de Andrade, Guimarães Rosa, João Cabral, presentan una convergencia de este tipo, entre la forma artística de vanguardia y las formas sociales, digamos, "atrasadas". Es natural que la autocrítica del orden burgués se haga, por lo menos en parte, en nombre de las energías que este último destruyó. Sucede que en los países de la periferia capitalista, estas energías se encuentran sueltas en la calle. Si en la carrera internacional puede considerarse un atraso, permite las confluencias que tratamos de sugerir, las cuales quizás no sean un hecho exclusivamente brasileño.

Para concretar un poco nuestro razonamiento, obsérvese el proceso de Rubión. Pasa por las esferas del dinero, de la filosofía, del amor y de la política, desembocando todo en el delirio de grandeza (la identificación con Napoleón III), en la miseria, y en *nada* (al final, sin la sombra de un sentimiento de derrota, Rubión termina en nada: a guisa de corona imperial, nada levanta y nada ciñe). Sin embargo, no se trata de un desarrollo en el cual un paso lleva al siguiente. La nada está presente desde el comienzo y en todas sus estaciones. Son los "pececillos de oro" que fluctúan en el espíritu de los personajes, las "mariposas de la esperanza", las "alas doradas" de una idea, en fin, las fantasías que animan la vida del pobre y del rico, al comienzo y al final. En cierta forma, para Rubión, es la misma civilización burguesa (es cierto que adornada con los perfumes de la aristocracia) la que se parece a unos pececillos de oro que brillan y llaman desde un "globo de vidrio". Son los signos un poco infantiles de la animación imaginaria, en vez de las reglas de enfriamiento práctico. Quizás es en este sentido que

Araripe Jr., de quien tomamos el título de este estudio, veía en el pobre diablo la figura del Brasil.

La inconsistencia personal de Rubión es ciertamente una síntesis de observación social, y se conecta con el carácter poco orgánico de la civilización burguesa en Brasil. No obstante, aunque parezca sorprendente, ella armoniza también con las preocupaciones de la literatura y de la psicología de vanguardia, las cuales se interesaban menos por la dinámica objetiva de las posiciones sociales y de las ideologías (que había sido el tema de la ficción realista), que por la dinámica de la relación entre el individuo y estas mismas posiciones e ideologías. También son relaciones objetivas y muy animadas, cuyo sistema de finalidades es más o menos inconsciente, y que descomponen en procesos el mito de la unidad, de la autenticidad y de la permanencia del individuo. De esta manera, en Rubión coexisten sin dificultad alguna el enamorado tosco y sin suerte; el ricachón gozoso y con ínfulas de político; el amigo servicial de generosa hospitalidad; el desocupado que frecuenta las sesiones del tribunal y de la cámara para llenar el tiempo; el ignorante protector de las letras y las artes, que a los pasantes les parece un comendador o un senador; el implacable seguidor de la filosofía del Humanismo, con su máxima darwiniana: "¡Al vencedor las papas!", y a quien le correspondía ser duro y conquistar el capital; el pobre diablo de Barbacena; el emperador de Francia, etc. ¿Quién hubiera pensado que a través de la observación de nuestro atraso —cosa de la que no había razón para enorgullecerse— Machado alcanzaba ese sentimiento tan moderno de la discontinuidad y del anonimato del proceso psíquico, así como de sus imbricaciones con el prestigio social?

Tampoco la inconsistencia está construida de manera cerrada. Así como Rubión se abandona al deleite de sus necesidades de ilusión y a las posibilidades que le abre su dinero, también el narrador hace comentarios y asociaciones de manera errática, abandonándose a sus propias necesidades y ventajas simbólicas ocasionales. De allí la narración muy intercalada que, por decirlo así, amplía el dominio de la inconsistencia hasta transformarla en el movimiento consistente del mundo, el cual incluso envuelve al lector. Por ejemplo, el narrador ahonda en la sed de ilusiones del personaje —¿con maldad? ¿con ecuanimidad ante la naturaleza?— a propósito del afecto que siente por su perro, y el tema termina por ser uno solo. Una expansión análoga del movimiento, aunque en dirección más ilustre, puede unir en un mismo impulso a Sofía y a los dioses del Olimpo, a Doña Tónica y al emperador Calígula. Mas genéricamente, el proceso de las compensaciones imaginarias ligadas al amor propio se extiende hasta la totalidad de la vida, donde las desgracias de uno templan las alegrías de otro. La misma satisfacción del lector, quien se cree por encima de este flujo y reflujo, periódicamente es enjuiciada por el autor, como si la hipocresía, el sadismo, el compadrazgo, etc., fueran condenable insensibilidad o aprovechada simpatía. Ello naturalmente con el fin de restablecer en su superioridad al narrador, el cual siempre quiere decir la última palabra y con el cual la expansión del proceso se completa, implicando escritor, obra y público.

La universalización de este vaivén, cuya suma final es cero, efectúa la

autocrítica de nuestro paternalismo liberal y esclavista: nada queda en pie. Es necesario añadir aún que se trata de una suma hecha con los datos de la vida de nuestras élites, pues el resultado obtenido por los dependientes, para no hablar de los esclavos, sería negativo, y la imagen final no sería de equilibrio, aun cuando se trate de un equilibrio tan desengañado.

Para terminar, vamos a recapitular. Si acompañamos este movimiento, veremos que el narrador de la ficción machadiana en todo momento deja de identificarse con la posición que acaba de tomar. Basta que ésta se configure para que él la deje por otra, que en cierto sentido le es opuesta. Las oposiciones pueden ser de diversos tipos. De esta manera, de frase en frase (o de párrafo en párrafo, o de capítulo en capítulo) el narrador cambia de tema, de género, de escuela literaria, de registro retórico, etc. El salta, por ejemplo, de la inspiración épica al estilo comercial, a la unción cristiana, a la vanidad mundana, al delirio de grandeza, a la tesis científica. O pasa de la brevedad lapidaria a la descripción minuciosa, de lo grandioso a lo insignificante, del sentido literal al alegórico, de la regla general al caso muy particular, y así indefinidamente. Del punto de vista técnico, en este caso, todo radica en el arte del contraste y de las formulaciones de forma muy definida, arte del que el lector podrá comprobar la maestría de Machado.

La constante de este movimiento es la *interrupción*. A través de ella se afirma la arbitrariedad del narrador, que con el fin de no darse por aludido hace de lo imprevisible y de la *discontinuidad* sus leyes. Sin embargo, la lectura muestra que esta arbitrariedad también tiene su regularidad: la sucesión de los puntos de vista del narrador establecerá luego un ciclo que se irá repitiendo y variando. Digamos que en la novela de Machado una crónica de nuestra burguesía del ochocientos es considerada alternativamente a través de los prismas: de la antigüedad heroica (comparaciones bíblicas y grecorromanas); del interés egoísta propio del individualismo moderno; de la distancia absoluta introducida por el punto de vista de Sirius y por la muerte; del sistema de compensaciones imaginarias con que el amor propio remedia las humillaciones sufridas; de las teorías monistas y evolucionistas del cientificismo; de la complicidad envilecida entre autor y lector; del decoro familiar y católico; y del abismo cómico entre la norma liberal burguesa y el caso particular brasileño. Aparentemente es una colección caprichosa (cuyos términos están insuficientemente afinados en esta enumeración) que sin embargo tiene su lógica en la cual se inscribe el pensamiento propiamente literario de Machado.

Fruto de la volubilidad del narrador, en contraste con el carácter siempre burgués y calculador de la trama de fondo, esta ronda de las perspectivas se coloca bajo el signo de la frivolidad: ¿qué son la Biblia, Grecia, Sirius, la muerte, el orgullo, las teorías científicas, etc., para el egoísmo del individuo moderno y práctico?: fantasías. Ocurre que las piruetas del narrador se repiten en el plano de los personajes, igualmente inconstantes. En términos de la misma intriga, compuesta por anécdotas de sabor local, el procedimiento burgués y calculador puede estar en primer plano, pero sólo relativamente, *pues también él es una frivolidad*: los personajes la adoptan por su prestigio imaginario tanto como por su utilidad práctica. Su valor ornamental no es

menor que el de las otras perspectivas, las cuales a su vez son muy funcionales en la oposición de las volubilidades. En el universo que Machado construía (o representaba) el comportamiento utilitario no es especialmente útil y no prevalece sobre la inutilidad, que también está llena de ventajas. ¿Es inútil lo útil y útil lo inútil? ¿El arbitrio personal es una frivolidad o es la realidad última?

Tomados en conjunto, los enfoques que sugerimos son contradictorios. Sin embargo, el virtuosismo retórico de Machado los unifica en el tejido de la prosa, y ésta —he allí lo interesante— tiene una extraordinaria verosimilitud nacional. Los contrastes de la prosa machadiana son quizás la depuración de contrastes reales. Se pueden estudiar como elaboración de las perspectivas y de las vicisitudes de la vida ideológica del Brasil del 800, donde trabajo esclavo, capitalismo, ideología liberal, relaciones paternalistas e independencia nacional muy relativa, formaban un todo singular. Es esto lo que desearía haber sugerido al lector.

4

NOTA BIOGRAFICA

MACHADO DE ASSIS nació en 1839 en Río de Janeiro, poco antes de iniciarse el largo reinado de Don Pedro II (1840-1889), del cual sería el cronista. Son décadas en que la capital y el país definen mejor sus formas pos-coloniales (la independencia política se proclama en 1882). Siendo Machado un escritor atento a la escena contemporánea, conviene recordar también que en esos años el capitalismo liberal europeo alcanzaba su máxima expresión e iniciaba al mismo tiempo su proceso de decadencia. De la infancia de Machado, además de su origen humilde, se sabe poco. A los quince años, cuando publica sus primeros versos, era aprendiz de tipógrafo. Más tarde vivirá del periodismo, actividad que le facilitará una amistad duradera con figuras políticas y literarias eminentes. Sin embargo, esta carrera le parecía agitada e insegura, y a los veintisiete años la deja por otra más tranquila: ingresa en la burocracia, en la que militará hasta su muerte. A los veintinueve años completa su estabilización burguesa, casándose con la hermana de un poeta portugués, amigo suyo. Los manuales de la posteridad conservarán la imagen de una felicidad conyugal sin sombras (aunque en sus novelas de la madurez, salvo en la última, la visión del matrimonio sea atormentada y decepcionada). Con el tiempo llegó a ser un alto funcionario. Será fundador y presidente de la Academia Brasileña de Letras —calcada según el modelo de la Academia Francesa—. Fue probablemente el mayor escritor brasileño, y con seguridad el más reconocido y agasajado en vida. Murió en Río de Janeiro en 1908, con grandes honras y discursos. Dejaba a la posteridad, además de una obra extraordinaria, su sillón, su mesa de trabajo y sus

espejuelos, que la Academia conserva según su deseo. La *belle époque* llegaría a su fin inmediatamente después.

Habitualmente la crítica subraya las dificultades de esta brillante carrera: Machado tenía la piel oscura y era hijo de un obrero, a lo que se añadía una leve tartamudez y la epilepsia. Sin embargo, más recientemente, la tendencia de los estudiosos va en dirección opuesta. Recuerdan que varios brasileños importantes del Imperio fueron mulatos de origen modesto, y que la carrera de Machado, al fin de cuentas, fue más plácida que accidentada.¹

Esta divergencia ejemplifica una dificultad constante en la apreciación del siglo XIX brasileño, y quizás latinoamericano. En efecto, si tomamos la pobreza, la condición obrera y el mestizaje en la acepción que tienen en la moderna sociedad de clases, Machado nos parecerá un notable ejemplo de *self-made-man*, que ningún obstáculo pudo detener. En realidad, en su contexto efectivo, estas nociones tienen un significado bastante distinto.

En efecto, el padre de Machado de Assis es un obrero pintor, pero cualquier asimilación al proletario europeo sería un engaño. Su posición social se define un poco mediante el mercado de trabajo, y mucho por la conexión a una familia de propietarios, de la cual era dependiente. Los hombres que estaban en esta posición eran numerosos y se llamaban "agregados". Nieto de esclavos que vivían en la granja de la Liberación, hijo de "pardos libres" que vivían y servían en la misma propiedad, el padre de Machado de Assis está en una posición intermedia. Intenta vivir en la ciudad, por cuenta propia, pero vuelve a agregarse a la granja de Livramento, donde se casará con una joven blanca, de las Azores, igualmente agregada.

En otras palabras, Machado era hijo de obrero, pero un obrero de entonces no era lo que hoy imaginamos. Para ilustrar la diferencia, basta considerar que la madrina del futuro escritor era la dueña de la granja donde vivía la familia Assis. Esta señora, viuda del antiguo Intendente de oro en Río de Janeiro, se había casado en segundas nupcias con un senador y ministro del Imperio. De esta manera, los agregados estaban lejos de lo que moderadamente se entiende por libertad, pero estaban muy cerca de las clases dominantes y, por lo tanto, de su cultura. Otro detalle sugerente: en la misma ceremonia en que la gran dama iba a ser madrina del pequeño Machado, el padre de éste, a su vez, era el padrino de un niño esclavo de la misma propiedad. En tres generaciones, el camino recorrido por la familia Assis había sido grande, aunque sin salirse de los dominios de la granja: de la esclavitud a la relativa respetabilidad. Hay que añadir, además, que tanto la madre como el padre de Machado de Assis sabían leer y escribir, lo que era excepcional.²

Por lo tanto, Machado era bisnieto de esclavos e hijo de obreros, pero

¹ Véase Antonio Cândido, "Esquema de Machado de Assis", en *Vários Escritos*, São Paulo, Duas Cidades, 1970.

² Para una investigación biográfica minuciosa, véase Jean-Michel Massa, *A Juventude de Machado de Assis*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1971, del cual tomé los datos y muchas de las observaciones de este esbozo. Véase también J. Galante de Souza, "Cronologia de Machado de Assis", en *Revista do Livro*, Río de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, setiembre de 1958, n. 11.

no venía de la nada. Era ahijado de una dama ilustre, con la cual quizá convivió bastante en la infancia; residía en una gran propiedad; además, sus padres sabían leer y escribir y estaban casados por la iglesia, también éste un signo de respetabilidad en un país donde el orden familiar todavía no estaba bien constituido.

Insistimos en estos datos para indicar que las distancias y las estaciones de la carrera social no eran las mismas en Brasil que las de los países desde los que nos llegan las construcciones sociológicas y novelescas que adoptamos. La carrera del brasileño pobre poco tenía que ver con el modelo individualista o "napoleónico", cuyo presupuesto es el orden burgués moderno, modelo que sería decisivo para la novela europea, desde Julien Sorel y Rastignac hasta Raskolnikoff. Si es verdad que la familia Assis había progresado mucho, también es cierto que se había quedado siempre a la sombra de la protección de una gran propiedad. Machado, naturalmente, rompió este vínculo de subordinación, aspecto de su vida que además ocultó cuidadosamente. En compensación, hizo del paternalismo —cuya importancia para la comprensión de la cultura brasileña ya mencionamos— un tema y un problema central en nuestra literatura.

O mejor aún, es inexacto decir que Machado rompía con el paternalismo. En realidad escapaba a la posición de agregado, donde la dependencia pudo haber tenido formas brutales y humillantes. Colocado en una posición más privilegiada, el joven escritor se aplicaría a civilizar y perfeccionar las relaciones paternalistas. Quería depurarlas de su aspecto autoritario y destructivo, en el cual el protegido queda a merced del protector. Aspecto éste que perjudicaba al protector y al país —como lo argumentaron sus primeras novelas— al privarlos de las capacidades de los protegidos más talentosos. Y, de hecho, Machado practicaba el "toma y daca" del paternalismo con insuperable elegancia, la cual luego fue reconocida y admirada por sus encumbrados contemporáneos, quienes no se cansaban de alabar su refinado trato. En cierta forma él, que dependía de ellos, los educaba.

Salvo una excepción, la figura central de las primeras novelas de Machado son muchachas inteligentes y fuertes, nacidas en situación modesta y dependiente. ¿Cómo resolver este "equivoco de la naturaleza"? ¿Debe el protegido obediencia a su benefactor? ¿O no le debe obediencia alguna, puesto que la criatura humana y el amor nacen libres? ¿Tendrá derecho a codiciar los lujos de la gente rica? ¿No será mejor huir de ellos, ya que su acceso depende del favor y por lo tanto de la dependencia personal? En los vaivenes del conflicto se oponen los paternalismos "autoritario" e "ilustrado". La superioridad del último es evidente, y beneficia a las dos partes interesadas: al otorgarle iniciativa y dignidad a los protegidos, les ahorra la humillación del servilismo y civiliza y enriquece a su vez la sociedad de los protectores. En cierto modo Machado justificaba una alianza entre las clases propietarias y los dependientes más dotados.

Insistimos en estos libros porque su problema, obviamente biográfico, permite definir mejor la posición de Machado. El análisis social que ellos desarrollan, al ser inteligente y vigoroso, no pretendía la transformación del orden, sino su perfeccionamiento, además de que ese era un modo de ha-

cerse aceptar y admirar. Se trata de una perspectiva poco apreciada actualmente: hoy no le reconocemos fuerza ni profundidad mental al conformismo.

Para los contemporáneos, esta fuerza era evidente, y no faltaban los comentarios al talento de "Machadito". Este se destacaba notablemente en todas partes. Practicaba la poesía, la crítica literaria y teatral, publicaba crónicas y cuentos, adaptaba teatro del francés, escribía piezas propias, recitaba versos conmemorativos, formaba parte del Conservatorio Dramático, de la Arcadia Fluminense, participaba en campeonatos de ajedrez, en el directorio del Club Beethoven, frecuentaba el teatro lírico para el cual componía libretos, fue candidato a diputado, traducía y escribía novelas. En otras palabras, participaba en grandísima escala de la vida cultural naciente de Río de Janeiro, en un momento en que la creación o existencia de semejante vida parecía a todos más importante que su calidad. Lo que hoy se nos muestra a través del cristal del conformismo, en esa época era algo así como un esfuerzo patriótico de civilización: era necesario que el joven país adquiriese las instituciones y las disciplinas intelectuales que todavía le faltaban, lo que, por otra parte, le abría al joven escritor un camino de ascenso social.

De esta manera puede comprenderse la curiosa mezcla de ambición personal, mérito patriótico y mediocridad artística que caracteriza la primera fase de la producción machadiana, la cual duró hasta sus cuarenta años. La preocupación dominante es la *adquisición* de técnicas y formas, en un sentido que está en las antípodas de lo que modernamente se entiende por arte. En lugar de la intención crítica, la aplicación del buen alumno que merece el aplauso. Sin embargo, servida por la fuerza poco común de Machado, esta misma aplicación algo escolar lleva muy lejos. Sin tener nunca la gracia de la libertad artística, sus trabajos representan una transcripción amplia, variada y elaborada de las actitudes corrientes de la época —dentro de los límites impuestos por la intención edificante—. Pueden leerse con provecho, aunque sin placer. Por lo tanto, cuando el escritor, cerca de los cuarenta años, accede a la visión desengañada que llegaría a ser su marca característica y que lo convertiría en una máxima figura, disponía con toda intimidad del universo mental del cual ahora empezaba a retirarse.

Sería simpático, aunque simplista, ver la transición de la primera a la segunda fase —de la literatura mediocre a la excelente— como el paso del conformismo a la crítica. Si en su segundo período Machado es un escritor sin ilusiones, capaz de percepciones terribles, no es en calidad de crítico sino en la de un hombre que nada esconde. En cierta ocasión, le dijo a un amigo: "¡todo, menos vivir engañado!", frase que define bien su nuevo compromiso con la verdad. Desde el punto de vista social, esta evolución se une al ascenso social de Machado que se había completado. Después de encarar a la sociedad brasileña desde el ángulo del dependiente pobre, que brilla por el discernimiento con que sabe manifestar su aprecio por el orden, derrochando talento con el fin de ser reconocido y preferido por la élite dirigente, el escritor se enfrentará a la misma sociedad desde el ángulo de quien ya está instalado. Llegaba el momento de relativizar lo que ya había obtenido. En lugar de la visión positiva, surge la visión desengañada cuyo propósito no es el de criticar, sino el de conferir el brillo y la tranquilidad de la inteli-

gencia libre: la comprensión de la mecánica social es como un consuelo ante su falta de sentido y ante sus horrores. Todavía aquí Machado hacía un trabajo civilizador, pues su pesimismo daba dignidad y equilibrio al sentimiento de callejón sin salida en que se debatían nuestras élites liberales, esclavócratas y paternalistas. Un arte nihilista, pero no maldito.

Entre 1880 y 1906 Machado escribió cinco novelas y docenas de cuentos que hicieron de él un gran escritor. Es una obra donde Brasil está retratado en profundidad. Sin embargo, es un hecho que estos libros no son la representación directa de ninguna de las grandes corrientes ideológicas que se agitaban en ese momento. No son adeptos de la filosofía determinista (ni positivistas, ni darwinistas, ni monistas, etc.), no son abolicionistas (la abolición de la esclavitud se lleva a cabo en 1888), no son republicanos (la República se proclama en 1889), y no se someten a la escuela literaria del naturalismo triunfante. Y, lo que es peor, tratan de todos estos temas —de unos más, de otros menos— siempre con ironía; con una distancia que los contemporáneos percibían, para lamentar o para considerarla insoportable, nunca para aprobarla, pero que extrañamente no les impedía reconocer la excelencia del escritor. Con el pasar de los años, esta distancia aparece como la expresión misma de su superioridad, de la afinidad profunda de Machado con el proceso brasileño. No será la solución para nuestros males, pero nos proporciona el espectáculo indispensable, y tal vez único en nuestras letras, de un espíritu sin prejuicios y verdaderamente independiente, en un hombre respetuoso de la convención exterior.

ROBERTO SCHWARZ

(Trad. de Margara Russotto.)

ADVERTENCIA

Las notas al texto de *Quincas Borba* distinguidas con número pertenecen al prologoísta, Roberto Schwarz; las señaladas con asterisco son del traductor, Juan García Gayo.





QUINCAS BORBA

PROLOGO A LA TERCERA EDICION

LA SEGUNDA edición de este libro se agotó más rápidamente que la primera. Aquí va ahora la tercera, sin otra alteración que la enmienda de algunos errores tipográficos, tan pocos que, aunque se los conservara, no alterarían el sentido.

Un amigo y cofrade ilustre me ha insistido para que le dé a este libro continuación en otro. "Con las Memorias Póstumas de Brás Cubas, de donde éste provino, harás una trilogía, y la *Softa* de Quincas Borba ocupará exclusivamente la tercera parte". Por un tiempo pensé que eso podía ser, pero rele- yendo ahora estas páginas concluyo que no. *Softa* está toda aquí. Continuarla sería repetirla, y repetir tal vez sería pecado. Creo que fue así como rotularon a éste y a algunos otros libros que fui componiendo a lo largo del tiempo en el silencio de mi vida. Voces hubo, generosas y fuertes, que entonces me defendieron; ya se los agradecí en privado; ahora lo hago cordial y públicamente.

1899

M. DE A.

CAPITULO I

RUBIÓN CONTEMPLABA la ensenada, eran las ocho de la mañana. Quien lo viera, con los pulgares metidos en el cordón de la bata, ante la ventana de un grana casa de Botafogo,* pensaría que admiraba ese pedazo de agua quieta; pero en verdad os digo que pensaba en otra cosa. Cotejaba el pasado con el presente. ¿Qué era él hacía un año? Profesor. ¡Qué es ahora! Capitalista.¹ Se observa, mira las chinelas (unas chinelas de Túnez, que le regaló un amigo reciente, Cristiano Palha), la casa, el jardín, la ensenada, las montañas y el cielo; y todo, desde las chinelas hasta el cielo, todo entra en la misma sensación de propiedad.

—Vean cómo Dios escribe derecho con líneas torcidas —piensa. Si mi hermana Piedad se hubiera casado con Quincas Borba,** tan sólo me habría dado una esperanza colateral. No se casó; ambos murieron, y he aquí que tengo todo para mí: de modo que lo que parecía una desgracia...

* Barrio de Río de Janeiro, junto al mar.

¹ *Capitalista*: En esa época, esta expresión designaba al hombre que vivía de sus rentas.

** *Quincas*: Nombre familiar de Joaquín.

CAPITULO II

¡QUÉ ABISMO existe entre el espíritu y el corazón! El espíritu del ex profesor, avergonzado por aquel pensamiento, dio marcha atrás y buscó otro tema, una canoa que iba pasando; el corazón, sin embargo, se dejó estar, palpitante de alegría. ¿Qué le importaba la canoa ni el remero, que los ojos de Rubión acompañan, bien abiertos? El, el corazón, va diciendo que, puesto que su hermana Piedad tenía que morir, fue mejor que no se casase; podría haber venido un hijo o una hija... ¡Bonita canoa! ¡Mejor así! ¡Qué bien obedece a los remos del hombre! ¡Lo cierto es que ellos están en el cielo!

CAPITULO III

UN CRIADO trajo café. Rubión tomó la taza y, mientras le ponía azúcar, observaba disimuladamente la bandeja, que era de plata labrada. Plata, oro, eran los metales que amaba de corazón; no le gustaba el bronce, pero el amigo Palha le había dicho que era material de valor, y así se explica ese par de figuras que están aquí en la sala, un *Mefistófeles* y un *Fausto*. Sin embargo, si tuviera que elegir, elegiría la bandeja; primor de platería, trabajo fino y acabado. El criado esperaba tieso y serio. Era español; y no sin resistencia Rubión lo había aceptado de manos de Cristiano; por más que le dijo que estaba acostumbrado a sus mulatos¹ de Minas,* y no quería lenguas extranjeras en casa, el amigo Palha insistió, demostrándole la necesidad de tener sirvientes blancos. Rubión cedió contrariado. A su buen criado, que él quería poner en la sala como un pedazo de la providencia, ni siquiera pudo dejarlo en la cocina, donde reinaba un francés, Jean; fue degradado a otros servicios.

—¿Quincas Borba está muy impaciente? —preguntó Rubión mientras bebía el último sorbo de café y lanzando una última mirada a la bandeja.

¹ *Criollos de Minas*: En el Brasil el término criollo significa negro o mulato. Por el contexto se nota que se trata de esclavos. La abolición de la esclavitud sólo se producirá en 1888.

* Estado de Minas Gerais.

—*Me parece que sí.**

—Ya voy a soltarlo.

No fue; se quedó algún tiempo mirando los muebles. Al ver los pequeños grabados ingleses, que pendían de la pared por encima de los dos bronces, Rubión pensó en la bella Sofía, la mujer de Palha; dio unos pasos y fue a sentarse en el *pouf*, en el centro de la sala, con la mirada perdida...

—Fue ella la que me recomendó esos dos cuadritos, cuando andábamos los tres viendo cosas para comprar. ¡Estaba tan bonita! Pero lo que más me gusta de ella son los hombros, que le vi en el baile del coronel. ¡Qué hombros! ¡Parecen de cera; tan tersos, tan blancos! Los brazos también. ¡Oh, los brazos! ¡Qué bien formados!

Rubión suspiró, cruzó las piernas, y golpeó con las borlas de la bata en las rodillas. Sentía que no era enteramente feliz; pero también sentía que no estaba lejos la felicidad completa. Reacomponía con el pensamiento unos modales, unos ojos, unos requiebros sin explicación, a no ser ésta: que ella lo amaba, y que lo amaba mucho. No era viejo; iba a cumplir cuarenta y un años; y, en rigor, representaba menos. Esta observación fue acompañada de un gesto; se pasó la mano por el mentón, afeitado todos los días, cosa que no hacía antes, por economía y por creerlo innecesario. ¡Un simple profesor! Usaba patillas (más tarde se dejó crecer toda la barba), tan suaves, que daba gusto pasar los dedos por ellas... Y recordaba así el primer encuentro, en la estación de Vassouras,¹ donde Sofía y su marido subieron al tren en el mismo vagón en que él venía de Minas; fue allí donde encontró ese par de ojos exhuberantes, que parecían repetir la exhortación del profeta: Todos los que tenéis sed, acercaos a las aguas. No traía ideas adecuadas a la invitación, es cierto; venía con la herencia en la cabeza, el testamento, la sucesión, cosas que es preciso explicar primero a fin de entender el presente y el futuro. Dejemos pues a Rubión en la sala de Botafogo, golpeándose las rodillas con las borlas de la bata y pensando en la bella Sofía. Ven conmigo, lector; vamos a verlo, unos meses antes, a la cabecera de Quincas Borba.

CAPITULO IV

ESTE QUINCAS BORBA, si acaso me hiciste el favor de leer las *Memorias Póstumas de Brás Cubas*, es aquel mismo náufrago de la existencia, que allí aparece, mendigo, heredero inopinado e inventor de una filosofía. Aquí lo tienes

* En español en el original.

¹ *Vassouras*: Ciudad ligada al negocio del café, que llevó a ella la prosperidad y el ferrocarril. Está situada a mitad de camino entre Minas Gerais y Río de Janeiro.

ahora en Barbacena.¹ En cuanto llegó, se enamoró de una viuda, señora de condición mediana y parcos medios de vida; pero tan tímida, que los suspiros del enamorado quedaban sin eco. Se llamaba María de la Piedad. Un hermano de ella, que es el Rubión aquí presente, hizo todo lo posible para casarlos. Piedad se resistió, y se la llevó una pleuresía.

Fue ese breve romance el que ligó a los dos hombres. ¿Sabría Rubión que nuestro Quincas Borba poseía ya ese granito de extravío que un médico una vez creyó descubrirle? Seguramente no; lo tenía por hombre raro. Sin embargo, lo cierto es que el granito no se despegó del cerebro de Quincas Borba, ni antes ni después del mal que lentamente lo devoró. Quincas Borba había tenido allí algunos parientes, que ya en 1867 habían muerto; el último fue el tío que lo dejó como heredero de sus bienes. Rubión terminó siendo el único amigo del filósofo. Dirigía entonces una escuela para niños que cerró para cuidar al enfermo. Antes de ser profesor, había puesto el hombro en algunas empresas que se fueron a pique.

El cargo de enfermero duró más de cinco meses, cerca de seis. Era real el desvelo de Rubión, paciente, risueño, múltiple, atendiendo las órdenes del médico, dando los remedios a las horas indicadas, saliendo a pasear con el enfermo, sin olvidar nada, ni el cuidado de la casa ni la lectura de los diarios, no bien llegaba el correo de la Corte o el de Ouro-Preto.*

—Eres muy bueno, Rubión —suspiraba Quincas Borba.

—¡Valiente hazaña! ¡Como si tú fueras malo!

La opinión declarada del médico era que la enfermedad de Quincas Borba iría desapareciendo lentamente. Un día, nuestro Rubión, al acompañar al médico hasta la puerta de la calle, le preguntó cuál era el verdadero estado del amigo. Oyó que estaba perdido, completamente perdido; pero que lo siguiera animando. ¿Para qué hacerle la muerte más penosa con la certeza...?

—Ah, eso no —atajó Rubión—, para él morir es asunto fácil. ¿No leyó nunca un libro que escribió, hace años; no sé qué diablos de Filosofía...?

—No; pero Filosofía es una cosa, y morir de verdad es otra; adiós.

CAPITULO V

RUBIÓN ENCONTRÓ un rival en el corazón de Quincas Borba, un perro, un lindo perro de tamaño mediano, pelo color de plomo, manchado de negro. Quincas Borba lo llevaba a todas partes, dormían en el mismo cuarto. De

¹ *Barbacena*: Ciudad de Minas Gerais que había sido rica en tiempos de la explotación minera, a mediados del siglo anterior y que ahora estaba en decadencia.

* La Corte estaba en Río de Janeiro. Ouro Preto era, en ese entonces, la capital de Minas Gerais.

mañana, era el perro el que despertaba al amo trepando al lecho, donde cambiaban los primeros saludos. Una de las extravagancias del dueño fue darle su propio nombre; pero eso lo explicaba por dos motivos, uno doctrinario, otro particular.

—Puesto que Humanitas, según mi doctrina, es el principio de la vida y reside en todas partes, existe también en el perro, y éste puede así recibir un nombre de persona, ya sea cristiano o musulmán...

—Bien, pero ¿por qué no darle mejor el nombre de Bernardo? —dijo Rubión con el pensamiento puesto en un rival político de la localidad.

—Este justamente es el motivo particular. Si yo muero antes, como presumo, sobreviviré en el nombre de mi buen perro. Te ríes, ¿no?

Rubión hizo un gesto negativo.

—Pues deberías reírte, mi querido. Porque la inmortalidad es mi lote o mi dote, o como mejor se la llame. Viviré perpetuamente en mi gran libro. Los que sin embargo no supieron leer, llamarán Quincas Borba al perro, y...

El perro, al oír el nombre, corrió hasta la cama. Quincas Borba, conmovido, miró a Quincas Borba:

—¡Mi pobre amigo!, ¡mi buen amigo!, ¡mi único amigo!

—¡Único!

—Discúlpame, tú también lo eres, bien lo sé, y te lo agradezco mucho; pero a un enfermo se le perdona todo. Tal vez esté comenzando mi delirio. Déjame mirarme al espejo.

Rubión le dio el espejo. El enfermo contempló por algunos segundos su cara delgada, la mirada febril con que descubría los suburbios de la muerte, hacia donde caminaba con paso lento pero seguro. Después, con una sonrisa pálida e irónica:

—Todo lo que está aquí fuera corresponde a lo que siento aquí dentro; voy a morir, mi querido Rubión... No gesticules, voy a morir. ¿Y qué es morir, para que te sientas tan espantado?

—Sí, sé que tienes unas filosofías... Pero hablemos de la cena; ¿qué tenemos hoy?

Quincas Borba se sentó en la cama, dejando colgar las piernas, cuya extraordinaria flacura se adivinaba a través de los pantalones.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —dijo Rubión.

—Nada —respondió el enfermo sonriendo—. ¡Unas filosofías! ¡Con qué desdén me dices eso! Repite, anda, quiero oírtelo otra vez. ¡Unas filosofías!

—Pero no es por desdén... ¿Acaso tengo capacidad como para desdeñar filosofías? Sólo digo que tú puedes creer que la muerte no vale nada, porque tendrás razones, principios...

Quincas Borba buscó con los pies las chinelas; Rubión se las acercó; él se las puso y empezó a caminar para estirar las piernas. Acarició al perro y encendió un cigarrillo. Rubión quiso que se abrigara, y le trajo una levita, un chaleco, una bata, un gabán, para elegir. Quincas Borba los rechazó con un gesto. Ahora tenía otro aire; la mirada hacia adentro veía pensar al cerebro. Después de muchos pasos, se detuvo algunos segundos delante de Rubión.

CAPITULO VI

—**PARA QUE** entiendas bien lo que es la muerte y la vida, basta contarte cómo murió mi abuela.

—¿Cómo fue?

—Siéntate.

Rubión obedece, dando a su rostro el mayor interés posible, mientras Quincas Borba seguía caminando.

—Fue en Río de Janeiro —comenzó—, frente a la Capilla Imperial, que entonces era Real, un día de gran fiesta; mi abuela salió, atravesó el atrio para dirigirse a la litera que la esperaba en la Plaza del Palacio. Gente como hormigas. El pueblo quería ver entrar a las grandes señoras en sus lujosos carruajes. En el momento mismo en que mi abuela salía del atrio para ir a su litera, un poco más allá, resulta que una de las bestias de un coche se asustó; la bestia disparó y la otra le imitó, confusión, tumulto, mi abuela cayó, y tanto las mulas como el coche le pasaron por encima. Fue llevada en brazos a una botica de la calle Direita, vino un sangrador, pero ya era tarde; tenía la cabeza rota, una pierna y el hombro partidos, era todo sangre; expiró minutos después.

—Fue realmente una desgracia —dijo Rubión.

—No.

—¿No?

—Oye el resto. He aquí cómo sucedió la cosa. El dueño del coche estaba en el atrio, y tenía hambre, mucha hambre, porque era tarde y había almorzado temprano y poco. Desde allí pudo hacerle señas al cochero; éste fustigó a las mulas para ir a buscar al patrón. El coche, a mitad del camino, encontró un obstáculo y lo derribó; ese obstáculo era mi abuela. El primer acto de esa serie de actos fue un movimiento de conservación: Humanitas tenía hambre. Si en lugar de mi abuela hubiera sido una rata o un perro, seguro que mi abuela no hubiera muerto, pero el hecho es el mismo; Humanitas necesita comer. Si en lugar de una rata o de un perro, hubiera sido un poeta, Byron o Gonçalves Dias,¹ el caso diferiría en el sentido de que hubiera dado material a muchas necrologías; pero el fondo subsistiría. El universo aún no se ha detenido porque le falten algunos poemas muertos en flor en la cabeza de un varón ilustre u oscuro; pero Humanitas (y esto importa sobre todo), Humanitas necesita comer.

Rubión escuchaba, con el alma en suspenso, sinceramente deseoso de entender; pero no llegaba a darse cuenta a qué atribuía el amigo la muerte de la abuela. Seguramente el dueño del coche, por muy tarde que llegara a su casa, no moriría de hambre, mientras que la buena señora murió de verdad, y para siempre. Le explicó como pudo esas dudas, y acabó preguntándole:

—¿Y que Humanitas es ése?

¹ *Gonçalves Dias*: Se trata del mayor poeta del romanticismo brasileño (1823-1864).

—Humanitas es el principio. Pero no, no te digo más, no eres capaz de entender esto, mi querido Rubión; hablemos de otra cosa.

—Hable.

Quincas Borba, que no había dejado de caminar, se detuvo unos instantes.

—¿Quieres ser mi discípulo?

—Quiero.

—Bien, irás entendiendo poco a poco mi filosofía; el día en que la hayas penetrado por completo, ¡ah!, ese día tendrás el mayor placer de la vida, porque no hay vino que embriague como la verdad. Créeme, el Humanitismo es la culminación de las cosas; y yo, que lo formulé, soy el hombre más grande del mundo. Mira, ¿ves cómo mi buen Quincas Borba me está mirando? No es él, es Humanitas...

—¿Pero qué Humanitas es ése?

—Humanitas es el principio. Hay en todas las cosas cierta sustancia recóndita e idéntica, un principio único, universal, eterno, común, indivisible e indestructible, o, para usar el lenguaje del gran Camõens:

*Una verdad que en las cosas anda,
Que vive en lo visible e invisible.*

Pues esa sustancia o verdad, ese principio indestructible, eso es Humanitas. Así le llamo, porque resume el universo y el universo es el hombre. ¿Vas entendiendo?

—Poco; pero, aun así, cómo es que la muerte de tu abuela...

—No hay muerte. El encuentro de dos expansiones, o la expansión de dos formas, puede determinar la supresión de una de ellas; pero, en rigor, no hay muerte, hay vida, porque la supresión de una es la condición de la supervivencia de la otra, y la destrucción no alcanza al principio universal y común. De ahí el carácter conservador y benéfico de la guerra. Imagínate un campo de papas y dos tribus hambrientas. Las papas tan sólo alcanzan para alimentar a una de las tribus, que así adquiere fuerzas para cruzar la montaña e ir a la otra ladera, donde hay papas en abundancia; pero, si las dos tribus se dividen en paz las papas del campo, no llegan a alimentarse suficientemente y mueren de inanición. La paz, en este caso, es la destrucción; la guerra es la conservación. Una de las tribus extermina a la otra y recoge los despojos. De ahí la alegría de la victoria, los himnos, aclamaciones, recompensas públicas y todos los demás efectos de las acciones bélicas. Si la guerra no fuera eso, tales demostraciones no llegarían a darse, por el motivo real de que el hombre sólo conmemora y ama lo que le es agradable o ventajoso, y por el motivo racional de que ninguna persona canoniza una acción que virtualmente la destruye. Al vencido, odio o compasión; al vencedor, las papas.

—Pero, ¿y la opinión del exterminado?

—No hay exterminado. Desaparece el fenómeno; la sustancia es la misma. ¿Nunca viste hervir el agua? Has de recordar que las burbujas se hacen y se deshacen continuamente, y todo queda en la misma agua. Los individuos son esas burbujas transitorias.

—Bien; la opinión de la burbuja...

—La burbuja no tiene opinión. Aparentemente, ¿existe algo más triste que una de esas terribles pestes que devastan un punto del globo? Y, sin embargo, ese supuesto mal es un beneficio, no sólo porque suprime los organismos débiles, incapaces de resistencia, sino porque da lugar a la observación, al descubrimiento de la droga curativa. La higiene es hija de seculares podredumbres; se la debemos a millones de corrompidos e infectos. Nada se pierde, todo es ganancia. Repito, las burbujas quedan en el agua. ¿Ves este libro? Es *Don Quijote*. Si yo destruyo mi ejemplar, no elimino la obra que continúa eterna en los ejemplares subsistentes y en las ediciones posteriores. Eterna y bella, bellamente eterna, como este mundo divino y superdivino.

CAPITULO VII

QUINCAS BORBA se calló, exhausto, y se sentó jadeante. Rubión acudió llevándole agua y pidiéndole que se acostara para reposar; pero el enfermo, a los pocos minutos, respondió que no era nada. Había perdido la costumbre de hacer discursos, eso era lo que pasaba. Y, apartando con el gesto a Rubión, para poder mirarlo sin esfuerzo, emprendió una brillante descripción del mundo y de sus excelencias. Mezcló ideas propias y ajenas, toda suerte de imágenes, idílicas, épicas, a punto tal que Rubión se preguntaba cómo era posible que un hombre cercano a la muerte pudiera tratar tan brillantemente aquellos asuntos.

—Ve a descansar un poco.

Quincas Borba reflexionó.

—No, voy a dar un paseo.

—Ahora no; estás muy cansado.

—¡Qué va! Ya pasó.

Se levantó, y puso paternalmente las manos sobre los hombros de Rubión.

—¿Eres mi amigo?

—¡Qué pregunta!

—Dímelo entonces.

—Tanto o más que este animal —respondió Rubión, en un arrebato de ternura.

Quincas Borba le estrechó las manos.

—Bueno.

CAPITULO VIII

AL DÍA SIGUIENTE, Quincas Borba se despertó con la resolución de ir a Río de Janeiro; regresaría al cabo de un mes, tenía ciertos negocios... Rubión quedó estupefacto. ¿Y la enfermedad, y el médico? El enfermo respondió que el médico era un charlatán, y que la enfermedad necesitaba distraerse lo mismo que la salud. Enfermedad y salud eran dos carozos del mismo fruto, dos estados de Humanitas.

—Voy por algunos asuntos personales —concluyó el enfermo—, y tengo, además de eso, un plan tan sublime que ni siquiera tú podrías entenderlo. Discúlpame esta franqueza; pero prefiero ser franco contigo a serlo con cualquier otra persona.

Rubión confió que, con el tiempo, este proyecto se olvidara, como tantos otros; pero se equivocó. Aparte, el enfermo parecía, en verdad, estar mejorando; no se quedaba en cama, salía a la calle, escribía. Al cabo de una semana mandó llamar al escribano.

—¿Escribano? —repitió el amigo.

—Sí, quiero hacer mi testamento. O vamos allá los dos...

Fueron los tres, porque el perro no dejaba partir al amo y señor sin acompañarlo. Quincas Borba hizo el testamento, con las formalidades de estilo, y regresó tranquilo a casa. Rubión sentía a su corazón latir violentamente.

—Está claro que no te dejo ir solo a la Corte —le dijo al amigo.

—No, no es necesario. Además, Quincas Borba no va, y no lo confío a otra persona más que a ti. Dejo la casa como está. Dentro de un mes estaré de vuelta. Me voy mañana; no quiero que él presienta mi partida. Cuidalo, Rubión.

—Lo cuidaré, sí.

—Lo juras?

—Por esta luz que me alumbra. ¿Acaso soy una criatura?

—Dale leche a las horas apropiadas, todas las comidas de costumbre, y los baños; y cuando salgas a pasear con él cuida que no se escape. No, lo mejor es que no salga... no salga...

—Ve tranquilo.

Quincas Borba lloraba por el otro Quincas Borba. No quiso verlo al partir. Lloraba de veras, lágrimas de locura o de cariño; fueran lo que fueran, iba dejándolas por la buena tierra de Minas, como el postrer sudor de un alma oscura a punto de caer en el abismo.

CAPITULO IX

HORAS DESPUÉS, Rubión tuvo un pensamiento horrible. Podrían creer que él mismo había incitado al amigo al viaje, con el fin de matarlo más rápidamente y entrar en posesión del legado, si es que en realidad estaba incluido en el testamento. Sintió remordimientos. ¿Por qué no empleó todas sus fuerzas para retenerlo? Vio el cadáver de Quincas Borba, pálido, hediondo, clavándole una mirada vengativa; resolvió, si acaso el fatal desenlace se produjera en el viaje, desistir del legado.

Por su parte el perro vivía olfateando, gimiendo, queriendo escaparse; no podía dormir tranquilo, se levantaba muchas veces durante la noche, recorría la casa y se volvía a su rincón. Por la mañana Rubión lo llamaba a la cama y el perro acudía alegre; imaginaba que era su dueño; después veía que no era, pero aceptaba las caricias y le hacía otras, como si Rubión tuviera que llevar las suyas al amigo o traerlo hasta allí. Además, también se le había encariñado, y para él eso era el puente que lo ligaba a la existencia anterior. No comió durante los primeros días. Como soportaba menos la sed que el hambre, Rubión pudo lograr que bebiera leche; fue la única alimentación por algún tiempo. Después pasaba las horas callado, triste, enroscado en sí mismo, o si no con el cuerpo estirado y la cabeza entre las patas.

Cuando el médico volvió quedó asombrado de la temeridad del enfermo; debía haberle impedido salir; la muerte era segura.

—¿Segura?

—Tarde o temprano. ¿Se llevó al dichoso perro?

—No, señor, está conmigo; pidió que lo cuidara y lloró, mire que lloró como si nunca fuera a parar. La verdad es —agregó Rubión para defender al enfermo—, la verdad es que el perro merece la estima del dueño: parece gente.

El médico se sacó el ancho sombrero de paja para arreglarle la cinta; después sonrió. ¿Gente? ¿Así que entonces parecía gente? Rubión insistía, después explicaba; claro que no era gente como la demás gente, pero tenía cosas de sentimiento y hasta de juicio.

—Mire, le voy a contar una...

—No, hombre, no, después, después; voy a ver a un enfermo de erisipela... Si llegan cartas de él, y no son reservadas, deseo verlas, ¿eh? Y saludos al perro —concluyó al salir.

Algunas personas comenzaron a mofarse de Rubión y de la singular responsabilidad de cuidar un perro en lugar de ser el perro el que lo cuidara a él. Estallaban las carcajadas, llovían los apodos. ¡En qué había terminado el profesor! ¡Guardián de un perro! Rubión tenía miedo de la opinión pública. En efecto, le parecía ridículo; huía ante las miradas extrañas, veía con fastidio al animal, se enfurecía consigo mismo, renegaba de la vida. Si no tuviera la esperanza de un legado, por pequeño que fuese... Era imposible que no le dejara un recuerdo.

CAPITULO X

SIETE SEMANAS después llegó a Barbacena esta carta fechada en Río de Janeiro, de puño y letra de Quincas Borba:

"Mi querido señor y amigo,

"Habrás extrañado mi silencio. No te escribí por ciertos motivos particulares, etc. Volveré pronto; pero quiero comunicarte desde ya un asunto reservado, reservadísimo.

"¿Quién soy yo, Rubión? Soy San Agustín. Sé que te reirás, porque eres un ignorante, Rubión; nuestra intimidad me permitiría decirte palabras más crudas, pero te hago esta concesión, que es la última. ¡Ignorante!

"Oye, ignorante. Soy San Agustín; descubrí esto anteayer: oye y cállate. Todo coincidía en nuestras vidas. El santo y yo pasamos una parte del tiempo en los deleites y en la herejía, pues yo considero herejía todo lo que no es mi doctrina de Humanitas; ambos robamos, él, de pequeño, unas peras de Cartago, yo, ya muchacho, un reloj de mi amigo Brás Cubas. Nuestras madres eran religiosas y castas. En fin, él pensaba, como yo, que todo lo que existe es bueno, y así lo demuestra en el capítulo XVI, libro VII, de las *Confesiones*, con la diferencia de que, para él, el mal es una desviación de la voluntad, ilusión propia de un siglo atrasado, concesión al error, puesto que el mal ni siquiera existe y sólo la primera afirmación es verdadera; todas las cosas son buenas, *omnia bona*, y adiós.

"Adiós, ignorante. No cuentes a nadie lo que te acabo de confiar si no quieres perder las orejas. Cállate, espera, y agradece la buena fortuna de tener por amigo a un gran hombre como yo, aunque no me comprendes. Habrás de comprenderme. En cuanto regrese a Barbacena te daré en términos claros, simples, adecuados al entendimiento de un asno, la verdadera noción del gran hombre. Adiós; recuerdos a mi pobre Quincas Borba. No te olvides de darle leche; leche y baños; adiós, adiós... Tuyo de corazón

QUINCAS BORBA."

Rubión apenas podía sostener el papel entre los dedos. Pasados algunos segundos, advirtió que podía ser una broma del amigo y releyó la carta; pero la segunda lectura confirmó la primera impresión. No había duda; estaba loco. ¡Pobre Quincas Borba! Así que las rarezas, la frecuente alteración del humor, los ímpetus sin motivo, las ternuras desproporcionadas no eran más que preanuncios de la ruina total del cerebro. Moría antes de morir. ¡Tan bueno! ¡Tan alegre! Tenía impertinencias, es cierto; pero la enfermedad las explicaba. Rubión se secó los ojos húmedos de emoción. Después, llegó el recuerdo del posible legado y esto lo afligió aún más, al demostrarle qué buen amigo iba a perder.

Todavía quiso leer una vez más la carta, ahora despacio, analizando las palabras, descomponiéndolas para ver bien el sentido y descubrir si realmente era una broma de filósofo. Ese modo de insultarlo bromeando le era conocido; pero el resto confirmaba la sospecha del desastre. Ya casi al final se detuvo avergonzado. ¿Podría ocurrir que, probada la alienación mental del testador, quedara anulado el testamento, y perdido el legado? Rubión sintió un vértigo. Estaba todavía con la carta abierta en las manos cuando vio aparecer al doctor que venía por noticias del enfermo; el empleado del correo le había dicho que acababa de llenar una carta. ¿Era ésa?

—Es ésta, pero...

—¿Tiene algún asunto reservado...?

—Justamente, trae un asunto reservado, reservadísimo; negocios personales. ¿Me permite?

Diciendo esto Rubión metió la carta en el bolsillo; el médico se fue y él respiró. Había escapado al peligro de divulgar tan serio documento, por el cual podía probarse el estado mental de Quincas Borba. Minutos después se arrepintió, debía haber entregado la carta, sintió remordimientos, pensó en mandarla a casa del médico. Llamó a un esclavo; cuando éste acudió ya él había cambiado otra vez de idea; consideró que era imprudencia; el enfermo volvería pronto —de ahí a unos días—, preguntaría por la carta, lo acusaría de indiscreto, de delator... Remordimientos fáciles, de poca duración.

—No quiero nada —dijo al esclavo. Y otra vez pensó en el legado. Calculó la suma. Menos de diez contos,* no. Compraría un pedazo de tierra, una casa, cultivaría esto o aquello, o buscaría oro. Lo peor sería si era menos, cinco contos... ¿Cinco? Era poco; pero, en fin, tal vez no fuera más que eso. Aunque fuesen cinco, era un arreglo menor, pero era mejor que nada. Cinco contos... Peor sería si el testamento quedase anulado. ¡Bah, cinco contos!

CAPITULO XI

AL COMIENZO de la semana siguiente, al recibir los diarios de la Corte ** (todavía suscritos por Quincas Borba) Rubión leyó esta noticia en uno de ellos:

"Falleció anoche el Señor Joaquín Borba dos Santos, habiendo soportado la enfermedad con singular filosofía. Era hombre de mucho saber y se empeñaba en batallar contra ese pesimismo amarillo y raquíptico que algún día

* Conto de réis: Valor monetario, hasta las primeras décadas de este siglo, en Brasil.

** Nombre dado también a la capital de Brasil —en ese entonces Río de Janeiro— y donde residía el emperador Pedro II.

llegará hasta aquí: es la enfermedad del siglo. Sus últimas palabras fueron que el dolor era una ilusión y que Pangloss no era tan tonto como aseguraba Voltaire... Ya entonces deliraba. Deja muchos bienes. El testamento está en Barbacena."

CAPITULO XII

— ¡ACABÓ DE SUFRIR! —suspiró Rubión.

En seguida, leyendo con cuidado la noticia, vio que hablaba de un hombre que era apreciado, considerado, a quien se le atribuía una polémica filosófica. Ninguna alusión a la demencia. Al contrario, el final decía que en los últimos momentos deliraba por efecto de la enfermedad. ¡Menos mal! Rubión leyó nuevamente la carta y la hipótesis de la broma le pareció otra vez más verosímil. Aceptó que Quincas Borba tenía gracia; con seguridad, quiso burlarse; usó a San Agustín como usaría a San Ambrosio o a San Hilario, y escribió una carta enigmática para confundirlo, hasta regresar y reírse del engaño. ¡Pobre amigo! Estaba sano, sano y muerto. Sí, ya no padecía nada. Viendo al perro, suspiró:

— ¡Pobre Quincas Borba! Si pudiera saber que el amo murió...

Después se dijo:

— Ahora que ya se acabó la obligación, voy a dárselo a la comadre Angélica.

CAPITULO XIII

LA NOTICIA corrió por la ciudad, el cura, el farmacéutico de la casa, el médico, todos trataron de saber si era verdadera. El empleado del correo, que la había leído en los diarios, llevó personalmente a Rubión una carta que había llegado para él; podía ser del finado, aunque la letra del sobre fuese otra.

—¿Entonces, al final el hombre estiró la pata? —dijo mientras Rubión abría la carta, buscaba la firma y leía: Brás Cubas. Era una simple esquela:

"Mi pobre amigo Quincas Borba falleció ayer en mi casa, donde había aparecido hace tiempo harapiento y sucio: secuelas de la enfermedad. Antes de morir me pidió que le escribiese, que le diera particularmente esta noticia y muchas gracias; que el resto se haría según las prácticas forenses."

Las gracias hicieron palidecer al profesor; pero las prácticas forenses le devolvieron la sangre. Rubión cerró la carta sin decir nada; el empleado habló de otras cosas y después salió. Rubión ordenó a un esclavo que llevara el perro a su comadre Angélica, diciéndole que, como a ella le gustaban los animales, ahí tenía uno más; que lo tratara bien, porque estaba acostumbrado a eso; y finalmente que el nombre del perro era el mismo que el del dueño, ahora muerto, Quincas Borba.

CAPITULO XIV

CUANDO EL testamento fue abierto Rubión casi se cayó de espaldas. Adivináis el por qué. Era nombrado heredero universal del testador. Ni cinco, ni diez, ni veinte contos, sino todo, el capital entero, especificados los bienes, casas en la Corte, una en Barbacena, esclavos, títulos, acciones del Banco de Brasil y de otras instituciones, joyas, dinero en efectivo, libros, todo pasaba finalmente a manos de Rubión, sin desvíos, sin legados a nadie más, ni limosnas, ni deudas. Una sola condición había en el testamento: la de que el heredero conservara a su pobre perro Quincas Borba, nombre que le dio debido al gran cariño que le tenía. Exigía al designado Rubión que lo tratara como si fuese al testador mismo, no ahorrando nada en su beneficio, resguardándolo de enfermedades, de fugas, de robo o de muerte que le quisieran dar por maldad; cuidándolo, finalmente, como si no fuese perro sino persona humana. De la misma forma, le imponía la condición, cuando muriera el perro, de darle sepultura decente en terreno propio, que cubriría de flores y plantas olorosas; y además desenterraría los huesos del mencionado perro cuando llegara el momento oportuno y los guardaría en una urna de madera preciosa para depositarlos en el lugar más destacado de la casa.

CAPITULO XV

TAL ERA LA cláusula. Rubión la encontró natural, ya que sólo había tenido pensamiento para ocuparse de la herencia. Esperaba una parte, y en el testamento le salió la totalidad de los bienes. No podía terminar de creerlo; fue necesario que le estrecharan mucho las manos, con fuerza, la fuerza de las felicitaciones, para no suponer que era mentira.

—Sí, señor, se anotó usted un tanto —le decía el dueño de la farmacia que le había administrado los remedios a Quincas Borba.

Heredero ya era mucho decir; pero universal... Esta palabra le inflaba las mejillas a la herencia. Heredero de todo, ni un alfiler menos. ¿Y cuánto sería todo?, pensaba. Casas, títulos, acciones, esclavos, ropa, vajilla, algunos cuadros que tendría en la Corte porque era hombre de mucho gusto y manejaba cuestiones de arte con gran conocimiento. ¿Y libros?, debía de tener muchos libros, citaba a muchos de ellos. ¿Pero en cuánto andaría todo? ¿Cien contos? Tal vez doscientos. Era posible; no sería raro que fueran trescientos. ¡Trescientos contos! ¡trescientos! Y Rubión sentía impulsos de bailar en la calle. Después se calmaba; aunque fueran doscientos, o cien, era un sueño que Nuestro Señor le otorgaba, pero un sueño largo, de nunca acabar.

El recuerdo del perro afloró en el torbellino de pensamientos que andaban por la cabeza de nuestro hombre. A Rubión le parecía natural la cláusula, pero innecesaria, porque él y el perro eran dos amigos, y nada más lógico que estuvieran juntos para recordar al tercer amigo, el extinto, el autor de la felicidad de ambos. Había, sin duda, unas particularidades en la cláusula, una historia de cierta urna y no sabía qué más; pero todo habría de cumplirse, aunque el cielo se viniera abajo... No, con la ayuda de Dios, corregía. ¡Buen perro!, ¡perro excelente!

Rubión no olvidaba que muchas veces había intentado enriquecerse con empresas que murieron en flor. En aquel tiempo se tuvo por un desgraciado, un *caipora*,* cuando la verdad era que "más vale a quien Dios ayuda, que el que temprano madruga". Ya era imposible enriquecerse más de lo que estaba.

—¿Imposible? —exclamó en voz alta—. Imposible le es a Dios pecar. Dios no falta a quien promete.

Así iba, bajando y subiendo las calles de la ciudad, sin encaminarse a su casa, sin rumbo fijo, con el corazón latiendo aceleradamente. De repente le surgió este grave problema: ¿iría a vivir en Río de Janeiro o se quedaría en Barbacena? Sentía tentaciones de quedarse, de brillar donde oscurecía, de "hacer quedar con la boca abierta" a los que antes no le hacían caso, y principalmente a quienes se reían de la amistad de Quincas Borba. Pero surgía en seguida la imagen de Río de Janeiro, que él ya conocía, con sus

* *Caipora*: Ente fabuloso de la mitología indígena brasileña, que da mala suerte a quienes lo encuentran.

hechizos, su movimiento, teatros por todas partes y muchachas bonitas "vestidas a la francesa". Resolvió que eso era lo mejor; podría volver muchas, muchas veces a la ciudad natal.

CAPITULO XVI

—¡QUINCAS BORBA! ¡Quincas Borba!, ¡eh! ¡Quincas Borba! —vociferó al entrar en casa.

Nada de perro. Sólo entonces recordó que lo había regalado a su comadre Angélica. Corrió hasta la casa de la comadre, que quedaba lejos. En el camino se le ocurrieron todas las ideas desagradables, y algunas extraordinarias. Una idea desagradable era que el perro hubiese huido. Otra extraordinaria era que algún enemigo, enterado de la cláusula y del regalo, hubiese ido a la casa de la comadre a robar el perro, a esconderlo o matarlo. En ese caso, la herencia... Le pasó una nube por los ojos; después comenzó a ver más claro.

—No entiendo de cuestiones jurídicas —pensaba—, pero me parece que no tengo nada que ver con eso. La cláusula supone al perro vivo o en casa; pero si huye o muere, no se va a inventar un perro; en consecuencia, la intención principal... Pero mis enemigos son capaces de cualquier triquiñuela. No cumplida la cláusula...

Aquí la frente y el dorso de las manos de nuestro amigo se volvieron agua. Otra nube pasó ante sus ojos. Y el corazón le latía rápido, rápido. La cláusula comenzaba a parecerle extravagante. Rubión se encomendaba a los santos, prometía misas, diez misas... Pero ahí estaba la casa de su comadre. Rubión apresuró el paso; vio a alguien; ¿era ella?, sí, era ella, apoyada en la puerta y riéndose.

—¿Qué aspecto tan raro trae usted, compadre? Medio aturdido, agitando los brazos.

CAPITULO XVII

—COMADRE, ¿EL PERRO? —preguntó Rubión con indiferencia, pero pálido.

—Entre y siéntese —respondió ella—. ¿Qué perro?

—¿Qué perro? —reiteró Rubión cada vez más pálido—. Pues el que le

mandé. ¿No se acuerda que le mandé un perro para que se quedara unos días aquí, descansando, a ver si...?, en fin, un animal muy querido. No es mío. Vengo para... ¿Pero no se acuerda?

—¡Ah! ¡No me hable de ese bicho! —respondió ella apresurando las palabras.

Era pequeña, temblaba por cualquier cosa, y cuando se apasionaba se le hinchaban las venas del cuello. Repitió que ni le hablase del bicho.

—Pero ¿qué le hizo, comadre?

—¿Qué me hizo? ¿Qué iba a hacerme el pobre animal? No come nada, no bebe, llora que parece un cristiano y anda todo el día mirando para afuera, tratando de escapar.

Rubión respiró. Ella siguió contando los trastornos del perro; él, ansioso, quería verlo.

—Está allá en el fondo, en el corral grande; está solo para que los otros no lo molesten. ¿Pero el compadre vino a buscarlo? No fue eso lo que me dijeron. Me pareció entender que era para mí, que era regalado.

—Le daría cinco o seis, si pudiera —respondió Rubión—. Pero no éste; soy apenas su depositario. Pero no se preocupe, le prometo una cría. Créame que le dieron mal el recado.

Rubión iba caminando; la comadre, en lugar de guiarlo, lo acompañaba. Ahí estaba el perro, dentro del corral, echado lejos de un tacho de comida. Perros, aves, saltaban por todos lados; a un lado había un gallinero; más lejos, cerdos; más lejos aún, una vaca echada, soñolienta, con dos gallinas cerca que le picoteaban la barriga arrancándole garrapatas.

—¡Mire mi pavo real! —decía la comadre.

Pero Rubión tenía los ojos en Quincas Borba, que olfateaba impaciente y que se le vino encima en cuanto un negrito abrió la puerta del corral. Fue una escena delirante; el perro devolvía las caricias de Rubión, ladrando, saltando, besándole las manos.

—¡Dios mío! ¡Qué amistad!

—Ni se imagina, comadre. Adiós, le prometo una cría.

CAPITULO XVIII

RUBIÓN Y EL perro, al entrar en casa, sintieron, oyeron la persona y las voces del finado amigo. Mientras el perro olisqueaba por todas partes, Rubión fue a sentarse en la silla donde estuvo cuando Quincas Borba le narró la muerte de la abuela con explicaciones científicas. Su memoria recompuso, aunque con

desorden y desvaidamente, los argumentos del filósofo. Por primera vez reparó en la alegoría de las tribus hambrientas y comprendió la conclusión: "¡Al vencedor, las papas!". Oyó nítidamente la voz algo ronca del finado exponiendo la situación de las tribus, la lucha y la razón de la lucha, el exterminio de una y la victoria de la otra, y murmuró bajito:

— ¡Al vencedor, las papas!

¡Tan simple! ¡Tan claro! Se miró los pantalones de algodón gastado y su chaleco zurcido, y notó que hasta hacía poco había sido, por así decirlo, un exterminado, una burbuja; pero que ahora no, era un vencedor. No cabía duda; las papas se habían hecho para la tribu que elimina a la otra a fin de cruzar la montaña e ir a buscar las papas del otro lado. Justamente su caso. Iba a bajar de Barbacena para arrancar y comer las papas de la capital. Le correspondía ser duro e implacable, era poderoso y fuerte. Y levantándose de golpe, alborozado, alzó los brazos exclamando:

— ¡Al vencedor, las papas!

Le gustaba la fórmula, la encontraba ingeniosa, sintética y elocuente, además de verdadera y profunda. Imaginó las papas en sus diversas formas, las clasificó por el sabor, por el aspecto, por el poder nutritivo, se hartó de antemano del banquete de la vida. Era tiempo de acabar con las raíces pobres y secas, que tan sólo engañaban el estómago, triste comida de largos años; ahora lo abundante, lo sólido, lo perpetuo, comer hasta morir, y morir en colchas de seda, que es mejor que en andrajos. Y volvía a la afirmación de ser duro e implacable y a la fórmula de la alegoría. Llegó a conocer, en su imaginación, un sello para su uso, con este lema: AL VENCEDOR, LAS PAPAS.

Olvidó el proyecto del sello; pero la fórmula vivió en el espíritu de Rubión durante algunos días: ¡Al vencedor, las papas! No la había comprendido antes del testamento; al contrario, vimos que la encontró oscura y sin explicación. Así de cierto es que el paisaje depende del punto de vista, y que el mejor modo de apreciar el látigo es tenerlo sujeto por el cabo.

CAPITULO XIX

NO HAY QUE olvidar un hecho: Rubión se decidió a mandar decir una misa por el alma del finado, aunque supiera o presintiera que no era católico. Quincas Borba no hacía bromas acerca de los curas, ni despreciaba las doctrinas católicas; pero no hablaba ni de la Iglesia ni de sus servidores. Por

otra parte, la veneración de Humanitas hacía desconfiar al heredero de que ésa fuera la religión del testador. No obstante, hizo decir la misa, considerando que no era un acto voluntario del muerto sino una oración de vivos; consideró además que sería un escándalo en la ciudad si él, nombrado heredero por el difunto, dejara de dar a su protector los sufragios que no se niegan ni a los más miserables y avaros de este mundo.

Si algunas personas dejaron de comparecer para no asistir a la gloria de Rubión, muchas otras fueron —y no de la plebe— y observaron la verdadera compunción del antiguo maestro de escuela.

CAPITULO XX

RESUELTOS LOS preliminares para la liquidación de la herencia, Rubión trató de ir a Río de Janeiro, donde se instalaría en cuanto todo estuviera terminado. Había trámites que hacer en ambas ciudades; pero las cosas prometían ir de prisa.

CAPITULO XXI

EN LA ESTACIÓN de Vassouras subieron al tren Sofia y su marido, Cristiano de Almeida y Palha. Este era un mocetón de treinta y dos años; ella andaba entre los veintisiete o veintiocho. Fueron a sentarse en los dos bancos frente al de Rubión, acomodaron las cestitas y paquetes de regalos que traían de Vassouras, adonde habían ido a pasar una semana; se abotonaron los guardapolvos y cambiaron algunas palabras en voz baja.

Después que el tren comenzó andar, Palha reparó en Rubión, cuyo rostro, entre tanta gente de aspecto ceñudo o aburrido, era el único plácido y satisfecho. Cristiano fue el primero en trabar conversación, diciéndole que los

viajes de ferrocarril cansaban mucho, a lo que Rubión respondió que sí; para quien estaba acostumbrado al lomo de burro, agregó, el ferrocarril cansaba y no tenía ninguna gracia; no se podía negar, sin embargo, que era un progreso.

—Así es —concordó Palha—. Progreso y grande.

—¿Usted es agricultor?

—No, señor.

—¿Vive en la ciudad?

—¿En Vassouras? No; vinimos aquí a pasar una semana. Vivo en la Corte. No serviría para agricultor, aunque me parezca una actividad buena y honrada.

De la agricultura pasaron a la ganadería, a la esclavitud y a la política. Cristiano Palha maldijo al gobierno, que había introducido en el reciente mensaje imperial una palabra relativa a la propiedad servil;¹ pero, con gran asombro suyo, Rubión no compartió su indignación. Tenía el proyecto de vender los esclavos que el testador le había dejado, salvo un ayudante; si llegara a perder algo, el resto de la herencia cubriría la diferencia. Por otra parte, el mensaje imperial, que él también había leído, ordenaba respetar la propiedad actual. ¿Qué le importaban los futuros esclavos si no los compraría? El ayudante sería liberado no bien él entrara en posesión de los bienes. Palha cambió de tema, y pasó a la política, a las cámaras, a la guerra del Paraguay, todos asuntos generales a los que Rubión atendía más o menos. Solamente Sofía escuchaba; movía tan sólo los ojos, que sabía bonitos, clavándolos ya en el marido, ya en el interlocutor.

—¿Va a quedarse en la Corte o vuelve para Barbacena? —preguntó Palha al cabo de veinte minutos de conversación.

—Mi deseo es quedarme y me quedaré —contestó Rubión—, estoy cansado de la provincia; quiero gozar de la vida. Puede ser que vaya a Europa, pero todavía no sé.

Los ojos de Palha brillaron instantáneamente.

—Hace muy bien; yo haría lo mismo si pudiese; por ahora no puedo. Probablemente ya anduvo usted por allá.

—No fui nunca. Es por eso que se me ocurrieron esas ideas al salir de Barbacena. ¡Santo cielo!, hace falta que uno se sacuda la pereza. No sé todavía cuándo será, pero he de...

—Tiene razón. Dicen que allá hay muchas cosas espléndidas; no es extraño, son más viejos que nosotros; pero ya llegaremos; y hay cosas en las que estamos a la par con ellos y hasta por encima. Nuestra Corte, no digo que pueda competir con París o Londres, pero es bonita, veré...

—Ya la vi.

—¿Ya?

—Hace muchos años.

—La encontrará mejor ahora; ha hecho grandes progresos. Después, cuando vaya a Europa...

¹ *Propiedad servil*: La posición de la corona, comprometida en la abolición de la esclavitud, se prestaba a la controversia de intereses.

—¿Usted ya fue a Europa? —interrumpió Rubión dirigiéndose a Sofía.

—No, señor.

—Olvidé presentarle a mi mujer —se apresuró a decir Cristiano.

Rubión se inclinó respetuosamente y, volviéndose hacia el marido, le dijo sonriendo:

—Pero, ¿no me presenta a mí?

Palha sonrió también; advirtió que ninguno de los dos sabía el nombre del otro y se apresuró a decir el suyo.

—Cristiano de Almeida y Palha.

—Pedro Rubión de Alvarenga; pero todos me llaman Rubión.

El intercambio de nombres los puso aún más a gusto. Sofía no intervino, sin embargo, en la conversación; dio rienda suelta a los ojos, que se dejaron ir a su gusto, libremente. Rubión hablaba, risueño, y oía con atención las palabras de Palha, agradecido por la amistad con que lo trataba un joven que nunca había visto. Llegó a decirle que bien podían ir juntos a Europa.

—¡Oh! Yo no podré ir en estos próximos años —respondió Palha.

—Tampoco yo digo ahora; no iré tan pronto. Fue un simple deseo, sin plazo, que me vino cuando salí de Barbacena; iré, no hay duda, pero más adelante, cuando Dios quiera.

Palha replicó rápidamente:

—¡Ah! Yo, cuando digo que sólo de aquí a unos años, también tengo en cuenta que la voluntad de Dios puede ordenar lo contrario. ¿Quién sabe si de aquí a unos meses? La Divina Providencia es la que ordena lo mejor.

El gesto que acompañó estas palabras era convincente y piadoso; pero ni Sofía lo vio (se miraba los pies), ni el propio Rubión escuchó las últimas palabras. Nuestro amigo estaba loco por decir la causa que lo traía a la capital. La confianza le quemaba la boca, ansioso de volcarla en el oído del compañero de viaje, y sólo la retenía por un resto de escrúpulo, ya débil. ¿Y por qué retenerla, si no era un crimen, si iba a ser un asunto público?

—Tengo que ocuparme primero de una sucesión —murmuró finalmente.

—¿Su señor padre?

—No, un amigo. Un gran amigo que se acordó de nombrarme su heredero universal.

—¡Ah!

—Universal. Créame: hay amigos en este mundo, pero como aquél, pocos. Aquello era oro puro. ¡Y qué cabeza!, ¡qué inteligencia!, ¡qué instrucción! Viví enfermo los últimos tiempos, de ahí le sobrevino alguna impaciencia, algunos caprichos. Usted sabe, ¿no?, rico y enfermo, sin familia, tenía naturalmente exigencias... Pero era oro puro, oro de ley. Aquello que estimaba, lo estimaba a fondo. Eramos amigos, y nunca me dijo nada. Y un buen día, cuando murió, se abrió el testamento y me encontré con todo. Es verdad. ¡Heredero universal! Mire que no hay en el testamento un solo legado para otra persona. Tampoco tenía parientes. El único pariente que tendría sería yo si él se hubiera llegado a casar con una hermana mía, que murió, ¡la pobre! Quedó sólo como amigo; pero él supo ser amigo, ¿no le parece?

—Seguramente —afirmó Palha.

Ya los ojos de éste no sólo brillaban, sino que fulguraban profundamente. Rubión se había metido en un monte espeso donde le cantaban todos los pajaritos de la fortuna; se regodeaba hablando de la herencia; confesó que todavía no sabía la suma total, pero podía calcular aproximadamente...

—Lo mejor es no calcular nada —lo interrumpió Cristiano—. ¿Nunca será menos de cien contos?

¡Upa!

—Pues de ahí para arriba, y a esperar calladito. Y, otra cosa...

—Creo que no menos de trescientos...

—Otra cosa. No repita su caso a personas desconocidas. Le agradezco la confianza que le merecí, pero no se exponga al primer encuentro. Discreción y caras serviciales no siempre andan juntas.

CAPITULO XXII

LLEGADOS A LA estación de la Corte se despidieron casi familiarmente. Palha ofreció su casa en Santa Teresa; el ex profesor iba a la Hostería Unión, y prometieron visitarse.

CAPITULO XXIII

AL DÍA SIGUIENTE Rubión estaba ansioso por tener cerca suyo al reciente amigo del ferrocarril, y decidió ir a Santa Teresa esa tarde; pero fue el propio Palha quien lo buscó esa misma mañana. Iba a saludarlo, a ver si estaba bien allí o si prefería su casa, que quedaba en lo alto. Rubión no aceptó la casa, pero aceptó el abogado, un pariente político de Palha que éste le indicó como uno de los más destacados, a pesar de ser muy joven.

—Es cosa de aprovecharlo ahora, mientras no exige que le paguen la fama.

Rubión lo invitó a almorzar y lo acompañó al escritorio del abogado, a pesar de las protestas del perro, que también quería ir. Todo se arregló.

—Venga a cenar luego conmigo, en Santa Teresa —le dijo Palha al despedirse—. No se preocupe, allá lo espero —concluyó retirándose.

CAPITULO XXIV

RUBIÓN TENÍA vergüenza, a causa de Sofía; no sabía tratar con señoras. Felizmente, recordó la promesa que se hiciera a sí mismo de ser fuerte e implacable. Fue a cenar. ¡Bendita resolución! ¿Dónde encontraría horas iguales? Sofía era, en casa, mucho mejor que en el tren. Allá llevaba un abrigo, aunque tuviese los hombros descubiertos; acá mostraba los ojos y el cuerpo, elegantemente ajustado en un vestido de muselina, exhibiendo las manos, que eran bonitas, y el comienzo del brazo. Además, aquí era la dueña de casa, hablaba más, se deshacía en atenciones; Rubión salió aturdido.

CAPITULO XXV

CENÓ MUCHAS veces allí. Era tímido y torpe. La frecuencia atenuó la impresión de los primeros días. Pero llevaba siempre guardado, mal guardado, cierto fuego particular, que no podía extinguir. Mientras duró la sucesión, y principalmente la denuncia hecha por alguien contra el testamento, alegando que Quincas Borba, por manifiesta demencia, no podía testar, nuestro Rubión se distrajo; pero la denuncia fue desestimada, la sucesión se encaminó rápidamente hacia su fin. Palha festejó el acontecimiento con una comida en que tomaron parte, además de los tres, el abogado, el procurador y el escribano. Sofía tenía ese día los ojos más bellos del mundo.

CAPITULO XXVI

—PARECE QUE los compra en alguna fábrica misteriosa —pensó Rubión, bajando el cerro—, nunca los vi como hoy.

Vino luego la mudanza a la casa de Botafogo, una de las heredades; fue necesario decorarla y también aquí el amigo Palha prestó gran ayuda a Rubión, guiándolo con el gusto, con los informes, acompañándolo a los comercios y remates. A veces, como ya sabemos, iban los tres; porque hay cosas, decía graciosamente Sofía, que sólo una señora elige bien. Rubión aceptaba agradecido y demoraba cuanto podía las compras, consultando sin necesidad, inventando urgencias, todo para tener más tiempo cerca suyo a la joven aún. Esta se dejaba estar, hablando, explicando, demostrando.

CAPITULO XXVII

TODO ESO pasaba ahora por la mente de Rubión, después del desayuno en el mismo lugar en que lo dejamos sentado mirando a lo lejos, muy lejos. Seguía golpeando con las borlas de la bata. Al final se acordó de ir a ver a Quincas Borba y soltarlo. Era su obligación de todos los días. Se levantó y fue hacia el jardín, al fondo.

CAPITULO XXVIII

—¿PERO QUÉ pecado es éste que me persigue? —pensaba al caminar—. Ella es casada, se lleva bien con el marido, el marido es mi amigo, me tiene confianza como a nadie... ¿Qué tentaciones son éstas?

Se detenía, y las tentaciones se detenían también. El, un San Antonio

lego, se diferenciaba del anacoreta en aceptar las insinuaciones del diablo en cuanto insistían un poco. De ahí entonces la alternancia de los monólogos:

— ¡Es tan hermosa!, ¡y parece quererme tanto! Si eso no es gustar, no sé qué será gustar. Me estrecha la mano con tanto afecto, con tanto calor... No puedo apartarme; aunque ellos me dejen yo soy quien no resiste.

Quincas Borba le sintió los pasos y comenzó a ladrar. Rubión se apresuró a soltarlo; era soltarse a sí mismo, por un momento, de aquella obsesión.

— ¡Quincas Borba! —exclamó abriéndole la puerta.

El perro salió de un salto. ¡Qué alegría! ¡qué entusiasmo! ¡qué volteretas alrededor del amo!, llega a lamerle las manos de contento, pero Rubión le da un golpe que le duele; el perro retrocede un poco, triste, con la cola entre las patas; después el amo hace un chasquido con los dedos y helo aquí que vuelve nuevamente con la misma alegría.

— ¡Calma!, ¡calma!

Quincas Borba lo sigue por el jardín y rodea la casa, ora caminando, ora dando saltos. Saborea la libertad, pero no pierde de vista al amo. Aquí olfatea, allí se para a rascarse una oreja, más allá se busca una pulga en la panza, pero gana de un salto el espacio y el tiempo perdidos y se pega otra vez a los talones del amo. Le parece que Rubión no piensa en otra cosa, que ahora camina de un lado al otro únicamente para hacerlo caminar también y recuperar el tiempo que estuvo encerrado. Cuando Rubión se detiene él mira hacia arriba, a la expectativa; naturalmente, piensa en él; en algún proyecto, salir juntos o algo parecido. No recuerda nunca la posibilidad de un puntapié o de un manotazo. Tiene el sentimiento de la confianza, y muy corta la memoria de los golpes. En cambio, las caricias le quedan grabadas, fijas, por más distraídas que sean. Le gusta ser amado. Se contenta con creer que lo es.

La vida allí no es completamente buena ni completamente mala. Hay un negrito que lo lava todos los días con agua fría, costumbre diabólica a la que él no se habitúa. Jean, el cocinero, quiere al perro, pero el criado español no. Rubión pasa muchas horas fuera de casa, pero no lo trata mal, y consiente que vaya arriba, que asista al almuerzo y a la cena, que lo acompañe a la sala o al escritorio. A veces juega con él; lo hace saltar. Si llegan visitas de cierta etiqueta lo manda adentro o abajo y, como siempre se resiste, el español lo agarra, con mucha delicadeza al principio, pero poco después se venga arrastrándolo por una oreja o por una pata, lo tira lejos, y le cierra todas las comunicaciones con la casa:

— ¡Perro del infierno!*

Lastimado, separado del amigo, Quincas Borba va entonces a echarse en un rincón, y allí se queda mucho tiempo, callado; se agita un poco, hasta que encuentra la posición definitiva, y cierra los ojos. No duerme, junta las ideas, combina, recuerda; la figura imprecisa del finado amigo le pasa quizás a lo lejos, muy a lo lejos, en fragmentos, después se mezcla con la del amigo actual, y ambas parecen una sola persona; después otras ideas...

* En español en el original.

Pero ya son muchas ideas, demasiadas ideas; en todo caso son ideas de perro, polvo de ideas, menos aún que polvo, acotará el lector. La verdad es que este ojo que se abre de cuando en cuando para fijar el espacio, tan expresivamente, parece traducir algo que brilla allá adentro, muy al fondo de otra cosa que no sé cómo llamar, para expresar una parte canina que no es la cola ni las orejas. ¡Pobre lengua humana!

Al final se duerme. Entonces las imágenes de la vida juegan en él, en sueños, vagas, recientes, harapos aquí y remiendos allá. Cuando despierta, olvidó su mal; tiene una expresión, que llamaré melancólica para no agobiar al lector. Se dice de un paisaje que es melancólico, pero no se dice igual cosa de un perro. La razón no puede ser otra sino que la melancolía del paisaje en nosotros mismos, mientras que atribuírsela al perro es dejarla fuera de nosotros. Sea lo que fuere, es algo que no es la alegría de hace un momento; pero llega un silbido del cocinero o un gesto del amo y ahí se acaba todo, los ojos brillan, el placer le levanta el hocico y vuelan las patas que parecen alas.

CAPITULO XXIX

RUBIÓN PASÓ el resto de la mañana alegremente. Era domingo; dos amigos vinieron a almorzar con él, un muchacho de veinticuatro años que roía las primeras astillas de los bienes de la madre, y un hombre de unos cuarenta y cuatro o cuarenta y seis, que ya no tenía qué roer.

Carlos María se llamaba el primero, Freíta el segundo. Rubión gustaba de los dos, pero de manera diferente; no era sólo la edad lo que lo ligaba más a Freitas, era también el carácter de este hombre. Freitas lo elogiaba todo, saludaba cada plato y cada vino con una frase especial, delicada, y salía de ahí con los bolsillos llenos de habanos, probando así que los prefería a cualquier otro. Le había sido presentado en cierto comercio de la calle Municipal, donde cenaron juntos una vez. Allí le contaron la historia del hombre, su buena y mala fortuna, pero no entraron en detalles. Rubión torció la nariz; era naturalmente algún náufrago, cuyo trato no le acarrearía ningún placer personal ni consideración pública. Pero Freitas atenuó muy pronto esa primera impresión; era vivo, interesante, anecdótico, alegre como un hombre que tuviese cincuenta contos de renta. Como Rubión habló de las bonitas rosas que poseía, él le pidió permiso para ir a verlas; se volvía loco por las flores. Pocos días después apareció, dijo que iba a ver las her-

mosas rosas, era cosa de pocos minutos, que Rubión no se molestara si tenía que hacer. A Rubión, al contrario, le gustó ver que el hombre no se había olvidado de la conversación, bajó al jardín donde él se había quedado esperando y fue a mostrarle las rosas. Freitas las encontró admirables; las examinaba con tal ahínco que era necesario arrancarlo de un rosal para llevarlo al otro. Sabía el nombre de todas, e iba señalando muchas especies que Rubión no tenía ni conocía, apuntando y describiendo, así o asá, de este tamaño (indicando el tamaño abriendo y redondeando el dedo pulgar y el índice), y después nombraba a las personas que poseían buenos ejemplares. Pero las de Rubión eran de las mejores especies; ésta, por ejemplo, era rara, y aquélla también, etc. El jardinero lo oía con asombro. Examinado todo, dijo Rubión:

—Venga a tomar algo. ¿Qué puedo ofrecerle?

Freitas se conformaba con cualquier cosa. Al llegar arriba, encontró la casa muy bien puesta. Examinó los bronce, los cuadros, los muebles, miró hacia el mar.

—¡Sí, señor! —dijo—, usted vive como un hidalgo.

Rubión sonrió; hidalgo, aunque sea por comparación, es una palabra que suena bien. Vino el criado español con la bandeja de plata, varios licores y copas, y fue un buen momento para Rubión. Ofreció él mismo, éste o aquél licor; recomendó por fin uno que le habían dado como superior a todo cuanto podría existir en plaza. Freitas sonrió incrédulo.

—Tal vez sea exageración —dijo.

Tomó el primer trago, lo saboreó lentamente; después un segundo, después un tercero. Al fin, asombrado, confesó que era una delicia. ¿Dónde había comprado eso? Rubión respondió que un amigo, dueño de un gran almacén de vinos, le había obsequiado una botella; y a él le gustó tanto que ya había encargado tres docenas. No tardaron en estrecharse los vínculos. Y Freitas va allí a almorzar o cenar muchas veces —incluso más veces de las que quiere o puede— porque es difícil resistirse a un hombre tan obsequioso, tan deseoso de ver caras amigas.

CAPITULO XXX

RUBIÓN LE preguntó una vez:

—Dígame, señor Freitas, si se me pusiera en la cabeza ir a Europa, ¿usted sería capaz de acompañarme?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque soy un amigo independiente, y bien podría ser que pronto discrepáramos en el itinerario.

—Pues me apena, porque usted es alegre.

—Se equivoca, señor; llevo esta máscara risueña, pero soy triste. Soy un arquitecto de ruinas. Primero iría a las ruinas de Atenas; después al teatro, a ver el *Pobre de las Ruinas*, un drama de lágrimas; después, a los tribunales de quiebra, donde los hombres arruinados...

Y Rubión se reía; le gustaban esos modales expansivos y francos.

CAPITULO XXXI

¿QUIERES EL reverso de esto, lector curioso? Fíjate entonces en este otro convidado para el almuerzo: Carlos María. Si aquél tiene modales "expansivos y francos" —en el buen sentido laudatorio—, claro está que éste es todo lo contrario. Así, no te costará nada verlo entrar en la sala, lento, frío y superior al ser presentado a Freitas, mirando para otro lado. Freitas, que ya lo mandó cordialmente al diablo por su demora (es cerca del mediodía), lo corteja ahora ostensiblemente, con grandes aleluyas íntimas.

También puedes ver por ti mismo que nuestro Rubión, si bien le agrada más Freitas, siente por el otro mayor consideración; lo esperó hasta ahora y lo esperaría hasta mañana. Carlos María es quien no le tiene consideración a ninguno de ellos. Examinadlo bien; es un gallardo mozo de ojos grandes y plácidos, muy seguro de sí, aún más seguro que los demás. Mira por encima del hombro; no tiene una risa jovial sino burlona. Ahora, al sentarse a la mesa, al tomar los cubiertos, al desdoblar la servilleta, en todo se nota que está haciéndole un insigne favor al dueño de casa —tal vez dos—, el de comer su almuerzo y el de no llamarle papanatas.

Y, a pesar de esta disparidad de caracteres, el almuerzo fue alegre. Freitas devoraba, con algunas pausas, es cierto, y confesándose a sí mismo que si el almuerzo se hubiera servido a la hora convenida (once) tal vez no tuviese el mismo sabor. Ahora iba por los primeros bocados que socorren el hambre del náufrago. Al cabo de unos diez minutos, pudo comenzar a hablar, lleno de risa, multiplicándose en gestos y miradas, desgranando un rosario de dichos agudos y anécdotas picarescas. Carlos María escuchaba la mayor parte de ellos con seriedad, para humillarlo, a punto tal que Rubión, que realmente encontraba gracioso a Freitas, ya no osaba reírse. Hacia el final del almuerzo, Carlos María aflojó un tanto la corbata del espíritu, se distendió, contó algu-

nas aventuras amorosas de otros; Freitas, para halagarlo, le pidió una o dos propias. Carlos María estalló de risa.

—¿Qué papel quiere usted que haga? —le dijo.

Freitas se explicó; no era una apología, eran hechos, le pedía hechos; no veía el inconveniente, ni nadie era capaz de suponer...

—¿Se encuentra usted a gusto residiendo aquí en Botafogo? —interrumpió Carlos María dirigiéndose al dueño de casa.

Freitas, así interrumpido, se mordió los labios, y por segunda vez mandó al diablo a ese mozalbeta. Se pegó al respaldo, tieso, grave, mirando un tapiz de la pared. Rubión respondió que se encontraba a gusto, que la playa era linda.

—La vista es bonita, pero nunca pude tolerar el mal olor que hay aquí en ciertas ocasiones —dijo Carlos María—. ¿No le parece? —continuó volviéndose hacia Freitas.

Freitas se distendió y dijo lo que pensaba, que uno y otro podían tener razón; pero insistió en que la playa, a pesar de todo, era magnífica; discursió sin malhumor ni embarazo; hasta tuvo la gentileza de llamar la atención de Carlos María hacia un pedacito de fruta que se le había quedado en la punta del bigote.

Llegaron al final, era un poco más de la una. Rubión, callado, recomponía mentalmente el almuerzo, plato por plato, y veía con gusto las copas y los residuos de vino, las migajas dispersas, el aspecto final de la mesa, en vísperas del café. De cuando en cuando lanzaba una mirada a la librea del criado. Llegó a sorprender el rostro de Carlos María en flagrante placer, cuando echaba las primeras bocanadas de uno de los cigarros que él había mandado distribuir. En esto entró el criado con una cestita cubierta por una servilleta de hilo, y una carta, que acababan de traer.

CAPITULO XXXII

—¿QUIÉN MANDA esto? —preguntó Rubión.

—Doña Sofía.

Rubión no conocía la letra; era la primera vez que ella le escribía. ¿Qué podía ser? Se le veía la conmoción en el rostro y en los dedos. Mientras habría la carta, Freitas familiarmente descubría la cestita: eran frutillas. Rubión leyó trémulo estas líneas:

"Le envío estas frutas para el almuerzo, si llegan a tiempo; y, por orden de Cristiano, queda usted intimado a venir a comer con nosotros, hoy, sin falta. Su verdadera amiga.

SOFÍA."

—¿Qué frutas son? —preguntó Rubión cerrando la carta.

—Frutillas.

—Llegaron tarde. ¿Frutillas? —repitió sin saber qué decía.

—No hace falta ruborizarse, mi querido amigo —le dijo riendo Freitas, no bien salió el criado—. Estas cosas le suceden a quien ama...

—¿A quien ama? —repitió Rubión enrojando totalmente—. Pero, puede leer la carta, vea...

Iba a mostrarla pero se arrepintió y se la metió en el bolsillo. Estaba fuera de sí, medio confundido, medio alegre; Carlos María se dio el gusto de decirle que no podía disimular que el regalo era de alguna enamorada. Y no encontraba nada que reprochar; el amor es ley universal; si era de alguna mujer casada, le alababa la discreción...

—Pero, ¡por amor de Dios! —interrumpió el anfitrión.

—¿Viuda? Estamos en el mismo caso —continuó Carlos María—; la discreción aquí es incluso un mérito. El mayor pecado, después del pecado, es la publicación del pecado. Yo, si fuera legislador, propondría que se quemasen a todos los hombres convictos de indiscreción en esta materia; y tendrían que ir a la hoguera, como los reos de la Inquisición, con la diferencia de que, en lugar del sambenito, llevaría una capa de plumas de papagayo...

Freitas no podía contener la risa y golpeaba en la mesa, a manera de aplauso; Rubión, un tanto incómodo, sostenía que no era casada ni viuda...

—¿Soltera, entonces? —replicó el joven—. ¿Un matrimonio en breve? Vaya, pues ya es hora. Frutillas de compromiso —siguió tomando algunas entre los dedos—. Huelen a alcoba de doncella y a latín de cura.

Rubión ya no sabía qué decir; por último dio marcha atrás y se explicó; eran de la señora de un amigo suyo. Carlos María guiñó el ojo; Freitas intervino diciendo que, ahora, sí señor, estaba todo aclarado; pero que, al principio, el misterio, el arreglo de la cestita, el aire de las propias frutillas —frutillas adúlteras, dijo riendo—, todas esas cosas daban al asunto un aspecto inmoral y pecaminoso; pero ya todo estaba explicado.

Tomaron el café en silencio; después pasaron a la sala. Rubión se desahacía en gentilezas, pero seguía preocupado. Pasados algunos minutos, se sintió satisfecho con la primera suposición de los dos invitados: la de un amor adúltero; hasta le pareció que se había defendido con demasiado ardor. Mientras no dijera el nombre de nadie, podía confesar que era, en verdad, un asunto íntimo. Pero también podía suceder que el propio ardor de la negativa dejase alguna duda en el ánimo de los dos, alguna sospecha... Aquí sonrió, consolado.

Carlos María consultó el reloj; eran las dos, se marchaba. Rubión le agradeció mucho la amabilidad y le pidió que volviera; podrían pasar algunos domingos así, en buena y amigable conversación.

—¡De acuerdo! —vociferó Freitas acercándose.

Se había metido en el bolsillo media docena de cigarros, y al salir le dijo al oído a Rubión:

—Aquí va el recuerdo de costumbre; seis días de delicias, una delicia por día.

—Lleve más.

—No; vendré a buscarlos otra vez.

Rubión los acompañó hasta el portón de hierro. Quincas Borba, en cuanto oyó voces, corrió desde el fondo del jardín y vino a saludarlos, particularmente al amo; le hizo fiestas a Carlos María, quiso lamerle la mano; el joven se apartó con repugnancia. Rubiós le dio un puntapié al perro, que lo hizo gritar y huir. Al final se despidieron todos.

—¿Usted, hacia dónde va? —preguntó Carlos María a Freitas.

Freitas calculó que iría a hacer alguna visita por el barrio de San Clemente y quiso acompañarlo.

—Voy hasta el final de la playa —dijo.

—Yo voy para el otro lado —replicó el otro.

CAPITULO XXXIII

RUBIÓN LOS vio irse, entró, se metió en la sala, y una vez más leyó la es-
quela de Sofía. Cada palabra de esa página inesperada era un misterio; la
firma, una capitulación. Tan sólo *Sofía*; ningún otro nombre de la familia
o de la pareja. *Verdadera amiga*, era evidentemente una metáfora. En cuanto
a las primeras palabras: *Le envío estas frutas para el almuerzo* respiraban
la candidez de un alma buena y generosa. Rubiós vio, sintió, palpó todo por la
única fuerza del instinto y se descubrió besando el papel: digo mal, besando
el nombre, el nombre dado en la pila bautismal, repetido por la madre,
entregado al marido como parte del contrato moral del casamiento, y ahora
robado a todos esos orígenes y posesiones para serle enviado a él, al final
de una hoja de papel... ¡Sofía! ¡Sofía! ¡Sofía!

CAPITULO XXXIV

—¿POR QUÉ vino tan tarde? —le preguntó Sofía no bien apareció en la
puerta del jardín, en Santa Teresa.

—Después del almuerzo, que terminó a las dos, estuve ordenando unos
papeles. Pero no es tan tarde aún —continuó Rubiós mirando su reloj—,
son las cuatro y media.

—Siempre es tarde para los amigos —replicó Sofía con aire de censura. Rubión se dio cuenta; pero no tuvo tiempo de reaccionar. Delante suyo, cerca de la casa, estaban sentadas en unos bancos de hierro cuatro señoras, calladas, mirándolo, curiosas; eran visitas de Sofía que esperaban la llegada de un Rubión capitalista. Sofía lo presentó. Tres de ellas eran casadas y una soltera, o más que soltera. Tenía treinta y nueve años, y unos ojos negros, cansados de esperar. Era hija de un mayor Siqueira, que pocos minutos después apareció en el jardín.

—Palha ya me había hablado de usted —dijo el mayor después de ser presentado a Rubión—. Juro que es un verdadero amigo suyo. Me contó el azar que los vinculó. Generalmente, esas son las mejores amistades. Yo en mil ochocientos treinta y tantos, poco antes de ser mayor, tuve un amigo, el mejor de mis amigos de aquel tiempo, al que conocí así, por casualidad, en la botica de Bernardes, apodado *Juan de las pantorrillas*... Creo que por haberlas usado, siendo joven, entre mil ochocientos uno y mil ochocientos doce. Lo cierto es que el apodo le quedó. La botica estaba en la calle San José, al desembocar en la de la Misericordia... *Juan de las pantorrillas*... Sabrá usted que era una manera de enriquecerse... Su nombre era Bernardes. Juan Alves Bernardes... Tenía la botica en la calle San José. Estaba mucho tiempo ahí, por la tarde y por la noche. Iba la gente con su capote y bastón; algunos llevaban farol. Yo no; llevaba solamente mi capote... Se iba de capote; Bernardes, Juan Alves Bernardes era su nombre; natural de Maricá, pero se crió aquí en Río de Janeiro... *Juan de las pantorrillas*... era su apodo; decían que, siendo muchacho, las había lucido, pues parece que fue uno de los petimetres de la ciudad. Nunca me olvidé: *Juan de las pantorrillas*... Se iba de capote...

El alma de Rubión braceaba bajo este aguacero de palabras; pero estaba en un callejón sin salida por uno y otro lado. Todo eran murallas. Ninguna puerta abierta, ningún corredor, y la lluvia cayendo. Si pudiera mirar a las jóvenes vería, al menos, que era objeto de la curiosidad de todas, principalmente de la hija del mayor, Toñita; pero no podía; escuchaba, y el mayor llovía a cántaros. Fue Palha quien le trajo un paraguas. Sofía había ido a decir al marido que Rubión acababa de llegar; en un santiamén estaba Palha en el jardín, y saludaba al amigo excusándose por haber llegado tarde. El mayor, que una vez más explicaba el apodo del boticario, abandonó su presa y fue a reunirse con las jóvenes; después salió a la calle.

CAPITULO XXXV

LAS SEÑORAS casadas eran bonitas; incluso la soltera no debía haber sido fea a los veinticinco años; pero Sofía se destacaba entre todas ellas.

No sería todo lo hermosa que nuestro amigo veía, pero lo era mucho. Tenía ese tipo de mujeres que el tiempo, como un minucioso escultor, no concluye en seguida, y va puliendo al paso de largos días. Esas esculturas lentas son milagrosas; Sofía bordeaba los veintiocho años; estaba más bella que a los veintisiete; era de suponer que sólo a los treinta daría el escultor los últimos retoques, siempre que no quisiera prolongar aún el trabajo dos o tres años más.

Los ojos, por ejemplo, no son los mismos del tren, cuando nuestro Rubión hablaba con Palha, y ellos iban subrayando la conversación... Ahora parecen más negros y ya no subrayan nada; componen rápidamente las cosas, por sí mismos, con letra vistosa y gruesa, y no es una línea ni dos, son capítulos enteros. La boca parece más fresca. Hombros, manos, brazos, son mejores, y ella incluso los perfecciona mediante actitudes y gestos elegidos. Un detalle que la dueña nunca pudo soportar —cosa que al propio Rubión le pareció al principio que desentonaba con el resto de la cara— era el espesor de sus cejas; sin embargo, ahora le da al conjunto un aspecto muy particular.

Viste bien; comprime la cintura y el tronco con el corpiño de fina lana color castaño, cosas sencillas. Lleva en las orejas dos perlas verdaderas, regalo que nuestro Rubión le hizo en Pascua.

La bella dama es hija de un viejo funcionario público. Se casó a los veinte años con este Cristiano de Almeida y Palha, despachante de aduana, que contaba entonces veinticinco. El marido ganaba dinero, era habilidoso, activo, y tenía olfato para los negocios y las oportunidades. En 1864, a pesar de ser flamante en el oficio, adivinó —no se puede emplear otro término—, adivinó las quiebras bancarias.¹

—Algo va a pasar uno de estos días; esto anda prendido con alfileres. Al menor grito de alarma todo se derrumba.

Lo peor es que gastaba todo lo ganado y más aún. Le gustaba la buena vida; reuniones frecuentes, vestidos caros y joyas para la mujer y adornos de casa, sobre todo si eran de invención o adopción recientes, le llevaban las ganancias presentes y futuras. Salvo en las comidas, era frugal consigo mismo. Iba muchas veces al teatro sin que le gustara, y a bailes, en los que poco se divertía, pero iba menos por él que para lucir los ojos de su mujer, los ojos y los senos. Tenía esta singular vanidad; escotaba a su mujer siempre que podía, y hasta donde no podía, para mostrar a los demás sus venturas particulares. Era así un rey Candaules, más reservado por una parte y más público por la otra.

¹ *Quiebras bancarias*: Fueron varias las crisis comerciales en el período, marcando la integración del país en el circuito financiero mundial. Se hizo famosa la quiebra del banquero Souto, a la que se aludirá más adelante en el texto.

Y aquí hagámosle justicia a nuestra dama. Al comienzo, cedió sin ganas a los deseos del marido; pero fueron tales las muestras de admiración recogidas y a tal punto la costumbre acomoda a las circunstancias, que acabó por gustarle ser vista, muy vista, para recreo y estímulo de los otros. No la hagamos más santa ni menos santa de lo que es. Para las exigencias de la vanidad, le bastaban los ojos, que eran sonrientes, inquietos, prometedores, y sólo prometedores; podemos compararlos al farol de una hostería en la que no hubiese comodidad para más huéspedes. El farol haría detenerse a todo el mundo, tal era la hermosura del color y la originalidad de los escudos; se detenían, miraban y seguían. ¿Para qué abrir de par en par las ventanas? Las abrió, finalmente; pero la puerta, si así podemos llamar al corazón, ésta estaba atrancada y bien atrancada.

CAPITULO XXXVI

—¡Dios mío! ¡Qué bonita es! ¡Me siento capaz de hacer un escándalo!
—pensaba Rubión a la noche, junto a una ventana, de espaldas hacia afuera, mirando a Sofía que lo miraba.

Una señora cantaba. Los tres maridos, que allí estaban de visita, interrumpieron su juego de tresillo, en atención a la cantante, y fueron a la sala por unos instantes; la cantante era la mujer de uno de ellos. Palha, que la acompañaba al piano, no veía la mutua contemplación de su esposa y del capitalista. No sé si todas las personas estaban en el mismo caso. Una de ellas, sí, ésa sí que los veía: Toñita, la hija del mayor.

—¡Dios mío! ¡Qué bonita es! ¡Me siento capaz de hacer un escándalo!
—seguía pensando Rubión, apoyado en la ventana, de espaldas hacia afuera, con los ojos perdidos en la bella dama que lo miraba.

CAPITULO XXXVII

SE ENTIENDE bien que Toñita observara la contemplación de ambos. Desde que Rubión había llegado ella no se ocupó más que de atraerlo. Sus pobres ojos de treinta y nueve años, ojos sin compañeros en la tierra, a punto ya de

resbalar de cansancio hacia la desesperanza, revivieron algunas chispas. Volverlos una y mil veces, entornándolos, era su prolongada ocupación. Nada le costó armarlos contra el capitalista.

El corazón, un tanto desengañado, se agitó otra vez. Algo le decía que ese minero * rico estaba destinado por el cielo a resolverle el problema del matrimonio. Era más rico de lo que ella pedía; no pedía riquezas, pedía un esposo. Todas sus campañas se habían hecho sin considerar el aspecto pecuniario; en los últimos tiempos iba bajando, bajando, bajando; la última fue contra un estudiantito pobre... Pero, quién sabe si el cielo no le destinaba justamente un hombre rico! Toñita tenía fe en su madrina, Nuestra Señora de la Concepción, y embistió la fortaleza con mucho arte y valor.

—Todas las otras están casadas —pensó.

No tardó en percibir que los ojos de Rubión y los de Sofía se entendían; notó, sin embargo, que las miradas de Sofía eran menos frecuentes y menos demoradas, fenómeno que le pareció explicable dadas las naturales cautelas de la situación. Podía ser que se amaran... Esta sospecha la entristeció; pero el deseo y la esperanza le habían enseñado que un hombre, después de uno o más amores, muy bien podía pensar en casarse. La cuestión era conseguirlo; la perspectiva de casarse y tener familia podía ser que terminara por matar cualquier otra inclinación de parte de él, en caso que hubiese alguna.

Hela ahí redoblando sus esfuerzos. Todos sus encantos fueron llamados a sus puestos, y obedecieron, aunque un tanto marchitos. Gestos de abanico, crispación de labios, miradas oblicuas, marchas, contramarchas para mostrar bien la elegancia del cuerpo y la cintura fina que tenía, todo fue empleado. Era la vieja fórmula en acción; nada le había rendido hasta entonces, pero la lotería es siempre así: de pronto llega un billete que rescata las pérdidas.

Sin embargo, ahora, a la noche, en el momento del canto al piano, fue cuando Toñita se topó con ellos embebidos el uno en el otro. No tuvo más dudas; no eran miradas aparentemente fortuitas, breves, como hasta entonces, era una contemplación que eliminaba al resto de la sala. Toñita sintió el graznar del viejo cuervo de la desesperanza. *Quoth the Raven: NEVER MORE.*

Aun así continuó la lucha; llegó a conseguir que Rubión viniera a sentarse cerca suyo, por algunos minutos, y trató de decir cosas bonitas, frases que recordaba de novelas, otras que la propia melancolía de la situación le iba inspirando. Rubión oía y respondía, pero inquieto cuando Sofía dejaba la sala y no menos cuando retornaba a ella. Una de las veces la distracción fue excesiva. Toñita le confesaba que tenía muchas ganas de conocer Minas, principalmente Barbacena. ¿Qué tal eran los aires?

—Los aires —repitió maquinalmente el otro.

Miraba a Sofía, que estaba en ese momento de pie, de espaldas a él, hablando con dos señoras sentadas. Rubió admiró una vez más su figura, el busto bien tallado, estrecho abajo, ancho encima, emergiendo de las amplias caderas como un gran manojo de hojas sale del interior de un jarrón. La cabeza podía decirse que era como una magnolia única, erguida, clavada en

* Natural del estado de Minas Gerais.

el centro del ramo. Era esto lo que Rubión admiraba cuando Toñita le preguntó por los aires de Barbacena, y él repitió sus palabras sin darle siquiera la misma forma interrogativa.

CAPITULO XXXVIII

RUBIÓN ESTABA resuelto. Nunca el alma de Sofía pareció convidar a la suya con tamaña insistencia a volar juntas hasta las tierras clandestinas, de donde vuelven, en general, viejas y cansadas. Algunas no regresan. Otras se quedan en mitad del camino. Un gran número no pasa de los aleros...

CAPITULO XXXIX

LA LUNA ERA magnífica. En la montaña, entre el cielo y la planicie, el alma menos osada era capaz de ir contra un ejército enemigo, y destrozarlo. Imaginad lo que no sería con este ejército amigo. Estaban en el jardín. Sofía le había dado el brazo para ir a ver la luna. Había invitado a Toñita, pero la pobre dama respondió que se le había dormido un pie, que luego iría, y no fue.

Los dos se quedaron callados un rato. Por las ventanas abiertas se veía conversando a las otras personas, y a los hombres, que habían terminado el tresillo. El jardín era pequeño; pero la voz humana posee todas las notas y los dos podían decir poemas sin ser oídos.

Rubión recordó una comparación vieja, muy vieja, recogida en no sé qué décima de 1810, o de cualquier otra página en prosa de todos los tiempos. Llamó a los ojos de Sofía estrellas de la tierra, y a las estrellas ojos del cielo. Todo eso en voz baja y trémula.

Sofía quedó atónita. De pronto enderezó el cuerpo, que pesaba en el brazo de Rubión. Estaba tan acostumbrada a la timidez del hombre... ¿Estrellas?, ¿ojos? Quiso decirle que no bromeara con ella, pero no encontró cómo dar forma a la respuesta sin rechazar una convicción que también era la suya, o sin animarlo a seguir adelante. Por eso hubo un largo silencio.

—Con una diferencia —continuó Rubión—. Las estrellas son todavía menos lindas que sus ojos y, al final de cuentas, ni sé qué son las estrellas; si Dios las puso tan alto, es porque no podrán ser vistas de cerca sin perder mucho de su hermosura... Pero sus ojos, no; están aquí, al lado mío, grandes, luminosos, más luminosos que el cielo...

Locuaz, sin temores, Rubión parecía completamente otro. No se detuvo ahí; habló mucho todavía, pero no salió del mismo círculo de ideas. Tenía pocas; y la situación, a pesar de la repentina mudanza del hombre, tendía más bien a cercenarlas que a inspirarle otras nuevas. Sofía es la que no sabía qué hacer. Había puesto en su regazo a una palomita, mansa, quieta, y le aparecía un gavilán, un gavilán con garras y hambriento.

Era preciso responder, detenerlo, decirle que iba por donde ella no quería ir, y todo eso sin que él se irritara, sin que se fuera... Sofía buscaba algo; no lo encontraba, porque chocaba con la cuestión, para ella insoluble, de si era mejor contestar o hacerse la desentendida. Aquí recordó sus propios gestos, las palabritas dulces, las atenciones particulares; reconocía que, en semejante situación, no podía ignorar el sentido de las finezas del hombre. Pero confesar que entendía, y no despedirlo de su casa, he ahí el punto delicado.

CAPITULO XL

ARRIBA, LAS ESTRELLAS parecían reírse de esa inextricable situación. ¡Si la luna los viese! La luna no sabe burlarse; y los poetas, que la encuentran nostálgica, habrán advertido que ella amó otrora a algún astro vagabundo, que la dejó al cabo de muchos siglos. Puede ser que aún se amen. Sus eclipses (que me perdone la astronomía) tal vez no sean más que entrevistas amorosas. El mito de Diana bajando a encontrarse con Endimión bien puede ser verdadero. Eso de bajar es demasiado. ¿Qué mal hay en que los dos se encuentren ahí mismo en el cielo, como los grillos entre el follaje de aquí abajo? La noche, madre caritativa, se encarga de velar por todos.

Además, la luna es solitaria. La soledad hace seria a la gente. Las estrellas, en grupo, son como las muchachas entre los quince y los veinte años, alegres, charlatanas, riendo y hablando a un tiempo de todo y de todos.

No niego que son castas; pero tanto peor, se habrán reído de lo que no entienden... ¡Castas estrellas!, es así como las llama Otelo, el terrible, y Tristán Shandy, el jovial. Esos extremos del corazón y del espíritu están de acuerdo en un punto: las estrellas son castas. Y ellas oían todo (¡castas estrellas!), todo lo que la boca temeraria de Rubión iba volcando en el alma atónita de Sofía. El recatado de largos meses era ahora (¡castas estrellas!) nada menos que un libertino. Diríais que el Diabolo había andado engañando a la joven con las dos grandes alas de arcángel que Dios le puso; de repente, se las metió en el bolsillo, y se sacó el birrete para mostrar los dos cuernos malignos, clavados en la frente. Y riéndose, con esa risa oblicua de los malvados, le proponía comprarle no sólo el alma, sino el alma y el cuerpo... ¡Castas estrellas!

CAPITULO XLI

—VAMOS PARA adentro —murmuró Sofía.

Quiso sacar el brazo; pero él se lo retuvo con fuerza. No; ¿ir para qué? Allí estaban bien, muy bien... ¿Qué mejor? ¿O era que la estaba aburriendo? Sofía replicó que no, al contrario; pero debía ir a departir con las visitas... ¡Hacía tanto que estaban allí!

—No hace diez minutos —dijo Rubión—. ¿Qué son diez minutos?

—Pero pueden haber advertido nuestra ausencia...

Rubión se estremeció ante este posesivo: *nuestra* ausencia. Le pareció un comienzo de complicidad. Coincidió en que podían haber advertido *nuestra* ausencia. Tenía razón, debían separarse; sólo le pedía una cosa, dos cosas; la primera, que no olvidara aquellos diez minutos sublimes; la segunda, que todas las noches, a las diez, mirase la Cruz del Sur, él también la miraría, y los pensamientos de ambos irían a encontrarse allí juntos, íntimos, entre Dios y los hombres.

El convite era poético, pero sólo el convite. Rubión iba devorando a la joven con ojos de fuego y le retenía una de las manos para que no huyera. Ni los ojos ni el gesto tenían poesía alguna. Sofía estuvo a punto de decir alguna palabra áspera, pero en seguida se la tragó, pensando que Rubión era un buen amigo de la casa. Quiso reír, pero no pudo; se mostró entonces molesta, poco después resignada, al final suplicante; le pidió por el alma de la madre de él, que debía estar en el cielo... Rubión no se acordaba del cielo ni de la madre, ni de nada. ¿Qué era madre?, ¿qué era cielo?, parecía decir su rostro.

—¡Ay, no me lastime los dedos! —suspiró en voz baja la muchacha.

Aquí fue donde él comenzó a volver en sí; aflojó la presión, sin soltarle los dedos.

—Vaya —dijo—, pero primero...

Se inclinaba para besarle la mano, cuando una voz, a algunos pasos, vino a despertarlo completamente.

CAPITULO XLII

—¡HOLA! ¿ESTÁN contemplando la luna? Realmente, está deliciosa; es una noche para enamorados... Sí, deliciosa... Hace mucho que no veo una noche así... Miren para allá abajo, los picos de gas... ¡Deliciosa! para enamorados... A los enamorados siempre les gusta la luna. En mis tiempos, en Icarai...

Era Siqueira, el terrible mayor. Rubión no sabía qué decir; Sofía, pasados los primeros instantes recobró el dominio de sí misma; respondió que, en realidad, la noche era linda; después contó que Rubión insistía en decir que las noches de Río no se podían comparar con las de Barbacena y, a propósito de eso, le había contado una anécdota de un padre Mendes... ¿Mendes, verdad?

—Mendes, sí, el padre Mendes —murmuró Rubión.

El mayor apenas podía disimular su asombro. Había visto las dos manos juntas, la cabeza de Rubión medio inclinada, el movimiento rápido de ambos cuando él entró en el jardín; y salían de todo esto con un padre Mendes... Miró a Sofía; la vio risueña, tranquila, impenetrable. Ningún temor, ninguna timidez; hablaba con tal simplicidad, que el mayor pensó haber visto mal. Pero Rubión lo arruinó todo. Avergonzado, mudo, no hizo más que sacar el reloj para ver la hora, llevárselo al oído como si le pareciese que no andaba, limpiarlo después con un pañuelo, despacio, despacio, sin mirar para ningún lado...

—Bueno, conversen, voy a ver a las amigas, que no pueden estar solas. ¿Los hombres terminaron ya el maldito tresillo?

—Ya —respondió el mayor mirando curiosamente a Sofía—. Ya, y hasta preguntaron por este señor; por eso es que vine a ver si lo encontraba en el jardín. ¿Pero hace mucho tiempo que estaban aquí?

—Recién llegábamos —dijo Sofía.

Después, golpeando cariñosamente el hombro del mayor, pasó del jardín a la casa; no entró por la puerta de la sala de visitas, sino por otra que daba al comedor; de manera que, cuando llegó a aquélla por el interior, parecía como si acabase de dar órdenes para el té.

Rubión, volviendo en sí, no encontró nada que decir, y sin embargo urgía

decir algo. Buena idea era la anécdota del padre Mendes; lo peor es que no había padre ni anécdota y él era incapaz de inventar nada. Le pareció bastante esto:

— ¡El padre! ¡Ese Mendes! ¡Muy divertido el padre Mendes!

— Yo lo conocí —dijo el mayor sonriendo—. ¿El padre Mendes? Lo conocí; murió canónigo. ¿Estuvo algún tiempo en Minas?

— Creo que estuvo —murmuró el otro asombrado.

— Era natural de Saquarema; le faltaba este ojo —continuó el mayor llevándose el dedo al ojo izquierdo—. Lo conocí mucho, si es que es el mismo; puede que sea otro.

— Puede ser.

— Murió canónigo. Era hombre de buenas costumbres pero amigo de ver muchachas bonitas, como se mira el cuadro de un maestro; ¿y qué mayor maestro que Dios?, decía. A esta doña Sofía, por ejemplo, nunca la vio en la calle que no dijera: Hoy vi a esa bonita señora de Palha... Murió canónigo; era de Saquarema... Y, en realidad, tenía buen gusto... Verdaderamente, la mujer de nuestro Palha, es un primor, bella de cara y de figura; yo la encuentro todavía más bien formada que bonita... ¿Qué le parece?

— Me parece que sí...

— Es una buena persona, excelente dueña de casa —siguió el mayor encendiendo un cigarro.

La luz del fósforo dio a la cara del mayor una expresión de burla, o de otra cosa menos dura pero no menos adversa. Rubión sintió que le corría un frío por la espalda. ¿Habría oído?, ¿visto?, ¿adivinado? ¿Estaba ante un indiscreto o un intrigante? La cara del hombre no explicaba este punto; en todo caso, era más seguro creer lo peor. Aquí tenemos pues a nuestro héroe como a alguien que, después de navegar por la orilla largos años, un buen día se encuentra entre las olas de altamar; felizmente el miedo también es productor de ideas y ahí mismo le dio una: lisonjear al interlocutor. No vaciló en encontrarlo gracioso e interesante, y decirle que tenía una casa a sus órdenes, en la playa de Botafogo, número tanto. Le honraba muchísimo tener relaciones con él. Contaba con pocos amigos aquí; Palha, a quien debía grandes atenciones, doña Sofía, que era una señora de rara ponderación, y tres o cuatro personas más. Vivía solo; incluso podía ser que se retirara a vivir a Minas.

— ¿Ya?

— No digo ya, pero puede ser que no me demore. Usted sabe que a una persona que vivió toda su vida en un lugar le cuesta mucho acostumbrarse a otro.

— Eso depende.

— Sí, depende... Pero ésa es la regla.

— Será la regla, pero usted va a ser una excepción. La Corte es el diablo; se contrae una pasión como se contrae un resfrío; basta una hendidura de aire y ya se está perdido. Mire, me atrevería a apostar que usted, antes de seis meses, está casado...

— No vio nada —pensó Rubión.

Y después, alegre:

—Puede ser, pero también en Minas hay casamientos; tampoco allá faltan curas.

—Falta el padre Mendes —espetó riendo el mayor.

Rubión sonrió confundido, sin entender si la frase del mayor era inocente o maliciosa. Este fue quien recogió velas y se refirió a otras cosas, al tiempo, a la ciudad, al ministerio, a la guerra, al mariscal López. Y ved el contraste según la ocasión: ese aguacero, más intenso que el de la entrada, le pareció un rayo de sol a nuestro Rubión. He aquí que aligera el alma al calor del discurso infinito del mayor, intercalando alguna palabrita, si puede, y siempre asintiendo con aplauso. Y de nuevo pensó que no, que no había visto nada.

—¡Papá! ¿Papá está ahí? —dijo una voz desde la puerta que daba al jardín.

Era Toñita; venía a llamarlo para marcharse. El té estaba ya en la mesa, es verdad; pero no podía esperar más, tenía dolor de cabeza, le dijo al padre en voz baja. Después le tendió los dedos a Rubión; éste le pidió que se quedara aún unos minutos; el estimado mayor...

—Pierde el tiempo —interrumpió el mayor—, ella es quien me gobierna.

Rubión le ofreció la casa con insistencia; hasta exigió que le fijara un día de esa misma semana, pero el mayor dijo que no podía disponer de un día fijo; iría no bien le fuese posible. Su vida era muy complicada; tenía los asuntos del arsenal, que ya eran muchos, y tenía más...

—¡Papá!, ¡vamos!

—Vamos. ¿Ve? No puedo conversar ni un momento. ¿Ya te despediste? ¿Dónde está mi sombrero?

CAPITULO XLIII

LADERA ABAJO, Toñita fue escuchando el resto del discurso del padre, que cambió de tema, sin cambiar de estilo, disperso y redundante. Oía sin entender. Iba metida en sí misma, absorta, recapitulando la noche, recomponiendo las miradas de Sofía y de Rubión.

Llegaron a casa en la calle del Senado; el padre se fue a dormir, la hija no se acostó en seguida, se demoró en una sillita, cerca de la cómoda, donde tenía una imagen de la Virgen. No tenía pensamientos de paz ni de candor. Sin conocer el amor, tenía noticias del adulterio, y la persona de Sofía le pareció hedionda. Ahora veía en ella a un monstruo, mitad ser humano, mitad serpiente, y sintió que la aborrecía, que era capaz de vengarse ejemplarmente, de decirle todo al marido.

—Le contaré todo —pensaba— o de viva voz, o por una carta... Carta no; se lo diré todo un día, en persona.

E imaginando el coloquio, preveía el asombro del hombre, después la indignación, después los improperios, las palabras duras que le diría a su mujer, miserable, indigna, vil... Todos esos nombres sonaban bien a los oídos de su deseo; hacía circular por ellos la propia cólera; se hartaba de rebajarla de ese modo, de ponerla bajo los pies del marido, ya que no podía hacerlo por sí misma... Vil, indigna, miserable...

Duró mucho tiempo esa explosión de rabia interior, cerca de veinte minutos; pero el alma se cansó y volvió en sí. La imaginación no podía más, y la realidad próxima atrajo su mirada. Miró alrededor suyo, observó la alcoba de soltera, arregladita con arte, ese arte ingenioso que hace del algodón seda y de un retazo viejo una cinta, que recama, enlaza, alegra lo más que puede la desnudez de las cosas, adorna las paredes tristes, acicala los muebles modestos y escasos. Y todo allí parecía hecho para recibir a un novio amado.

¿Dónde he leído que una antigua tradición hacía esperar a una virgen de Israel, durante cierta noche del año, la concepción divina? Sea donde fuere, comparémosla con esta otra, que sólo difiere de aquélla en no tener noche fija, sino todas, todas, todas... El viento, silbando afuera, nunca le trajo el varón esperado, ni la madrugada blanca y niña le dijo aún en qué punto de la tierra se encuentra. Sólo había que esperar, esperar...

Ahora, aquietada la imaginación y el resentimiento, mira y remira la alcoba solitaria; recuerda a las amigas del colegio y de familia, a las más íntimas, casadas todas. La última de ellas se casó a los treinta años con un oficial de marina y fue eso lo que reverdeció las esperanzas de la amiga soltera, que no pedía tanto, aunque el uniforme fue la primera cosa que la sedujo a los quince años... ¿Dónde iba? Pero cinco años después, cumplió los treinta y nueve, y los cuarenta no tardarían ya. Cuarentona, solterona; Toñita sintió un escalofrío. Miró una vez más a su alrededor, recordó todo, se incorporó de golpe, dio dos vueltas y se tiró en la cama llorando...

CAPITULO XLIV

No VAYÁIS A creer que el dolor fue en este caso más verdadero que la cólera; fueron iguales en sí mismos, los efectos fueron diversos. La cólera terminó en nada; la humillación se desgranó en lágrimas legítimas. Y sin embargo no le faltaron a esta dama ímpetus de estrangular a Sofía, pisotearla, arran-

carle el corazón a pedazos, diciéndole en la cara los crueles epítetos que atribuía al marido... ¡Todo imaginación! Creedme; hay tiranos de intención. ¿Quién sabe? Por el alma de esta señora pasó ahora un tenue hilo de Calígula...

CAPITULO XLV

MIENTRAS UNA llora, otra ríe; es la ley del mundo, mi estimado señor; es la perfección universal. Todos llorando sería monótono, todos riendo, cansador; pero una buena distribución de lágrimas y polcas, sollozos y zarabandas, acaba por llevar al alma del mundo la necesaria variedad y se consigue el equilibrio de la vida.

Otra que ríe es el alma de Rubión. Escuchad el cántico alegre, brillante, con que baja del cerro diciéndole las cosas más íntimas a las estrellas, especie de rapsodia hecha en un lenguaje que nadie ordenó nunca, por ser imposible encontrar un signo que exprese sus vocablos. Aquí abajo, las calles desiertas le parecen pobladas, el silencio es un tumulto, y de todas las ventanas se inclinan cuerpos de mujer, caras bonitas y anchas cejas, todas Sofías y una única Soffa. De tanto en tanto, Rubión cree haber sido temerario, indiscreto, recuerda el episodio del jardín, la resistencia, el enojo de la muchacha y llega a arrepentirse; entonces lo acometen escalofríos, se aterra con la idea de que pueden cerrarle la puerta y cortarles enteramente las relaciones; todo porque precipitó los acontecimientos. Sí, debía haber esperado; la ocasión no era propicia; visitas, muchas luces, ¿qué ocurrencia fue ésa de hablar de amores, sin cautela, desaprensivamente...? Le daba la razón; estaba muy bien que lo despidiera en seguida.

—¡Fui un loco! —decía en alta voz.

No pensaba en la cena, que fue abundante, ni en los vinos, que eran generosos, ni en la electricidad propia de una sala en la que hay señoras galantes; se consideraba loco, completamente loco.

Poco después, la misma alma que se acusaba, se defendía. Sofía parecía haberlo animado a lo que hizo: las miradas frecuentes, después fijas, los modales, las coqueterías, la distinción de pedirle que se sentara a su lado en la mesa, de estar atento sólo a él, de decirle melodiosamente cosas afables, ¿qué era todo eso más que exhortaciones e incitaciones? Y la buena alma explicaba la contradicción de la muchacha, después, en el jardín; era la primera vez que oía tales palabras fuera de la sociedad conyugal, y allí cerca de todos, debía naturalmente temblar; además, él se había abierto mucho y eso lo precipitó todo. Ninguna gradación; debería haber ido paso a paso, y nunca tomarle las manos con tanta fuerza como para llegar a molestarla. En conclu-

sión, se sentía grosero. Le volvía el temor de que le cerraran las puertas después, retornaba a los consuelos de la esperanza, al análisis de la actitudes de la joven, a la propia invención del padre Mendes, mentira cómplice; pensaba también en el aprecio del marido... Aquí se estremeció. El aprecio del marido le dio remordimientos. No sólo merecía su confianza sino que también había cierta deuda pecuniaria y tres pagarés que Rubión aceptó por él.

—No puedo, no debo —iba diciéndose a sí mismo—; no está bien seguir adelante. También es verdad que, en rigor, no soy culpable de nada; es ella la que, desde hace mucho, me anda provocando. ¡Pues que me provoque ahora! Sí, tengo que resistirme... Presté el dinero casi sin pedírmelo, porque él lo necesitaba mucho y yo le debía favores; los pagarés, sí, los pagarés, fue él quien me pidió que los firmase, pero no me pidió más nada. Sé que es honrado, que trabaja mucho; el diablo de la mujer fue la que hizo mal en entrometerse, con sus lindos ojos y su figura... ¡Qué admirable figura, santos del cielo! Hoy, por ejemplo, estaba divina. Cuando su brazo rozaba el mío, en la mesa, a pesar de mi manga...

Confuso, inseguro, se preocupaba con la lealtad debida al amigo, pero la conciencia se le partía en dos, una increpando a la otra, la otra explicándose y ambas desorientadas...

Fue a dar a la Plaza de la Constitución. Había caminado sin rumbo. Pensó en ir al teatro, pero era tarde. Entonces se dirigió a la plazoleta de San Francisco para meterse en un tílburí e ir a Botafogo. Encontró tres, que en seguida fueron a su encuentro ofreciendo sus servicios y elogiando principalmente al caballo, un buen caballo, un animal excelente.

CAPITULO XLVI

EL RUMOR DE las voces y de los vehículos despertó a un mendigo que dormía en la escalinata de la iglesia. El pobre diablo se sentó, vio lo que pasaba y después volvió a acostarse, pero despierto, panza arriba, con los ojos fijos en el cielo. El cielo lo miraba fijamente también, impassible como él, pero sin las arrugas del mendigo, ni los zapatos rotos, ni los andrajos, un cielo claro, estrellado, sosegado, olímpico, tal como el que presidió las bodas de Jacob y el suicidio de Lucrecia. Se miraban en una especie de juego de sensatez, con cierto aire de majestades rivales y tranquilas, sin arrogancia ni bajezas, como si el mendigo le dijera al cielo:

—Al fin de cuentas, no te me cacrás encima.

Y el cielo:

—Ni tú me escalarás.

CAPITULO XLVII

RUBIÓN NO ERA filósofo; la comparación que allí hizo entre sus preocupaciones y las del harapiento tan sólo proporcionaron a su alma una sombra de envidia. Ese vagabundo no piensa en nada, se dijo; dentro de poco estará durmiendo, mientras yo...

—Entre, mi amo, que el animal es bueno. Lo llevaré en quince minutos. Los otros dos cocheros le decían lo mismo, casi con iguales palabras:

—Mi amo, venga aquí y verá...

—Mire mi caballito....

—Haga el favor; son trece minutos de viaje. En trece minutos estará en su casa.

Rubión, después de vacilar un poco, se metió en el tilburi que le quedaba a mano y ordenó dirigirse a Botafogo. Entonces recordó un viejo episodio olvidado, o fue el episodio el que le dio inconscientemente la solución. Una cosa o la otra, Rubión acogió el recuerdo con el propósito de escapar a las sensaciones de aquella noche.

Hacía tantos años. El era entonces muy joven y pobre. Un día, a las ocho de la mañana salió de su casa, que quedaba en la calle del Cano (Siete de Setiembre), llegó a la plazoleta de San Francisco de Paula y de ahí bajó por la calle del Ouvidor. Caminaba preocupado: vivía en casa de un amigo que comenzaba a tratarlo como a un huésped de tres días, y él llevaba cuatro semanas. Dicen que los de tres días huelen mal; mucho antes de eso huelen mal los difuntos, al menos en estos climas cálidos... Lo cierto es que nuestro Rubión, sencillo como buen minero pero desconfiado como un paulista,* iba lleno de preocupaciones, pensando en irse cuanto antes. Bien puede creerse que desde que salió de casa, entró en la plazoleta de San Francisco y bajó por la calle del Ouvidor hasta la de Ourives, no vio ni oyó absolutamente nada.

En la esquina de la calle de Ourives lo detuvo un amontonamiento de personas y una extraña procesión. Un hombre, vestido judicialmente, leía en voz alta un papel, la sentencia. Estaban, además, el juez, un sacerdote, soldados, curiosos. Pero las principales figuras eran dos negros. Uno de ellos, de estatura mediana, flaco, tenía las manos atadas, los ojos bajos, blancuzco el color y llevaba una cuerda enlazada al cuello; las puntas del cordel eran llevadas por el otro negro. Este otro miraba hacia adelante y tenía un color firme y reinto. Soportaba con gallardía la curiosidad pública. Leído el papel, la procesión siguió por la calle de Ourives; venía de la cárcel y se dirigía a la plaza de Moura.

Rubión, naturalmente, quedó impresionado. Durante unos segundos estuvo como ahora al elegir un tilburi. Fuerzas íntimas le tironeaban, unas para que volviese atrás a ocuparse de sus asuntos, otras para que fuera a ver

* Natural del estado a ciudad de São Paulo.

ahorcar al negro. ¡Era tan poco común ver a un ahorcado! ¡Señor, en veinte minutos está todo terminado! ¡Señor, vamos a tratar otros asuntos! Y nuestro hombre cerró los ojos, y se dejó llevar al azar. El azar, en lugar de llevarlo por la calle del Ouvidor hasta la de Quitanda, torció el camino por la de Ourives, detrás de la procesión. No vería la ejecución, pensó; era sólo para ver la marcha del reo, la cara del verdugo, las ceremonias... No quería ver la ejecución. De cuando en cuando se paraban todos, llegaba gente a las puertas y ventanas y el oficial de justicia volvía a leer la sentencia. Después, la procesión continuaba andando con la misma solemnidad. Los curiosos iban comentando el crimen, un asesinato en Mata-Porcós. El asesino era pintado como hombre frío y feroz. Enterarse de tales cualidades le hizo bien a Rubión; le dio fuerzas para encarar al reo, sin deliquios de piedad. No era ya la cara del crimen; el terror disimulaba la perversidad. Sin darse cuenta, se halló de pronto en la plaza de la ejecución. Ya había allí bastante gente. Con la que venía se formó una multitud compacta.

—Volvamos —se dijo.

Verdad es que el reo aún no había subido a la horca; no lo matarían ya mismo; siempre había tiempo para huir. Y, en caso de quedarse, ¿por qué no habría de cerrar los ojos, como hizo un tal Alipio ante el espectáculo de las fieras? Nótese bien que Rubión nada sabía de ese joven de la antigüedad; ignoraba no sólo que había cerrado los ojos sino también que los había abierto poco después, despacito y con curiosidad...

He ahí al reo subiendo a la horca. Cruzó un estremecimiento por la turba. El verdugo puso manos a la obra. Fue en ese momento cuando el pie derecho de Rubión describió una curva hacia afuera, obedeciendo a un deseo de regreso; pero el izquierdo, invadido por el sentimiento opuesto, se dejó estar; lucharon algunos instante... ¡Mire mi caballo! ¡Vea, es un lindo animal! ¡No sea malo! ¡No sea miedoso! Rubión estuvo así algunos segundos, los que bastaron para que llegase el momento fatal. Todos los ojos se fijaron en el mismo punto, como los suyos. Rubión no podía entender qué animal era el que le mordía las entrañas, ni qué manos de hierro lo agarraban por el alma y lo retenían ahí. El instante fatal fue realmente un instante; el reo pataleó, se contrajo, el verdugo lo montó de una manera áirosa y diestra; cruzó por la multitud un gran rumor, Rubión dio un grito y no vio más nada.

CAPITULO XLVIII

—USTED HABRÁ observado que el caballito es bueno... —Rubión abrió los ojos entrecerrados, y vio al cochero que sacudía suavemente la puntita del látigo para avivar al animal. Interiormente se irritó con el hombre, que lo

vino a sacar de antiguos recuerdos. No eran bellos, pero eran antiguos, antiguos y como samaritanas que le daban de beber un elixir que parecía curarlo del presente. Y he aquí que el cochero lo empuja y lo despierta. Iban subiendo por la calle de Lapa; el caballo, en verdad, devoraba el espacio como si fueran bajando.

—Este caballo me tiene un cariño —siguió el cochero— que es de no creer. Podría contarle cosas extraordinarias. Hay personas que hasta dicen que es mentira mía; pero no, señor, no es así. ¿Quién no sabe que el caballo y el perro son los animales que más se encariñan con las personas? Parece que el perro todavía se encariña más...

El perro trajo a la memoria de Rubión a Quincas Borba, que debía estar en casa, esperándolo ansioso. Rubión no olvidaba la condición del testamento; juraba cumplirla rigurosamente. Conviene decir que, envuelto con el temor de verlo huir estaba también el de llegar a perder los bienes. De nada valían las afirmaciones del abogado; no hay, le decía éste, no hay en el testamento cláusula reversible en caso de fuga del perro; los bienes no podían escapársele de las manos. ¿Qué le importaba la fuga, si hasta era mejor, un problema menos? Rubión aceptaba aparentemente la explicación pero en el fondo le quedaba la duda, el ejemplo de interminables demandas, la diversidad de opiniones jurídicas sobre una sola materia, la acción de algún envidioso o enemigo y, lo que resumía todo, el terror de quedarse sin nada. Por eso los rigores de la reclusión; por eso el remordimiento de haber pasado la tarde y la noche sin pensar una sola vez en Quincas Borba.

—¡Soy un ingrato! —se dijo.

En seguida se corrigió; más ingrato era no haber pensado en el otro Quincas Borba, que se lo había dejado todo. He aquí que entonces se le ocurrió que los dos Quincas Borbas podían ser la misma criatura, debido a la entrada del alma del difunto en el cuerpo del perro, no tanto para purgar sus pecados como para vigilar al dueño. Fue una negra de San Juan del Rey la que le inculcó, de chico, esa idea de la transmigración. Ella decía que el alma llena de pecados iba a parar al cuerpo de un animal; llegó a jurar que había conocido a un escribano que acabó convertido en zorro...

—No se olvide usted de decir dónde es la casa —le dijo repentinamente el cochero.

—Pare

CAPITULO XLIX

EL PERRO ladró adentro; pero en cuanto entró Rubión lo recibió con gran alegría; y por más inoportuno que fuese, Rubión se deshizo en caricias. La posibilidad de que allí estuviera el testador le producía escalofríos. Subieron juntos la escalera de piedra; se quedaron ahí unos instantes, a la luz del farol que Rubión había ordenado dejar encendido. Rubión era más crédulo que creyente; no tenía razones para atacar ni para defender nada: tierra eternamente virgen para plantar cualquier cosa. La vida de la Corte le había dado, además, una particularidad; entre incrédulos, llegaba a ser incrédulo...

Miró al perro, mientras esperaba que le abriesen la puerta. El perro lo miraba, de tal modo que parecía estar ahí dentro el propio difunto Quincas Borba; era la misma mirada meditativa del filósofo cuando examinaba cuestiones humanas... Nuevo escalofrío; pero el miedo, que era grande, no era tan grande como para atarle las manos. Rubión las extendió sobre la cabeza del animal, rascándole las orejas y la nuca.

— ¡Pobre Quincas Borba! Te gusta tu amo, ¿no es cierto? Rubión es muy amigo de Quincas Borba...

Y el perro movía lentamente la cabeza, a derecha e izquierda, colaborando en la distribución de las caricias sobre las dos orejas colgantes; después levantaba la mandíbula, para que le rascara debajo, y el dueño obedecía; y entonces los ojos del perro, medio cerrados de placer, tenían el aire de los ojos del filósofo, en la cama, contándole cosas que él comprendía poco y nada... Rubión cerró los suyos. Le abrieron la puerta; se despidió del perro, pero con tales ánimos, que era lo mismo que pedirle que entrara. El criado español se encargó de llevarlo para abajo.

—No lo golpees —recomendó Rubión.

No lo golpeó; pero sólo bajar ya era doloroso, y el perro amigo gimió un buen rato en el jardín. Rubión entró, se desvistió y se acostó. ¡Ah!, había vivido un día lleno de sensaciones diversas y contradictorias, desde los recuerdos de la mañana y el almuerzo con los dos amigos hasta aquella última idea de la metempsicosis, pasando por el recuerdo del ahorcado y por una declaración de amor no aceptada, apenas rechazada, y parece que adivinada por otros... Lo mezclaba todo; el espíritu iba de un lado al otro como pelota de goma entre las manos de un niño. Sin embargo, la sensación más fuerte era la del amor. Rubión estaba admirado de sí mismo y se arrepentía; pero el arrepentimiento era obra de la conciencia, al paso que la imaginación no soltaba a ningún precio la figura de la bella Sofía... La una, las dos, las tres... Sofía a lo lejos, los ladridos del perro debajo... El sueño esquivo... ¿Dónde habían quedado ya las tres? Tres y media... Al fin, después de mucho cavilar, apareció el sueño, sopló la arena en los ojos, y fue sólo un instante; Rubión se durmió antes de las cuatro.

CAPITULO L

NO, SEÑORA mía, todavía no se terminó este día tan largo; no sabemos qué pasó entre Sofía y Palha, después que todos se marcharon. Hasta puede ser que encontréis aquí mejor sabor que en el caso del ahorcado.

Tened paciencia; hay que volver a Santa Teresa. La sala está aún iluminada, pero por un solo pico de gas; se apagaron los otros y se iba a apagar el último cuando Palha ordenó que el criado esperara un poco allá adentro. La mujer iba a salir, el marido la detuvo, ella se estremeció.

—Nuestra fiesta estuvo bien linda —dijo él.

—Así es.

—Siqueira es un pesado, pero paciencia; es alegre. La hija no estaba mal arreglada. ¿Viste a Ramos cómo devoraba todo lo que se le ponía en el plato? Verás que un buen día se traga a la mujer.

—¿La mujer? —dijo Sofía sonriendo.

—Es gorda, de acuerdo; pero la primera era mucho más gorda y creo que no murió; se la tragó él, con seguridad.

Sofía, reclinada en el canapé, se reía de las gracias del marido. Comentaron aún algunos episodios de la tarde y de la noche; después, acariciando los cabellos de su marido, Sofía le dijo de repente:

—Y todavía no conoces el mejor episodio de la noche.

—¿Cuál fue?

—Adivina.

Palha quedó callado un momento, mirando a su mujer, viendo si adivinaba cuál había sido el mejor episodio de la noche. No podía acertar; se le ocurría esto o aquello, nada; Sofía meneaba la cabeza.

—¿Pero entonces qué pasó?

—No sé; adivina.

—No puedo. Dímelo ya.

—Con una condición —replicó ella—, no quiero enojos ni escándalos...

Palha fue poniéndose más serio. ¿Enojos?, ¿escándalos? ¿Qué demonios podría ser?, pensaba. Ya no se reía; sólo tenía un resto de sonrisa forzada y resignada. Miró fijo a su mujer, y le preguntó qué había pasado.

—¿Cumplirás lo que te pedí?

—Sí, sí. ¿Qué sucedió?

—Pues anda sabiendo que oí nada menos que una declaración de amor.

Palha empalideció. No había prometido dejar de empalidecer. Le gustaba su mujer, como sabemos, hasta el extraño punto de exhibirla; no podía oír en frío la noticia. Sofía vio la palidez y le gustó la mala impresión causada; para saborearla más, inclinó el busto, soltó el cabello atrás, donde la molestaba un poco, juntó las horquillas en un pañuelo, después sacudió la cabeza, respiró hondo y tomó las manos del marido, que había quedado de pie.

—Es verdad, mi viejo, te cortejan la mujer.

—¿Pero quién fue el sinvergüenza? —dijo él impaciente.

—Malo, malo, si seguimos así, no digo nada. ¿Quién fue? ¿Quieres saber quién fue? Oyelo con tranquilidad. Fue Rubión.

—¿Rubión?

—Nunca lo imaginé. Me parecía tímido y respetuoso; ve aprendiendo que no es el hábito el que hace al monje. De tantos hombres que vienen aquí no oí nunca la menor cosa. Me miran, naturalmente, porque no soy fea... ¿Para qué caminas así de un lado para el otro? Para, que no quiero levantar la voz... Eso, así... Vamos al grano. No me hizo una declaración concreta...

—¿Ah, no? —dijo vivamente el marido.

—No, pero viene a ser lo mismo.

Y después de contar lo que había pasado en el jardín, desde que llegaron los dos hasta que el mayor apareció:

—Fue sólo eso —concluyó—, pero es bastante para darse cuenta que si él no habló de amor es porque no le alcanzó la lengua, pero le alcanzó la mano, que me apretó los dedos... Solamente eso, y es demasiado. Por suerte que no te enojas; pero es necesario cerrarle la puerta, o de golpe o poco a poco; yo preferiría de golpe, pero acepto lo que tú digas. ¿Cómo te parece mejor?

Mordiéndose el labio inferior, Palha se quedó mirándola como un estúpido. Se sentó, callado, en el canapé. Consideraba el asunto. Le parecía natural que las gentilezas de su esposa llegaran a cautivar a un hombre, y Rubión podía ser ese hombre; pero confiaba tanto en Rubión que la esquila que Sofía le había enviado acompañando las frutillas había sido redactada por él mismo; la mujer se limitó a copiarla, firmarla y mandarla. Nunca, sin embargo, le pasó por la cabeza que el amigo llegaría a declarársele a alguien, menos aún a Sofía, si es que era verdadero amor; podría ser travesura íntima. Rubión la miraba mucho, es cierto; también parece que Sofía, en algunas ocasiones, pagaba las miradas con otras... ¡Concesiones de muchacha bonita! Pero, en fin, mientras tuviera ojos, podían despedir algunos rayos. No iba a tener celos del nervio óptico, pensaba el marido. Sofía se incorporó, fue a poner el pañuelo con las horquillas sobre el piano y echó una mirada al espejo para verse con la trenza suelta. Cuando volvió al canapé, el marido le tomó la mano, riendo:

—Me parece que te molestaste más de lo que el asunto merecía. Comparar los ojos de una joven con las estrellas, y las estrellas con los ojos, al fin de cuentas es cosa que hasta se puede hacer a la vista de todos, en familia, y en prosa o verso para el público. La culpa es de quien tiene bonitos ojos. Además, a pesar de lo que me cuentas, sabes que sigue siendo un provinciano...

—Entonces también el diablo es provinciano, porque él me pareció nada menos que el diablo. ¿Y eso de pedirme que a una cierta hora mirara la Cruz del Sur para que nuestras almas se encontrasen?

—Eso sí, eso huele a enamoramiento —coincidió Palha—, pero bien ves que es el pedido de un alma cándida. Es así como las muchachas hablan a los quince años; es así como hablan los tontos de todos los tiempos, y los poetas también; pero él no es muchacho ni poeta.

—Creo que no; ¿pero tomatme las manos para retenerme en el jardín?

Palha sintió un escalofrío; la idea del contacto de las manos y de la fuerza empleada para retener a su mujer es lo que más lo mortificaba. Francamente, si pudiera, era capaz de ir a verlo y darle su merecido. Otras ideas, sin embargo, acudieron y disiparon el efecto de la primera; de modo que, creyendo Sofía haberlo irritado, lo vio encogerse de hombros con desprecio y responderle que efectivamente era un acto de grosería.

—Y además, Sofía, ¿me dirás qué idea fue ésa de invitarlo a ver la luna?

—Llamé a Toñita para que nos acompañara.

—Pero ya que Toñita no aceptó, deberías haber encontrado los medios y la manera de no ir al jardín. Son cosas que advertimos en seguida. Tú eres la que diste ocasión...

Sofía lo miró frunciendo las espesas cejas; iba a responder pero optó por callarse. Palha siguió desarrollando la misma serie de consideraciones; la culpa era de ella, no debería haber dado ocasión...

—¿Pero tú mismo no me has dicho que debemos tratarlo con especiales atenciones? Seguramente no hubiera ido al jardín de imaginar lo que sucedería. Pero nunca esperé que un hombre tan pacato, tan no sé cómo, perdiera el juicio para decirme cosas raras...

—Pues de aquí en adelante evita la luna y el jardín —dijo el marido, procurando sonreír...

—Pero, Cristiano, ¿cómo quieres que le hable la primera vez que venga? No tengo cara para tanto; mira, lo mejor de todo es acabar con las relaciones.

Palha cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a tamborilear en el zapato. Durante algunos segundos se quedaron callados. Palha pensaba en la propuesta de cortar las relaciones; no que quisiera aceptarla, sino que no sabía cómo responder a su mujer, que mostraba tanto resentimiento y se comportaba con tal dignidad. Era necesario no desaprobársela, ni aceptar la propuesta y no se le ocurrió nada. Se levantó, metió las manos en los bolsillos, y después de algunos pasos, se detuvo frente a Sofía.

—Tal vez nos estemos incomodando por un simple efecto del vino. Mira que, como se dice, tomó su parte y la del cura; cabeza floja, un poco de conmoción y largó lo que tenía adentro... Sí, no niego que le puedas haber causado cierta impresión, como tantas otras señoras. Hace días fue a un baile en el Catete,* y volvió encantado con las señoras que allí había visto, con una principalmente, la viuda de Mendes...

Sofía lo interrumpió:

—¿Por qué no invitó a esa belleza a ver la Cruz del Sur?

—No cenó allá, naturalmente, y no había jardín ni luna. Lo que quiero decirte es que *nuestro amigo* no estaría en sus cabales. Tal vez ahora esté arrepentido de lo que hizo, avergonzado, sin saber cómo se va a explicar, o si no va a explicar nada... Hasta es muy posible que se ausente...

—Sería mejor.

—...Sí no lo llamamos —concluyó Palha.

—Pero, ¿para qué llamarlo?

* Barrio de Río de Janeiro.

—Sofía —le dijo el marido sentándose a su lado—. No quiero entrar en menudencias; sólo digo que no permito que alguien te falte al respeto...

Hubo una pequeña pausa; Sofía lo miraba, esperando.

—No lo permito, y ay de aquel que lo haga, así como ay de ti si lo consientes; sabes que, en este sentido, soy de hierro, y que la certeza de tu amistad, o, hablando claro, del amor que me tienes, es lo que me tranquiliza. Pues bien, nada me preocupa en lo que se refiere a Rubión. Convéncete de que Rubión es nuestro amigo y le debo obligaciones.

—Algunos regalos, algunas joyas, palcos en el teatro, no son motivos para que yo contemple la Cruz del Sur con él.

—¡Quisiera Dios que fuese sólo eso! —suspiró el despachante.

—¿Qué más?

—No entremos en detalles... Hay otras cosas... Después hablaremos... Pero no dudes que nada me haría retroceder, si viese alguna gravedad en lo que acontece. No hay ninguna. El hombre es un simplete.

—No.

—¿No?

Sofía se levantó; tampoco quería entrar en detalles. El marido le tomó la mano, ella permaneció de pie y callada. Palha, con la cabeza reclinada en el respaldo del sofá, la miraba sonriendo, sin encontrar qué decir. Al cabo de algunos minutos su mujer manifestó que era tarde, que mandaría apagar las luces.

—Bueno —replicó Palha después de un breve silencio—, le escribiré mañana que no ponga más los pies aquí.

Miró a su mujer esperando alguna negativa. Sofía se frotaba las cejas, y no respondió nada. Palha repitió la solución; y puede ser que esta vez con sinceridad. La mujer entonces con aire de tedio:

—Mira, Cristiano... ¿Quién te pide cartas en el asunto? Ya estoy arrepentida de haberte hablado de esto. Te conté un acto de falta de respeto y dije que era mejor cortar las relaciones, poco a poco o de golpe.

—¿Pero cómo se van a cortar las relaciones de golpe?

—Cerrándole la puerta, pero no digo tanto; basta, si quieres, ir de a poco...

Era una concesión; Palha la aceptó; pero inmediatamente se puso sombrío, soltó la mano de su mujer con un gesto de desesperación. Después, tomándola por la cintura, dijo en voz más alta que hasta entonces:

—Pero amor mío, le debo mucho dinero.

Sofía le tapó la boca y miró asustada hacia el corredor.

—Está bien —dijo—, acabemos con esto. Veré cómo se comporta y trataré de ser más fría con él... En ese caso, tú eres el que no debe cambiar, para que no parezca que sabes lo que ocurrió. Veré lo que puedo hacer.

—Tú sabes, aprietos de negocios, algunas necesidades... es necesario hacer un agujero aquí, otro allí... ¡el demonio! Es por eso que... Pero riámonos, mi bien; no tiene importancia. Sabes que confío en ti.

—Vamos, que es tarde.

—Vamos —repitió Palha dándole un beso en la mejilla.

—Tengo mucho dolor de cabeza —murmuró ella—. Creo que fue el sereno, o toda esta historia... Tengo mucho dolor de cabeza.

CAPITULO LI

BAÑADO, AFEITADO, a medio vestir, Palha leía los diarios, a la espera del almuerzo, cuando vio entrar a su mujer en el escritorio, un tanto pálida.

—¿Estás peor?

Sofía respondió con un gesto de los labios, que tanto negaba como afirmaba. Palha creyó que, durante el día, pasaría la molestia; la agitación de la víspera, cenar tarde... Después pidió que le dejara terminar de leer un artículo relativo a cierto asunto de negocios. Era un discusión entre dos comerciantes, a raíz de una emisión de letras de cambio; en la víspera había escrito uno de ellos, hoy venía la respuesta del otro. Respuesta compleja, dijo él terminando la lectura; y le explicó largamente a su mujer la cuestión de las letras, el mecanismo de la operación, la situación de los dos adversarios, los rumores del ambiente, todo con vocabulario técnico. Sofía oía y suspiraba; pero para el despotismo de la profesión no hay suspiros de mujer, ni cortesía de hombre. Felizmente, el almuerzo estaba en la mesa.

Al quedarse sola, nuestra amiga, que apenas había bebido un caldo, a eso de las dos fue a sentarse a la puerta de casa, en el jardín. Naturalmente, volvió a pensar en el acontecimiento de la víspera. No estaba bien consigo misma ni fuera de sí, ni con Dios ni con el diablo. Se arrepentía de haber contado el episodio al marido y al mismo tiempo se irritaba con las tentativas de explicación que éste le diera. En medio de las reflexiones oyó claramente las palabras del mayor: “¡Hola!, ¿están contemplando la luna?”, como si las hojas las hubieran guardado y repetido ahora que la brisa comenzaba a moverlas. Sofía tuvo un escalofrío. Siqueira era indiscreto, indiscreto para husmear e indagar en los asuntos ajenos; ¿lo sería tanto como para publicarlos? Sofía se consideraba ya objeto de sospechas o de calumnias. Hacía planes. No visitaría a nadie; o se iría afuera, a Nueva Friburgo o más lejos. La exigencia del marido en recibir a Rubión como antes, era excesiva; principalmente por lo sucedido. No queriendo obedecer ni desobedecer, pensaba dejar la ciudad, pretextando cualquier cosa.

—¡La culpa fue mía! —suspiró.

La culpa era de las atenciones especiales con el hombre, gentilezas, regalos, obsequios familiares y, en la víspera, aquellos ojos tan largamente fijos en él. Si no fuera eso... Así se iba perdiendo en multiplicadas reflexiones. Todo le molestaba, plantas, muebles, una cigarra que cantaba, un rumor de voces en la calle, otro de platos en casa, el caminar de las esclavas, y hasta un pobre negro viejo que, frente a la casa, trepaba con dificultad un pedazo de cerro. Las precauciones del negro le ponían los nervios de punta.

CAPITULO LII

EN ESO PASÓ un muchacho alto, que la saludó sonriendo y largamente. Sofía lo saludó también, un tanto asombrada de la persona y del gesto.

—¿Quién será ese hombre? —pensó.

Y empezó a pensar de dónde lo conocía, porque, en realidad, la cara no le era extraña, ni sus maneras, ni sus ojos plácidos y grandes. ¿Dónde lo habría visto? Recorrió varias casas, sin acertar con la verdadera; al final pensó en cierto baile, el mes anterior, en casa de un abogado que cumplía años. Era eso; lo había visto allá, bailaron una cuadrilla, por simple condescendencia de él, que no bailaba nunca; recordaba haberle oído muchas palabras agradables, relativas a la belleza femenina que, según decía, consistía principalmente en los ojos y en los hombros. Los de ella, como sabemos, eran magníficos. Y casi no habló de otro tema, los hombros y los ojos; a propósito de unos y otros le contó varias anécdotas, algunas sin interés, ¡pero hablaba tan bien!, ¡y el tema era tan para ella! Es verdad; ahora recordaba que en cuanto él la había dejado, Palha se le acercó, se sentó a su lado en la silla y le dijo el nombre del joven, que ella no había oído bien a la persona que lo presentó: era Carlos María, el mismo del almuerzo de nuestro Rubión.

—Es la primera figura del salón —le dijo el marido con orgullo al ver que aquél se había ocupado tanto de ella.

—Entre los hombres —aclaró Sofía.

—Entre las señoras eres tú —replicó él mirándose en el escote de la mujer y recorriendo después la sala con los ojos, con una expresión de posesión y dominio que su mujer ya conocía y que le hacía bien.

Cuando terminó de recordar todo, el joven ya debería estar lejos; al menos, fue una interrupción en la sucesión de tedios que le invadían el alma. Tenía un dolor en la espalda que se había atenuado en ese instante. Volvió en seguida, terco, desagradable; Sofía se reclinó en la silla y cerró los ojos. Quiso ver si entraba en el sueño, pero no pudo. Los pensamientos eran tan tenaces como el dolor, y aun peores que éste. De cuando en cuando un agitar de alas, rápido, quebraba el silencio; eran las palomas de una casa vecina que retornaban al palomar. Sofía primero abrió los ojos, unas dos veces; después se acostumbró al rumor y los dejó cerrados, a ver si dormía. Pasado algún tiempo oyó pasos en la calle, y levantó la cabeza, suponiendo que era Carlos María que regresaba; era un cartero que le traía una carta del campo. Se la entregó en propia mano. Al salir del jardín, el cartero tropezó con la pata de un banco y cayó de bruces, desparramando las cartas por el suelo. Sofía no pudo contener la risa.

CAPITULO LIII

PERDÓNENLE ESA risa. Bien sé que el desasosiego, la mala noche pasada y el terror al qué dirán, todo contrasta con esa risa inoportuna. Pero, querida lectora, tal vez no hayas visto nunca caer a un cartero. Los dioses de Homero, y eso que eran dioses, debatían una vez en el Olimpo, gravemente, y hasta furiosamente. La orgullosa Juno, celosa de los coloquios de Tetis y Júpiter en favor de Aquiles, interrumpe al hijo de Saturno. Júpiter truena y amenaza; la esposa tiembla de cólera. Los demás gimen y suspiran. Pero cuando Vulcano toma la copa de néctar, y va renqueando a servirlos a todos, estalla en el Olimpo una enorme carcajada inextinguible. ¿Por qué? Señora mía, con seguridad nunca has visto caer a un cartero.

A veces, ni hace falta que caiga; otras veces ni hace falta que exista. Es suficiente imaginarlo o recordarlo. La sombra de la sombra de un recuerdo grotesco se proyecta en medio de la pasión más aborrecible, y la sonrisa llega a veces a la superficie del rostro, por leve que sea, un esbozo. Dejémosla reír, y leer su carta del campo.

CAPITULO LIV

QUINCE DÍAS después, estando en casa Rubión, se le apareció el marido de Sofía. Venía a preguntarle qué se había hecho de él, ¿dónde se había metido que no aparecía?, ¿había estado enfermo?, ¿o ya no se preocupaba de los pobres? Rubión masticaba las palabras, sin acabar de componer una frase única. En medio de esto, Palha vio que había en la sala un hombre mirando los cuadros, y sofocó la voz.

—Disculpe, no vi que estaba con visitas —dijo.

—¿Disculpar qué?, es un amigo, como usted. Doctor, aquí está mi amigo Cristiano de Almeida y Palha. Creo que ya le hablé de él. Este es mi amigo, el doctor Camacho, Juan de Sousa Camacho.

Camacho hizo una seña con la cabeza, dijo una o dos frases y quiso salir; pero Rubión intervino, que no señor, que se quedara. Ambos eran amigos; y además la luna no tardaría en iluminar la bella ensenada de Botafogo.

La luna, otra vez la luna, y esta frase: *Creo que ya le hablé de él*, atontaron de tal manera al recién llegado, que no le fue posible proferir una palabra durante un buen rato. Bueno es agregar que el dueño de la casa tampoco sabía qué decir. Estaban los tres sentados, Rubión en el canapé, Palha y Camacho en sillas uno frente al otro. Camacho, que tenía el bastón en la mano, lo colocó verticalmente entre las rodillas, golpeando con la nariz y mirando hacia el techo. Afuera, el rumor de coches, tropel de caballos y algunas voces. Eran las siete y media de la noche, o más, cerca de las ocho. El silencio fue más prolongado de lo que era lícito en la ocasión; ni Rubión ni Palha se daban cuenta de ello. Camacho fue quien, aburrido, se dirigió a la ventana y exclamó desde allí a los dos:

— ¡Ahí viene entrando la luna!

Rubión hizo un gesto, Palha otro; ¡pero qué diferentes!, el de Rubión fue para ir a la ventana; Palha pareció que iba a agarrarlo por el cuello. Cedía menos a la divulgación posible de la aventura que al recuerdo de la violencia con que él le había tomado las manos a su mujer para atraerla a sí. Uno y otro se contuvieron; poco después, Rubión, cruzando la pierna izquierda sobre la derecha, volvióse hacia Palha, y le preguntó:

— ¿Sabe que los voy a dejar?

CAPITULO LV

TODO ESPERABA el otro, menos esto. De ahí el asombro en que se disolvió su cólera; de ahí también una rápida sombra de pesar, que es lo que el lector menos espera. ¿Dejarlos? Naturalmente, se marchaba de Río de Janeiro; era el castigo que a sí mismo se imponía por la mala acción que había perpetrado en Santa Teresa; en seguida se había avergonzado, se había arrepentido. No tenía cara para aparecer ante la esposa del amigo. Tal fue la primera conclusión de Palha; pero aparecieron otras hipótesis. Por ejemplo, la pasión podía persistir y su partida sería un modo de alejarse de la persona amada. También podía suceder que figurase ahí algún plan de casamiento.

La última hipótesis trajo a la fisonomía de Palha un elemento nuevo, que no sé como llamar. ¿Desilusión? Ya el elegante Garrett no encontraba otro término para tales sensaciones y no lo iba a despreciar por ser inglés. Vaya desilusión. Mézclenle el pesar de la separación, no olviden la cólera que tronó primero sordamente, y no faltará quien crea que el alma de este hombre es una

colcha de retazos. Puede ser; ¡moralmente las colchas enterizas son tan raras! Lo principal es que los colores no se confundan unos con otros, cuando no puedan obedecer a la simetría y la regularidad. Era el caso de nuestro hombre. A primera vista tenía un aspecto desordenado; pero prestando atención, por más opuestos que fuesen los matices, ahí estaba la unidad moral de la persona.

CAPITULO LVI

PERO, ¿POR QUÉ Rubión los iba a dejar? ¿Por qué razón? ¿Por qué negocio? Al día siguiente al episodio de Santa Teresa se despertó sofocado. Almorzó mal. No pensó en nada; se calzó sin interés las chinelas africanas, no miró los adornos bellos o simplemente ricos que llenaban la casa. No pudo soportar las caricias del perro más de dos minutos; tan rápidamente lo recibió en la sala como lo mandó salir. El perro fue quien engañó a los criados y volvió a la sala; pero fue tal la palmada que recibió en la oreja que no repitió las caricias: se estiró en el suelo con los ojos puestos en el amigo.

Rubión estaba arrepentido, irritado, avergonzado. En el capítulo X de este libro se dijo que los remordimientos de este hombre eran fáciles, pero de poca duración; faltó explicar la naturaleza de las acciones que los podían hacer cortos o largos. Allá se trató de esa carta escrita por el finado Quincas Borba, tan expresiva del estado mental del autor, y que él ocultó al médico, pudiendo ser tan útil a la ciencia o a la justicia. Si hubiera entregado la carta no tendría remordimientos, ni tal vez legado, el pequeño legado que entonces esperaba del enfermo. En el presente caso, era una tentativa de adulterio. Es cierto que él hacía mucho que suspiraba y sentía impulsos interiores; pero fue sólo la indiscreta animación de la joven y la excitación propia del momento lo que lo llevó a hacer la declaración rechazada. Pasados los vapores de la noche, no era sólo humillación lo que sentía sino también remordimientos. La moral es una, los pecados son diversos.

Saltemos por encima de todo lo que él sintió y pensó durante los primeros días. Llegó a esperar algo el domingo, una esquila como la del domingo anterior, con frutillas o sin ellas. El lunes estaba decidido a irse a Minas a pasar dos meses; tenía necesidad de restaurar el alma con los vientos de Barbacena. No contaba con el doctor Camacho.

—¿Dejarnos? —preguntó finalmente Palha.

—Creo que sí; voy a Minas.

Camacho, volviendo desde la ventada, se sentó en la silla donde había estado antes.

—¿Qué Minas? —dijo sonriendo—. Déjese de Minas por ahora; allá irá cuando sea necesario, y no va a tardar mucho en serlo.

Palha no quedó menos asombrado de las palabras de éste que de las del otro. ¿De dónde había surgido semejante hombre con aires de dominar a Rubión? Lo miró; era persona de estatura mediana, rostro estrecho, poca barba, largo mentón, orejas de pabellón ancho y abierto. Fue todo lo que pudo observar rápidamente. Vio también que su ropa era fina, sin lujo, y que no estaba mal calzado. No le examinó los ojos, ni la sonrisa, ni las maneras; no llegó a advertir el comienzo de calvicie, ni las manos delgadas y velludas.

CAPITULO LVII

CAMACHO ERA un político. Diplomado en Derecho, en 1844, por la Facultad de Recife, había retornado a la provincia natal, donde comenzó a ejercer; pero la abogacía era un pretexto. Ya en la universidad había escrito un diario político, sin partido definido, pero con muchas ideas aquí y allí y expuestas en estilo medio flaco y medio ampuloso. Alguien que recogió esos primeros frutos de Camacho formó un índice con sus principios y aspiraciones: *orden por la libertad, libertad por el orden; la autoridad no puede abusar de la ley, sin abofetarse a sí misma; la vida de los principios es la necesidad moral de las naciones nuevas tanto como de las naciones viejas; dadme buena política, os daré buenas finanzas* (Barón Luis); *sumerjámonos en el Jordán constitucional; dad paso a los valientes, hombres del poder; ellos serán vuestro sustentáculo*, etc., etc.

En su provincia natal, este orden de ideas tuvo que ceder ante otros; y lo mismo puede decirse del estilo. Fundó allí un diario; pero, siendo la política local menos abstracta, Camacho debió bajar la puntería y descendió a los nombramientos de comisarios, a las obras provinciales, a las gratificaciones, a la lucha con el periódico opositor y a los nombramientos propios e impropios. La adjetivación exigió gran esmero. Nefasto, derrochador, vergonzoso, perverso, fueron los términos obligados mientras atacó al gobierno; pero en cuanto pasó a defenderlo, por un cambio de presidente, los calificativos cambiaron también; enérgico, ilustrado, justiciero, fiel a los principios, verdadera gloria de la administración, etc., etc. Este tiroteo duró tres años. Al cabo de ellos, la pasión política dominaba ya el alma del joven abogado.

Miembro de la asamblea provincial, poco después de la Cámara de Diputados, gobernador de una provincia de segundo orden, donde, por natural mudanza del destino, leyó en los diarios de la oposición todos los nombres que escribiera otrora, nefasto, derrochador, vergonzoso, perverso. Camacho tuvo días grandes y pequeños, se movió fuera y dentro de la cámara, pronunció discursos, escribió, luchó constantemente. Acabó yendo a vivir a la capital del imperio. Diputado de la conciliación de los partidos vio gobernar al marqués de Paraná y procuró algunos nombramientos, cosa en la que fue atendido; pero, si es verdad que el marqués le pedía consejos y solía confiarle los planes que tenía, nadie puede afirmarlo, porque él, tratándose de la propia consideración, mentía sin dificultad.

Lo que puede creerse es que quería ser ministro y trabajó para conseguirlo. Se incorporó a varios grupos, según le parecía acertado; en la cámara peroraba largamente sobre materias administrativas, acumulaba cifras, artículos de legislación, fragmentos de informe, citas de autores franceses, mal traducidas. Pero, entre la espiga y la mano, está el muro del que habla el poeta; y por más que nuestro hombre estirara la mano de su deseo para tomarla, la espiga quedaba siempre del otro lado, donde otras manos la arrancaban, más o menos ansiosas o a veces descuidadas.

Hay solterones en la política. Camacho iba entrando en esa melancólica categoría en la que todos los sueños nupciales se evaporan con el tiempo; pero no tenía la superioridad de abandonarla. Nadie que organizara un gabinete se atrevía, aunque lo desease, a darle una cartera. Camacho se sentía declinar; para simular influencia trataba familiarmente a los poderosos del día, contaba en voz alta las visitas a los ministros y a otras dignidades del Estado.

No le faltaba qué comer. La familia era pequeña; mujer, una hija que andaba por los dieciocho años, un ahijado de nueve, y para eso le daba la abogacía. Pero llevaba la política en la sangre; no leía, no atendía otra cosa. De literatura, ciencias naturales, historia, filosofía, artes, no se interesaba absolutamente nada. Tampoco conocía gran cosa de Derecho; conservaba algo de lo que le había dado la facultad, más la legislación posterior y las prácticas forenses. Con eso iba argumentando y ganando.

CAPITULO LVIII

DÍAS ANTES, al ir a pasar la noche en casa de un consejero, vio allí a Rubión. Se hablaba del ascenso de los conservadores al poder y de la disolución de la cámara. Rubión había asistido a la sesión en que el ministerio Itaboraí exigió la aprobación del presupuesto. Todavía temblaba al contar sus impre-

siones, describía la cámara, las tribunas, galerías llenas donde no cabía ni un alfiler, el discurso de José Bonifacio, la moción, la votación... Todo ese relato nacía de un alma simple, es claro. El desorden de los gestos, el calor de la palabra, tenían la elocuencia de la sinceridad. Camacho lo escuchaba con atención. Encontró la manera de llevarlo a un costado de la ventana y de hacerle algunas consideraciones graves acerca de la situación. Rubión opinaba con la cabeza, o con palabras sueltas y aprobatorias.

—Los conservadores no duran en el poder —le dijo finalmente Camacho.

—¿No?

—No; no quieren la guerra, y tienen que caer a la fuerza. Vea cómo no me equivoqué en la orientación del periódico.

—¿Qué periódico?

—Después conversaremos.

Al día siguiente almorzaron en el *Hotel de la Bourse*, por invitación de Camacho. Este le contó que había fundado, meses antes, un diario con el único propósito de continuar la guerra a todo trance... Seguía muy encendida la disensión entre los liberales; le pareció que el mejor modo de servir al propio partido era ofrecerle un terreno neutro y nacional.

—Y esto ahora nos viene muy bien —concluyó—, porque el gobierno se inclina a la paz. Mañana va a salir un artículo mío, furibundo

Rubión oía todo, casi sin sacarle los ojos de encima, comiendo rápidamente, en los intervalos en que el propio Camacho inclinaba la cabeza hacia el plato. Disfrutaba viéndose confidente político; y, para decirlo de una vez, la idea de entrar en combate para recoger algo después, por ejemplo un lugar en la cámara, agitó las alas de oro en el cerebro de nuestro amigo. Camacho no le dijo más nada; lo buscó al día siguiente y no lo encontró. Ahora, poco después de entrar, venía Palha a interrumpirlos.

CAPITULO LIX

—Sí, PERO YO necesito ir a Minas —insistió Rubión.

—¿Para qué? —preguntó Camacho.

Palha le hizo la misma pregunta. ¿Para qué ir a Minas, salvo si era cuestión de poco tiempo? ¿O ya estaba cansado de la Corte?

—No, cansado no; al contrario...

Al contrario, le gustaba mucho; pero la tierra natal, por menos bonita que sea, un pueblucho, le hace a uno sentir nostalgia; sobre todo cuando se

salió ya siendo hombre. Quería ver a Barbacena. Barbacena era la mejor tierra del mundo. Durante algunos minutos, Rubión pudo sustraerse a la influencia de los otros. Sentía la tierra natal dentro suyo; ambiciones, vanidades callejeras, placeres efímeros, todo cedía ante el minero nostálgico de su provincia. Si en su alma hubo alguna vez disimulo, y escuchó la voz del interés, ahora era la simple alma de un hombre arrepentido del placer y mal acomodado en la propia riqueza.

Palha y Camacho se miraron el uno al otro... ¡Oh! esa mirada fue como una tarjeta de visita cambiada entre dos conciencias. Ninguna dijo su secreto, pero vieron los nombres en el cartón, y se saludaron. Sí, era preciso impedir que Rubión partiera; Minas podría retenerlo. Coincidieron en que fuera, pero sólo algunos meses después; y tal vez Palha también fuera. Nunca había estado en Minas; sería una excelente ocasión.

—¿Usted? —preguntó Rubión.

—Sí, yo; hace mucho que deseo ir a minas y a São Paulo. Mire, hace más de un año que estuvimos entre ir y no ir... Sofía es afecta a estos viajes. ¿Recuerdan cuando nos encontramos en el tren?... Veníamos de Vassouras; pero este proyecto de ir a Minas nunca nos abandonó. Iremos los tres.

Rubión se aferró a las elecciones próximas; pero aquí intervino Camacho, afirmando que no hacía falta, que la serpiente debía ser aplastada aquí mismo en la capital; no faltaría oportunidad después para ir a matar las nostalgias y recibir la recompensa. Rubión se agitó en el canapé. La recompensa sería, con certeza, el carnet de diputado. Visión magnífica, ambición que nunca tuvo cuando era un pobre diablo... Y he aquí que ahora lo invadía, que le aguzaba todos los apetitos de grandeza y de gloria. Sin embargo, todavía insistió en un viaje de pocos días y, para ser exacto, debo jurar que lo hizo sin el deseo de que le aceptaran la propuesta.

La luna brillaba: la ensenada, vista desde los ventanales, presentaba ese aspecto seductor que ningún carioca puede creer que exista en otra parte del mundo. La figura de Sofía pasó a lo lejos, en la ladera del cerro, y se diluyó en la luz lunar; la última sesión de la cámara, tumultuosa, resonó en los oídos de Rubión... Camacho fue hasta la ventana y volvió en seguida.

—¿Pero cuántos días? —preguntó.

—Eso es lo que no sé, pero pocos.

—En todo caso, mañana conversaremos.

Camacho se despidió. Palha se quedó aún unos instantes para decirle que sería absurdo regresar a Minas sin que ellos liquidaran las cuentas... Rubión lo interrumpió. ¿Cuentas? ¿Quién le pedía cuentas?

—Bien se ve que usted no es comerciante —replicó Cristiano.

—No lo soy, es verdad; pero las cuentas se pagan cuando se puede. Entre nosotros, siempre fue así. O tal vez... Sea franco; ¿necesita dinero?

—No, no necesito. Gracias. Tengo que proponerle un negocio, pero ha de ser con más tiempo. Vine a verlo para no poner el aviso en los diarios: "Desapareció un amigo llamado Rubión, que tiene un perro..."

A Rubión le gustó el chiste. Palha salió y él fue a acompañarlo hasta la esquina de la calle Marqués de Abrantes. Al despedirse prometió visitarlo en Santa Teresa, antes de ir a Minas.

CAPITULO LX

¡POBRE MINAS! Rubión regresó a casa, solo, a paso lento, pensando en la manera de no ir para allá. Y las palabras de los dos le andaban por el cerebro, como pececitos de oro en un globo de vidrio, arriba, abajo, rutilantes: "*aquí es donde hay que aplastarle la cabeza a la serpiente*", "*Soñta es afecta a estos viajes*". ¡Pobre Minas!

Al día siguiente recibió un diario que nunca había visto antes, el *Atalaya*. El artículo editorial le pegaba duro al ministerio; la conclusión, empero, se extendía a todos los partidos y a la nación entera: *Sumerjámonos en el Jordán constitucional*. A Rubión le pareció excelente; trató de ver dónde se imprimía la hoja para suscribirse. Era en la calle de Ayuda; allá se fue en cuanto salió de casa; allá se enteró que el redactor era el doctor Camacho. Y se corrió hasta su oficina.

Pero, en camino, por la misma calle:

—¡Deolindo! ¡Deolindo! —clamó angustiosamente una voz de mujer a la puerta de una colchonería.

Rubión oyó el grito, se dio vuelta y vio lo que pasaba. Un coche bajaba y una criatura de tres o cuatro años cruzaba la calle. Los caballos casi se le venían encima, por más que el cochero pretendía sofrenarlos. Rubión se lanzó hacia los caballos y arrancó al chico del peligro. La madre, cuando lo recibió de manos de Rubión, no podía hablar; estaba pálida, trémula. Algunas personas se pusieron a discutir con el cochero, pero un hombre calvo, que iba dentro, le ordenó que siguiera la marcha. El cochero obedeció. Así, cuando el padre, que estaba en el interior de la colchonería, salió, ya el coche doblaba la esquina de San José.

—Estuvo a punto de morir —dijo la madre—. Si no fuera por este señor no sé qué habría sido de mi pobre hijo.

Era una novedad en la manzana. Los vecinos entraban a ver lo que le había sucedido al pequeño; en la calle, chicos y negritos espiaban asombrados. El niño apenas tenía un arañón en el hombro izquierdo, producido por la caída.

—No fue nada —dijo Rubión—, en todo caso no dejen al chico salir a la calle; es muy pequeñito.

—Gracias —acotó el padre—, ¿pero dónde está su sombrero?

Rubión advirtió entonces que había perdido el sombrero. Un muchachito harapiento que lo había recogido estaba a la puerta de la colchonería, esperando la ocasión de restituirlo. Rubión le dio unas monedas en recompensa, cosa en la que el muchachito no había pensado al ir a levantar el sombrero. No lo tomó más que para tener una participación activa en la gloria y en los servicios. Sin embargo, aceptó las monedas con placer; fue tal vez la primera idea que tuvo de la venalidad de las acciones.

—Pero, espere —volvió a decir el colchonero—, ¿se ha herido?

En efecto, la mano de nuestro amigo tenía sangre, una herida en la pal-

ma, cosa sin importancia; sólo ahora comenzaba a sentirla. La madre del pequeño corrió a buscar una palangana y una toalla, a pesar de que Rubión decía que no era nada, que no valía la pena molestarle. Llegó el agua; mientras él se lavaba la mano, el colchonero corrió hasta la farmacia próxima y trajo un poco de árnica. Rubión se curó, ató el pañuelo a la mano; la mujer del colchonero le cepilló el sombrero; y, cuando se marchó, una y otro le agradecieron mucho el favor de haberles salvado el hijo. La demás gente, que estaba en la puerta y en la vereda, le abrió paso.

CAPITULO LXI

—¿QUÉ ES LO que tiene ahí en la mano? —inquirió Camacho, no bien Rubión entró en la oficina.

Rubión contó el incidente de la calle de Ayuda. El abogado le hizo muchas preguntas sobre el niño, los padres, el número de la casa; pero el propio Rubión puso fin a sus respuestas.

—¿No sabe, al menos, el nombre del pequeño?

—Oí que lo llamaban Deolindo. Pero, vayamos a lo que importa. Vengo a suscribirme a su diario; recibí un número y quiero contribuir para...

Camacho replicó que no necesitaba suscripciones. En suscripciones el diario marchaba bien. Lo que necesitaba era material tipográfico y desarrollar el contenido, ampliar los temas, ponerle más noticias, variedades, la traducción de alguna novela para el folletín, el movimiento del puerto, de la bolsa, etc. ¡Tiene avisos, como habrá visto!

—Sí, señor.

—Tengo casi completo el capital. Bastan diez personas, y ya somos ocho; yo y siete más. Faltan dos. Con dos personas más tenemos el capital justo.

—¿Cuánto será? —pensó Rubión.

Camacho golpeaba con un cortaplumas el borde del escritorio, muro, mirando a hurtadillas al otro. Rubión paseó su mirada por la sala, pocos muebles, algunos expediente sobre una banqueta junto al abogado, estantes con libros, Lobão, Pereira e Souza, *Ordenaciones del Reino* y un retrato en la pared delante del escritorio.

—¿Lo conoce? —dijo Camacho señalando el retrato.

—No, señor.

—Fíjese si lo conoce.

—No puedo saberlo. ¿Nunes Machado?

—No —acotó el ex diputado dando a su cara un aire pesaroso—. No pude conseguir un buen retrato de él. Se venden por ahí unas litografías que no me parecen buenas. No; ése es el marqués.

—¿De Barbacena?

—No, de Paraná; es el gran marqués, mi dilecto amigo. Intentó conciliar los partidos, y fue por eso que me entendí con él. Murió prematuramente; la obra no pudo seguir adelante. Hoy, si él quisiera continuarla, me tendría en su contra. ¡No!, nada de conciliaciones; guerra a muerte. Habremos de destruirlos; lea la *Atalaya*, mi buen compañero de luchas; la recibirá en su casa...

—No, señor.

—¿Por qué no?

Rubión bajó los ojos ante la nariz interrogativa de Camacho.

—No, señor; soy firme, deseo ayudar a los amigos. Recibir el diario gratis...

—Pero, si ya le dije que andamos bien de suscripciones —replicó Camacho.

—Sí, señor, ¿pero no dijo también que faltan dos personas para cubrir el capital?

—Dos, sí; ya tenemos ocho.

—¿Cuánto es el capital?

—El capital es de cincuenta contos, cinco por persona.

—Pues entro con cinco.

Camacho le agradeció en nombre de las ideas. Tenía la intención de invitarlo a asociarse con ellos; era un derecho adquirido por la convicción, por la fidelidad, por el amor a los negocios públicos de su reciente amigo. Puesto que espontáneamente se había alistado, le pedía que lo disculpara. Le mostró la lista de los otros; Camacho era el primero; entraba con el diario, el material existente, las suscripciones y el trabajo hercúleo... Iba a corregirse pero valerosamente repitió: trabajo hercúleo. Podía decir que lo era, sin desdoro ni mentira; de chico aplastó víboras. Y ahora ya era un vicio; le gustaba la lucha, moriría en ella, envuelto en la bandera...

CAPITULO LXII

RUBIÓN SE DESPIDIÓ. En el pasillo se cruzó con una señora alta, vestida de negro, con un murmullo de seda y canutillos. Al bajar la escalera oyó la voz de Camacho, más fuerte que hasta ese momento:

—¡Oh, señora baronesa!

En el primer escalón se detuvo. La voz argentina de la señora comenzó a decir las primeras palabras; era una demanda. ¡Baronesa! Y nuestro Rubión iba bajando a duras penas, lentamente, para no parecer que se quedaba oyendo. El aire le metía en la nariz un aroma fino y raro, de marear, el aroma dejado por ella. ¡Baronesa! Llegó a la puerta de la calle; vio detenido un *coupé*; el lacayo, de pie en la vereda, el cochero en el pescante, mirando: ambos uniformados... ¿Qué novedad podría haber en todo eso? Ninguna. Una señora con título, perfumada y rica, demandando tal vez para matar el tedio. Pero el caso es que él, Rubión, sin saber por qué, y a pesar de su propio lujo, se sentía el mismo viejo profesor de Barbacena...

CAPITULO LXIII

EN LA CALLE encontró a Sofía con una señora de edad y otra joven. No tuvo ojos para ver bien las facciones de éstas; todo fue poco para mirar a Sofía. Se hablaron tímidamente, tan sólo dos minutos, y siguieron su camino. Rubión se detuvo más adelante y miró hacia atrás; pero las tres señoras iban caminando sin volver la cabeza. Después de la cena, se dijo:

—¿Iré allá hoy?

Reflexionó mucho sin resolver nada. Ora que sí, ora que no. Le había notado algo extraño; pero recordaba que se había sonreído, poco, pero sonreído. Resolvió la cuestión echándola a la suerte. Si el primer coche que pasara venía de la derecha, iría; si venía de la izquierda, no. Y se quedó en la sala, en el *pouf* central, mirando. Pronto llegó un tálburi de la izquierda. Estaba resuelto; no iría a Santa Teresa. Pero aquí la conciencia reaccionó; quería los mismos términos de la propuesta; un coche. Un tálburi no era un coche. Debería ser lo que vulgarmente se llama coche, una calesa grande o pequeña, o incluso una victoria. Al rato fueron llegando por la derecha muchas calesas que volvían de un entierro. Fue.

CAPITULO LXIV

SOFÍA LE DIO la mano gentilmente, sin sombra de rencor. Las dos señoras del paseo estaban con ella, en trajes caseros; se las presentó. La joven era prima, la vieja era tía, aquella tía del campo, autora de la carta que Sofía recibió en el jardín de manos del cartero, que resbalara poco después. La tía se llamaba María Augusta; tenía una estanzuela, algunos esclavos y deudas que le había dejado el marido, además de la nostalgia. La hija era María Benedicta, nombre que la avergonzaba, por ser de anciana, decía ella; pero la madre le replicaba que las ancianas habían sido algún día jóvenes y chiquillas, y que los nombres adecuados a las personas eran pura imaginación de poetas y narradores de cuentos. María Benedicta era el nombre de su abuela, ahijada de Luis de Vasconcelos, el virrey. ¿Quería más acaso?

Le contaron esto a Rubión, sin que ella se avergonzara. Sofía, sea por atenuar el asunto o por otro motivo, agregó que los más feos nombres eran lindos, según la persona. María Benedicta era lindísimo.

—¿No le parece? —concluyó volviéndose hacia Rubión.

—¡Déjate de bromas, prima! —dijo María Benedicta, riéndose.

Bien podemos creer que tanto la vieja como Rubión entendieron la frase; la vieja, porque comenzaba a adormilarse, Rubión porque acariciaba un perrito que le habían dado a Sofía, pequeño, flaco, ligero, bullicioso, de ojos negros, con un cascabel en el pescuezo. Pero, como la dueña de casa insistía, él respondió que sí, sin saber lo que era. María Benedicta hizo un mohín. En realidad, no era una belleza; no había que pedirle ojos fascinantes, ni esas bocas que susurran algo aun cuando están calladas; era natural, sin timideces de campesina, y tenía un donaire particular que corregía las incoherencias de su modo de vestir.

Había nacido en el campo y le gustaba el campo. El campo, Iguazú, estaba cerca. De tanto en tanto venía a la ciudad a pasar unos días; pero, al cabo de los dos primeros, ya estaba ansiosa por regresar a casa. Su educación fue sumaria: leer, escribir, doctrina y algunos trabajos de aguja. En los últimos tiempos (iba por los diecinueve años), Sofía la empujó a aprender piano; la tía consintió; María Benedicta vino a la casa de la prima y allí estuvo unos dieciocho días. No soportó más; le dolió la ausencia de la madre y se volvió al campo, dejando consternado al profesor, que anunció en ella, desde los primeros días, un gran talento musical.

—¡Oh, sin duda, un gran talento!

María Benedicta se rio cuando la prima le contó eso, y nunca más pudo tomar en serio al hombre. A veces, en mitad de una lección, se echaba a reír; Sofía fruncía el ceño, a modo de reproche, y el pobre hombre preguntaba qué sucedía, y se explicaba a sí mismo que debería ser algún recuerdo de muchacha, y continuaba la lección. Ni piano ni francés, otra laguna que Sofía mal podía disculpar. Doña María Augusta no comprendía la consternación de la sobrina. ¿Para qué francés? La sobrina le decía que era indispensable para conversar, para ir a las tiendas, para leer una novela...

—Siempre fui feliz sin francés —respondía la vieja—, y los "media-lengua" del campo están en el mismo caso: no viven peor que los mulatos.

Un día agregó:

—No por eso le han de faltar novios. Puede casarse, ya le dije que se puede casar cuando quiera, que yo también me casé; y hasta dejarme en el campo, sola, morir como una bestia vieja...

—¡Mamá!

—No te aflijas; sólo falta que aparezca el novio. En cuanto aparezca, vete con él, y déjame nomás. Mira lo que hizo conmigo María José. Vive allá en Ceará.*

—Pero si el marido es juez —argumentaba Sofía.

—¡Sea lo que sea! Para mí es lo mismo. Y acá se queda el trapo viejo. Cásate, María Benedicta, cástate rápido; yo moriré con Dios. No tendré hijos, pero tendré a Nuestra Señora, que es la madre de todos. ¡Cásate, anda, cástate!

Todo ese malhumor era puro cálculo; tenía en vista apartar a la hija del matrimonio excitándole el terror y la piedad. O al menos retardarlo. No creo que le revelase ese pecado al confesor, ni que llegara a entenderlo; era obra de un egoísmo anciano y enfermizo. Doña María Augusta había sido muy querida; la madre estaba loca por ella, el marido la amó hasta el último día con la misma intensidad. Muertos ambos, todas sus nostalgias filiales y matrimoniales fueron depositadas sobre las dos hijas. Una se le había escapado, casándose. Amenazada por la soledad, si la otra llegara a casar también, doña María Augusta hacía todo lo que podía para evitar el desastre.

CAPITULO LXV

LA VISITA DE Rubión fue corta. A las nueve se levantó discretamente, esperando alguna palabra de Sofía, un pedido para que se quedara todavía un poco más, que esperase al marido que ya venía, un asombrado ¡*Ya!*!, pero ni eso. Sofía le tendió la mano, que él apenas pudo tocar. Con todo, la joven, durante la visita, se mostró tan natural, tan sin acritud... No tuvo seguramente las miradas hondas y locuaces como antes; hasta parecía que no había habido nada, ni bueno ni malo, ni frutillas, ni luna. Rubión temblaba, no encontraba palabras; ella encontraba todas las que quería y, si era necesario mirarlo, lo hacía directa y tranquilamente.

* Estado del nordeste brasileño.

—Saludos al amigo Palha —murmuró él de sombrero y bastón en la mano.

—¡Gracias! Fue a hacer una visita; parece que oigo pasos; ha de ser él.

No era él; era Carlos María. Rubión se asombró de verlo allí; pero en seguida le pareció que la presencia de la estanciera y de su hija lo explicaría todo; hasta podía ser que estuvieran emparentados.

—Iba saliendo cuando usted entró —le dijo Rubión después de verlo sentado junto a doña María Augusta.

—¡Ah! —respondió el otro, mirando el retrato de Sofía.

Sofía fue hasta la puerta a despedirse de Rubión; le dijo que el marido se apenaría de no estar en casa; pero que la visita era imperiosa. Negocios... Iría a pedirle disculpas.

—¿Qué disculpas? —exclamó Rubión.

Quería decir aún algo más; pero el apretón de manos de Sofía y la reverencia que ésta le hizo, le dieron la señal de despedida. Rubión se inclinó, atravesó el jardín, oyendo la voz de Carlos María en la sala:

—Voy a denunciar a su marido, señora mía; es hombre de muy mal gusto.

Rubión se detuvo.

—¿Por qué? —dijo Sofía.

—Tiene este retrato suyo en la sala —continuó Carlos María—, usted es mucho más bella, infinitamente más bella que el cuadro. Comparen, señoras.

CAPITULO LXVI

—¡CON QUÉ naturalidad dice las cosas! —pensó Rubión, ya en casa, recordando las palabras de Carlos María—. ¡Despreciar el retrato sólo para elogiar a la persona! Y eso que el retrato es muy parecido.

CAPITULO LXVII

DE MAÑANA, en la cama, tuvo un sobresalto. El primer diario que abrió fue el *Atalaya*. Leyó el artículo editorial, una nota de corresponsal y algunas noticias. De repente, se topó con su nombre:

—¿Qué es esto?

Era su propio nombre impreso, rutilante, multiplicado, nada menos que una noticia del episodio de la calle de Ayuda. Después del sobresalto, el disgusto. ¿Qué demonios de idea era ésa de imprimir un hecho particular, contado en confianza? No quiso leer nada; en cuanto advirtió lo que era, tiró el diario al suelo y tomó otro. Infelizmente, había perdido la serenidad, leía por encima, se salteaba algunas líneas, no entendía otras, o se encontraba al final de una columna sin saber cómo se había ido deslizando hasta allí.

Al levantarse, se sentó en el sillón, a los pies de la cama, y tomó el *Atalaya*. Posó la mirada en la noticia; era más de una columna. ¡Una columna y tanto para algo tan insignificante!, pensó. Y con el propósito de ver cómo Camacho había llenado el papel, lo leyó todo, un poco a los apurones, avergonzado por los adjetivos y por la descripción dramática del caso.

—¡Bien hecho! —dijo en voz alta—. ¿Quién me manda ser lengua larga?

Pasó al baño, se vistió, se peinó, sin olvidar el chisme del diario, molesto con la publicación de una cosa que él consideraba nimia y, aún más, por la importancia que le había dado el redactor, como si se tratara de decir bueno o malo en política. Al desayuno tomó nuevamente el diario para leer otras cosas, nombramientos del gobierno, un asesinato en Garanhuns, meteorología, hasta que la infornada mirada fue a dar en la noticia, y entonces la leyó pausadamente. Aquí Rubión se confesó que bien podía creer en la sinceridad del redactor. El entusiasmo del lenguaje se explicaba por la impresión que le había producido el hecho; fue tal que no le permitió ser más sobrio. Naturalmente. Rubión recordó su entrada en la oficina de Camacho, la manera con que le habló; y de ahí retrocedió al hecho mismo. Acomodado en su escritorio evocó la escena: el chico, el coche, los caballos, el grito, el salto que dio llevado por un ímpetu irresistible: aún ahora no podía explicarse el asunto; fue como si le hubiera pasado una sombra por los ojos... Se abalanzó sobre el chico y los caballos, ciego y sordo, sin atender al propio riesgo... Y podía haber quedado ahí, debajo de los animales, aplastado por las ruedas, muerto o herido; aunque no fuese más que herido... ¿Podía o no podía? Era imposible negar que la situación fue grave... La prueba es que los padres y el vecindario...

Rubión interrumpió las reflexiones para leer de nuevo la noticia. Que estaba bien escrita, lo estaba. Hubo trechos que releyó con mucha satisfacción. Ese diablo de hombre parecía haber asistido a la escena. ¡Qué narración! ¡Qué vivacidad de estilo! Algunas cosas estaban aumentadas —confusión de memoria—, pero el aumento no quedaba mal. ¿Y ese cierto orgullo que notó en él al ver su nombre repetido? "Nuestro amigo, nuestro distinguido amigo, nuestro valiente amigo..."

En el almuerzo se rió de sí mismo; le pareció que se había mortificado demasiado. Al fin de cuentas, ¿qué importancia tenía que el otro le diera a sus lectores una noticia que era verdadera, que era interesante, dramática, y seguramente nada vulgar? Al salir, recibió algunos saludos; Freitas lo llamó San Vicente de Paúl. Y nuestro amigo sonreía, agradecía, se disminuía, si no era nada...

—¿Nada? —replicó alguien—. Vaya nada. Salvar a un niño con riesgo de la propia vida...

Rubión iba aceptando, oyendo, sonriendo; contaba la escena a algunos curiosos que la querían oír de la propia boca del protagonista. Ciertos oyentes respondían con otras proezas suyas, uno que una vez había salvado a un hombre, otro a una niña a punto de ahogarse en el canal del Paseo, cuando se bañaba. Aparecían también los suicidios malogrados por intervención del oyente, que le sacó la pistola al infeliz y le hizo jurar... Cada pequeña gloria oculta picoteaba el huevo, sacaba la cabeza afuera, con los ojos abiertos, sin plumas, alrededor de la gloria máxima de Rubión. También tuvo envidiosos, algunos que ni lo conocían, sólo de oírlo elogiar en voz alta. Rubión fue a agradecerle la noticia a Camacho, no sin algún reproche por el abuso de confianza, pero un reproche blando, de labios para afuera. De ahí se fue a comprar unos cuantos ejemplares del diario para sus amigos de Barbacena. Ningún otro transcribió la noticia; él, aconsejado por Freitas, la hizo reimprimir, destacada, en las *solicitudes* del *Diario del Comercio*.

CAPITULO LXVIII

MARÍA BENEDICTA consintió finalmente en aprender francés y piano. Durante cuatro días la prima insistió con ella, a todas horas, de tal manera y con tal arte que la madre de la muchacha resolvió apresurar el regreso a la estancia, para evitar que terminara aceptando. La hija se resistió mucho; respondía que eran cosas superfluas, que una chica del campo no necesita prendas de ciudad. Una noche, sin embargo, estando allí Carlos María, éste le pidió que tocara algo; María Benedicta se puso colorada. Sofía la socorrió con una mentira:

—No le pida eso; desde que vino no ha tocado nada. Dice que ahora sólo toca para los campesinos.

—Pues haga de cuenta que somos campesinos —insistió el joven.

Pero pasó en seguida a otra cosa, al baile de la baronesa de Piauí (la misma que nuestro amigo Rubión encontró en la oficina de Camacho), un baile espléndido, ¡oh, espléndido! La baronesa lo apreciaba mucho, dijo él. Al día siguiente, María Benedicta le declaró a la prima que estaba dispuesta a aprender piano y francés, violín y hasta ruso, si ella quisiera. La dificultad era vencer a la madre. Esta, cuando supo la resolución de su hija, se llevó las manos a la cabeza. ¿Qué francés? ¿Qué piano? Vociferó que no, o en

caso contrario dejaría de ser su hija; entonces podía quedarse, tocar, cantar, hablar cabinda * o la lengua del diablo que los llevase a todos. Palha fue quien finalmente la persuadió; le dijo que por más superfluas que le parecieran esas prendas eran el menor de los adornos de una educación de salón.

—Pero yo crié a mi hija en el campo y para el campo —interrumpió la tía.

—¿Para el campo? ¿Quién sabe realmente para qué cría uno a los hijos? Mi padre me destinaba a sacerdote; es por eso que arañé algunos latines. Usted no ha de vivir siempre; sus negocios están complicados. Puede suceder que María Benedicta quede desamparada... Desamparada, no digo; mientras vivamos nosotros somos todos una sola persona. ¿Pero no es mejor prevenir? Hasta podría ser que si le faltáramos todos, ella viviese holgadamente sólo enseñando francés y piano. Basta que los sepa para estar en mejores condiciones. Es bonita, como usted lo fue en su tiempo; y posee raras cualidades morales. Puede encontrar un marido rico. ¿Sabe usted si ya tengo a alguien en vista, una persona seria?

—¿Sí? ¿Entonces va a aprender francés, piano y noviazgo?

—¿Qué noviazgo? Me refiero a un pensamiento íntimo, a un plan que me parece adecuado para la felicidad de ella y de su madre... Pues yo había... ¡Vamos, tía Augusta!

Palha se mostró tan mortificado que la tía abandonó el tono áspero por un tono seco. Todavía se resistió; pero la noche fue buena consejera. El estado de sus negocios y la posibilidad de un yerno opulento pudieron más que otras razones. Los mejores yernos del campo se aliaban a otras estancias, a familias de representatividad y riqueza segura. Dos días después encontraron un *modus vivendi*. María Benedicta se quedaría con la prima; irían de cuando en cuando al campo y la tía también vendría a la capital para verlas. Palha llegó a decir que, en cuanto el estado de la bolsa lo permitiera, encontraría los medios para liquidarle los negocios y trasladarla aquí. Pero ante esto la buena señora meneó la cabeza.

No se piense que todo esto fue tan fácil como aquí está escrito. En la práctica, aparecieron los óbices, aflicciones, nostalgias, rebeliones de María Benedicta. Dieciocho días después de la vuelta de su madre a la estancia, quiso ir a visitarla, y la prima la acompañó; estuvieron allá una semana. La madre, dos meses después, vino a pasar unos días aquí. Sofía acostumbraba hábilmente a la prima a las distracciones de la ciudad; teatros, visitas, paseos, reuniones en casa, vestidos nuevos, lindos sombreros, joyas. María Benedicta era mujer, aunque mujer extraña; le gustaban esas cosas, pero en el fondo sabía que, no bien quisiese, podría romper todas esas ligaduras y volverse al campo. El campo se le aparecía, a veces, en sueños o en simples devaneos. Después de los primeros saraos, cuando volvía a casa, no eran las sensaciones de la noche las que le henchían el alma, era la nostalgia de Iguazú. Que aumentaba a ciertas horas del día, cuando la quietud de la casa y de la calle eran completas. Entonces agitaba las alas hacia la galería de la vieja casa, donde tomaba café junto a la madre; pensaba en los esclavos, en

* Lengua africana del territorio homónimo.

los muebles antiguos, en las bonitas chinelas que le había mandado el padrino, un rico hacendado de San Juan del Rey, y que habían quedado allá, en casa. Sofía no le permitió traerlas.

Los profesores de francés y piano eran hombres conocedores del oficio. Sofía encontró la manera de decirles en privado que la prima se avergonzaba de aprender tan tarde, y les pidió que no hablaran nunca de su discípula. Así lo prometieron; el de piano lo contó a algunos colegas de arte, que les pareció divertido y narraron otras anécdotas de la clientela. Lo cierto es que María Benedicta aprendía con singular facilidad, estudiaba con ahínco, casi todas las horas, a punto tal que la misma prima juzgaba atinado interrumpirla.

—¡Descansa, hija de Dios!

—Déjame recuperar el tiempo perdido —respondía ella riendo.

Entonces Sofía inventaba pascos, al acaso, para hacerla descansar. Una vez un barrio, otra vez otro. En ciertas calles, María Benedicta no perdía el tiempo: leía los letreros franceses y preguntaba por los sustantivos nuevos, que la prima, a veces, no sabía decir qué eran, tan estrictamente adecuado era su vocabulario a las cosas del vestido, el salón y el galanteo.

Pero no era sólo en esas disciplinas donde María Benedicta hacía rápidos progresos. La persona se había adaptado al medio más velozmente de lo que harían creer el gusto natural y la vida del campo. Ya competía con la otra, aunque hubiera en ésta un desembarazo y no sé qué expresión particular que, por así decirlo, coloreaba todas las líneas y gestos de su figura. No obstante esa diferencia, es verdad que la otra era vista y notada junto a ella, de tal manera que Sofía, que había comenzado por alabarla en todas partes, no la denigraba ahora pero oía en silencio la admiración que suscitaba. Hablaba bien; pero permanecía callada cuando se obstinaba; decía que eran sus "rabetas". Bailaba sin vida, que es lo perfecto de esa clase de diversión; le encantaba ver danzar la polca y el vals. Sofía, imaginando que era por miedo que la prima no bailaba vals ni polca, quiso darle algunas lecciones en casa, ellas solas, con el marido al piano; pero la prima se negaba siempre.

—Eso es todavía un resto de cascarón del campo —le dijo una vez a Sofía.

María Benedicta sonrió de un modo tan particular que la otra no insistió. No fue una risa de vergüenza, ni de despecho, ni de desdén. ¿Desdén por qué? Sin embargo, es cierto que la risa parecía venir de lo alto. No menos cierto es que Sofía practicaba esos bailes con ardor y nadie se colgaba mejor que ella del hombro del compañero; Carlos María, que no solía bailar, sólo valseaba con Sofía, dos o tres vueltas, según decía; María Benedicta contó una noche quince minutos.

CAPITULO LXIX

LOS QUINCE minutos fueron contados por el reloj de Rubión, que estaba al lado de María Benedicta y a quien ella preguntó dos veces qué horas eran, al principio y al final del vals. La propia joven se inclinó para ver bien el puntero de los minutos.

—¿Tiene sueño? —preguntó Rubión.

María Benedicta lo miró de soslayo. Vio su rostro plácido, sin intención ni risa.

—No —respondió—, hasta le diría que tengo miedo que mi prima Sofía se acuerde de ir temprano para casa.

—No se va a ir temprano. Ya se acabó la disculpa de la subida a Santa Teresa. La casa queda cerca de aquí.

En efecto, las dos vivían ahora en la Playa del Flamenco, y el baile era en la calle de los Arcos.

Conviene saber que habían transcurrido ocho meses desde el comienzo del capítulo anterior, y muchas cosas habían cambiado. Rubión es ahora socio del marido de Sofía, en una casa de importación, en la calle de la Alfándega, y el nombre de la firma es Palha y Compañía. Era ese el negocio que Palha le iba a proponer aquella noche, cuando encontró al doctor Camacho en la casa de Botafogo. A pesar de ser cosa fácil, Rubión se resistió un tiempo. Le pedían unos buenos pares de contos, él no entendía de comercio ni tenía inclinación. Además, los gastos particulares ya eran grandes; el capital necesitaba un régimen de buenos intereses y algún ahorro, a ver si recuperaba los saludables colores primitivos. El régimen que le proponían no era claro; Rubión no podía entender los números de Palha, cálculos de ganancias, listas de precios, derechos de aduana, nada; pero el lenguaje hablado suplía al escrito. Palha decía cosas extraordinarias, aconsejaba al amigo que aprovechara la ocasión para poner el dinero en marcha, para multiplicarlo. Si tenía miedo era diferente; él, Palha, haría el negocio con John Roberts, que había sido socio de la casa Wilkinson, fundada en 1844, cuyo jefe se volvió a Inglaterra y era ahora miembro del parlamento.

Rubión no cedió en seguida, pidió plazo, cinco días. Consigo mismo no era tan exigente; pero esta vez la libertad sólo servía para confundirlo. Computó los dineros gastados, sopesó los agujeros hechos en los bienes que le había dejado el filósofo. Quincas Borba, que estaba con él en el escritorio, acostado, levantó casualmente la cabeza y lo miró. Rubión se estremeció; la suposición de que en aquel Quincas Borba podía estar el alma del otro nunca se le había ido del todo del cerebro. Esta vez llegó a descubrirle un tono de censura en los ojos; se rió, eran tonterías; un perro no podía ser hombre. Insensiblemente, sin embargo, bajó la mano y rascó las orejas del animal, para tenerlo de su parte.

A los motivos de rechazo, se sucedieron los contrarios. ¿Y si el negocio rindiera? ¿Si realmente le multiplicase lo que tenía? A esto se agregaba que la posición era respetable y podía traerle ventajas en la elección, cuando

se propusiera al parlamento, como el antiguo jefe de la casa Wilkinson. Otra razón más fuerte aún era el temor de disgustar a Palha, de parecer que no le confiaba dinero, cuando lo cierto era que, días antes, había recibido parte de la antigua deuda, y la otra parte restante le debía ser restituida dentro de dos meses.

Ninguno de esos motivos eran pretexto para el otro; surgían por sí mismos. Sofía sólo apareció al final, sin dejar de estar en él, desde el principio, como idea latente, inconsciente, una de las causas últimas del acto y la única disimulada. Rubión sacudió la cabeza para expulsarla, y se levantó. Sofía (¡mujer astuta!) se replegó ante la inconsciencia del hombre, respetuosa de la libertad moral, y le dejó resolver por sí mismo su entrada como socio del marido, mediante ciertas cláusulas de seguridad. Así fue como se formalizó la sociedad comercial; así es como Rubión legalizó la asiduidad de sus visitas.

—Señor Rubión —dijo María Benedicta después de algunos segundos de silencio— ¿no le parece que mi prima es bien linda?

—Sin despreciarla a usted, creo que sí.

—Bonita y bien formada.

Rubión aceptó el complemento. Uno y otro acompañaron con los ojos a la pareja de bailarines que se deslizaba a lo largo del salón. Sofía estaba magnífica. Vestía de azul oscuro, muy escotada por las razones dichas en el capítulo XXXV; los brazos desnudos, llenos, con unos tonos de oro claro, se ajustaban a las espaldas y a los senos, tan acostumbrados al gas del salón. Lucía diadema de perlas artificiales, tan bien imitadas, que no desentonaban con las perlas naturales que le ornaban las orejas, y que un día Rubión le había obsequiado.

Al lado de ella, Carlos María no hacía mal papel. Era un mozo gallardo, como ya sabemos, y tenía los mismos ojos plácidos que en el almuerzo de Rubión. No adoptaba las maneras sumisas ni las inclinaciones reverentes de los otros jóvenes; se expresaba con la gracia de un rey benévolo. Sin embargo, si a primera vista parecía hacer tan sólo una gentileza a esa dama, no es menos cierto que estaba orgulloso de llevar a su lado a la más esbelta mujer de la noche. Los dos sentimientos no se contradecían; ambos se fundían en la adoración que este joven tenía de sí mismo. Así, el contacto de Sofía era para él como la prosternación de una devota. No se admiraba de nada. Si un buen día despertase emperador, sólo se maravillaría de la demora de sus ministros en ir a saludarlo.

—Voy a descansar un poco —dijo Sofía.

—¿Está cansada o... aburrida? —le preguntó su compañero.

— ¡Oh! ¡Apenas cansada!

Carlos María, arrependido de haber supuesto la otra hipótesis, se apresuró a eliminarla.

—Sí, creo; ¿por qué debería estar aburrida? Pero afirmo que usted es capaz de hacer el sacrificio de pasear un poco más. ¿Cinco minutos?

—Cinco minutos.

—¿Ni uno más siquiera? Por mi parte, pasaría toda la eternidad.

Sofía bajó la cabeza.

—Con usted, sépalo bien.

Sofía siguió andando con los ojos bajos, sin contestar, sin aprobar, sin agradecer al menos. Podía no ser más que una galantería y las galanterías se acostumbra a agradecerlas. Ya le había escuchado otras veces palabras semejantes, dándole la primacía entre todas las mujeres de este mundo. Dejó de oírlas durante seis meses —cuatro que él pasó en Petrópolis y dos en que no apareció—. Ultimamente es que había vuelto a frecuentar la casa, a decirle finezas de ese tipo, ya sea en privado, ya sea a la vista de todos. Continuó andando; y ambos siguieron así callados, callados, callados, hasta que él rompió el silencio, haciéndole notar que la noche anterior el mar frente a la casa de ella golpeaba con mucha fuerza.

—¿Pasó usted por allá? —preguntó Sofía.

—Estuve por allá; iba por el Catete, tarde ya, y se me ocurrió bajar a la Playa del Flamengo. La noche era clara; estuve cerca de una hora entre el mar y su casa. Apuesto a que usted ni soñaba conmigo. Sin embargo, yo casi oía su respiración.

Sofía intentó sonreír; él continuó:

—El mar golpeaba con furia, es verdad; pero mi corazón no golpeaba con menos dureza; con esta diferencia, que el mar es estúpido, golpea sin saber por qué, y mi corazón sabe que palpita por usted.

—¡Oh! —murmuró Sofía.

¿Con asombro? ¿Con indignación? ¿Con miedo? Son muchas preguntas a un tiempo. Pienso que la propia dama no podría responder exactamente, tal fue la conmoción que le produjo la declaración del joven. En todo caso no fue con incredulidad. No puedo decir más sino que la exclamación salió tan débil, tan sofocada que él apenas pudo oírla. Por su parte, Carlos María disimuló bien, ante los ojos de toda la sala; ni antes, ni durante, ni después de sus palabras, mostró en el rostro la mayor emoción; hasta tenía una sombras de risa cáustica, una risa muy suave cuando se mofaba de alguien; parecía haber dicho un epigrama. Sin embargo, más de un ojo de mujer espiaba el alma de Sofía, estudiaba el gesto de la muchacha, tímido o no, y los párpados obstinadamente caídos.

—Usted está turbada —dijo él—; disimule con el abanico.

Sofía comenzó a abanicarse maquinalmente y alzó los ojos. Vio que muchos otros la miraban y empalideció. Los minutos iban pasando, con la misma brevedad de los años; los primeros y los segundos cinco ya iban lejos; estaban en el décimo tercero, detrás de éste se asomaban las alas de otro, y otro más. Sofía dijo a su pareja que quería sentarse.

—Voy a dejarla, me retiro.

—No —dijo ella precipitadamente.

Después se corrigió:

—El baile está muy lindo.

—Sí, pero quiero llevar conmigo el mejor recuerdo de la noche. Cualquiera otra palabra que oiga ahora será como el croar de las ranas después del canto de un bello pájaro, uno de los pájaros de su casa. ¿Dónde quiere que la deje?

—Al lado de mi prima.

CAPITULO LXX

RUBIÓN CEDIÓ la silla y acompañó a Carlos María, que atravesó el salón y fue hasta el hall de entrada, donde estaban los sobretodos y unos diez hombres conversando. Antes que el muchacho entrase Rubión lo tomó del brazo, familiarmente, para preguntarle algo —cualquier cosa— pero, en realidad, para retenerlo y tratar de sondearlo. Comenzaba a creer posible o real una idea que lo atormentaba desde hacía muchos días. Ahora, la conversación prolongada, los modos de ella...

Carlos María no tenía ni idea de la honda pasión del minero, guardada, mortificada, sin poderla confesar a nadie, esperando los beneficios del azar, contentándose con poco, con la simple vista de la amada, durmiendo mal las noches, dando dinero para las operaciones mercantiles... No tenía celos del marido. Nunca la intimidad de la pareja había avivado sus odios contra el legítimo dueño. Y así pasaban meses y meses, sin alteración de sentimientos, ni muerte de esperanzas. Pero la posibilidad de un rival de afuera vino a ofuscarlo; aquí es cuando los celos le dieron a nuestro amigo una sangrienta dentellada.

—¿Qué pasa? —dijo Carlos María volviéndose.

Al mismo tiempo entró en la salita, donde los diez hombres hablaban de política, porque este baile —me iba olvidando de decirlo— era ofrecido en casa de Camacho, a propósito del cumpleaños de su mujer. Cuando los dos entraron allí, la conversación era general, el asunto el mismo, y todos hablaban con todos, un torbellino de dichos, de pareceres, de afirmaciones diversas... Uno, que era doctrinario, consiguió dominar a los demás, que se callaron por un instante, fumando.

—Pueden hacer de todo —dijo el doctrinario— pero el castigo moral es inevitable. Las deudas de los partidos se pagan con intereses hasta el último real y hasta la última generación. Los principios no morirán; los partidos que lo olvidan expiran en el lodo y en la ignominia.

Otro, medio calvo, no creía en el castigo moral, y decía por qué; pero un tercero aludió a la expulsión de unos recaudadores, y los espíritus, medio atontados con la doctrina, tomaron posiciones. Los recaudadores no tenían otra culpa que la de opinar, y ni siquiera podía defenderse el hecho con los méritos de los sustitutos. Uno de éstos llevaba sobre sus espaldas un desfalco; otro era cuñado de un tal Marques que le había tirado un pistoletazo al intendente, en San José de los Campos... ¿Y los nuevos tenientes coroneles? Verdaderos reos dignos de prisión.

—¿Ya se marcha? —preguntó Rubión al joven cuando lo vio retirar el sobretodo de entre los otros.

—Ya; tengo sueño. Ayúdeme con esta manga. Tengo sueño.

—Pero todavía es temprano; quédese. Camacho no desea que los muchachos se vayan; ¿quién va a bailar si no con las jóvenes?

Carlos María replicó sonriendo que era poco dado a los bailes. Había

bailado el vals con doña Sofía, por ser ella maestra en el oficio; si no, ni eso siquiera. Tenía sueño; prefería la cama a la orquesta. Y le tendió la mano con benignidad; Rubión la apretó, dubitativo.

No sabía qué pensar. El hecho de salir, de dejarla en el baile, en vez de esperar para acompañarla hasta el carruaje, como otras veces... Podía ser error de él... Y pensaba, recordaba la noche de Santa Teresa, cuando él osó declararle a la joven lo que sentía, tomándole la bella mano delicada... El mayor los había interrumpido; ¿pero por qué no insistió él más tarde? Ni ella lo maltrató, ni el marido había advertido cosa alguna... Aquí volvía la idea del posible rival; es verdad que se había retirado con sueño, pero los gestos de ella... Rubión iba hasta la puerta del salón para ver a Sofía, después se acercaba a un rincón, o a la mesa del tresillo, inquieto, disgustado.

CAPITULO LXXI

EN CASA, AL soltarse el cabello, Sofía habló de aquel sarao como de algo desagradable. Bostezaba, le dolían las piernas. Palha no estaba de acuerdo; era mala disposición de su parte. Si le dolían las piernas era porque había bailado mucho. A lo que su mujer replicó que, si no hubiera bailado, se habría muerto de tedio. Y se iba sacando las horquillas, poniéndolas en un vaso de cristal; los cabellos le caían de a poco sobre los hombros, apenas cubiertos por el camisón de batista. Palha, detrás de ella, le dijo que Carlos María bailaba muy bien el vals. Sofía se estremeció; lo miró en el espejo; el rostro era plácido. Coincidió en que no bailaba mal.

—No, señora, baila muy bien.

—Elogias a los otros porque sabes que nadie es capaz de desbancarte. Anda, vanidoso mío, ya te conozco.

Palha, extendiendo la mano y tomándole el mentón, la obligó a que lo mirara. ¿Vanidoso por qué?, ¿por qué habría de ser vanidoso?

—Ay, gimió Sofía; no me lastimes.

Palha le besó la espalda; ella sonrió, sin tedio, sin dolor de cabeza, al contrario de aquella noche de Santa Teresa, en que le relató al marido los atrevimientos de Rubión. Tal vez los cerros fueran nocivos y saludables las playas.

Al día siguiente, Sofía se despertó temprano, al son de los trinos de la pajarería doméstica, que parecía enviarle el mensaje de alguien. Siguió en la cama y cerró los ojos para ver mejor.

¿Ver mejor qué? No, seguramente, los cerros nocivos. La playa era otra cosa. Asomada a la ventana, media hora después, Sofía contemplaba las olas que venían a morir enfrente y, a lo lejos, las que se levantaban y deshacían a la entrada de la barra. La imaginativa dama se preguntaba si aquello era el vals de las aguas, y se dejaba llevar corriente abajo, sin velas ni remos. Se sorprendió mirando hacia la calle, junto al mar, como buscando las huellas del hombre que había estado allí, la antevíspera, en la alta noche... No lo juro, pero creo que encontró las huellas. Al menos, es cierto que cotejó lo hallado con el texto de la conversación:

"La noche era clara; estuve cerca de una hora, entre el mar y su casa. Apuesto a que usted ni soñaba conmigo. Sin embargo, yo casi oía su respiración. El mar golpeaba con furia, es verdad; pero mi corazón no golpeaba con menos dureza; con esta diferencia, que el mar es estúpido, golpea sin saber por qué, y mi corazón sabe que palpitaba por usted."

Sofía sintió un escalofrío, trató de olvidar el texto, pero el texto se iba repitiendo: "La noche era clara...".

CAPITULO LXXII

ENTRE DOS FRASES sintió que alguien le ponía la mano en el hombro; era su marido, que acababa de tomar el desayuno y se iba para el centro. Se despidieron afectuosamente; Cristiano le recomendó a María Benedicta, que se había despertado de muy mal talante.

—¡Ya en pie! —exclamó Sofía.

—Cuando bajé, ya la encontré en el comedor. Despertó con la manía de irse al campo; tuvo un sueño... no sé qué...

—¡Rabietas! —concluyó Sofía.

Y con dedos hábiles y ligeros arregló la corbata del marido, le empujó hacia adelante el cuello del frac y se despidieron otra vez. Palha bajó y salió; Sofía permaneció en la ventana. Antes de doblar en la esquina, él volvió la cabeza y, como de costumbre, se dijeron adiós con la mano.

CAPITULO LXXIII

"LA NOCHE ERA clara; estuve cerca de una hora entre el mar y su casa. Apuesto a que usted..."

Cuando Sofía pudo arrancarse de la ventana, el reloj de abajo daba las nueve. Irritada, arrepentida, se juró, por el alma de su madre, no pensar más en semejante episodio. Consideró que no valía la pena; el error fue permitir que el joven llegara hasta ese punto en sus atrevimientos. Verdad es que, procediendo así, evitó algún gran escándalo, porque él era capaz de acompañarla hasta su silla y decirle todo delante de las demás personas. Y la frase se repetía una vez más en su memoria, como un tenaz trozo musical, con las mismas palabras y la misma voz: "La noche era clara; estuve cerca de una hora..."

CAPITULO LXXIV

MIENTRAS ELLA repetía la declaración de la víspera, Carlos María abría los ojos, estiraba los miembros y, antes de ir al baño, vestirse y dar un paseo a caballo, reconstruyó la víspera. Tenía esa costumbre; siempre encontraba en los sucesos del día anterior algún hecho, alguna frase, alguna nota que le hacía bien. Ahí es donde el espíritu se demoraba; eran las posadas del camino, donde él dejaba la cabalgadura para beber despaciosamente un trago de agua fresca. Si no había ninguno de esos sucesos, o si los había sólo contrarios, no por eso las sensaciones eran desagradables; le bastaba el sabor de alguna palabra que él mismo hubiera dicho, de algún gesto que hubiera hecho, la contemplación subjetiva, el gusto de haberse sentido vivir, para que la víspera no fuera un día perdido.

En la víspera figuraba Sofía. Incluso parece que fue lo principal de la reconstrucción, la fachada del edificio, ancha y magnífica. Carlos María saboreó de memoria toda la conversación de la noche, pero, cuando recordó la confesión de amor, se sintió bien y mal. Era un compromiso, un estorbo, una obligación; y aunque lo ventajoso era aventar el tedio, el joven se mantuvo entre una u otra sensación, sin planes. Al recordar la noticia que le había dado de su ida a la Playa del Flamenco, la otra noche, no pudo contener la

risa, porque no era verdad. La idea se le había ocurrido en la propia conversación; pero ni había ido ni pensaba tal cosa. Al final contuvo la risa y hasta se arrepintió de ella; el hecho de haber mentido le produjo una sensación de inferioridad que lo desanimó. Llegó a pensar en rectificar lo dicho no bien estuviera con Sofía, pero reconoció que la enmienda era peor que el soneto, y que hay bellos sonetos mentirosos.

Irguió el alma rápidamente. Vio de memoria la sala, los hombres, las mujeres, los abanicos impacientes, los bigotes despechados, y todo él se despejó en un baño de envidia y admiración. De envidia ajena, nótese bien; él carecía de ese bajo sentimiento. La envidia y la admiración de los otros es lo que ahora le daban una íntima delicia. La princesa del baile se le entregaba. Definía así la superioridad de Sofía, aunque le reconociese un defecto capital, su educación. Entendía que las maneras pulidas de la joven venían de la imitación en la edad adulta, tras el casamiento, o poco antes, y que tampoco superaban mucho el medio en que vivía.

CAPITULO LXXV

OTRAS MUJERES llegaron: las que lo preferían a los demás hombres en el trato y se dedicaban a su contemplación. ¿Si las cortejaba o las había cortejado a todas? No se sabe. Algunas, puede ser, es cierto, aunque se deleitaba con todas ellas. Había algunas de probada honestidad que gozaban invitándolo a acercárseles, para disfrutar el contacto con un hombre bello, sin la realidad ni el peligro de la culpa, como el espectador que se regala con las pasiones de Otelo, y sale del teatro con las manos limpias de la muerte de Desdémona.

Venían todas a rodear el lecho de Carlos María, tejiéndole la misma guirnalda. No todas eran muchachas en flor; pero la distinción suplía a la juventud. Carlos María las recibía como debía recibir un dios antiguo, inmóvil sobre el mármol, a las lindas devotas y sus ofrendas. En el murmullo general distinguía las voces de todas —no todas a un tiempo—, sino de a tres o de a cuatro.

La última de ellas fue la reciente Sofía; la escuchó aún enamorado, pero sin el alborozo del principio, porque el recuerdo de las otras damas, personas de calidad, disminuía ahora la importancia de ésta. Sin embargo, no podía negar que era muy atractiva y que bailaba el vals perfectamente. ¿Llegaría a amarla con pasión? En esto, se le apareció de nuevo la mentira de la playa. Se levantó de la cama disgustado.

—¿Quién diablos me mandó decir semejante cosa?

Volvió a sentir el deseo de restablecer la verdad; y esta vez más seriamente que la otra. Mentir, pensaba, era para los lacayos y sus congéneres.

Media hora después montaba a caballo y salía de su casa, que estaba en la calle de los Inválidos. Ya en el Catete, recordó que la casa de Sofía estaba en la Playa del Flamenco; nada más natural que torcer la rienda, bajar por una de las calles perpendiculares al mar y pasar por la puerta de la bailarina de vals. Tal vez la encontraría en la ventana; la vería enrojecer, saludarlo. Todo esto pasó por la cabeza del joven, en pocos segundos; llegó a acortar la rienda, pero el alma, no el caballo, el alma se sublevó; era ir demasiado de prisa tras ella. Dio otro tirón a la rienda y continuó el paseo.

CAPITULO LXXVI

MONTABA BIEN. Toda la gente que pasaba, o permanecía en las puertas, no se cansaba de mirar la apostura del joven, su garbo, la tranquilidad real con que marchaba. Carlos María —y éste era el punto donde cedía ante la multitud—, recogía todas las admiraciones, por ínfimas que fuesen. Para adorarlo, todos los hombres formaban parte de la humanidad.

CAPITULO LXXVII

—¡YA LEVANTADA! —repitió Sofía, al ver a la prima leyendo los diarios.

María Benedicta tuvo un sobresalto pero en seguida se calmó; había dormido mal y despertó temprano. No estaba para esas locuras hasta tan tarde, dijo; pero la otra contestó que era necesario acostumbrarse, la vida de Río de Janeiro no era la misma que la del campo, dormir con las gallinas y despertar con los gallos. Después le preguntó qué impresiones la había causado el baile; María Benedicta levantó los hombros con indiferencia, pero respondió que buenas. Las palabras le salían escasas y blandas. Sofía, sin em-

bargo, elogió que hubiera bailado mucho, salvo polcas y vales. ¿Y por qué no habría de bailar polcas y vales también? La prima le lanzó una mirada severa.

—No me gusta.

—¡Qué no te va a gustar! Es miedo.

—¿Miedo?

—Falta de costumbre —explicó Sofía.

—No me gusta que un hombre me apriete contra su cuerpo y ande conmigo así, ante la vista de todos. Tengo vergüenza.

Sofía se puso seria; no se defendió ni prosiguió, habló del campo, preguntó si era verdad lo que le había dicho Cristiano, que ella quería regresar a su casa. Entonces la prima, que hojeaba los diarios distraídamente, respondió con animación que sí; que no podía vivir sin su madre.

—¿Pero por qué? ¿No estabas tan contenta con nosotros?

María Benedicta no dijo nada; paseó la vista por uno de los diarios, como si buscara alguna noticia, frunciendo los labios, trémula, inquieta. Sofía insistió en querer saber la causa de ese cambio repentino; le tomó las manos, las encontró frías.

—Necesitas casarte —dijo finalmente—. Tengo ya un novio.

Era Rubión; Palha quería llegar a eso, casando al socio con la prima todo quedaría en casa, le decía a su mujer. Esta se encargó de conducir el asunto. Ahora se acordaba de la promesa: tenía un novio preparado.

—¿Quién? —preguntó María Benedicta.

—Una persona.

¿Lo creeréis, hombres de la posteridad? Sofía no pudo soltar el nombre de Rubión. Ya una vez le había dicho al marido que lo había propuesto, y era mentira. Ahora, al ir a proponerlo de veras, el nombre no le salió de la boca. ¿Celos? Sería curioso que esta mujer, que no le tenía amor a ese hombre, no quisiera darlo como novio a la prima, pero la naturaleza es capaz de todo, amigo y señor. Inventó los celos de Otelo y los del caballero Desgrieux, y bien podía inventar estos otros de una persona que no quiere ceder lo que no quiere poseer.

—¿Pero quién es? —repitió María Benedicta.

—Después te lo diré; déjame arreglar las cosas —respondió Sofía, y cambió de conversación.

El rostro de María Benedicta se transformó: la boca se le llenó de risa, una risa de alegría y de esperanza. Los ojos agradecieron la promesa, y dijeron palabras que nadie podía oír ni entender, palabras oscuras:

—Le gusta bailar el vals; eso es lo que pasa.

¿Le gusta bailar el vals a quién? Probablemente a la otra. Había bailado tanto en la víspera, con el mismo Carlos María, que bien podría encontrarse en la danza un pretexto; María Benedicta concluía ahora que ella era el único verdadero motivo. Conversaron mucho en los intervalos, es verdad, pero naturalmente era de ella de quien hablaban, puesto que la prima se había propuesto casarla y sólo le pedía que la dejara arreglar las cosas. Tal vez él la encontrase fea o sin gracia. Pero ya que la prima quería arreglar las cosas... Todo eso decían los ojos joviales de la niña.

CAPITULO LXXVIII

RUBIÓN NO DEJÓ de sospechar así tan fácilmente. Pensó en hablar a Carlos María, interrogarlo, y hasta llegó a ir a la calle de los Inválidos, al día siguiente, tres veces; al no encontrarlo, cambió de parecer. Se encerró por algunos días; el mayor Siqueira lo arrancó de la soledad. Venía a participarle que se había mudado para la calle Dos de Diciembre. Le gustó mucho la casa de nuestro amigo, sus adornos, el lujo, todos los detalles, oros y pasamanerías. Sobre este asunto discurrió largamente, opinando sobre muebles antiguos. Se detuvo de pronto para decir que lo notaba desanimado; era natural, le faltaba allí un complemento.

—Usted es feliz, pero le falta aquí una cosa; le falta una mujer. Usted necesita casarse. Cásese, y dígame después si yo no tenía razón.

Rubión se acordó de Santa Teresa, de aquella famosa noche de la conversación con Sofía, y sintió correrle un frío por la espalda; pero la voz del mayor no tenía ningún sarcasmo. Tampoco la animaba el interés. La hija aún estaba tal cual la dejamos en el capítulo XLIII, con la diferencia de que le habían llegado los cuarenta años. Cuarentona, solterona. Los lamentó consigo misma, ya de mañana, el día que los cumplió; no se puso una cinta ni una rosa en el pelo. No hubo fiesta; tan sólo un discurso del padre, al almuerzo, recordándole su vida de niña, anécdotas de la madre y de la abuela, un dominó de baile de disfraces, un bautismo de 1848, la solitaria del coronel Clodomiro, varias cosas así mezcladas, para pasar el rato. Toñita apenas si podía oírlo; metida en sí misma, iba royendo el pan de la soledad moral, al mismo tiempo que se arrepentía de los últimos esfuerzos empleados en la búsqueda de un marido. Cuarenta años; era tiempo de renuncia.

Nada de eso recordaba ahora el mayor. Era sincero; le pareció que la casa de Rubión no tenía alma. Y repitió, al despedirse:

—Cásese, y dígame después si yo no tenía razón.

CAPITULO LXXIX

—¿Y POR QUÉ no? —preguntó una voz, después que salió el mayor.

Rubión, aterrado, miró a su alrededor; vio tan sólo al perro, parado, mirándolo. Era tan absurdo creer que la pregunta vendría del propio Quincas Borba, o mejor aún del otro Quincas Borba, cuyo espíritu estaría en el cuerpo

de éste, que nuestro amigo sonrió con desdén; pero, al mismo tiempo, ejecutando el gesto del capítulo XLIX, tendió la mano, y rascó amorosamente las orejas y la nuca del perro, acto destinado a dar satisfacción al posible espíritu del finado.

Era así como nuestro amigo se desdoblaba, sin público, ante sí mismo.

CAPITULO LXXX

PERO LA VOZ repitió: —¿Y por qué no? Sí, por qué no habría de casarse —siguió razonando. Mataría así la pasión que lo iba consumiendo poco a poco, sin esperanza, sin consuelo. Además, era la puerta de un misterio. Casarse, sí, casarse pronto y bien.

Estaba en el portón, cuando esta idea comenzó a consolidarse; se fue para adentro, subiendo los escalones de piedra, abriendo la puerta, sin conciencia de nada. Al cerrar la puerta, un salto de Quincas Borba, que lo venía acompañando, lo hizo recobrar. ¿Dónde había quedado el mayor? Quiso bajar para verlo, pero advirtió a tiempo que acababa de acompañarlo hasta la calle. Las piernas habían hecho todo; ellas fueron las que lo llevaron por sí mismas, derechas, lúcidas, sin tropiezos, para que sólo a la cabeza le quedara la tarea de pensar. ¡Buenas piernas!, ¡piernas amigas!, ¡muletas naturales del espíritu!

¡Santas piernas! Ellas lo llevaron hasta el sofá, se estiraron con él, despacito, mientras el espíritu consideraba la idea del casamiento. Era un modo de huir de Sofía; podía ser algo más todavía.

Sí, podía ser también un modo de restituir a la vida la unidad que había perdido con el cambio de medio y de fortuna; pero esta consideración no era propiamente hija del espíritu ni de las piernas, sino de otra causa, que él no distinguía bien ni mal, como la araña. ¿Qué sabe la araña acerca de Mozart? Nada; sin embargo, oye con placer una sonata del maestro. El gato, que nunca leyó a Kant, es tal vez un animal metafísico. En realidad, el casamiento podía ser el lazo de la unidad perdida. Rubión se sentía disperso; los propios amigos de paso, que él amaba tanto, que lo mimaban tanto, le daban a su vida un aspecto de viaje en el que la lengua cambiaba con las ciudades, ora español, ora turco. Sofía contribuía a esa situación: era tan distinta a sí misma, ora esto, ora aquello, que los días iban pasando sin acuerdo fijo ni desengaño perpetuo.

Rubión no sabía qué hacer; para matar los días largos y variados iba a las sesiones del tribunal, a la Cámara de Diputados, al desfile de los batallo-

nes, daba grandes paseos, hacía visitas innecesarias por la noche, o iba a los teatros, sin placer. La casa continuaba siendo un buen reposo para el espíritu, con su lujo rutilante y los sueños que vagaban por el aire.

Ultimamente, se ocupaba mucho de leer; leía novelas, pero sólo las históricas de Dumas padre, o las contemporáneas de Feuillet, éstas con dificultad, pues no conocía bien la lengua original. De las primeras sobraban traducciones. Se arriesgaba a alguna más, si les encontraba lo principal: una sociedad hidalga y regia. Aquellas escenas de la corte de Francia inventadas por el maravilloso Dumas, y sus nobles espadachines y aventureros, las condesas y los duques de Feuillet, metidos en ricos invernales, todos ellos con palabras muy compuestas, pulidas, altivas o graciosas, le hacían pasar el tiempo a la carrera. Casi siempre acababa con el libro caído y los ojos perdidos, pensando. Tal vez algún viejo marqués difunto le repitiera anécdotas de otros tiempos.

CAPITULO LXXXI

ANTES DE PREOCUPARSE de la novia, se preocupó del casamiento. Ese día y los demás compuso mentalmente las pompas matrimoniales, los coches, si aún hubiera de los antiguos y lujosos, tales como los que veía grabados en los libros de antiguas costumbres. ¡Oh, grandes y soberbios coches! ¡Cómo le encantaba ir a esperar al Emperador, en los días de gran gala, a la puerta de la plaza de la ciudad, para vez llegar el séquito imperial, especialmente el coche de Su Majestad, de vastas proporciones, fuertes resortes, finas y viejas pinturas y cuatro o cinco troncos de caballos guiados por un cochero grave y digno! Otros venían, menores en grandeza, pero aun así tan grandes que llenaban los ojos.

Uno de éstos, o quizá alguno menor, podía servirle para las bodas, si toda la sociedad no estuviera ya nivelada por el vulgar *coupé*. Pero, en fin, iría en *coupé*; lo imaginaba tapizado magníficamente, ¿de qué? De una tela que no fuese común, que él mismo no distinguía bien por ahora; pero que daría al vehículo el aire que no tenía. Caballos de raza. Cochero con librea de oro. ¡Oh, pero de un oro nunca visto! Invitados de primera categoría, generales, diplomáticos, senadores, uno o dos ministros, muchas personalidades del comercio; y las damas, ¿las grandes damas? Rubión las nombraba mentalmente; las veía entrar, él en lo alto de la escalinata de un palacio, con la mirada perdida en esa alfombra descendente, ellas atravesando el vestíbulo, subiendo los escalones con sus zapatitos de raso, breves y livianos, al principio, pocas, después más, y muchas más aún. Carruajes tras carruajes... Ahí venían los condes de Tal, un varón guapo y una singular dama... "Caro amigo, aquí es-

tamos”, le diría el conde, allá arriba; y más tarde, la condesa: “Señor Rubión, la fiesta está espléndida...”.

De repente, el nuncio... Sí, se había olvidado que el nuncio debería casarlos; ahí estaría él, con sus medias violetas de monseñor y sus grandes ojos napolitanos, conversando con el ministro de Rusia. Las arañas de cristal y oro iluminando los más bellos escotes de la ciudad, casacas tiesas, otras curvadas oyendo los abanicos que se abrían y cerraban, charreteras y diademas, la orquesta dando la señal para un vals. Entonces los brazos negros, en ángulo, iban a buscar a los brazos desnudos, enguantados hasta el codo, y las parejas salían girando por la sala, cinco, siete, diez, doce, veinte parejas. La cena espléndida. Cristales de Bohemia, loza de Hungría, vasos de Sèvres, servidumbre atildada y de librea, con las iniciales de Rubión en la solapa.

CAPITULO LXXXII

Esos SUEÑOS iban y venían. ¿Qué misterioso Próspero transformaba así una isla banal en sublime mascarada? “Ve, Ariel, trae aquí a tus compañeros, para que yo muestre a esta joven pareja algunos hechizos de mi repertorio.” Las palabras serían las mismas de la comedia; la isla era otra, la isla y la mascarada. Aquella era la propia cabeza de nuestro amigo; ésta no se componía de dioses ni de versos, sino de gente humana y prosa de salón. Era más rica. No olvidemos que el Próspero de Shakespeare era un duque de Milán; y he ahí, tal vez, por qué se metió en la isla de nuestro amigo.

En realidad, las novias que aparecían al lado de Rubión en aquellos sueños de bodas siempre tenían título. Los nombres eran los más sonoros y fáciles de nuestra nobleza. He aquí la explicación: pocas semanas antes, Rubión había encontrado un almanaque de Laemmert y, al empezar a hojearlo, se topó con el capítulo de los títulos nobiliarios. Si bien sabía de algunos, estaba lejos de conocerlos a todos. Compró el almanaque y lo leyó muchas veces, dejando deslizar los ojos desde los marqueses hasta los barones, volvía atrás, repetía los nombres bonitos, sabía muchos de memoria. A veces, tomaba la pluma y una hoja de papel, elegía un título moderno o antiguo, y lo escribía repetidamente, como si fuera el propio dueño y firmase alguna cosa:

Marqués de Barbacena

Y así seguía, hasta el fin de la carilla, variando la letra, ya gruesa, ya menuda, volcada hacia atrás, derecha, de todas las formas posibles. Cuando terminaba la hoja, la tomaba y comparaba las firmas; dejaba el papel y se perdía en el aire. De ahí la jerarquía de las novias. Lo peor es que todas tenían la cara de Sofía; podían parecerse en los primeros instantes a alguna vecina, o a alguna muchacha que él había saludado, por la tarde, en la calle; podían empezar muy delgadas o gordas; pero no tardaban en cambiar de figura, llenar o desbastar el cuerpo, y sobre esto terminaba rutilando el rostro de la bella Sofía, con sus mismos ojos sublevados o tranquilos. ¿No habría escapatoria, ni aun casándose? Rubión llegó a pensar en la muerte de Palha; eso fue cierto día, al salir de la casa del amigo, después de haberle escuchado a ella una porción de cosas bonitas y vagas. Fue grande la sensación de felicidad, a pesar de que repelió en seguida la idea, como un mal augurio. Días después volvió definitivamente a sus planes. Más de una vez, era el propio Palha quien lo despertaba de aquellos sueños conyugales.

—¿Tiene dónde ir hoy a la noche?

—No.

—Tome una entrada para el teatro Lírico; palco número ocho, primero a la izquierda.

Rubión llegaba más temprano, iba a esperarlos y le daba el brazo a Sofía. Si ella estaba de buen humor, la noche era de las mejores del mundo. Si no, era un martirio, para repetir las mismas palabras que dijo un día al perro:

—Volví ayer de un martirio, mi pobre amigo.

—Cásese, y dígame después si no tenía razón —le ladró Quincas Borba.

—Sí, mi pobre amigo —respondió él tomándole las patas delanteras y colocándolas sobre sus rodillas—. Tienes razón; necesitas una buena amiga que te proporcione los cuidados que yo no puedo o no sé darte. Quincas Borba, ¿te acuerdas todavía de nuestro Quincas Borba? Buen amigo mío, gran amigo, yo también fui amigo de él, dos grandes amigos. Si estuviera vivo sería el padrino de mi casamiento, haría los brindis, al menos, el de honor, por los novios; y sería en una copa de oro y diamantes, que yo le mandaré hacer a propósito... ¡Gran Quincas Borba!

Y el espíritu de Rubión flotaba sobre el abismo.

CAPITULO LXXXIII

UN DÍA, COMO había salido más temprano de casa, y no sabía dónde pasar la primera hora, caminó hacia la casa de comercio. Hacía una semana que no iba a la Playa del Flamenco, por haber entrado Sofía en uno de sus períodos

de sequedad. Encontró a Palha de luto; había muerto la tía de la mujer, doña María Augusta, en la estancia; la noticia le había llegado la antevíspera, por la tarde.

—¿La madre de aquella jovencita?

—Justamente.

Palha habló de la difunta con muchos elogios; después contó el dolor de María Benedicta; estaba que daba pena. Le preguntó por qué no iba luego al Flamengo, a la noche, para ayudarlos a distraerla. Rubión prometió ir.

—Ven, es un favor que nos haces; la pobre pequeña merece todo. No imaginas qué primor hay ahí. Buena educación, muy severa; y en cuanto a prendas de sociedad, si no las tuvo de niña, recuperó el tiempo perdido con rapidez extraordinaria. Sofía es la maestra. ¿Y como dueña de casa? Eso, mi amigo, no sé si a tal edad se encontrará persona tan completa. Ya ahora se queda con nosotros. Tiene una hermana, María José, casada con un juez en Ceará; tiene también un padrino, en San Juan del Rey. La difunta le hacía muchos elogios; no creo que él la mande buscar, pero aunque lo mande no la doy. Ya ahora es nuestra. No ha de ser por lo que el padrino quiere dejarle en testamento que nos desprenderemos de ella. Aquí se quedará, —concluyó sacando con el dedo un poco de polvo del cuello de Rubión.

Rubión le agradeció. Después, como estaban en el escritorio, al fondo, miró por entre las rejas, y vio entrar unos fardos al depósito. Preguntó qué traían.

—Son unos algodones ingleses.

—Algodones ingleses —repitió Rubión con indiferencia.

—A propósito, ¿sabes que la casa Morais & Cunha paga a todos los acreedores, integralmente?

Rubión no sabía nada, ni si la casa existía ni si ellos eran acreedores de ella; oyó la noticia, respondió que se alegraba, y se dispuso a irse. Pero el socio lo retuvo aún unos minutos. Ahora estaba alegre; parecía que no se le había muerto nadie. Volvió a hablar de María Benedicta. Tenía intención de casarla bien; ni ella era muchacha de dar confianza a patanes, ni se dejaba llevar por fantasías tontas; era juiciosa, merecía un buen esposo, persona seria.

—Sí, señor —iba diciendo Rubión.

—Mira —murmuró de repente el socio—, no te admires de lo que te voy a decir. Creo que eres tú el que se casará con ella.

—¿Yo? —exclamó Rubión, asombrado—. No, señor. —Y en seguida, para atenuar el efecto del rechazo—: No niego que sea una muchacha digna y perfecta; pero... por ahora... no pienso casarme...

—Nadie te dice que sea mañana o pasado; el casamiento no es cosa que se improvisa. Lo que yo digo es que tengo un palpito. Son cosas; palpitos. ¿Sofía nunca te contó mi palpito?

—Nunca.

—Es raro, me dijo que te había hablado una vez, o dos, no me acuerdo bien.

—Puede ser, soy muy distraído. ¿Que me querían casar con la muchacha?

—No, que yo tenía un pálpito. Pero, dejemos esto. Demos tiempo al tiempo.

—Adiós.

—Adiós; ve temprano.

CAPITULO LXXXIV

¿CONQUE ENTONCES Sofía quería casarlo?, salió pensando Rubión; era, naturalmente, el proceso más adecuado para deshacerse de él. Casarlo, hacerlo su primo. Rubión anduvo por muchas calles antes de llegar a esta otra hipótesis: Tal vez Sofía no se hubiera olvidado, pero había mentido a propósito al marido para no dar alas al proyecto. En ese caso, su sentimiento era otro. Esta explicación le pareció lógica: su alma volvió a la serenidad anterior.

CAPITULO LXXXV

PERO NO HAY serenidad moral que corte siquiera una pulgada a las alas del tiempo cuando no se tiene manera de hacerlo más corto. Al contrario, el ansia de ir al Flamengo, por la noche, hacía las horas más lentas. Era temprano, temprano para todo, para ir a la calle de Ouvidor, para volver a Botafogo. El doctor Camacho estaba en Vassouras defendiendo a un acusado en un juicio. No había ninguna diversión pública, fiesta ni sermón. Nada. Rubión, profundamente aburrido, movía las piernas, sin rumbo, leyendo los carteles o deteniéndose ante el simple incidente de un atropellamiento de coches. En Minas no se aburría tanto. ¿Por qué? No encontró solución al enigma, puesto que Río de Janeiro tenía más cosas en que distraerse, y muchas veces se distraía de veras; pero pasaba aquí horas de un tedio mortal.

Felizmente, existe un dios para los aburridos. Acudió a la memoria de

Rubión que Freitas —aquel Freitas tan alegre— estaba gravemente enfermo; Rubión llamó un tálburi y fue a visitarlo a la Playa Hermosa, donde vivía. Pasó allí cerca de dos horas, conversando con el enfermo; éste se adormeció, él se despidió de la madre —un trasto viejo—, y en la puerta antes de salir:

—Usted debe haber tenido algunos aprietos de dinero —dijo Rubión; y viéndola morderse los labios y bajar la mirada—: No se avergüence; la necesidad aflige, pero no avergüenza. Lo que querría es que usted aceptara algo que le voy a dejar para solventar los gastos; me lo pagará un día, si puede...

Había abierto la billetera, sacó seis papeles de veinte mil reis, hizo un bollo con todos ellos y se lo puso en la mano. Abrió la puerta y salió. La vieja, asombrada, ni alcanzó a agradecer; sólo al rodar el tálburi corrió a la ventana, pero ya no podía ver al bienhechor.

CAPITULO LXXXVI

TODO ESO LE salió tan espontáneamente a Rubión que sólo tuvo tiempo de reflexionar después que el tálburi comenzó a moverse. Parece que llegó a levantar la cortina de la portezuela; la vieja ya iba entrando; le vio aún el resto del brazo. Rubión sintió toda la ventaja de no estar inválido. Se acomodó, desahogó el pecho con un gran suspiro y miró hacia la playa; poco después se inclinó. Cuando venía, apenas había podido verla.

—A usted le gusta esto —le dijo el cochero, contento con el buen cliente que tenía.

—Lo encuentro hermoso.

—¿Nunca vino por aquí?

—Creo que vine, hace muchos años, cuando estuve en Río de Janeiro por primera vez. Porque yo soy de Minas... Pare, señor.

El cochero hizo parar al caballo; Rubión bajó y le dijo que fuese andando despacio.

En verdad, era curioso. Aquellas grandes brazadas de monte brotando del lodo y puestas allí junto a la cara de Rubión, le daban ganas de ir hasta ellas. ¡Tan cerca de la calle! Rubión ni sentía el sol. Había olvidado al enfermo y a la madre del enfermo. Así sí —se decía—, si el mar fuera una cosa así, cubierto de tierras y plantas, valdría la pena navegar. Más allá quedaban la playa de los Lázarus y la de San Cristóbal. Apenas unos cuantos pasos.

—Playa Hermosa —murmuró—, nombre bien puesto.

Entretanto, la playa iba cambiando de aspecto. Doblaba hacia el Saco del Alférez y venían las casas edificadas al lado del mar. De cuando en cuando no eran casas, sino canoas, encalladas en el lodo, o en tierra, con la quilla al aire. Al lado de una de esas canoas vio niños jugando, en camisa y descalzos, alrededor de un hombre que estaba boca abajo. Todos ellos reían; uno reía más que los otros porque no acababa de clavar el pie del hombre en el suelo. Era un pequeñín de tres años; se aferraba a la pierna y la iba inclinando hasta nivelarla con el suelo, pero el hombre hacía un gesto y levantaba por el aire el pie y el chico.

Rubión se detuvo algunos minutos delante. El hombre, viéndose objeto de atención, redobló el esfuerzo en el juego; perdió la naturalidad. Los otros chicos más grandes se detuvieron a mirar asombrados. Pero Rubión no distinguía nada; veía todo confusamente. Caminó todavía un largo rato; pasó el Saco del Alférez, pasó Gamboa, se detuvo ante el Cementerio de los Ingleses, con sus viejos sepulcros trepados en el cerro, y finalmente llegó a la Salud. Vio calles estrechas, otras en pendiente, casas apiñadas a lo lejos y en lo alto de los cerros, callejones, mucha casa antigua, algunas del tiempo del rey, comidas, agrietadas, destripadas, la pintura descascarada y ahí adentro la vida. Y todo eso le daba una sensación de nostalgia... Nostalgia de los harapos, de la vida estrecha, desvencijada y sin vergüenza. Pero duró poco; el hechicero que había en él lo transformó todo. ¡Era tan bueno no ser pobre!

CAPITULO LXXXVII

RUBIÓN LLEGÓ AL final de la calle de la Salud. Iba sin rumbo con los ojos bien abiertos y distraídos. Junto a él pasó una mujer, ni bonita ni sencilla sin elegancia, más bien pobre que modesta, pero de facciones frescas; tendría unos veinticinco años y llevaba a un chico de la mano. Este se enredó en las piernas de Rubión.

—¿Qué te pasa? —dijo la muchacha, tirando al hijo del brazo.

Rubión se había inclinado hacia el pequeño, para defenderlo.

—Muchas gracias, disculpe —dijo ella sonriendo; y lo saludó.

Rubión se sacó el sombrero, sonrió también. La visión de familia se apoderó de él otra vez. "¡Cásese y dígame después si no tenía razón!" Se detuvo, miró hacia atrás, vio irse a la muchacha, *tique-tique*, y al chico junto a ella, apresurando las piernecitas para ajustarse al paso de la madre. Des-

pués siguió caminando lentamente, pensando en varias mujeres que podía muy bien elegir para ejecutar, a cuatro manos, la sonata conyugal, música seria, regular y clásica. Llegó a pensar en la hija del mayor, que tan sólo sabía unas viejas mazurcas. De repente, oía la guitarra del pecado, tocada por los dedos de Sofía, que lo maravillaban y entontecían al mismo tiempo; y por ahí se iba toda la castidad del plan anterior. Insistía nuevamente, forcejeaba por cambiar las composiciones; pensaba en la muchacha de la calle de la Salud, tan lindos modales, con un niño de la mano...

CAPITULO LXXXVIII

LA VISTA DEL tílburí le hizo recordar al enfermo de Playa Hermosa.

— ¡Pobre Freitas! —suspiró.

Poco después pensó también en el dinero que le había dejado a la madre del paciente y le pareció que había hecho bien. Tal vez la idea de haber dado uno o dos billetes de más sobrevoló algunos segundos el cerebro de nuestro amigo; la sacudió rápidamente, no sin disgustarse consigo mismo y, para olvidarla del todo, exclamó en voz alta:

— ¡Tan buena!, ¡pobre vieja!

CAPITULO LXXXIX

COMO LA IDEA retornaba, Rubión se lanzó velozmente al tílburí, entró y se sentó, hablándole al cochero para huir de sí mismo.

— Di una gran caminata; pero sí, señor, esto aquí es muy lindo, es curioso; aquellas playas, aquellas calles, es diferente de los otros barrios. Me gusta esto. Volveré otras veces.

El cochero sonrió para sí de una manera tan particular que nuestro Rubión desconfió. No atinaba con el motivo de la risa; tal vez se le hubiera escapado alguna palabra que en Río de Janeiro tenía doble sentido; pero las repitió y no descubrió nada; eran todas usuales y comunes. Sin embargo, el cochero aún sonreía con el mismo aire del principio, entre servil y bellaco. Rubión estuvo a punto de interrogarlo, pero retrocedió a tiempo. Fue el otro quien retomó la conversación.

—¿Así que está muy asombrado del barrio? —le dijo—. Permítame que no lo crea, sin molestarlo; no es para ofenderlo a usted ni yo soy persona que agravie a un cliente serio; pero no creo que esté asombrado por el barrio.

—¿Por qué? —aventuró Rubión.

El cochero meneó la cabeza para uno y otro lado, e insistió en no creer, no porque el barrio no fuera digno de aprecio, sino porque, naturalmente, ya lo conocía mucho. Rubión ratificó la primera afirmación; había ido allí muchos años antes, cuando estuvo la otra vez en Río de Janeiro, pero no se acordaba de nada. Y el cochero reía; y a medida que el cliente iba explicándose, él iba poniéndose más familiar, hacía gestos negativos con la nariz, con los labios, con la mano.

—Ya lo sé —concluyó—. Ni yo soy hombre de no ver las cosas. ¿Usted cree que no vi la manera como miró a aquella muchacha que pasó recién? Basta sólo eso para demostrar que usted tiene olfato y le gusta...

Rubión, halagado, sonrió un poco; pero en seguida se corrigió:

—¿Qué muchacha?

—¿Qué le decía yo? —replicó el hombre—. Usted es discreto y hace muy bien; pero yo soy persona reservada, y este coche ha servido para muchas idas y venidas. No hace muchos días traje a un hermoso joven, muy bien vestido, persona fina, ya se sabe, asunto de faldas.

—Pero yo... —interrumpió Rubión.

Apenas podía contenerse; la suposición le agradaba; el cochero pensó que él disimulaba la culpa.

—Mire, como le digo —continuó él—, usted puede quedar tan tranquilo como el muchacho de la calle de los Inválidos; no diré nada y aquí estoy para cuando guste. ¿Acaso quiere que crea que es sólo por gusto que una persona, con coche a sus órdenes, viene andando a pie desde Playa Hermosa hasta aquí? Usted vino al lugar de la cita, la persona no vino...

—¿Qué persona? Fui a ver a un enfermo, un amigo que está por morir.

—Igual que el muchacho de la calle de los Inválidos —repitió el hombre—. Ese fue a ver a una modista de su mujer, como si fuese casado...

—¿De la calle de los Inválidos? —preguntó Rubión, que sólo ahora prestaba atención al nombre de la calle.

—No diga más —respondió el cochero—. Era de la calle de los Inválidos, buen mozo, un muchacho de bigotes y ojos grandes, muy grandes. ¡Oh!, si yo fuera mujer era capaz de enamorarme de él. Ella no sé de dónde era, ni lo diría aunque lo supiese; sólo sé que era una bella hembra.

Y viendo que el cliente lo escuchaba con ojos muy abiertos:

—¡Oh, usted no se imagina! Era de buena altura, bonito cuerpo, la cara medio cubierta por un velo, cosa excelente. Uno, por ser pobre, no deja de apreciar lo que es bueno.

—Pero... ¿cómo fue? —murmuró Rubión.

—¡Vaya, cómo fue! El llegó como usted, en mi tílburí, se apeó y entró en una casa con persianas; dijo que iba a ver a la modista de su mujer. Como yo no le pregunté nada y él había hecho todo el viaje en silencio, muy concentrado, en seguida comprendí su treta. Sin embargo podía ser verdad; porque es realmente una modista la que vive en la casa de la calle de la Armonía...

—¿De la Armonía? —repitió Rubión.

—¡Malo! Usted me está arrancando el secreto; cambiemos de tema; no digo más nada.

Rubión miraba atónito al hombre, que realmente se calló unos dos o tres minutos pero poco después continuó:

—Tampoco hay mucho más. El joven entró; yo me quedé esperando; media hora después vi una figura de mujer, a lo lejos, y en seguida desconfié que iba para allá. Dicho y hecho; llegó, se acercó despacio, mirando disimuladamente para todos lados; al pasar por la casa, ni le digo que no precisó golpear; fue como por arte de magia, la persiana se abrió sola y ella se introdujo. ¡Vaya si conoceré esto! ¿En qué cree usted que uno se gana alguna moneda extra? La tarifa establecida mal da para comer; es necesario hacer estas extras.

CAPITULO XC

No, NO PODRÍA ser ella, reflexionó Rubión, en casa, vistiéndose de negro.

Desde que había llegado no pensó en otra cosa que no fuera el episodio contado por el cochero del tílburí. Intentó olvidarlo ordenando papeles, o leyendo, o haciendo chasquear los dedos para ver saltar a Quincas Borba; pero la visión lo perseguía. La razón le decía que existen muchas señoras de buena estampa, y nada probaba que la de la calle de la Armonía fuese ella; pero ese alivio no duraba. Poco después se dibujaba a la distancia, cabizbaja, lenta, una persona, que era ni más ni menos que la propia Sofía, y caminaba, y entraba de repente por la puerta de una casa que en seguida se cerraba... La visión fue tal, en cierta ocasión, que nuestro amigo se quedó mirando la pared, como si allí estuviera la persona de la calle de la Armonía.

Con la imaginación hizo una serie de actos: golpeó, entró, apretó el cuello de la modista y le pidió la verdad o la vida. La pobre mujer, amenazada de muerte, confesó todo; lo llevó a ver a la dama, que era otra, no era Sofía. Cuando Rubión volvió en sí se sintió avergonzado.

—No, no podía ser ella.

Se puso el chaleco y fue a abotonarlo delante de una de las ventanas, que daba hacia los fondos, en el momento en que una caravana de hormigas iba pasando por la balaustrada. ¡Cuántas había visto pasar antes! Pero esta vez, nunca supo cómo, tomó una toalla, dio dos golpes, atropelló a las pobres hormigas matando un montón. Tal vez alguna le pareció "buena figura y bonita de cuerpo". Poco después se arrepintió de lo hecho; y realmente, ¿qué tenían que ver las hormigas con sus sospechas? Felizmente, comenzó a cantar una cigarra, con tal tino y oportunidad que nuestro amigo se detuvo en el cuarto botón del chaleco. *Sóóóó...fia, fia, fia, fia, fia, fia... Sóóóó...fia, fia, fia, fia...fia...*

¡Oh, precaución sublime y piadosa de la naturaleza, que pone a una cigarra viva junto a veinte hormigas muertas, para compensarlas! Esta reflexión es del lector. De Rubión no puede ser. No era capaz de vincular los hechos y sacar conclusiones, ni lo haría ahora que está por llegar al último botón del chaleco, todo oídos, todo cigarra... ¡Pobres hormigas muertas! Id ahora a vuestro Homero galo, que os pague la fama; la cigarra es la que ríe, enmendando el texto:

*Vous marchiez? J'en suis fort aise.
Eh bien! mourez maintenant.*

CAPITULO XCI

SONÓ LA CAMPANILLA de la cena; Rubión compuso el rostro para que sus invitados habituales (tenía siempre cuatro o cinco) no se dieran cuenta de nada. Los encontró en la sala de visitas, conversando, a la espera; se levantaron todos, fueron a estrecharle la mano, alborozadamente. Rubión sintió aquí un impulso inexplicable, darles a besar la mano. Se contuvo a tiempo, asombrado de sí mismo.

CAPITULO XCII

POR LA NOCHE corrió hasta la playa del Flamenco. No pudo hablar con María Benedicta, que estaba arriba en el cuarto con dos muchachas vecinas amigas suyas. Sofía vino a recibirlo a la puerta y lo llevó hasta el escritorio, donde dos modistas hacían los vestidos de luto. El marido acababa de llegar; todavía no había bajado.

—Siéntese aquí —dijo ella.

Se encargó de él; estaba divina. Las palabras le brotaban cariñosas y graves, entrecortadas de sonrisas amistosas y honestas. Le habló de la tía, de la prima, del tiempo, de los criados, de los espectáculos, de la falta de agua, de una multitud de cosas diversas, vulgares o no, pero que al pasar por la boca de la joven cambiaban de naturaleza y de aspecto. Rubión escuchaba fascinado. Ella, para no estar sin hacer nada, cosía unos volados; y, cuando la conversación hacía una pausa, Rubión no daba abasto comiéndole con la mirada las manos ágiles, que parecían jugar con la aguja.

—¿Sabe que estoy organizando una comisión de damas? —preguntó ella.

—No sabía, ¿para qué?

—¿No leyó la noticia de aquella epidemia en una ciudad de Alagoas? *

Le contó que había quedado tan apenada, que inmediatamente resolvió organizar una comisión de damas, para pedir limosnas. La muerte de la tía había interrumpido los primeros pasos; pero iba a continuar, pasada la misa del séptimo día. Y preguntó qué le parecía.

—Me parece bien. ¿No hay hombres en la comisión?

—Sólo hay señoras. Los hombres tan sólo dan dinero —concluyó riendo.

Rubión, mentalmente, suscribió en seguida una gruesa suma, para obligar a los que viniesen después. Era todo verdad. Era verdad también que la comisión iba a poner en evidencia a Sofía, y empujarla hacia arriba. Las señoras elegidas no eran del círculo de nuestra dama, y sólo con una se saludaba; pero por intermedio de cierta viuda, que había brillado entre 1840 y 1850, y conservaba de su tiempo las nostalgias y el atildamiento, había conseguido que todas entraran en esa obra de caridad. Desde había algunos días no pensaba en otra cosa. A veces, de noche, antes del té, parecía dormirse en la mecedora; no dormía, cerraba los ojos para verse a sí misma, en medio de las compañeras, personas de calidad. Se comprende que fuese éste el asunto principal de la conversación; pero Sofía volvía de vez en cuando al actual amigo. ¿Por qué tan prolongadas ausencias, de ocho, diez, quince días y más? Rubión respondió que por nada, pero tan conmovido que una de las modistas le golpeó el pie a la otra. De ahí en adelante, aunque el silencio era grande, cortado solamente por el sonido de las agujas en la lana, de los tijeretazos, de los cortes, una y otra no perdían de vista a nuestro amigo, con los ojos clavados en la dueña de la casa.

* Estado del nordeste de Brasil.

Llegó una visita de pésame, un hombre, director de banco. Fueron a llamar en seguida a Palha, que bajó para recibirlo. Sofía pidió permiso a Rubión por algunos segundos; iba a ver a María Benedicta.

CAPITULO XCIII

RUBIÓN, AL QUEDARSE solo con las dos mujeres, se puso a caminar de un lado para el otro, sofocando los pasos para no molestar a nadie. De la sala llegaba una que otra palabra de Palha: "En todo caso, crea que...". "Ni la administración de un banco es cosa de broma...". "Positivamente...". El director hablaba poco, seco y en voz baja.

Una de las modistas dobló la costura, juntó apresuradamente retazos, tijeras, carreteles de hilo, de sedas. Era tarde; se marchaba.

—Dondón, espérame un poco que yo voy también.

—No, no puedo. ¿Es tan amable de decirme qué hora es?

—Son las ocho y media —respondió Rubión.

—¡Jesús!, es muy tarde.

Rubión, por decir algo, le preguntó por qué no esperaba, como decía la otra.

—Sólo espero a doña Sofía —replicó Dondón con respeto—, ¿pero sabe usted dónde vive ésta? Vive en la calle del Paseo. Y yo voy a dar con mis huesos en la calle de la Armonía. Mire que de aquí a la calle de la Armonía hay un buen tirón.

CAPITULO XCIV

SOFÍA BAJÓ EN seguida, encontró a Rubión trastornado, huyendo con la mirada. Le preguntó qué le pasaba; él respondió que nada, dolor de cabeza. Dondón salió, el director del banco se despedía; Palha le agradecía la fineza, le deseaba buena salud. ¿Dónde estaba el sombrero? Lo encontró; le dio también el sobretodo; y, pareciéndole que buscaba otra cosa, le preguntó si era el bastón.

—No, señor, es el paraguas. Creo que es éste; es éste. Adiós.

—Una vez más, gracias, muchas gracias —dijo Palha—. Póngase el sombrero, está húmedo, no haga cumplidos. Gracias, muchas gracias —concluyó estrechándole la mano entre las suyas, y doblado en dos.

Al volver al escritorio se topó con el socio, que insistía en irse. Lo instó también a quedarse; le dijo que tomara una taza de té, que le pasaría en seguida; Rubión rechazó todo.

—Su mano está fría —observó la muchacha a Rubión, apretándosela— ¿por qué no espera? El agua de melisa es muy buena. Voy a buscarla.

Rubión la detuvo; no era necesario; conocía esos achaques, se curaban con el sueño. Palha quiso mandar a buscar un tílburí; pero el otro lo atajó diciendo que el aire de la noche le haría bien, y que en el Catete encontraría transporte.

CAPITULO XCV

—VOY A ALCANZARLA antes de llegar al Catete —se dijo Rubión subiendo por la calle del Príncipe.

Calculó que la costurera habría ido por allí. A lo lejos, descubrió algunos bultos de uno y otro lado; uno de ellos le pareció de mujer. Ha de ser ella, pensó; y apuró el paso. Naturalmente, se comprende que iba con la cabeza atontada: calle de la Armonía, modista, una dama, y todas las persianas abiertas. No es de admirar que, fuera de sí y caminando rápido, se diese un topetazo con un hombre que iba despacio, cabizbajo. Ni le pidió disculpas; apresuró el paso, al ver que la mujer también lo hacía.

CAPITULO XCVI

Y EL HOMBRE empujado apenas sintió el empujón. Caminaba absorto, pero contento, explayando su alma, libre de cuidados y fastidios. Era el director del banco, el que acababa de hacer la visita de pésame a Palha. Sintió el empujón y no se molestó; arregló el sobretodo y el alma, y por ahí se fue caminando tranquilamente.

Conviene decir, para explicar la indiferencia del hombre, que éste había tenido, en el espacio de una hora, emociones encontradas. Primero había ido a la casa de un ministro de Estado a tratar la solicitud de un hermano. El ministro, que terminaba de cenar, fumaba callado y pacífico. El director expuso torpemente el asunto, volviendo atrás, saltando hacia adelante, uniéndolo y desuniendo las frases. Mal sentado, para no perder la línea, mantenía una sonrisa constante y de veneración; y se inclinaba, pedía disculpas. El ministro le hizo algunas preguntas; él, animado, dio largas respuestas, extremadamente largas, y acabó entregando un memorial. Después se incorporó, agradeció, apretó la mano del ministro, éste lo acompañó hasta la galería. Allí hizo el director dos reverencias, una antes de bajar la escalera, otra inútilmente, ya abajo, en el jardín; en lugar del ministro, vio sólo la puerta de vidrio opaco, y en la galería, pendiente del techo, la lámpara de gas. Se caló el sombrero y salió. Salió humillado, avergonzado de sí mismo. No era el asunto lo que lo afligía, sino los saludos que había hecho, las disculpas que pidió, las actitudes subalternas, un rosario de actos inútiles. Así fue como llegó a la casa de Palha.

Diez minutos después tenía ya el alma limpia y restituida, tales fueron las reverencias del dueño de casa, las señales de asentimiento y un rayo de sonrisa perenne, sin contar los ofrecimientos de té y cigarros. El director se puso entonces severo, superior, frío, de pocas palabras; llegó a fruncir la nariz, a propósito de una idea de Palha, quien en seguida la retiró, aceptando que era absurda. Copió del ministro el gesto lento. Al salir, no fueron suyas las cortesías sino del dueño de casa.

Se sentía otro cuando llegó a la calle; de ahí el andar tranquilo y satisfecho, el explayarse del alma recuperada y la indiferencia con que recibió el embate de Rubión. Ya no se acordaba de sus genuflexiones; lo que ahora rumiaba sabrosamente eran las genuflexiones de Cristiano Palha.

CAPITULO XCVII

CUANDO RUBIÓN llegó a la esquina del Catete, la modista conversaba con un hombre que la había esperado y que en seguida la tomó del brazo; los vio irse, conyugalmente, hacia el lado de la Gloria. ¿Casados?, ¿amigos? Se perdieron en la primera curva de la calle, mientras Rubión se quedó parado, recordando las palabras del cochero, la persiana, el muchacho de bigotes, la señora de lindo cuerpo, la calle de la Armonía... Calle de la Armonía; ella había dicho Calle de la Armonía...

Se acostó tarde. Parte del tiempo estuvo en la ventana, cavilando, el cigarro encendido, sin terminar de explicarse aquel asunto. Dondón era forzosamente la celestina en los amores; debía de serlo, tenía ojos de boba, pensaba Rubión.

—Mañana voy para allá, salgo más temprano, voy a esperarla en la esquina; le doy cien mil reis, doscientos, quinientos; me confesaré todo.

Cuando se cansó, miró hacia el cielo; allá estaba la Cruz del Sur... ¡Oh!, ¡si ella hubiera aceptado mirar la Cruz del Sur! Otra habría sido la vida de ambos. La constelación pareció confirmar este sentimiento, fulgurando extraordinariamente; y Rubión se quedó mirándola, imaginando mil escenas lindas y enamoradas, viviendo de lo que podía haber sido. Cuando el alma se hartó de amores nunca madurados, a nuestro amigo se le vino a la mente que la Cruz del Sur no era sólo una constelación, era también una orden honorífica. De ahí pasó a otra serie de pensamientos. Le pareció genial la idea de hacer de la Cruz del Sur una distinción nacional y privilegiada. Ya había visto la condecoración en el pecho de algunos servidores públicos. Era hermosa, pero sobre todo diferente.

—¡Tanto mejor! —se dijo en voz alta.

Eran cerca de las dos cuando salió de la ventana; la cerró y fue a meterse en la cama, se durmió en seguida; despertó al sonido de la voz del criado español, que le traía una esquila.

CAPITULO XCVIII

RUBIÓN SE SENTÓ en la cama, adormilado, no se fijó en la letra de la dirección; abrió la esquila, y leyó:

"Anoche nos quedamos muy intranquilos, después que usted se marchó. Cristiano no va ahora a su casa porque se despertó tarde y tiene que ir a ver al inspector de aduana. Mándenos decir si se encuentra mejor. Recuerdos de María Benedicta y de

Su amiga y agradecida
Sofía."

—Dígale al portador que espere.

Veinte minutos después la respuesta llegó a manos del negrito que había traído la esquila; fue el propio Rubión quien la entregó, preguntándole

cómo se encontraban las señoras. Supo que bien; le dio unas monedas, recomendándole que cuando necesitara algún dinero, viniese a buscarlo. El muchacho, asombrado, abrió bien los ojos y prometió hacerlo así.

—¡Adiós! —le dijo benévolutamente Rubión.

Y se quedó parado, mientras el mensajero bajaba los pocos escalones. Cuando éste estaba ya en mitad del jardín, oyó gritar:

—¡Espera!

Volvió para responder al llamado; Rubión ya había bajado los escalones; fueron el uno hacia el otro y se pararon, callados. Pasaron dos minutos sin que Rubión abriese la boca. Al final, le preguntó algo, si las señoras se encontraban bien. Era la misma pregunta de hacía un momento: el criado confirmó la respuesta. Después, Rubión dejó vagar los ojos por el jardín. Las rosas y las margaritas estaban hermosas y frescas, algunos claveles se abrían, otras flores y plantas, begonias y enredaderas, todo ese pequeño mundo parecía dirigir sus ojos invisibles a Rubión, y gritarle:

—Alma sin vigor, acaba de una vez con tu deseo: tómanos, mándanos...

—Bueno —dijo finalmente Rubión—, saludos a las señoras. No te olvides de lo que te dije; si me necesitas, ven. ¿Guardaste la carta?

—Está aquí, sí, señor.

—Es mejor que la metas en el bolsillo, pero fíjate bien, no la arrugues.

—No la arrugo, señor —replicó el criado acomodando la carta.

CAPITULO XCIX

EL NEGRITO SALIÓ; Rubión se quedó paseando por el jardín, con las manos en los bolsillos de la bata, y los ojos en las flores. ¿Qué pasaba si mandaba algunas? Era un presente natural, y hasta obligatorio para pagar una gentileza con otra. Había hecho mal; corrió hasta el portón, pero ya el negrito iba lejos; Rubión advirtió que el luto excluía los saludos alegres, y se quedó tranquilo.

Hasta que, al reanudar el paseo, vio una carta al pie de un cantero. Se agachó, la tomó y leyó el sobre... La letra era de ella, sólo de ella; la comparó con la de la esquila que había recibido; era la misma. El nombre era el del diablo: Carlos María.

—Sí, fue eso —pensó al cabo de algunos minutos—: el portador de mi carta trajo también ésta, y la dejó caer.

Y, mirando la carta, de uno y otro lado, se interrogaba sobre el conte-

nido. ¡Oh, el contenido! ¿Qué habría escrito allí, en ese papel homicida? Perversidad, lujuria, todo el lenguaje del mal y de la demencia, resumidos en dos o tres líneas. La puso a la altura de los ojos, para ver si podía leer alguna palabra; el papel era grueso; no se podía leer nada. Al recordar que el mensajero, al advertir la falta de la carta, volvería a buscarla, se la metió atropelladamente en el bolsillo y corrió hacia adentro.

En casa, la sacó y la miró otra vez; las manos vacilaban reflejando el estado de la conciencia. Si abría la carta lo sabría todo. Leída y quemada, nadie más conocería el texto, al paso que él habría terminado de una buena vez con esa terrible fascinación que lo hacía penar junto a ese abismo de oprobios... No soy yo quien lo dice, es él; él es quien reúne ése y otros nombres perversos, él quien se detiene en medio de la sala, con los ojos en la alfombra, en cuya trama figura un turco indolente, con pipa en la boca, mirando el Bósforo... Debía ser el Bósforo...

—¡Infernal carta! —rezongó, repitiendo una frase oída en el teatro, semanas antes; frase olvidada, que ahora venía a expresar la analogía moral del espectáculo y del espectador.

Tuvo impulsos de abrirla; era sólo un gesto, un acto; nadie lo veía, los cuadros de la pared estaban quietos, indiferentes, el turco de la alfombra seguía fumando y mirando el Bósforo. Sin embargo, sentía escrúpulos; la carta, aunque encontrada en el jardín, no le pertenecía a él sino al otro. Era como si fuese un paquete de dinero; ¿no le devolvería el dinero al dueño? Despechado, la metió nuevamente en el bolsillo. Entre mandar la carta al destinatario y entregársela a Sofía, adoptó finalmente la segunda opción; tenía la ventaja de poder leer la verdad en las facciones de la propia autora.

—Le digo que encontré una carta, así y asá —pensó Rubión—, y antes de dársela veo bien en su cara si se pone aterrada o no. Tal vez empalidezca; entonces la amenazo, le hablo de la Calle de la Armonía; le juro que estoy dispuesto a gastar trescientos, ochocientos, mil contos, dos mil, treinta mil contos, si es necesario tanto para estrangular al infame...

CAPITULO C

NINGUNO DE LOS visitantes habituales de la casa compareció al almuerzo. Rubión esperó aún unos diez minutos, llegó a mandar un criado al portón, para ver si venía alguien. Nadie; tuvo que almorzar solo.

En general, no podía soportar las comidas solitarias; era tan afecto a la conversación de los amigos, a las observaciones, a las bromas, así como a los respetos y consideraciones que comer solo era lo mismo que no comer. Ahora, sin embargo, era como un Saúl necesitado de David para expulsar el espíritu maligno que se había metido en él. Detestaba al mensajero, porque había dejado caer la carta; hubiera preferido ignorar todo. Y después, la conciencia vacilaba, ¿debía entregar la carta o no entregarla y conservarla indefinidamente? Rubión tenía miedo de saber; ora quería, ora no quería descubrir algo en el rostro de Sofía. El deseo de saber todo era, en resumen, la esperanza de descubrir que no había nada.

David apareció finalmente, entre el queso y el café, en la persona del doctor Camacho, que había vuelto de Vassouras, en la víspera, por la noche. Como el David de la Escritura, traía un jumento cargado de panes, un cántaro de vino y un cabrito. Había dejado gravemente enfermo a un diputado minero, que estaba en Vassouras y preparaba la candidatura de Rubión, escribiendo a los influyentes de Minas. Fue esto lo que le dijo con los primeros sorbos del café.

—¿Candidato yo?

—¿Pues entonces quién?

Camacho demostró que no podía haber otro mejor. ¿No ha prestado usted servicios en Minas?

—Algunos.

—Aquí los presta, y de gran relevancia. Manteniendo conmigo el diario principista, ha recibido solidariamente los golpes que me dan, además de los sacrificios que todos hacemos por el lado pecuniario. Sobre esto, no me diga nada. Le digo que he de hacer lo que pueda. Por otra parte, usted es la mejor solución de la divergencia.

—¿Divergencia?

—Sí, el doctor Hermenegildo, de Catas-Altas, y el coronel Romualdo; dicen que ambos, en caso de una vacancia, quieren presentarse; es dividir los votos...

—Seguramente; ¿pero insisten?

—Creo que no insistirán cuando desde aquí les mande la confirmación de los jefes, porque fue una de las cosas que me echaron en cara, que yo no tenía poderes; confesó que, para aquel caso imprevisto, no; pero que poseía la confianza de los jefes, los cuales me aprobarían. Créame que eso ya está hecho. ¿Qué piensa usted entonces? ¿Piensa que trabajo aquí, sacrificando tiempo y dinero y algún talento, para no ayudar a un amigo, que tantas pruebas ha dado de fidelidad a los principios? ¡Oh, eso no! Tienen que oírme, y adoptar lo que les propongo.

Rubión, conmovido, le hizo todavía otras preguntas acerca de la lucha y de la victoria, si había gastos que afrontar o cartas de recomendación y pedido, y cómo se habrían de tener noticias frecuentes del enfermo, etc. Camacho respondía a todo; pero le recomendaba cautela. En política, le dijo, una insignificancia desvía el curso de la campaña y da la victoria al adversario. Sin embargo, aunque no saliera vencedor, Rubión tenía la ventaja de haber sido votado; y el precedente se contaba como un servicio.

—Firmeza y paciencia —concluyó.

Y en seguida:

—¿Y yo qué soy, sino un ejemplo de paciencia y firmeza? Mi provincia está entregada a un grupo de bandidos; no hay otro nombre para la gente de los Pinheiros; y además de eso (le digo esto con dolor y en privado) tengo amigos que intrigan contra mí, unos aprovechadores, que quieren ver si el partido me rechaza para ocupar mi lugar... ¡Unos canallas! ¡Ah, mi querido Rubión!, esto de la política puede compararse con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; no falta nada, ni el discípulo que niega, ni el discípulo que vende. Corona de espinas, bofetadas, madero, y al final se muere en la cruz de las ideas, sujeto por los clavos de la envidia, de la calumnia y de la ingratitud...

Esta frase, surgida en el calor de la conversación, le pareció digna de un artículo; la retuvo de memoria; antes de dormir, la escribió en una tira de papel. Pero, en el momento de la conversación, mientras se la repetía a sí mismo para grabársela, Rubión le decía que se animara, que él era hombre para grandes campañas. Y que no huyera de las caras feas.

—¿De las caras feas? Por supuesto que no. Ni de los monstruos de verdad, si los hay. ¡Aquí los espero! ¡Que se cuiden el día que subamos! Las pagarán todas. Oígame este consejo; en política no se perdona ni se olvida nada. Quien la hace, la paga; créame que la venganza es un placer, continuó sonriendo; hay muchas delicias... En fin, contados los males y los bienes de la política, los bienes son superiores. Hay ingratos, pero los ingratos se echan, se apresan, se persiguen...

Rubión oía subyugado. Camacho imponía; le fulguraban los ojos. Los anatemas le brotaban como de la boca de Isaías; las palmas del triunfo le verdeaban las manos. Cada gesto parecía una sentencia. Cuando abría los brazos, hiriendo el aire, era como si desplegase un programa entero. Se iba embriagando de esperanzas, y tenía el vino alegre. De pronto se paró delante de Rubión:

—Vamos, diputado; ensaye un discurso, pidiendo el cierre del debate: *Señor presidente...* Vamos, diga conmigo: *Señor presidente, solicito a Vues-Excelencia...*

Rubión lo interrumpió, incorporándose; sintió una especie de vértigo. Se veía en la cámara, entrando para prestar juramento, todos los diputados de pie; y tuvo un escalofrío. El momento era difícil. Sin embargo, atravesó la sala, subió a la tarima de la presidencia, prestó el juramento de estilo... Tal vez la voz le flaqueara en la ocasión...

CAPITULO CI

EN ESE ESTADO vino a sorprenderlo la noticia de la muerte de Freitas. Lloró una lágrima a escondidas; asumió los gastos del entierro, y acompañó al difunto, a la tarde siguiente, al cementerio. La vieja madre del finado, cuando lo vio entrar en la sala, quiso arrodillarse a sus pies; Rubión la abrazó a tiempo para impedirselo. Ese acto de nuestro amigo hizo gran impresión en los asistentes. Uno de ellos se acercó a estrecharle la mano; después, en un rincón y en voz baja, le contó la injusticia de la renuncia a que lo habían obligado, días atrás; renuncia premeditada, a causa de intrigas...

—Imagínese usted, que aquello es (con perdón de la palabra) un cubil de atorrantes...

Llegó la hora de que saliera el entierro; las despedidas de la madre fueron dolorosas; besos, sollozos, exclamaciones, todo eso mezclado, y lacerante. Las mujeres no consiguieron arrancarla de ahí; fueron necesarios dos hombres y el empleo de la fuerza; ella gritaba e insistía en volver junto al cadáver: ¡hijo mío!, ¡mi pobre hijo!

—¡Un escándalo! —insistía el renunciante. Dicen que al ministro no le gustó lo que hicieron; pero usted ya sabe, para no dejar mal parado al director...

—Pan...pan...pan... sonaban los martillos sordamente, clavando al cajón.

Rubión aceptó el pedido que le hacían de tomar una de las argollas, y se alejó del renunciante. Afuera, alguna gente parada; los vecinos, en las ventanas, se apretujaban unos a otros con los ojos llenos de esa curiosidad que la muerte inspira a los vivos. Además, estaba el *coupé* de Rubión, que se destacaba entre los viejos carruajes. Ya se hablaba mucho de ese amigo del finado, y la presencia confirmó la noticia. El difunto era ahora apreciado con cierta consideración.

En el cementerio, Rubión no se contentó con echar la palada de tierra, acto que fue el primero en cumplir, a solicitud de todos; esperó que los sepultureros llenaran el foso con sus grandes palas. Tenía los ojos húmedos; acabado todo, salió, flanqueado por los otros, y en la puerta, con un único gesto del sombrero hacia la derecha y hacia la izquierda, saludó a todas las cabezas descubiertas y gachas. Al entrar en el *coupé*, alcanzó a oír estas palabras, a media voz:

—Parece que es senador o fiscal de la cámara, o algo así...

CAPITULO CII

ERA NOCHE YA entrada. Rubión iba por ahí, recordando al pobre diablo que había enterrado, cuando, en la Calle de San Cristóbal, se cruzó con otro *coupé* que llevaba dos criados atrás. Era un ministro que iba para el despacho imperial. Rubión sacó la cabeza, la volvió a meter y se quedó oyendo los caballos de los ordenanzas, tan igualitos, tan distintos, a pesar del estrépito de los demás animales. Era tal la tensión del espíritu de nuestro amigo que todavía los oía cuando ya la distancia no permitía oír. Cataprús... cataprús... cataprús...

CAPITULO CIII

AL SÉPTIMO DÍA de la muerte de doña María Augusta se rezó la misa de rigor, en San Francisco de Paula; Rubión fue y allí vio a Carlos María. Eso bastó para precipitar la devolución de la carta; tres días después, se la puso en el bolsillo y corrió al Flamengo. Eran las dos de la tarde. María Benedicta había ido a visitar a las amigas de la vecindad, que la habían acompañado en los primeros días de aflicción; Sofía estaba sola, vestida para salir.

—Pero no importa —dijo ella invitándolo a sentarse—, me quedo o salgo más tarde.

Rubión replicó que la demora sería corta; venía a entregarle un papel.

—En todo caso, siéntese; también sentado se puede entregar un papel.

Estaba tan bonita, que vaciló en decirle las palabras duras que traía aprendidas de memoria. El luto le sentaba muy bien, y el vestido parecía un guante. Sentada, se le veía la mitad del pie, zapatos de raso, medias de seda, cosas todas que imploraban misericordia y perdón. En cuanto a la espada de aquella vaina —así llama al alma un viejo autor—, parecía no tener filo ni experiencia; era un ingenuo cuchillo de marfil. Rubión estuvo a un tris de flaquear; la primera palabra arrastró a las otras.

—¿Qué papel? —preguntó Sofía.

—Un papel, que supongo importante —respondió él conteniéndose—; ¿no se acuerda o no sabe que perdió una carta?

—No.

—¿Acostumbra a escribir cartas?

—He escrito algunas; pero no me acuerdo si eran importantes. Déjeme ver.

Rubión tenía ojos de loco. No dijo ni hizo nada. Se levantó para salir, no salió. Después de algunos instantes de silencio e inquietud, continuó sin rabia:

—No es un secreto para usted que la quiero bien. Usted lo sabe, y no me despide ni me acepta, me anima con sus bonitas maneras. Todavía no me olvidé de Santa Teresa, ni de nuestro viaje en ferrocarril, cuando veníamos los dos, con su marido en el medio. ¿Se acuerda? Fue mi desgracia aquel viaje; desde aquel día usted me cautivó. Usted es mala, tiene alma de serpiente; ¿qué mal le hice yo? Acepto que no guste de mí; pero, podría desengañarme en seguida...

—Cállese, viene gente —interrumpió Sofía levantándose también y mirando hacia la puerta.

No venía nadie; sin embargo, podían oírlo, porque la voz de Rubión iba encrespándose y creciendo. Creció todavía más. Ya no pedía esperanzas; abría y desparramaba el alma.

—No me importa que oigan —vociferó— pueden oírme; ahora diré todo, usted me echa y todo se acaba. No, no se puede hacer sufrir así a un hombre...

—¡Cállese, por amor de Dios!

—¡Qué Dios ni qué Dios! Oiga todo el resto, porque estoy dispuesto a no guardar nada...

Enloquecida, temiendo realmente que algún criado oyera, Sofía levantó la mano y le tapó la boca. Al contacto con aquella piel adorada, Rubión perdió la voz. Sofía retiró la mano, y se dispuso a abandonar la sala; pero, al llegar a la puerta, se detuvo. Rubión había ido hasta la ventana, para recuperarse de la explosión.

CAPITULO CIV

SOFÍA, DESPUÉS de permanecer algunos segundos en suspenso, volvió a la sala, y fue a sentarse con gran rumor de faldas, en la otomana de satín azul, comprada hacía pocos días. Rubión se dio vuelta y se topó con ella, moviendo con reprobación la cabeza. Antes de que él hablara, Sofía se puso el dedo en la boca, pidiéndole silencio; después lo llamó con la mano; Rubión obedeció.

—Siéntese en esa silla —le dijo, y continuó, después de verlo sentado—. Tengo razón para enojarme con usted; no lo hago porque sé que es bueno y pienso que es sincero; arrepiéntase de lo que me dijo, y todo le será perdonado.

Sofía golpeó con el abanico el lado derecho del vestido para bajarlo y arreglarlo; luego levantó los brazos sacudiendo las pulseras de vidrio negro; finalmente, los posó sobre las rodillas, y, abriendo y cerrando las varillas del abanico, aguardó la respuesta. Al contrario de lo que esperaba, Rubión movió la cabeza negativamente.

—No tengo de qué arrepentirme —dijo— y prefiero que no me perdone. Usted se quedará aquí adentro, quiérase o no; podría mentir, ¿pero de qué sirve la mentira? Usted es la que no ha sido sincera conmigo, porque me ha engañado...

Sofía enderezó el busto.

—...No se moleste; no deseo ofenderla; pero, déjeme decirle que es usted la que me ha engañado, y mucho, y sin compasión. Que ame a su marido, vaya y pase; se lo perdonaba; pero que...

—¿Pero qué? —repitió ella atónita.

Rubión metió la mano en el bolsillo, sacó la carta, y se la entregó. Sofía, al leer el nombre de Carlos María, se quedó blanca como un papel; él advirtió la palidez. Dominándose en seguida, le preguntó qué pasaba, qué quería decir esa carta.

—La letra es suya.

—Es mía. Pero, ¿qué diría yo ahí dentro? —continuó, tranquila—. ¿Quién le dio esto?

Rubión quiso contar el hallazgo; pero pensó haber logrado lo suficiente; la saludó para retirarse.

—Perdón —dijo ella— abra usted mismo la carta.

—No tengo más nada que hacer aquí.

—Quédese, abra la carta, aquí la tiene; léala —le decía la muchacha tirándole de la manga, pero Rubión desprendió violentamente el brazo, fue a buscar el sombrero y salió. Sofía, por miedo a los criados, se quedó en la sala.

CAPITULO CV

SE SINTIÓ TAN nerviosa durante los primeros instantes, que no se preocupó de la carta. Al final, la miró de un lado y del otro, sin adivinar el contenido; pero, poco a poco, ya dueña de sí, recordó que debía ser la circular de la comisión de Alagoas. Rompió el sobre; era la circular. ¿Cómo es que se-

mejante papel había ido a parar a manos de él? ¿Y de dónde le venía la sospecha? ¿De sí mismo o de afuera? ¿Correría algún rumor? Fue a ver al criado que llevara la circular a Carlos María, y le preguntó si se la había entregado. Supo que no. Cuando el criado llegó a la calle de los Inválidos, no encontró el papel en el bolsillo y, por miedo, no le había dicho nada a su ama.

Sofía retornó a la sala, dispuesta a no salir. Tomó la carta y el sobre, para mostrárselos a Rubión, a fin de que viese bien que no era nada; pero probablemente supondría la sustitución del papel. ¡Maldito hombre!, murmuró. Y comenzó a caminar sin rumbo fijo.

Un cúmulo de recuerdos entró en el alma de Sofía. La imagen de Carlos María vino a apostarse ante ella, con sus grandes ojos de espectro querido y odiado. Sofía quiso ahuyentarlo pero no pudo; él la acompañaba de un lado a otro, sin perder el porte esbelto y masculino, ni la sonrisa sublime. A veces, lo veía inclinarse, articulando las mismas palabras de cierta noche de baile, que le había costado a ella horas de insomnio, días de esperanza, hasta que se perdieron en la irrealidad. Nunca Sofía había comprendido el fracaso de aquella aventura. El hombre parecía quererla de veras, y nadie lo obligaba a declararlo tan atrevidamente, ni a pasar ante sus ventanas, ya alta la noche, según le oyó decir. Recordó también otros encuentros, palabras furtivas, miradas cálidas y prolongadas, y no llegaba a entender que toda esa pasión terminase en nada. Probablemente, no habría ninguna; puro galanteo; cuando mucho, un modo de medir su poder de atracción... Naturaleza de pretencioso, de cínico, de fútil.

¿Qué le importaba el misterio? Era un tipo fútil. Le creció el asco y el desdén. Llegó a reírse de él; podía enfrentarlo sin remordimientos. Y fue andando por ahí, vengándose del tonto —lo llamaba tonto—, y fijando en el aire los ojos de immaculada. En realidad, no debía perder tiempo en semejante asunto; comenzó a maldecir a Rubión, que había sacado a tal hombre del olvido, por culpa de esa dichosa circular... Después, volvió a los primeros recuerdos, a las palabras de Carlos María. Si todos la encontraban bella, ¿por qué no habría de encontrarla él, que se lo dijo? Tal vez lo tuviese a sus pies, si no se hubiera mostrado tan agradecida, tan obsecuente...

De repente, la criada, que estaba en la otra sala, al oír el rumor de algo que se rompía, corrió a la de visitas, y vio al ama, sola, de pie.

—No es nada —le dijo ésta.

—Me parece que oí...

—Fue ese muñeco que se cayó; junta los pedazos.

—¡El chino! —exclamó la criada.

En efecto, era un mandarín de porcelana, un pobre diablo que estaba muy quieto, encima de un aparador. Sofía se encontró con él entre los dedos, sin saber cómo, ni desde cuándo; al recordar su voluntaria humillación tuvo un impulso —parece que de rabia de sí misma— y arrojó el muñeco al suelo. ¡Pobre mandarín!, no le valió ser de porcelana; ni haber sido un regalo de Palha.

—Pero, mi ama, cómo es que el chino...

—¡Vete!

Sofía recordó todo su proceder delante de Carlos María, las aquiescencias fáciles, los perdones anticipados, los ojos con que lo buscaba, los apretones de manos, tan fuertes... Era eso; se le había echado a los pies. Después, el sentimiento fue cambiando. A pesar de todo, era natural que a él le gustase ella, y la conformación moral de ambos no aparejaría el abandono de uno. Tal vez, la culpa fuese otra. Exploró posibles razones, algún gesto duro y frío, alguna falta de atención para con él; se acordó que, una vez, por miedo de recibirlo sola, mandó a decir que no estaba en casa. Sí, podría ser por eso. Carlos María era orgulloso; el menor desaire lo afligía. Supo que era mentira... Esa era la culpa.

CAPITULO CVI

...O MÁS PRECISAMENTE, capítulo en que el lector, desorientado, no puede combinar las tristezas de Sofía con la anécdota del cochero. Y se pregunta, confuso: "¿Entonces la entrevista de la Calle de la Armonía, Sofía, Carlos María, ese cascabel de rimas sonoras y delincuentes, fue todo calumnia?". Calumnia del lector y de Rubión, no del pobre cochero, que no profirió nombres, ni siquiera llegó a contar una anécdota verdadera. Eso es lo que habrías visto, si leyeras con calma. Sí, desdichado, advierte bien que era inverosímil que un hombre, al ir a una aventura de éstas, hiciese parar el tálburi delante de la casa convenida. Sería ponerle un testigo al crimen. Entre el cielo y la tierra hay muchas más calles de las que sueña tu filosofía, calles transversales, donde el tálburi podía quedar esperando.

Bueno; el cochero no supo componer las rimas. ¿Pero qué interés tenía en inventar la anécdota?

Había conducido a Rubión a una casa donde nuestro amigo se quedó casi dos horas, sin despedirlo; lo vio salir, entrar en el tálburi, bajar en seguida e ir a pie, ordenándole que lo acompañara. Concluyó que era un óptimo cliente; pero, aun así, no se le ocurrió inventar nada. Pasó, sin embargo, una señora con un niño —la de la calle de la Salud—, y Rubión se quedó mirándola con ojos de amor y melancolía. Aquí es donde el cochero lo tuvo por lascivo, además de pródigo, y le cargó sus invenciones. Si habló de la Calle de la Armonía fue por sugestión del barrio de donde venían; y si dijo que había traído a un muchacho de la Calle de los Inválidos, es que naturalmente había transportado a alguno de allá, en la víspera, tal

vez al propio Carlos María, ya sea porque viviera allá, o porque allá tuviese la cochera, o por cualquier otra circunstancia que lo ayudó a inventar, como las reminiscencias del día sirven de materia a los sueños de la noche. No todos los cocheros son imaginativos. Ya es mucho unir jirones de la realidad.

Queda sólo la coincidencia de vivir en la Calle de la Armonía una de las modistas del luto. Aquí, sí, parece una jugarreta del azar. Pero la culpa es de la modista; no le faltaría casa más hacia el centro de la ciudad, si quisiera dejar la aguja y el marido. Mas, por el contrario, los ama sobre todas las cosas de este mundo. No había pues razón para que yo cortara el episodio o interrumpiese el libro.

CAPITULO CVII

DE LAS REFLEXIONES de Sofía, en cambio, no hay nada que explicar. Todos habían tocado un poco la verdad. Era seguro y segurísimo que Carlos María no había correspondido a las primeras esperanzas —ni a las segundas y terceras—, porque las hubo en ocasiones diversas, aunque menos verdes y satisfactorias. En cuanto a la causa de eso, vimos que Sofía, a falta de una, le atribuyó sucesivamente tres. No llegó a pensar en algunos amores que él podría haber tenido y le volvieron insípido cualquier otro. Sería una cuarta causa, y tal vez la verdadera.

CAPITULO CVIII

DURANTE ALGUNOS meses, Rubión dejó de ir al Flamenco. No fue resolución fácil de cumplir. Le costó mucha vacilación, mucho arrepentimiento; más de una vez llegó a salir con el propósito de visitar a Sofía y pedirle perdón. ¿De qué? No sabía; pero quería ser perdonado. En todas las tentativas de

este género, el recuerdo de Carlos María lo hacía retroceder. Desde cierto punto en adelante, fue el propio tiempo transcurrido el que lo impidió; era raro aparecer allá un día como un triste hijo pródigo únicamente para suplicar el calor de los bellos ojos de la dueña de casa. Iba al negocio a visitar a Palha; éste, al cabo de cinco semanas, le reprochó la ausencia; y, pasados dos meses, le preguntó si era un propósito formal.

—He tenido mucho que hacer —respondió Rubión—; estos asuntos políticos ocupan todo el tiempo de una persona. Iré por allá el domingo.

Soffa se aprestó para recibirlo. Buscaría la ocasión de decirle lo que contenía la carta, jurando por todas las cosas santas, para que él viera que la verdad no iba contra ella. Planes perdidos; Rubión no compareció. Llegó otro domingo, llegaron otros domingos... No obstante, Soffa le remitió un día la suscripción para Alagoas; él se anotó con cinco contos.

—Es mucho —le dijo su socio, en el negocio, cuando fue a llevarle el papel.

—No doy menos.

—Pero mira que puedes dar mucho, sin dar tanto. ¿Crees que esta suscripción está hecha entre media docena de personas? Anda en las manos de muchas señoras y de algunos hombres; está en los mostradores de los negocios, en la Plaza del Comercio, etc. Pon menos.

—¿Cómo, si ya está escrito?

—De este cinco se puede hacer muy bien un tres. Tres contos ya es una buena suscripción. Hay mayores, pero son de personas obligadas por el cargo o por los millones; Bonfim, por ejemplo, puso diez contos.

Rubión no pudo contener una risita irónica; movió la cabeza, y no retrocedió de sus cinco contos. Sólo lo enmendaría, escribiendo la cifra uno atrás —quince contos—, más que Bonfim...

—Claro que puedes dar cinco, diez y quince contos —respondió Palha—, pero tu capital necesita ser cuidado, estás abusando mucho. Advierte que ya te rinde menos.

Palha era ahora el depositario de los bienes de Rubión (acciones, pólizas, escrituras), que estaban guardados en la caja fuerte del negocio. Le cobraba los intereses, los dividendos y los alquileres de tres casas, que le había hecho comprar algún tiempo antes, a precio vil, y que le rendían mucho. Guardaba varias monedas de oro, porque Rubión tenía la manía de coleccionarlas, para su contemplación. Conocía más que el dueño la suma total de los bienes, y presenciaba las brechas abiertas en la carabela, sin temporal, en mar de leche. Tres contos bastaban, insistió él; y demostraba su sinceridad por el hecho de ser justamente marido de la fundadora de la comisión. Pero Rubión no desistió de los cinco; aprovechó la ocasión para pedirle diez más; necesitaba diez contos. Palha se rascó la cabeza.

—Disculpa —le dijo al cabo de unos instantes—, pero ¿para qué los quieres? ¿No será que los vas a perder, o a arriesgarlos, al menos?

Rubión se rió de la objeción.

—Si estuviera seguro de perderlos, no vendría a buscarlos. Puede ser arriesgado, pero no es sin arriesgar que se gana. Los necesito para un negocio, tres negocios, quiero decir. Dos son préstamos seguros, y no pasan

de un conto y quinientos. Los ocho contos y quinientos son para una empresa. ¿Por qué mueves la cabeza, si no sabes de qué se trata?

—Por eso mismo. Si me consultaras, si me dijeras de qué empresa y qué personas se trata, en seguida vería si puedes arriesgarte; y mucho temo que no resulte nada, a no ser dinero perdido. ¿Te acuerdas de las acciones de aquella Compañía Unión de los Capitales Honestos? Bien pronto te dije que ese título era enfático, un modo de engañar a la gente y de dar empleo a tipos necesitados. No lo quisiste creer, y caíste. Las acciones están muy bajas, y ya este semestre no hay dividendos.

—Pues justamente vende esas acciones; me contento con lo seguro. O dame entonces de la caja de nuestra casa... Paso dentro de un rato por aquí, si quieres, mándamelo a Botafogo. Quédate con unas pólizas, si te parece mejor...

—No, no hago nada; no te doy los diez contos —lo atajó fogosamente Palha—. Basta de ceder a todo; mi deber es resistir. ¿Préstamos seguros? ¿Qué préstamos son esos? ¿No ves que te llevan el dinero y no te pagan las deudas? Sujetos que llegan al extremo de cenar diariamente con el propio acreedor, como un tal Carneiro que tengo visto allá. De los otros no sé si también te deben; es posible que sí. Veo que ya es demasiado. Te hablo por ser amigo; no dirás algún día que no fuiste avisado a tiempo. ¿De qué vivirás si dilapidas lo que posees? Nuestra casa puede quebrar.

—No quebrará —replicó Rubión.

—Puede quebrar; todo puede derrumbarse. Yo vi caer al banquero Souto, en mil ochocientos sesenta y cuatro.

Rubión rumiaba los consejos del socio, no por ser buenos ni probables, sino porque encontraba en ellos una intención afectuosa, revestida de una forma tosca. Se los agradeció de corazón, pero los rechazó; precisaba los diez contos. Tendría más tino, de ahí en adelante, y le aseguraba que sería presa menos fácil. Por lo demás, poseía de sobra, tenía dinero para dar y vender...

—Para vender solamente —lo corrigió Palha.

Y, después de un instante:

—Bueno, ahora es tarde, mañana te llevo los diez contos. ¿Y por qué no vas a buscarlos a nuestra casa en el Flamengo? ¿Qué mal te hemos hecho? ¿Qué te hicieron ellas?, porque el disgusto parece ser con ellas, puesto que te veo aquí. ¿Qué pasó, para castigarlas así? —concluyó riendo.

Rubión desvió la vista del socio, cuya palabra le parecía afilada de ironía, como de persona que supiera todo y se ríese de él. Cuando tornó a mirarlo, vio el mismo semblante interrogativo, y respondió:

—No me hicieron nada; iré por allá mañana a la noche.

—Ven a cenar.

—Cenar, no puedo, tengo unos amigos en casa; voy de noche—. Intentó reírse.— No las castigues, que no me hicieron nada.

—Alguien lo domina —reflexionó Palha en cuanto él salió— alguien, envidioso de nuestras relaciones... También puede ser que Sofía le haya hecho alguna para apartarlo de casa...

Rubión se asomó nuevamente a la puerta; no había tenido tiempo de llegar a la esquina. Volvía para decir que, como precisaba temprano el dinero, vendría a buscarlo al negocio; de noche entonces iría a visitarlos. Precisaba el dinero antes de las dos de la tarde.

CAPITULO CIX

ESA NOCHE, Rubión soñó con Sofía y María Benedicta. Las vio en un gran patio, apenas vestidas con faldas, las espaldas enteramente desnudas; el marido de Sofía, armado de un látigo de cinco puntas de cuero, rematadas en picos de hierro, las castigaba despiadadamente. Ellas gritaban, pedían misericordia, se retorcían, bañadas en sangre, las carnes se les caían a pedazos. Ahora, por qué razón Sofía era la emperatriz Eugenia, y María Benedicta una aya suya, es lo que no sé decir con exactitud. "¡Son sueños, sueños, Penseroso!" exclamaba un personaje de nuestro Alvares de Azevedo.¹ Pero yo prefiero la reflexión del vicjo Polonio, después de oír un dislocado monólogo de Hamlet: "Aunque desvaría, tiene su método". También aquí hay método, en esta mezcla de Sofía y Eugenia; y aún hay método en lo que siguió, y que parece más extravagante.

Sí, Rubión, indignado, mandó cesar en seguida el castigo, ahorcar a Palha y recoger a las víctimas. Una de ellas, Sofía, aceptó un lugar en el carruaje abierto que lo esperaba a Rubión, y allá se fueron al galope, ella garrida y sana, él glorioso y dominador. Los caballos, dos a la salida, eran poco después ocho, cuatro bellas parejas. Calles y ventanas llenas de gente, flores lloviendo sobre ellos, aclamaciones... Rubión sintió que era el emperador Luis Napoleón; el perro iba en el carruaje a los pies de Sofía...

Todo terminó sin final, sin fracaso. Rubión abrió los ojos; tal vez alguna pulga lo picó o cualquier otra cosa: "¡Sueños, sueños, Penseroso!". Aun ahora prefiero el dicho de Polonio: "¡Aunque desvaría, tiene su método!".

¹ *Alvares de Azevedo*: Poeta importante del Romanticismo brasileño (1831-1852). La frase citada pertenece a *Macário*, obra de inspiración byroniana.

CAPITULO CX

RUBIÓN HIZO los dos préstamos y el negocio. El negocio era una Empresa Mejoradora de Embarques y Desembarques en el puerto de Río de Janeiro. Uno de los préstamos tenía como propósito pagar cierta cuenta atrasada de papel del *Atalaya*, deuda urgente. El diario estaba amenazado de cierre.

—Perfectamente —dijo Camacho, cuando Rubi3n le fue a llevar el dinero a la casa—. Muchas gracias. Fijate como por una miseria de esta clase pod3a enmudecer nuestro peri3dico. Son las espinas naturales de esta carrera. El pueblo no est3 educado; no reconoce, no apoya a los que trabajan por 3l, a los que bajan a la arena todos los d3as en defensa de las libertades constitucionales. Imag3nate que, de pronto, no dispusi3ramos de este dinero, todo estar3a perdido, cada uno se dedicar3a a sus negocios, y los principios se quedar3an sin su leal expositor.

—¡Nunca! —protest3 Rubi3n.

—Tienes raz3n; redoblabemos los esfuerzos. El *Atalaya* ser3 como el Anteo de la f3bula. Cada vez que caiga se levantar3 con m3s vida.

Dicho esto, Camacho mir3 el fajo de billetes. “¿Un conto y doscientos, no?”, pregunt3; y se lo meti3 en el bolsillo del frac. Continu3 diciendo que ahora estaban seguros, el diario ir3 viento en popa. Ten3a en vista ciertas reformas materiales; fue a3n m3s lejos.

—Necesitamos desarrollar el programa, dar un empuj3n a los correligionarios, atacarlos, si fuera preciso...

—¿C3mo?

—¿C3mo?, atacando. Atacar es un modo de decir; corregir. Es evidente que el 3rgano del partido est3 aflojando. Lo llamo 3rgano del partido porque nuestro diario es 3rgano de las ideas del partido; ¿comprendes la diferencia?

—Comprendo.

—Va aflojando —prosigui3 Camacho apretando un cigarro entre los dedos, antes de encenderlo— precisamos acentuar los principios, pero francamente, noblemente, diciendo la verdad. Cr3eme que los jefes necesitan 3irla de sus propios amigos y adherentes. Nunca rechac3 la conciliaci3n de los partidos, luch3 por ella; pero la conciliaci3n no es juego de enga3os. Para parte un ejemplo, en mi provincia la gente de los Pinheiros tienen el apoyo del gobierno 3nicamente para desplazarme; y m3s correligionarios de la Corte, en lugar de combatirla, en vista de que el gobierno les da fuerza, ¿qu3 piensas que hacen? Tamb3n les dan apoyo a los Pinheiros.

—¿Al menos tienen alguna influencia los Pinheiros?

—Ninguna —respondi3 Camacho cerrando violentamente la caja de f3sforos que iba a abrir—. Hasta hay delincuentes entre ellos, y hay otro que incluso fue aprendiz de barbero. Se inscribi3, es cierto, en la Facultad de Recife, creo que en 1855, al morir el padrino que le dej3 alguna cosa, pero es tal el esc3ndalo de la carrera de ese hombre que, no bien recib3 el diploma de abogado entr3 en la asamblea provincial. Es una bestia; es tan abogado como yo Papa.

Se pusieron de acuerdo acerca de las modificaciones políticas del periódico. Camacho le recordó a Rubión que la candidatura de éste había naufragado debido justamente a la oposición de los jefes. De algunos, corrigió en seguida. Rubión coincidió; así se lo había dicho a tiempo el amigo, y el recuerdo avivó el resentimiento del desastre. Podía, debía estar en la cámara. Esos tipos eran los que no quisieron; pero ya iban a ver, pensaba Rubión; tendrían que pagar el mal hecho. Diputado, senador, ministro, lo verían todo eso, con mirada torcida y asombrada. La cabeza de nuestro amigo —tanto se la llenó de chispas el otro— fue ardiendo por cuenta propia, no por odio ni envidia, sino por ambición ingenua, cordial certidumbre, visión anticipada y deslumbrante de las grandezas. A Camacho le pareció bien transigir.

—Nuestra gente es de la misma opinión —dijo—. Creo que no viene mal una pequeña amenaza a los amigos.

Esa misma noche le leyó un artículo en el cual advertía al partido la conveniencia de no ceder a las perfidias del poder, apoyando en algunas provincias a cierta gente corrupta y sin valor. He aquí la conclusión:

“Los partidos deben ser unidos y disciplinados. Hay quien pretende (*mirabile dictu!*) que esa disciplina y unión no pueden llegar al extremo de rechazar los beneficios que caen de las manos de los adversarios. *Risum teneatis!* ¿Quién puede proferir semejante blasfemia sin que le tiemblen las carnes? Pero supongamos que así sea, que la opinión pueda, una que otra vez, cerrar los ojos a los despropósitos del gobierno, a la postergación de las leyes, a los excesos de la autoridad, a la perversidad y a los sofismas. *Quid inde?* Tales casos —por otra parte, raros— sólo podrían ser admitidos cuando favoreciesen a los buenos elementos, no a los malos. Cada partido tiene sus discolos y calumniadores. A nuestros adversarios les interesa vernos aflojar, a cambio del estímulo dado a la parte corrupta del partido. Esa es la verdad; negarlo sería conducirnos a la guerra intestina, es decir, al desgarramiento del alma nacional... Pero, no, las ideas no mueren; son el lábaro de la justicia. Los vendedores serán expulsados del templo; quedarán los creyentes y los puros, los que ponen, por sobre los intereses mezquinos, locales y pasajeros, la victoria indefectible de los principios. Todo lo que no sea esto nos tendrá en contra. *Alea jacta est.*”

CAPITULO CXI

RUBIÓN APLAUDIÓ el artículo; le parecía excelente. Tal vez poco enérgico. *Vendedores*, por ejemplo, estaba bien dicho; pero quedaba mejor *viles vendedores*.

—¿Viles vendedores? Existe sólo un inconveniente —sopesó Camacho—. Es la repetición de las vv. Vil ven... Viles vendedores; ¿no siente que el sonido es desagradable?

—Pero más arriba está *vés vis*...

—*Vae victis*. Pero es una frase latina. Podemos poner otra cosa; viles mercaderes.

—Viles mercaderes es bueno.

—Sin embargo, *mercaderes* no tiene la fuerza de *vendedores*.

—Entonces, ¿por qué no deja viles vendedores? Viles vendedores es fuerte; nadie se fija en el sonido. Mire, a mí nunca me preocupa eso. Me gusta la energía. Viles vendedores.

—Viles vendedores, viles vendedores —repitió Camacho, a media voz—. Ya lo estoy encontrando mejor. Viles vendedores. Acepto —concluyó enmendando. Y releyó—: “Los viles vendedores serán expulsados del templo; quedarán los creyentes y los puros, los que ponen, por sobre los intereses mezquinos, locales y pasajeros, la victoria indefectible de los principios. Todo lo que no sea esto nos tendrá en contra. *Alea jacta est*.”

—¡Muy bien! —dijo Rubión, sintiéndose un tanto autor del artículo.

—¿Le parece bien? —preguntó Camacho sonriendo—. Hay personas que en mi estilo todavía encuentran la frescura de mis tiempos de estudiante. No sé, no digo nada; la disposición, sí, es la misma. Los he de castigar; habremos de castigarlos.

CAPITULO CXII

AQUÍ ES DONDE yo querría haber seguido en este libro el método de tantos otros —viejos todos—, en los que el contenido del capítulo era descrito en el índice: “De cómo sucedió esto así y asá”. Ahí está Bernardino Ribeiro; ahí están otros libros gloriosos. De las lenguas extranjeras, sin querer ascender a Cervantes ni a Rabelais, me bastarían Fielding y Smollet, muchos capítulos de los cuales sólo por el sumario ya están leídos. Tomad el *Tom Jones*, libro IV, capítulo I, leed este título. “*Que contiene cinco hojas de papel*”. Es claro, es simple, no engaña a nadie; son cinco hojas, nada más, quien no quiere leer no lee y quien quiere lee, para estos últimos es para quienes el autor concluye obsequiosamente: “Y ahora, sin más prefacio, vamos al siguiente capítulo”.

CAPITULO CXIII

SI TAL FUESE el método de este libro, he aquí un título que lo explicaría todo: "De cómo Rubión, satisfecho por la corrección hecha en el artículo, tantas frases compuso y rumió que acabó por escribir todos los libros que había leído".

Habría lector al que no le baste sólo esto. Naturalmente, querría todo el análisis de la operación mental de nuestro hombre, sin advertir que, para tanta cosa, no alcanzarían las cinco hojas de papel de Fielding. Hay un abismo entre la primera frase de la que Rubión era coautor y la autoría de todas las obras leídas por él; es cierto que lo que más le costó fue ir de la frase hasta el primer libro; de éste en adelante la carrera se hizo rápida. No importa; aun así el análisis sería largo y fatigoso. Lo mejor de todo es dejar sólo esto; durante algunos minutos, Rubión se sintió autor de muchas obras ajenas.

CAPITULO CXIV

POR EL CONTRARIO, no sé si el capítulo que sigue podría ser descrito en el título.

CAPITULO CXV

RUBIÓN MANTUVO el propósito de no volver a ver a Sofía; al menos, no iba al Flamenco. La vio un día pasar en coche, con una de las damas de la comisión de Alagoas; ella se inclinó risueña, diciéndole adiós con la mano. El retribuyó el cumplido sacándose el sombrero, con cierto alborozo, pero no se quedó parado como le hubiera ocurrido antes; tan sólo lanzó una mirada al coche que se alejaba. También él se fue pensando en el episodio de la carta, sin comprender aquel gesto de la mano, sin odio ni vergüenza, como

si nada hubiera entre ellos. Podía ser que los trabajos de la comisión y la compañera que llevaba explicasen la benevolencia graciosa de Sofía; pero Rubión no pensó en esta hipótesis.

—¿Tendrá tan poca vergüenza? —se preguntaba—. ¿No se acuerda de la carta que encontré, enviada por ella a ese petimetre de la Calle de los Inválidos? Es mucho; es demasiado. Parece un desafío, una manera de decir que no le importa, que escribirá todas las cartas que quiera. Que las escriba, pero que gaste algún dinero en mandarlas por correo; es barato...

Encontró una cierta malicia en sí mismo, y se rió. Esto, y un hombre que pasó haciéndole una reverencia, le borraron la amargura, y se olvidó del asunto para atender otro que lo llevaba al Banco de Brasil.

Al entrar en el Banco se encontró con su socio, que salía.

—Creo que vi recién a doña Sofía —le dijo Rubión.

—¿Dónde?

—En la calle de los Ourives; iba en coche, con otra señora que no conozco. ¿Cómo estás?

—La ví, y no se acordó de nada —observó Palha, sin responder a la pregunta—. No se acordó que ella cumple años, el miércoles, pasado mañana. No te pido que vengas a cenar, no me atrevo a tanto, sería invitarte a aburrirte; pero una taza de té se bebe rápido. ¿Me haces ese favor?

Rubión no respondió en seguida.

—Iré a cenar —dijo finalmente—. ¿Miércoles? Cuenta conmigo. Me había olvidado, lo confieso; es que ando con tantas cosas en la cabeza... Espérame de aquí en media hora, en el negocio.

Antes de media hora estaba allí, pidiéndole dos contos. Palha ya no se resistía al desmoronamiento del capital; y si una que otra vez decía alguna palabrita floja, ahora le entregó el dinero con indiferencia. Rubión no volvió a casa sin comprar un magnífico brillante, que, el miércoles, envió a Sofía, acompañado por una tarjeta de visita y dos palabras de felicitación.

Sofía estaba sola, en el cuarto de vestir, calzándose los zapatos, cuando la criada le entregó el paquete. Era el tercer regalo del día; la criada esperó que lo abriese para ver también lo que era. Sofía quedó deslumbrada cuando abrió la caja y dio con la rica joya, una hermosa piedra, en el centro de un collar. Esperaba alguna cosa linda; pero, después de los últimos sucesos, mal podía creer que él fuese tan generoso. Le saltaba el corazón.

—¿El mensajero está ahí?

—Ya se fue. ¡Qué bonito, mi ama!

Sofía cerró la caja, y terminó de calzarse. Se detuvo un momento, sentada, sola, recordando cosas pasadas, y se levantó pensando:

—Ese hombre me adora.

Trató de vestirse; pero al pasar ante el espejo se detuvo unos instantes. Se complacía en la contemplación de sí misma, de sus ricas formas, de los brazos desnudos de arriba a abajo, de los propios ojos contempladores. Cumplía veintinueve años, le parecía que era la misma de los veinticinco, y no se engañaba. Ceñido y ajustado el corsé, delante del espejo, acomodó los senos con amor, y dejó desbordar el pecho magnífico. Se acordó entonces de ver cómo le quedaba el brillante; sacó el collar y se lo puso. Perfecto. Se volvió

de izquierda a derecha y viceversa; se acercó, hizo un mohín, aumentó la luz del camarín; perfecto. Cerró el estuche con la joya y la guardó.

—Ese hombre me adora —repitió.

—Probablemente él estará allá —pensó Rubión mientras iba a cenar al Flamenco—; dudo que le haya dado algo mejor que yo.

Allá estaba Carlos María, efectivamente, conversando, entre una de las damas de la comisión de Alagoas y María Benedicta. Pocos eran los invitados; se tuvo el propósito de elegir y limitar. No estaba allí el mayor Siqueira ni la hija, ni las señoras y los hombres que Rubión conoció en aquella otra cena de Santa Teresa. De la comisión de Alagoas se veían algunas damas; también estaba el director del banco —el de la visita al ministro— con la señora y las hijas, otro personaje bancario, un comerciante inglés, un diputado, un camarista, un consejero, algunos capitalistas, y pocos más.

Si bien estaba evidentemente en la gloria, Sofía olvidó por un instante a los demás cuando vio a Rubión entrar en la sala y dirigirse a ella. O cambio, o falta de costumbre, le encontró otro aire, paso firme, cabeza erguida, lo opuesto, en suma, del antiguo gesto encogido y diminuto. Sofía le apretó la mano con fuerza y susurró su agradecimiento. En la mesa, lo hizo sentar a su lado, teniendo del otro lado a la presidenta de la comisión. Rubión miraba todo con aire superior. La calidad de los invitados no le produjo impresión, ni el aire ceremonioso ni el lujo de la mesa; nada de eso lo deslumbró. Incluso la atención especial de Sofía, aunque le resultase agradable, no lo mareaba como otrora. Y de parte de ella la atención era más firme y los ojos excepcionalmente tiernos y serviciales. Rubión buscó a Carlos María; allá estaba entre las jóvenes de la sala, María Benedicta y la presidenta de la comisión. Verificó que sólo se ocupaba de ellas, no la miraba a Sofía, ni ésta a él.

—Tal vez disimulen —pensó.

Le pareció, al levantarse de la mesa, que cambiaban una mirada, pero el movimiento general de la reunión podía engañarlo y Rubión no pudo enriquecer sus observaciones. Sofía se había apresurado a tomarlo del brazo. Por el camino, ella le dijo:

—Lo he esperado desde aquel día, y nunca más vino por aquí. Era mi derecho exigirselo para explicarme. Luego hablaremos.

Rubión fue poco después al salón de fumar. Oyó en silencio, con ojos distraídos. Cuando los otros salieron Rubión se quedó solo, medio reclinado en un sofá de cuero, sin pensar. La imaginación es la que hacía lo suyo, un tanto perezosa ahora, quizá porque había comido mucho. Iban entrando los invitados de la noche; se llenaba la casa, crecía el ruido de la conversación, sin que nuestro amigo bajara de sus bellos sueños. El sonido mismo del piano, que hizo callar todos los rumores, no lo trajo a tierra. Pero un susurrar de sedas, entrando en el salón, lo hizo erguirse de golpe, despertado.

—Ahí está —dijo Sofía— se refugia aquí para huir del aburrimiento; ni siquiera desea oír buena música. Pensé que se había marchado. Vine a estar con usted.

Y sin más demora, porque no podía perder un minuto, le contó lo que ya sabemos de la carta encontrada en el jardín de Botafogo; le recordó que,

antes de abrirla, le había pedido que él mismo la abriera y la leyese. ¿Qué mejor prueba de inocencia? Las palabras le salían rápidas, serias, dignas y conmovidas. Hubo momento en que los ojos se le pusieron húmedos; se los enjugó y quedaron enrojecidos. Rubión le tomó la mano y vio todavía una lágrima, una pequeña lágrima, deslizarse hasta el borde de la boca. Juró entonces que sí, que creía todo. ¿Cómo se le ocurría llorar? Sofía se enjugó otra vez los ojos, y le tendió la mano agradecida.

—Hasta luego —dijo.

El piano continuaba; Rubión le hizo notar que mientras siguieran tocando nadie vendría a perturbarlos.

—Pero es que no puedo estar ausente tanto tiempo —replicó Sofía—. Además, tengo órdenes que dar. Hasta luego.

—Mire, escuche —insistió Rubión.

Sofía se detuvo.

—Escuche; déjeme decirle, y no sé si por última vez...

—¿Por última vez?

—¿Quién lo sabe? Puede ser la última. Poco me importa que ese hombre viva o no, pero puedo encontrarlo aquí alguna vez y no me siento dispuesto a pelear.

—Lo encontrará todos los días. ¿Cristiano todavía no le dijo qué pasa? Se va a casar con María Benedicta.

Rubión dio un paso atrás.

—Se casan —continuó ella—. La cosa fue una sorpresa porque surgió cuando menos contábamos con ella; o disimularon bien, o fue amor a primera vista. Se casan. María Benedicta me contó una historia que me fue confirmada por otra persona; pero al final la historia es siempre la misma. Se gustan uno al otro, y adiós. Se casan pronto. Cuando él habló con Cristiano, Cristiano le contestó que dependía de mí... ¡Como si yo fuese la madre! En seguida consentí y deseo que sean felices. El parece buen muchacho; ella es una excelente criatura; tienen que ser felices, forzosamente. Y buen negocio, ¿sabe? El posee todos los bienes del padre y de la madre. María Benedicta no tiene nada, en dinero; pero tiene la educación que le di. Recordará usted que, cuando vino a vivir conmigo, era un bichito salvaje; no sabía casi nada; fui yo la que la eduqué. Mi tía merecía todo y ella también. Pues, es verdad, se casan dentro de muy poco. ¿No los vio hoy siempre juntos? Todavía no hay participación oficial; pero los íntimos de la familia ya lo pueden saber.

Para tener tanto apuro fue un discurso demasiado largo. Sofía lo advirtió un poco tarde; le repitió a Rubión hasta luego y le insistió que fuera a la sala. El piano había concluido; se oía un murmullo discreto de aplauso y conversación.

CAPITULO CXVI

¿IBAN A CASARSE? ¿Pero cómo es entonces que...? María Benedicta. Era María Benedicta la que se casaba con Carlos María; pero entonces Carlos María... Ahora comprendía; era todo engaño, confusión; lo que parecía ser con una persona era con la otra, y es así como la gente puede llegar a la calumnia y al crimen.

Así reflexionaba Rubión, yendo para el comedor, donde los criados preparaban la mesa. Y continuó, cruzando la sala: "¡Miren eso! Y Palha justamente quería casarme con la prima, sin saber que el destino le preparaba otro novio. No es feo el muchacho; es mucho más lindo que ella. Al lado de Sofía, María Benedicta vale poco o nada; pero la simpatía es así nomás... Se casan, y pronto... ¿Será de campanillas el casamiento? Debe ser; Palha vive ahora un poco mejor...", y Rubión lanzaba miradas a los muebles, porcelanas, cristales, cortinados. Será de campanillas. Y además el novio es rico... Rubión pensó en el carruaje y en los caballos que llevaría; había visto un conjunto soberbio, en Ingenio Viejo,* días antes, que estaba todavía sin pintar. Iba a encargar otro igual, fuese cuál fuese el precio; también tenía que hacerle un regalo a la novia. Al pensar en ella la vio entrar en la sala.

—¿Dónde está mi prima Sofía? —le preguntó a Rubión.

—No sé; estuvo aquí hace un momento.

Y, como la viese dispuesta a irse, le pidió una palabra, y que no se molestara. María Benedicta esperó; él, sin vacilación, la felicitó. Sabía que iba a casarse... María Benedicta se puso muy colorada y murmuró que no divulgase nada. No había ningún criado; Rubión le tomó la mano y la apretó entre las suyas.

—Yo soy de la casa —dijo— usted merece ser feliz y espero que lo sea.

Un tanto asustada, María Benedicta sacó la mano liberándola; pero para no disgustarlo sonrió. No hacía falta tanto; él estaba encantado. Sabemos que la muchacha no era bonita. Pues estaba linda, a fuerza de felicidad. La naturaleza parecía haber puesto en ella sus más finas ideas. Sonriendo igualmente, Rubión continuó:

—Fue su prima quien me lo dijo; me recomendó secreto. No diré nada antes de tiempo. ¿Pero qué tiene que se lo diga a usted? Usted es buena y merece todo. No hace falta bajar los ojos; casarse no es vergüenza. Vamos, vamos; levante la cabeza y ría.

María Benedicta posó en él los ojos radiantes.

—¡Eso! —aplaudió Rubión—. ¿Qué mal hay en confesarse a un amigo? Déjeme que le diga la verdad; creo que será feliz, pero admito que él será aún más feliz. ¿No? Verá si no es verdad; él mismo le dirá lo que siente y, si es sincero, usted reconocerá que tan sólo estoy profetizando. Bien sé que no hay balanza para medir los sentimientos; en fin, lo que quiero de-

* Barrio de Río de Janeiro.

cirle es que es usted una linda y buena persona... Vaya, váyase; si no seguiré diciendo verdades y usted se está poniendo muy colorada...

Ciertamente, María Benedicta se ponía roja de placer, oyendo el lenguaje de Rubión. En casa había encontrado aquiescencia, nada más. El propio Carlos María no era así de tierno; la quería con circunspección. Le hablaba de la felicidad conyugal como de un impuesto que iba a recibir del destino, pago debido, integral y seguro. Tampoco era necesario que la tratara de otra manera para que ella lo adorase sobre todas las cosas de este mundo. Rubión repitió la despedida y se quedó mirándola, como a una hija. La vio irse, atravesar la sala, viva y satisfecha, tan diferente de la que había conocido en otros tiempos, desaparecer por una de las puertas. No pudo contener estas palabras:

— ¡Linda y buena criatura!

CAPITULO CXVII

LA HISTORIA del casamiento de María Benedicta es corta: y, aunque Sofía la encuentre vulgar, vale la pena contarla. Quede admitido desde ya que, si no fuera por la epidemia de Alagoas, tal vez no hubiera habido casamiento; de donde se concluye que las catástrofes son útiles y hasta necesarias. Sobran ejemplos; pero basta un cuentito que oí de chico, y que aquí les ofrezco en dos líneas. Erase una vez un rancho que ardía en el camino; la dueña —un triste harapo de mujer— lloraba su ruina a pocos pasos, sentada en el suelo. Hasta que al pasar por ahí un borracho vio el incendio, vio a la mujer y le preguntó si la casa era de ella.

—Es mía, si señor; es todo lo que poseía en el mundo.

—¿Me permite entonces que encienda allí mi cigarro?

El sacerdote que me contó eso seguramente corrigió el texto original; no hace falta estar borracho para encender un cigarro en las miserias ajenas. ¡Buen padre Chagas! Se llamaba Chagas. Padre más que bueno, que me inculcaste así durante años esta idea consoladora de que nadie, en su sano juicio, se aprovecha del mal ajeno; sin contar el respeto que aquel borracho sentía por el principio de la propiedad, al punto de no encender el cigarro sin pedir permiso a la dueña de las ruinas. Todas ideas consoladoras. ¡Buen padre Chagas!

CAPITULO CXVIII

¡ADIÓS PADRE Chagas! Voy ahora a la historia del casamiento. Que María Benedicta gustaba de Carlos María es cosa vista o presentida desde aquel baile de la calle de los Arcos, en el cual él y Sofía bailaron tanto. La vimos a la mañana siguiente, lista para volver al campo; la prima la calmó con la promesa de que le estaba consiguiendo un novio. María Benedicta pensó que era el bailarín de la víspera, y se quedó esperando. No le confesó nada, al principio por vergüenza, y después para no hacerle perder el sabor de la novedad, cuando Sofía descubriera el nombre de la persona amada. Si lo confesaba en seguida podía suceder también que la otra aflojara en la tarea, y así se perdería la causa. No hagamos caso de esto; son pequeños cálculos de muchacha.

Sobrevino la epidemia de Alagoas. Sofía organizó la comisión, que trajo nuevas relaciones a la familia Palha. Incluida entre las señoras que formaban una de las subcomisiones, María Benedicta trabajó con todas, pero se granjeó en especial la estima de una de ellas, doña Fernanda, esposa de un diputado. Doña Fernanda tenía poco más de treinta años, era jovial, expansiva, rozagante y robusta; había nacido en Porto Alegre, se había casado con un abogado de Alagoas, ahora diputado por otra provincia, y, según se decía, a punto de ser ministro de Estado. El origen del marido fue el pretexto para incluirla en la comisión; y bien acertado fue, porque ella pedía como quien manda, no tenía timidez ni admitía negativas. Carlos María, que era su primo, fue a visitarla en cuanto ella llegó a Río de Janeiro. La encontró más hermosa aún que en 1865, último año en que la había visto, y tal vez fuese verdad; concluyó que el aire del sur estaba hecho para fortificar a las personas, duplicarles los encantos, y prometió ir allá a terminar sus días.

—Vamos para allá, que le amañaré casamiento —dijo ella—. Conozco a una chica de Pelotas que es un *bijou* y sólo se casará con un muchacho de la Corte.

—¿Conmigo, naturalmente?

—De la Corte y de ojos grandes. Mira que no estoy bromcando. Es una gaúcha * de primer orden. Tengo aquí su retrato.

Doña Fernanda abrió el álbum y mostró el retrato.

—No es fea —aceptó él.

—¿Sólo eso?

—Sí, es bonita.

—¿Dónde tienes puestos los ojos, primo?

Carlos María sonrió sin responder; no le gustó la expresión. Quiso pasar a otro asunto, pero doña Fernanda volvió al casamiento de la amiga de Pelotas. Miraba el retrato, lo alababa, contando cómo eran los ojos, los cabellos, la tez; y después armó una pequeña biografía de Sonora. Tenía ese bo-

* Nombre que se les da a los nacidos en el estado de Río Grande del Sur.

nito nombre. El cura que la había bautizado vaciló en dárselo, a pesar del respeto e influencia del padre de la niña, rico estanciero; pero, al final cedió, considerando que las virtudes de la persona podían llevar ese nombre a la lista de los santos.

—¿Crees que ella engrosará la lista de los santos? —preguntó Carlos María.

—Sí se casa contigo, creo que sí.

—Eso no me aclara nada; casándose con el diablo le sucedería la misma cosa, y con más seguridad, por causa de ese martirio. Santa Sonora, no es feo nombre, responde bien al sentido. Santa Sonora... En todo caso, prima...

—Tienes raza de judío, cállate —le interrumpió—. ¿Rechazas entonces a mi gauchita? —continuó mientras iba a poner el álbum en su lugar.

—No la rechazo; déjame seguir con mi celibato, que es medio camino hacia el cielo.

Doña Fernanda soltó una carcajada.

—¡Dios de misericordia! ¿Realmente crees que vas al cielo?

—Ya estoy allí hace veinte minutos. ¿Pues qué otra cosa es esta sala tranquila, fresca, tan lejos de la gente que anda por ahí afuera? Aquí conversamos los dos, sin oír blasfemias, sin soportar espíritus lisiados, tísicos, escrofulosos, insoportables, el propio infierno, en suma. Aquí es el cielo, no un pedazo de cielo; ya que nosotros entramos en él, vale por el infinito. Conversamos de Santa Sonora, de San Carlos María y de Santa Fernanda que, para contrastar con San Gonzalo, se convirtió en casamentera de muchachas. ¿Dónde existe otro cielo como éste?

—En Pelotas.

—¡Pelotas queda tan lejos! —suspiró él estirando las piernas y posando los ojos en la araña de la sala.

—Está bien, es sólo la primera embestida; daré otras, hasta que termines por ceder.

Carlos María sonrió y miró las borlas caídas del cordón de seda que ella llevaba a la cintura atado por un lazo flojo; o para ver las borlas, o para notar la gentileza del cuerpo. Vio bien, una vez más, que la prima era una hermosa criatura. La estética le robaba los ojos, el respeto los desvió; pero no fue sólo la amistad la que lo hizo demorarse todavía allí, y lo llevó nuevamente a aquella casa. Carlos María amaba la conversación de las mujeres, tanto como, en general, aborrecía la de los hombres. Encontraba declamatorios a los hombres, groseros, fatigantes, pesados, frívolos, ordinarios, triviales. Las mujeres, al contrario, no eran groseras, ni declamatorias, ni pesadas. La vanidad les sentaba bien y algunos defectos no les quedaban mal; tenían, por otra parte, la gracia y la ternura del sexo. De las más insignificantes, pensaba, siempre hay algo que extraer. Cuando las hallaba insípidas o estúpidas, en el fondo pensaba que eran hombres mal terminados.

Entretanto, las relaciones de doña Fernanda y María Benedicta se iban estrechando. Esta, además de ser tímida, andaba triste por aquel entonces; fue justamente la disparidad de carácter y de situación lo que ligó una a la otra. Doña Fernanda poseía, en gran escala, la cualidad de la simpatía; amaba

a los débiles y a los tristes, por la necesidad de volverles alegres y valientes. De ella se contaban muchos actos de piedad y dedicación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó un día a la amiguíta—. Casi nunca ríes, andas siempre con los ojos bajos, pensando...

María Benedicta respondió que no le pasaba nada, que era su manera de ser; y al decir esto sonreía, por simple condescendencia. Aludió a la pérdida de su madre, como una de las causas de su melancolía. Doña Fernanda comenzó a llevarla a todas partes, a arrastrarla a cenar, a invitarla en su palco si iba al teatro; y gracias a eso y a su genio juguetón, sacudió del alma de la muchacha los cuervos aburridos que la sobrevoaban. Costumbres y afectos las volvieron rápidamente íntimas. No obstante, María Benedicta continuó callando su misterio.

—Sea cuál sea el misterio —pensó un día doña Fernanda—, creo que lo mejor es casarla con Carlos María; Sonora que espere.

—Tienes que casarte, María Benedicta —le dijo unos días después, por la mañana, en la chacra en Mata-caballos; María Benedicta había ido al teatro con ella, y había pasado la noche allí—. No quiero temblores; necesitas casarte y te casarás... Desde anteayer que estoy por decirte esto, pero estas cosas conversadas en la sala o en la calle no tienen fuerza. Aquí en la chacra es diferente. Y si tienes ánimo para trepar conmigo un pedazo del cerro, entonces sí que estaremos bien. ¿Vamos?

—Está haciendo calor...

—Es más poético, niña. ¡Ah, carioca sin sangre! Ustedes sólo tienen agua en las venas. Quedémonos entonces aquí en este banco. Siéntate; así, yo me quedo aquí al lado, dispuesta a todo. Cásate o muere. No me repliques. No eres feliz —continuó cambiando el tono— por más que haga veo que no tienes ganas de vivir. Ven aquí, dime con franqueza, ¿sientes inclinación por alguien? Si es así confíésalo, que mandaré buscar a la persona.

—No la siento.

—¿No? Pues es eso justamente lo que nos sirve. No hace falta ponerle carteles al corazón; conozco a un buen inquilino...

María Benedicta se volvió del todo hacia ella, con los labios entreabiertos y los ojos muy grandes. Parecía temer la propuesta o ansiarla. Doña Fernanda, sin comprender el verdadero estado de la amiga, le tomó la mano y le pidió que le contara todo. Forzosamente tenía que amar a alguien, es claro, se le veía en los ojos, era necesario confesarlo, instaba, rogaba, intimaría, si fuera preciso. La mano de María Benedicta se había enfriado, los ojos se clavaron en el suelo y, por algunos instantes, ninguna de ellas dijo nada.

—Vamos, habla —repitió doña Fernanda.

—No tengo qué decir.

Doña Fernanda hacía gestos de incredulidad; la cercaba cada vez más, le pasó la mano por la cintura y la aproximó a sí; le dijo en voz baja, al oído, que era como si fuese su propia madre. Y la besaba en la mejilla, en la oreja, en la nuca, le apoyaba la cabeza en el hombro, la acariciaba con la otra mano. Todo, todo, quería saberlo todo. Si el enamorado estaba en la luna, mandaría a buscarlo a la luna, fuese donde fuese, excepto en el cementerio, pero, si estuviera en el cementerio le conseguiría otro mucho mejor que la

haría olvidar al primero en pocos días. María Benedicta oía agitada, palpitante, sin saber por dónde escapar, a punto de hablar y callando a tiempo, como si defendiera su pudor. No negaba, no confesaba, pero, como tampoco sonreía y temblaba de emoción, era fácil adivinar media verdad, al menos algo a medias.

—Pero entonces, ¿no soy tu amiga, no tienes confianza en mí? Haz de cuenta que soy tu madre.

María Benedicta resistió poco más; había gastado las fuerzas y sentía la necesidad de revelar algo. Doña Fernanda la escuchó conmovida. El sol ya venía lamiendo las cercanías del banco, no tardó en trepárseles a los zapatos, a la orla de los vestidos y a las rodillas; pero ninguna se dio cuenta. El amor las absorbía, la confesión de una tenía para la otra un raro encanto. Era una pasión no conocida, no compartida, no adivinada; pasión que iba perdiendo su índole y su especie para convertirse en adoración pura. Al principio, cuando ella veía a la persona amada, pasaba por dos estados muy diferentes, uno que no podía definir, alborozo, tontera, golpes en el corazón, casi un desmayo; el segundo era de contemplación. Ahora era casi solamente éste. Había llorado mucho, a solas, había perdido noches y noches de nostalgias; pagó caro la ambición de sus esperanzas. Pero no perdería nunca la certidumbre de que él era superior a todos los demás hombres, un ente divino que, aun no haciendo caso de ella, merecería siempre ser adorado.

—Bueno —dijo doña Fernanda, cuando la amiga se calló del todo—. Vamos a lo esencial, que es no andar sufriendo porque sí. No, queridita, esto de adorar a un hombre que no le hace caso a una, es poesía. Déjate de poesías. Mira que sólo tú eres la que pierde en el negocio, porque él se casa con otra, los años pasan, la pasión monta en la grupa de ellos y un buen día, cuando menos lo piensas, despiertas sin amor ni marido. ¿Y quién es ese bárbaro?

—Eso no lo digo —respondió María Benedicta, levantándose del banco.

—Pues no lo digas —replicó doña Fernanda, tomándola de las muñecas y haciéndola sentar en sus rodillas—. La cuestión primordial es casarse; si no puede ser con ése será con otro.

—No, no me caso.

—¿Sólo con él?

—Ni siquiera sé si con él —respondió María Benedicta, después de unos instantes—. Me gusta, como me gusta Dios, que está en el cielo.

—¡Virgen Santísima! ¡Qué blasfemia! Dos blasfemias, criatura; la primera es que no se debe amar a nadie como a Dios, la segunda es que un marido, aun siendo malo, siempre es mejor que el mejor de los sueños.

CAPITULO CXIX

“UN MARIDO, aun siendo malo, siempre es mejor que el mejor de los sueños.” La máxima no era idealista; María Benedicta protestó contra ella. ¿No era pues mejor soñar que llorar? Los sueños terminan o cambian, mientras que los malos maridos pueden vivir mucho. “Usted dice eso —concluyó María Benedicta— porque Dios le destinó un ángel... Mira, ahí viene.”

—No te preocupes que tú también tendrás tu ángel; conozco uno magnífico para ti; todos los ángeles me buscan.

Teófilo, marido de doña Fernanda, que las había visto a la distancia, fue al encuentro de ellas; traía en la mano un diario arrugado. No saludó a la huésped; fue derecho a su mujer.

—¿Quieres saber lo que me han hecho, Naná? —le dijo con los dientes apretados—. Hoy salió mi discurso del día cinco. Mira esta frase; yo había dicho: *En la duda abstente, es el consejo del sabio*. Y pusieron: *En la deuda abstente...* ¡Es insoportable! Fíjate que se trataba justamente de un crédito del ministerio de Marina, alegándose en el debate que se hacían muchos gastos. De modo que puede parecer una grosería de mi parte; es como si recomendara el engaño. En todo caso es un disparate.

—¿Pero no leíste las pruebas?

—Las leí, pero el autor es el menos indicado para leerlas bien. *En la deuda abstente* —continuó, con los ojos fijos en el diario. Y bufando—: Esto sólo con...

Estaba consternado. Era hombre de talento, de gravedad y de trabajo; pero, en ese instante, todas las grandes obras, los más arduos problemas, las batallas más decisivas, las revoluciones más profundas, el sol y la luna y todas las constelaciones y todas las alimañas y todas las generaciones humanas, valían menos que el agregado de una *e*. María Benedicta lo miraba sin entender. Ella creía padecer la tristeza más grande, pero allí estaba otra tan grande como la suya, y mucho más aflictiva. Así, la destructora melancolía de una pobre criatura era tanto como un error tipográfico. Teófilo, que sólo entonces advirtió su presencia, le tendió la mano; estaba fría. Nadie finge las manos frías; debía padecer de veras. Instantes después, tiró el diario al suelo con un gesto violento y se marchó.

—Pero, Teófilo, se corrige mañana —le dijo doña Fernanda levantándose.

Teófilo, sin volver atrás, se encogió de hombros, desesperado. La mujer corrió hasta él; la amiga la siguió asombrada. Quedó solamente el banco, ahora ya libre de ellas, recibiendo de lleno los rayos del sol, que no ama ni hace discursos. Doña Fernanda llevó al marido hacia una salita y, a fuerza de besos, lo consoló de aquel golpe. Al almuerzo él ya sonreía, aunque con una sonrisa pálida; la mujer, para desviarle de la preocupación, trajo a colación el plan de casar a María Benedicta, y había de ser con un diputado, si existiera en la cámara alguno soltero, cualquiera que fuese la opinión. Podía ser

oficialista, opositor, ambas cosas, o nada, mientras fuese marido. Sobre este tema hizo algunas reflexiones, vivas, ligeras, que ocuparon el tiempo y se destinaban a matar el recuerdo del agregado de letras. ¡Pía criatura! Teófilo, oyendo a la mujer se iba poniendo alegre y concordaba en la conveniencia de casar a María Benedicta.

—Lo peor —dijo la mujer mirando a su marido— es que ella ama a alguien cuyo nombre no quiere decir.

—Ni hace falta —la atajó el marido limpiándose los labios—; bien se ve que le gusta tu primo.

CAPITULO CXX

AL DOMINGO siguiente, doña Fernanda fue a la iglesia de San Antonio de los Pobres. Terminada la misa, vio surgir del movimiento de fieles que se saludaban entre sí o hacían una reverencia al altar, nada menos que al primo, erecto, risueño, severamente vestido, tendiéndole la mano.

—¿Viniste también a misa? —preguntó admirada.

—Vine.

—¿Siempre vienes?

—No siempre, muchas veces.

—Francamente, no esperaba tanta devoción de ti. Los hombres son, en general, unos impíos. Teófilo no pisa la iglesia, a no ser para bautizar a los hijos. ¿Así que eres religioso?

—No puedo responder con certeza; pero siento horror por la banalidad que es hablar mal de la religión. Y basta: vine a misa, no vine a confesarme; ahora te conduciré a casa y si me ofreces almuerzo almorzaré con ustedes. Salvo que quieran venir a almorzar conmigo; es en esta calle, como sabes.

—Iría yo sola, si pudiera, para darte una noticia muy larga.

—Vamos entonces despacio —dijo Carlos María ante la puerta de la iglesia, ofreciéndole el brazo. Y dos pasos más adelante—: ¿Noticia importante?

—Importante y deliciosa.

—Quieren ver que Dios, siempre misericordioso, va a llevarse a su seno a nuestro querido Teófilo, dejando aquí en el desamparo a la más gentil de todas las viudas... No necesitas poner esa cara, prima; deja quieto el brazo. Vamos a la noticia. Llegó la muchacha de Pelotas, ¿no es así?

—No te diré qué es si no juras oírme seriamente.

—Seriamente.

Doña Fernanda le confesó que vacilaba en casarlo con la patricia de Pelotas; no quería remordimientos; había descubierto aquí a alguien que sentía por el primo inmenso amor. Carlos María sonrió, inició una broma, pero la noticia le espoleó el espíritu. ¿Inmenso amor? Inmenso amor, pasión violenta, le confirmó la prima, agregando que tal vez la definición ya no correspondiera bien al actual sentimiento de la persona. Era una adoración quieta y callada. Había llorado por él noches y más noches, mientras le duraron las esperanzas... Y doña Fernanda fue así repitiendo la confidencia de María Benedicta. Sólo faltaba el nombre; Carlos María quiso saberlo, ella se lo negó. No podía revelarlo. ¿Para qué darle el gusto de saber quién era la que lo adoraba, si no correría al encuentro de esa alma? Mejor era dejarla en el misterio. Ya no lloraba ahora; modesta y sin ambiciones, había perdido las esperanzas de ser amada y con el tiempo volvióse tan sólo una devota, pero una devota sin par, que ni siquiera esperaba ser escuchada o agraciada un día con una mirada benévola de su querido dios...

—Prima, tú...

—¿Yo qué?

Carlos María concluyó diciendo que la abogada era digna de la causa. Realmente, si esa muchacha lo adoraba a punto tal, era justo y natural que la prima se interesase por ella con tanto ardor. ¿Pero por qué no decir el nombre?

—Ahora no te lo digo; puede ser que algún día... Pero, comprenderás que me costaría mucho casarte con mi provinciana sabiendo que otra persona te ama tanto. Y entonces bien puede ser que ésta de aquí no sufra mucho, si te ve casado. Sí, señor, parece absurdo pero es preciso conocerla; te digo que, una vez que seas feliz, ella es capaz de bendecir a la bella rival.

—Eso ya no es romanticismo, es misticismo —replicó Carlos María después de algunos pasos, con los ojos en el suelo—. No está a tono con nuestro tiempo. ¿Tienes alguna prueba de semejante estado de alma?

—Tengo... ¿Aquella es tu casa, no? —preguntó doña Fernanda deteniéndose.

—Sí.

—Bonito edificio, y sólido.

—Muy sólido.

—Una, dos, tres, cuatro... Siete ventanas. ¿El salón va de punta a punta? Excelente para un baile.

Y caminando:

—Yo, si tuviera aquí una casa mayor que la mía, daría un gran baile antes de volver para Río Grande. Me gustan las fiestas. Mis dos hijos no me dan gran trabajo. A propósito, ando con ganas de poner a Lopo en el colegio; ¿dónde encontraré un buen colegio?

Carlos María pensaba en la devota desconocida. Estaba lejos, muy lejos de la enseñanza y sus establecimientos. Qué bueno era sentirse un dios adorado, y adorado a la manera evangélica, la devota metida en el cuarto, cerrada la puerta, en secreto, no en las sinagogas, a la vista de todos. "Y tu Padre que ve lo que pasa en secreto te recompensará." ¡Oh!, él la recompensaría, si supiese quién era. ¿Sería casada? No, no podía ser, no iría a confesarlo

a nadie; viuda o soltera, más bien soltera. Le olía a soltera. ¿En qué aposento se encerraba para rezar, para evocarlo, llorarlo y bendecirlo? Ya no insistía con el nombre; pero el sitio al menos.

—¿Dónde encontraré un buen colegio? —repitió doña Fernanda.

—¿Colegio? No sé; estoy pensando en la desconocida. Comprenderás que una persona que me adora, en silencio, sin esperanza, es objeto de alguna atención. ¿Alta o baja?

—María Benedicta.

Carlos María se detuvo.

—¿Aquella muchacha...? No es posible. Le he hablado muchas veces y nunca descubrí nada. La encontré siempre fría. Ha de ser un engaño: ¿Le escuchaste mi nombre?

—No, por más que se lo pedí. Confesó el milagro sin nombrar al santo, pero ¡qué milagro! Puedes jactarte de ser adorado como nadie... ¿De quién es esa casa?

—Tú acostumbras a exagerar las cosas, prima; puede no ser tanto. ¿Adorado como nadie? ¿Y de qué manera supiste que era yo?

—Teófilo fue el primero que lo descubrió; ella, cuando se lo dijeron, se puso como un pimientito. Después, conmigo, lo negó; y desde ese día no volvió más a casa.

Tal fue el comienzo de los amores. Carlos María se alegró de verse así amado en silencio, y toda la prevención se convirtió en simpatía. Empezó a verla, saboreó la confusión de la muchacha, los miedos, la alegría, la modestia, las actitudes casi implorantes, un compuesto de actos y sentimientos que eran la apoteosis del hombre amado. Tal fue el comienzo, tal el desenlace. Así los vimos, en aquella noche del cumpleaños de doña Sofía, a quien él le había dicho antes cosas tan dulces. Así son los hombres; similares a las aguas que pasan y los vientos que rugen.

CAPITULO CXXI

—¡BUENO, SE VA a casar, tanto mejor! —pensó Rubión.

Entre aquella noche y el día del casamiento, Rubión sorprendió algunas miradas de Sofía, sospechosas de tentación; Carlos María, si le había correspondido, fue más bien por cortesía que otra cosa. Rubión dedujo que el caso era fortuito; aún se acordaba de la lágrima de Sofía en la noche del cumpleaños, cuando le explicó la historia de la carta.

¡Oh, buena lágrima inesperada! Tú, que bastaste para persuadir a un hombre, puedes no ser explicable para otros, y así anda el mundo. ¿Qué importaba que los ojos no estuvieran acostumbrados al llanto ni que la noche pareciese exaltar sentimientos muy distintos de la melancolía? Rubión la vio caer; aún ahora la recuerda. Pero la confianza de Rubión no provenía solamente de la lágrima, venía también de la actual Sofía, que nunca había sido tan solícita ni tan dada con él. Parecía arrepentida de todo el mal causado, pronta a repararlo, ya sea por afecto tardío o por el propio fracaso de la primera aventura. Hay delitos virtuales que duermen. Hay óperas demoradas en la cabeza de un maestro, que sólo esperan los primeros compases de la inspiración.

CAPITULO CXXII

—¡POR SUERTE que se casa! —repitió Rubión.

No se demoró el casamiento; tres semanas. En la mañana del día acordado, Carlos María abrió los ojos con cierto asombro. ¿Era él mismo quien se iba a casar? No había duda; se miró al espejo, era él. Recordó los últimos días, la marcha rápida de los acontecimientos, la realidad del afecto que sentía por la novia y, finalmente, la finalidad, la felicidad pura que le iba a dar. Esta postrera idea lo llenaba de una grande y rara satisfacción. La iba rumiando, a caballo, en el habitual paseo de la mañana; esta vez había escogido el barrio Ingenio Viejo.

Aunque estuviera acostumbrado a los ojos admirativos, veía ahora en todo el mundo un aspecto acorde con la noticia de su casamiento. Las casuarinas de una chacra, inmóviles antes de que él pasara ante ellas, le dijeron cosas muy particulares, que los frívolos atribuirían a la brisa que también pasaba, pero que los sabios reconocerían como nada menos que el lenguaje nupcial de las casuarinas. Los pájaros saltaban de un lado al otro, entonando un madrigal. Una pareja de mariposas —que los japoneses consideran símbolo de la fidelidad, por observar que, a pesar de posarse de flor en flor andan casi siempre de a dos—, una pareja de ellas acompañó por largo rato el paso del caballo, yendo por el cerco de una chacra que bordeaba el camino, revoloteando aquí y allá, ligeras y amarillas. Y junto con todo esto, un aire fresco, cielo azul, caras alegres de hombres montados en burro, cuellos estirados por las ventanas de las diligencias para verlo a él y su garbo de novio. Ciertamente, era difícil creer que todos aquellos gestos y actitudes de la

gente, de los animales y de los árboles, expresasen otro sentimiento que no fuera el homenaje nupcial de la naturaleza.

Las mariposas se perdieron en una de las matas más densas del cercado. Vino después otra chacra, desnuda de árboles, portón abierto y al fondo, de frente al portón, una casa vieja que arrugaba los ojos bajo la forma de cinco ventanas con balaustrada, cansadas de perder sus habitantes. También ellas habían visto bodas y festines; el siglo las encontró todavía verdes de novedad y de esperanza.

No penséis que ese aspecto contristó el alma del caballero. Al contrario, poseía el don particular de remozar las ruinas y vivir de la vida primitiva de las cosas. Hasta le gustó ver la casa vetusta, desteñida, en contraste con las mariposas tan vivas de hacía un rato. Detuvo el caballo; evocó a las mujeres que por allí habían entrado, otras galas, otros rostros, otras maneras. Acaso las propias sombras de las personas felices y extintas venían ahora a saludarlo también, susurrándole todas las cosas sublimes que pensaban de él. Llegó a oír las y a sonreír. Pero una voz estridente vino a mezclarse al concierto; un papagayo, en una jaula pendiente de la pared externa de la casa: "Papagayo real, para Portugal; ¿quién pasa? Currupá, papá, Grrr... Grrr...". Las sombras huyeron, el caballo siguió andando. Carlos María aborrecía a los papagayos, como aborrecía a los monos, dos falsificaciones de la persona humana, se decía.

—¿La felicidad que *le daré* será también así interrumpida? —reflexionó caminando.

Las garrichas * volaron de un lado al otro de la calle y se posaron cantando en su lengua; fue una reparación. Esa lengua sin palabras era inteligible, decía una cantidad de cosas claras y bellas. Carlos María llegó a ver en eso un símbolo de sí mismo. Cuando la mujer, aturdida por los papagayos del mundo, se fuera hundiendo en el hastío, él la haría erguirse al conjuro de los trinos de la divina bandada de pájaros, que traía en sí ideas de oro dichas por una voz de oro. ¡Oh!, ¡cómo *la haría* feliz! Ya la veía arrodillada, con los brazos puestos en sus rodillas, la cabeza en las manos y los ojos en él. agradecidos, devotos, amorosos, toda implorante, toda nada.

CAPITULO CXXIII

BUENO, AQUEL cuadro, a la misma hora en que aparecía a los ojos de la imaginación del novio, se reproducía en el espíritu de la novia, tal como María Benedicta, asomada a la ventana mirando las olas que se rompían a lo lejos

* Ave brasileña de la familia de los trogloditeos.

y en la playa, se veía a sí misma, arrodillada a los pies del marido, quieta, contrita, como ante la mesa de la comunión para recibir la hostia de la felicidad. Y se decía: "¡Oh, qué feliz *me* hará él!". La frase y el pensamiento eran distintos, pero la actitud y la hora eran las mismas.

CAPITULO CXXIV

SE CASARON; tres meses después partían para Europa. Al despedirse de ellos, doña Fernanda estaba tan alegre como si hubiera ido a recibirlos ya de regreso; no lloraba. El placer de verlos felices era más grande que el disgusto de la separación.

—¿Vas contenta? —le preguntó a María Benedicta, por última vez junto a la barandilla del buque.

— ¡Oh, mucho!

El alma de doña Fernanda se le asomó a los ojos, fresca, ingenua, cantando un trozo italiano —porque la soberbia gaúcha prefería la música italiana—, tal vez esta aria de *Lucia: O bell'alma innamorata*. O este pedazo del *Barbero*:

*Ecco ridente in cielo
Spunta la bella aurora.*

CAPITULO CXXV

SOFÍA NO FUE a bordo, se enfermó y mandó al marido. No crean que era pesar ni dolor; en ocasión del casamiento se comportó con gran discreción, preparó el ajuar de la novia y se despidió de ella con muchos besos lacrimosos. Pero ir al barco le pareció mal. Se enfermó; y para no desmentir el pretexto se quedó en el cuarto. Tomó una novela recién publicada; se la

había dado Rubión. Otras cosas allí le recordaban al mismo hombre, toda clase de objetos, sin contar las joyas guardadas. Finalmente, una singular palabra que le había oído la noche del casamiento de la prima, hasta esa palabra se presentó para el inventario de las recomendaciones de nuestro amigo.

—Usted es la reina de todas —le dijo en voz baja—, espero que todavía la haré emperatriz.

Sofía no pudo entender esta frase enigmática. Quiso suponer que era un soborno de grandeza para convertirla en su amante; pero excluyó tal intención por demasiado vanidosa. Rubión, aunque no fuera ahora el mismo hombre encogido y tímido de otros tiempos, no se mostraba tan seguro de sí como para poderle atribuir tan alta presunción. ¿Pero qué era entonces esa frase? Tal vez un modo figurado de decir que la amaría más aún. Sofía creía posible todo. No le faltaban galanteos; llegó a oír esa declaración de Carlos María, probablemente había oído otras, a las que sólo prestó la atención de la vanidad. Y todas pasaron; Rubión es el que persistía. Tenía pausas, hijas de sospechas; pero las sospechas se iban como venían.

“*El merece ser amado*”, leyó Sofía en la página abierta de la novela, cuando iba a continuar la lectura; cerró el libro, cerró los ojos, y se perdió en sí misma. La esclava que entró poco después trayéndole un caldo supuso que la señora dormía y se retiró en silencio.

CAPITULO CXXVI

ENTRETANTO, RUBIÓN y Palha bajaban del buque a la lancha y volvían al muelle Pharoux. Venían pensativos y callados. Palha fue el primero que abrió la boca.

—Hace tiempo que ando por decirte una cosa importante, Rubión.

CAPITULO CXXVII

RUBIÓN DESPERTÓ. Era la primera vez que iba a un buque. Volvía con el alma llena de rumores de a bordo, el trajín de las gentes que entraban y salían, compatriotas, extranjeros de casta diversa, franceses, ingleses, alema-

nes, argentinos, italianos, una confusión de lenguas, un cafarnaum de sombreros, valijas, cuerdas, sofás, binóculos al hombro, hombres que bajaban o subían escaleras para entrar al barco, mujeres llorosas, otras curiosas, otras llenas de risa y muchas que traían de tierra flores o frutas, aspectos nuevos todos. A lo lejos, la barra por donde debía ir el buque. Más allá de la barra, el mar inmenso, el cielo cerrado y la soledad. Rubión renovó los sueños del mundo antiguo, creó una Atlántida sin saber nada de la tradición. Como no tenía nociones de geografía, se formaba una idea confusa de los otros países, y la imaginación los rodeaba de un nimbo misterioso. Como no le costaba viajar así, navegó de memoria un buen rato, en aquel vapor alto y largo, sin mareas, sin olas, sin vientos, sin nubes.

CAPITULO CXXVIII

—¿A mí? —PREGUNTÓ Rubión después de algunos segundos.

—A ti —confirmó Palha—. Debía habértelo dicho hace un tiempo, pero estas historias de casamiento, de la comisión de Alagoas, etc., me tuvieron ocupado y no tuve oportunidad; sin embargo, ahora antes del almuerzo... Almorzarás conmigo.

—Sí, ¿pero qué pasa?

—Una cosa importante.

Al decir esto sacó un cigarrillo, lo abrió, desenredó el tabaco con los dedos, enrolló otra vez el papel y encendió un fósforo, pero el viento apagó el fósforo. Entonces pidió a Rubión que le hiciera el favor de tenerle el sombrero para poder encender otro. Rubión obedeció impaciente. Bien podía ser que su socio, estirando la espera, quisiese precisamente hacerle creer que se trataba de un terremoto; así, la realidad resultaría soportable. Echadas dos bocanadas de humo:

—Tengo la intención de liquidar el negocio; me ofrecieron en un establecimiento bancario el cargo de director, y creo que aceptaré.

Rubión respiró.

—Está bien; ¿liquidarlo ya?

—No, más o menos a fines del año que viene.

—¿Y es necesario liquidarlo?

—Considero que sí. Si el asunto del banco no fuera seguro, no me animaría a perder lo cierto por lo dudoso; pero es segurísimo.

—Entonces a fines del año que viene soltamos los lazos que nos unen... Palha tosió.

—No, antes, a fines de este año.

Rubión no comprendió; pero el socio le explicó que era útil deshacer ya la sociedad, para que él solo liquidara la casa. El banco podía organizarse más temprano o más tarde; ¿y para qué someter al otro a las exigencias del momento? Además, el doctor Camacho afirmaba que muy pronto Rubión estaría en la cámara, y que la caída del ministerio era segura.

—Sea lo que sea —concluyó—, siempre es mejor que deshagamos la sociedad a tiempo. Tú no vives del comercio; entraste con el capital necesario para el negocio, como podías habérselo dado a otro o guardarlo.

—Pues sí, no tengo dudas —concordó Rubión.

Y después de algunos instantes:

—Pero dime una cosa, ¿esa propuesta tiene algún motivo oculto? Es ruptura de personas, de amistad... Sé franco, dímelo todo...

—¿Qué disparate es ése? —replicó Palha—. Separación de amistad, de personas... Pero estás loco. Esto es por el balanceo del mar. Pues yo que he trabajado tanto para ti, yo que te hago amigo de mis amigos, que te trato como a un pariente, como a un hermano, ¿habría de pelearme porque sí? Aquel mismo casamiento de María Benedicta con Carlos María debía ser contigo, bien lo sabes, si no fuera por tu negativa. Uno puede romper un lazo sin romper los demás. Lo contrario sería un desatino. ¿Acaso todos los amigos del grupo social o de la familia son socios comerciales? ¿Y los que no son comerciantes?

A Rubión le pareció excelente el argumento y quiso abrazar a Palha. Este le estrechó la mano satisfechísimo; se vería libre de un socio cuya creciente prodigalidad podía acarrearle algún peligro. La casa estaba sólida; era fácil entregarle a Rubión la parte que le pertenecía, menos las deudas personales y anteriores. Aún quedaban algunas de las que Palha le confesó a su mujer, la noche de Santa Teresa, capítulo L. Poco era lo pagado; generalmente era Rubión quien esquivaba ese asunto. Un día Palha, queriendo darle a la fuerza algún dinero, repitió el viejo proverbio: "Paga lo que debes, ve lo que te queda". Pero Rubión, bromeando:

—Pues no pagues, y fíjate si no te queda aún más.

—¡Qué bueno! —replicó Palha riendo y guardándose el dinero en el bolsillo.

CAPITULO CXXIX

NO HABÍA TAL banco, ni cargo de director, ni liquidación; pero, ¿cómo justificaría Palha la propuesta de separación diciéndole la pura verdad? De ahí entonces la invención, tanto más rápida cuanto Palha tenía pasión por los

bancos y se moría por uno. La carrera de ese hombre era cada vez más próspera y relumbrante. El negocio marchaba bien; uno de los motivos de la separación era justamente no tener que dividir con otro las futuras ganancias. Palha, además de eso, poseía acciones de todas partes, títulos de oro del empréstito Itaboraí, y había hecho dos suministros para la guerra, en sociedad con un poderoso y con los cuales ganó mucho. Ya tenía apalabrado a un arquitecto para que le construyera un palacete. Pensaba vagamente en una baronía.

CAPITULO CXXX

—¿QUIÉN DIRÍA que la gente de Palha nos trataría de esta manera? Ya no valemos nada. No necesitas defenderlos...

—No los defiendo, estoy explicando; debe haber habido una confusión.

—Cumplir años, casar la prima, y ni siquiera una triste invitación al mayor, al gran mayor, al impagable mayor, al viejo amigo mayor. Eran esos los nombres que me daban; yo era impagable, viejo amigo, grande y otras cosas más. Ahora, nada, ni una triste invitación, un recado verbal, al menos, traído por un negrito: "Mi ama cumple años, o se casa su prima, dice que la casa está a sus órdenes y que vayan bien lujosos". No iríamos; el lujo no es para nosotros. Pero era algo, un recado, un negrito, al impagable mayor...

—¡Papá!

Rubión, al ver la intervención de Toñita, se animó a defender largamente a la familia Palha. Era en la casa del mayor, no ya en la calle Dos de Diciembre, sino en la de los Barbonos, una casa modesta. Rubión pasaba, él estaba a la ventana y lo llamó. Toñita no tuvo tiempo de salir de la sala para darse, al menos, una mirada al espejo; mal pudo pasarse la mano por el pelo, arreglar el moño del cuello y bajarse el vestido para cubrir los zapatos, que no eran nuevos.

—Le digo que puede haber habido una confusión —insistió Rubión—; todo por allá anda muy embarullado con esa comisión de Alagoas.

—A propósito —interrumpió el mayor Siqueira—, ¿por qué no pusieron a mi hija en la comisión de Alagoas? ¡Vaya! Ya hace mucho que reparo en esto; antiguamente no hacían fiesta sin nosotros. Eramos el alma de todo. Desde hace un cierto tiempo comenzó el cambio; empezaron a recibirnos fríamente, y el marido, si se puede esquivar, no me saluda. Esto empezó hace tiempo; pero antes de eso sin nosotros no se hacía nada. ¿Por qué está ha-

blando de confusión? La víspera del cumpleaños de ella, desconfiando ya que no nos invitaría, fui a verlo al negocio. Pocas palabras; disimulaba. Al final le dije así: "Ayer, en casa, yo y Toñita estuvimos discutiendo sobre la fecha del cumpleaños de doña Sofía; ella decía que ya había pasado, yo le dije que no, que era hoy o mañana". No me respondió, fingió que estaba absorto en una cuenta, llamó al contador y le pidió explicaciones. Comprendí el juego y repetí la historia; hizo lo mismo. Salí. ¡Miren a Palha, un cualquiera! Ya lo avergüenzo. Antiguamente: "mayor, un brindis". Yo hacía muchos brindis, tenía cierta desenvoltura. Jugábamos al tresillo. Ahora se montó en la grandeza; anda con gente fina. ¡Ah, vanidades de este mundo! ¿Acaso no vi el otro día a su mujer, en un *coupé*, con otra? ¡Sofía de *coupé*! Fingió que no me veía, pero acomodó los ojos como para advertir si yo la veía, si la admiraba. ¡Vanidades de esta vida! El que nunca comió aceite, cuando come se embadurna.

—Perdón, pero los trabajos de la comisión exigen cierto aparato.

—Sí —respondió Siqueira—, es por eso que mi hija no entró en la comisión; es para no estropear los carruajes...

—Además, el *coupé* podía ser de la otra señora que iba con ella.

El mayor dio dos pasos, con las manos atrás, y se detuvo delante de Rubión.

—De la otra... o del padre Mendes. ¿Cómo está el padre? Buena vida, naturalmente.

—Pero, papá, puede no haber nada —interrumpió Toñita—. Ella siempre me trata bien, y cuando estuve enferma el mes pasado mandó a saber por el negrito dos veces...

—¡Por el negrito! —vociferó el padre—. ¡Por el negrito! ¡Gran favor! "Negrito, ve hasta la casa de ese militar retirado y pregúntale si la hija está mejor; ¡yo no voy porque me estoy lustrando las uñas!". ¡Gran favor! ¡Tú no te lustras las uñas!, ¡trabajas!, ¡eres digna hija mía!, ¡pobre pero honrada!

Aquí el mayor lloró, pero interrumpió de repente las lágrimas. La hija, conmovida, también se sintió humillada. Es cierto, la casa hablaba de la pobreza de la familia, unas pocas sillas, una vieja mesa redonda, un canapé raído; en las paredes dos litografías encuadradas en pino pintado de negro, una era el retrato del mayor en 1857, la otra representaba al *Veronés en Venecia*, comprado en la calle del Señor de los Pasos. Pero el trabajo de la hija se notaba en todo; los muebles relucían de limpios, la mesa tenía una carpeta bordada, hecha por ella, y el canapé un almohadón. Y era falso que Toñita no se lustrara las uñas; no tendría el polvo ni la gamuza, pero se las frotaba con un retazo de paño todas las mañanas.

CAPITULO CXXXI

RUBIÓN LOS trató con simpatía. No siguió defendiendo a los Palha, para no desesperar al mayor. Poco después se despidió prometiendo, sin ser convidado, ir a cenar "un día de éstos".

—Comida de pobre —respondió el mayor—; si puede avisar, avise.

—No quiero banquetes; vendré cuando se me ocurra.

Se despidió. Toñita, después de ir hasta el rellano, sin llegar al frente debido a los zapatos, fue a la ventana para verlo salir.

CAPITULO CXXXII

NO BIEN RUBIÓN dobló la esquina de la calle de las Mangueiras, Toñita entró y se acercó al padre, que se había recostado en el canapé, para releer el viejo *Saint-Clair de las islas o los desterrados de la isla de la Barra*. Fue la primera novela que conoció; el ejemplar tenía más de veinte años; era toda la biblioteca del padre y de la hija. Siqueira abrió el primer tomo y posó la mirada en el comienzo del capítulo II que se sabía de memoria. Ahora le encontraba un sabor particular, debido a sus recientes disgustos: "Llenad bien vuestras copas, exclamó Saint Clair, y bebamos de una vez; he aquí el brindis que os propongo. A la salud de los buenos y valientes oprimidos, y el castigo de sus opresores. Todos acompañaron a Saint Clair levantando sus copas".

—¿Sabes una cosa, papá? Compra mañana latas de conservas, arvejas, pescado, etc., y las dejamos guardadas. El día que él aparezca para comer se ponen al fuego; es sólo cuestión de calentarlas y ofreceremos una comidita mejor.

—Pero sólo tengo el dinero para tu vestido.

—¿Mi vestido? Se comprará el mes que viene, o el otro. Espero.

—Pero, ¿no quedó reservado?

—Les aviso; esperaré.

—¿Y si no hubiera otro del mismo precio?

—Habrá; esperaré, papá.

CAPITULO CXXXIII

TODAVÍA NO DIJE —porque los capítulos se atropellan bajo la pluma, pero aquí tengo uno para decirlo— que, para ese entonces, las relaciones de Rubión habían crecido en número. Camacho lo había puesto en contacto con muchos políticos, la comisión de Alagoas con varias damas, los bancos y compañías con personas del comercio y de la plaza, los teatros con algunos frequentadores y la calle del Ouvidor con todo el mundo. Ya entonces su nombre se repetía con frecuencia. Se lo conocía. Cuando aparecían las barbas y el par de largos bigotes, una levita bien ajustada, un pecho amplio, bastón de cuerno de rinoceronte y un andar firme y señorial, en seguida se decía que era Rubión, un ricachón de Minas.

Le habían forjado una leyenda. Lo llamaban discípulo de un gran filósofo, el cual le había legado inmensos bienes, uno, tres, cinco mil contos. A algunos les extrañaba que él no hablara nunca de filosofía, pero la leyenda explicaba ese silencio por el propio método filosófico del maestro, que consistía en enseñar solamente a los hombres de buena voluntad. ¿Dónde estaban esos discípulos? Iban a su casa todos los días, algunos, dos veces, de mañana y de tarde; y así quedaban definidos los comensales. No serían discípulos, pero tenían buena voluntad. Rumiaban el hambre, a la espera, y oían callados y risueños los discursos del anfitrión. Entre los antiguos y los nuevos hubo alguna que otra rivalidad, que los primeros acentuaron bien mostrando una mayor intimidad, dando órdenes a los criados, pidiendo cigarrillos, entrando al interior de la casa, silbando, etc. Pero la costumbre los hizo tolerantes entre sí y todos terminaron en la dulce y común confesión de las cualidades del dueño de casa. Al cabo de un tiempo, también los nuevos le debían dinero, en efectivo, o en fianza en el sastre, o por endoso de letras, que él pagaba a escondidas, para no humillar a los deudores.

Quincas Borba era mimado por todos ellos. Daban chasquidos para verlo saltar; algunos llegaban a besarle la frente; uno de ellos, más hábil, encontró la manera de tenerlo a la mesa, a la cena o al almuerzo, sobre las piernas, para darle migajas de pan.

—¡Ah, eso no! —protestó Rubión la primera vez.

—¿Qué tiene? —replicó el comensal—. No hay personas extrañas.

Rubión reflexionó un instante.

—Verdad es que ahí dentro de él está un gran hombre —dijo.

—El filósofo, el otro Quincas Borba —continuó el convidado, pasando la mirada por los más novatos para demostrar la intimidad de las relaciones entre él y Rubión; pero no consiguió él solo la ventaja, porque los demás amigos de la misma época repitieron a coro:

—Es verdad, el filósofo.

Y Rubión explicó a los novatos la alusión al filósofo, y la razón del nombre del perro, que todos le atribuían a él. Quincas Borba (el difunto) fue descrito y presentado como uno de los más grandes hombres de su tiempo,

superior a sus compatriotas. Gran filósofo, alma grande, gran amigo. Y al final, después de un silencio, golpeando con los dedos en el borde de la mesa, Rubión exclamó:

—¡Yo lo haría ministro de Estado!

Uno de los invitados exclamó, sin convicción, por simple cortesía:

—¡Oh, sin duda!

Ninguno de esos hombres sabía, sin embargo, el sacrificio que por ellos hacía Rubión. Rechazaba comidas, paseos, interrumpía conversaciones amenas, sólo para correr a casa y cenar con ellos. Un día encontró los medios para conciliarlo todo. No estando él en casa a las seis en punto, los criados debían servir la comida a los amigos. Hubo protestas; no, señor, esperarían hasta las siete o las ocho. Una cena sin él no tenía gracia.

—Pero es que puedo no venir —explicó Rubión.

Así se hizo. Los invitados ajustaron bien los relojes por los de la casa de Botafogo. Dan las seis, todos a la mesa. Los dos primeros días hubo una que otra vacilación; pero los criados tenían órdenes severas. A veces, Rubión llegaba poco después. Venían entonces las risas, los chistes, las intrigas alegres. Uno quería esperar, pero los otros... Los otros desmentían al primero; al contrario, fue éste el que los arrastró, tanta hambre tenía, a punto tal que, si algo quedaba, eran los platos. Y Rubión se reía con ellos.

CAPITULO CXXXIV

ESCRIBIR UN capítulo sólo para decir que, al comienzo, los invitados, ausente Rubión, fumaban los propios cigarros después de la comida, parecerá frívolo a los frívolos; pero los considerados dirán que algún interés habrá en esta circunstancia, en apariencia nimia.

En efecto, una noche, uno de los más antiguos se acordó de ir al escritorio de Rubión; habían ido allí algunas veces, allí se guardaban las cajas de cigarros, no cuatro ni cinco, veinte o treinta de varias fábricas y tamaños, y abiertas. Un criado (el español) encendió el gas. Los demás invitados siguieron al primero, eligieron cigarros y los que aún no conocían el escritorio admiraron los muebles, excelentes y bien dispuestos. La mesa captó la admiración general; era de ébano, un primor de talla, obra severa y sólida. Una novedad los esperaba: dos bustos de mármol, colocados sobre ella, los dos Napolcoones, el primero y el tercero.

—¿Cuándo llegó esto?

—Hoy al mediodía —respondió el criado.

Dos bustos magníficos. Junto a la mirada aquilina del tío se perdía en el espacio la mirada cismática del sobrino. Contó el criado que el amo, apenas recibidos y colocados los bustos, había permanecido largo tiempo en admiración, tan ajeno a todo que también él pudo mirarlos, sin admirarlos. "*No me dicen nada estos dos pícaros*",* concluyó el criado haciendo un gesto amplio y noble.

CAPITULO CXXXV

RUBIÓN PROTEGÍA generosamente las letras. Libros que le eran dedicados entraban en prensa con la garantía de doscientos y trescientos ejemplares. Tenía diplomas y más diplomas de sociedades literarias, coreográficas, piadosas y era socio, al mismo tiempo, de una Congregación Católica y de una Entidad Protestante, por no haberse acordado de una cuando le hablaron de la otra; lo que hacía era pagar regularmente las mensualidades de ambas. Se suscribía a diarios sin leerlos. Un día, al pagar el semestre de uno que le habían mandado supo, por el cobrador, que era del partido del gobierno; mandó al diablo al cobrador.

CAPITULO CXXXVI

EL COBRADOR no se fue al diablo; recibió el importe del semestre y, como poseía la observación natural de los cobradores, protestó en la calle:

— ¡He aquí un hombre que detesta el periódico y lo paga! ¡Cuántos lo adoran y no lo pagan!

* En español en el original.

CAPITULO CXXXVII

PERO — ¡OH, lance de la fortuna! , ¡oh, equidad de la naturaleza! —, los despilfarros de nuestro amigo, si no tenían remedio, tenían compensación. Ya el tiempo no pasaba por él como por un ocioso sin ideas. Rubión, a falta de ellas, tenía ahora imaginación. Otrora vivía más bien de los demás que de sí, no encontraba equilibrio interior, y el ocio prolongaba las horas interminables. Todo iba cambiando; ahora la imaginación tendía a posarse un poco. Sentado en el comercio de Bernardo, se pasaba toda la mañana sin que el tiempo lo fatigara, ni la estrechez de la calle del Ouvidor le tapara el horizonte. Se repetían las visiones deliciosas, como las de las bodas (capítulo LXXXI) en términos tales que la grandeza no quitaba la gracia. Hubo quien lo vio, más de una vez, saltar de la silla e ir hasta la puerta a ver bien por la espalda a alguna persona que pasaba. ¿La conocería? ¿O sería alguien que, casualmente, tenía las facciones de la criatura imaginaria que él había estado viendo? Son demasiadas preguntas para un solo capítulo; baste decir que una de esas veces no pasó nadie, él mismo reconoció la ilusión, se volvió para adentro, compró un adorno de bronce para darle a la hija de Camacho, que cumplía años e iba a casarse pronto, y salió.

CAPITULO CXXXVIII

¿Y SOFÍA?, interroga impaciente la lectora, igual que Orgon: *Et Tartufe?* Ay, amiga mía, la respuesta es naturalmente la misma, también ella comía bien, dormía a sus anchas, cosas que, por otra parte, no impiden que una persona ame, cuando lo desea. Si esta última reflexión es el motivo secreto de vuestra pregunta, dejad que os diga que sois muy indiscreta, y que yo no me dirijo sino a gente prudente.

Repito, comía bien, dormía a sus anchas. Había llegado a su fin la tarea con la comisión de Alagoas, con elogios de la prensa; el *Atalaya* la llamó "el ángel de la consolación". Y no se piense que este nombre la alegró, puesto que la lisonjeaba; al contrario, adjudicando a Sofía toda la acción de la caridad podía mortificar a las nuevas amigas y hacerle perder en un día el trabajo de largos meses. Así se explica el artículo que el mismo pe-

riódico traje en el número siguiente, nombrando, particularizando y glorificando a las demás integrantes de la comisión "estrellas de primera magnitud".

No todas las relaciones subsistieron, pero la mayor parte de ellas ya estaban iniciadas y a nuestra dama no le faltaba el talento de hacerlas definitivas. El marido es quien pecaba de turbulento, excesivo, exuberante, dejando ver que lo colmaban de favores, que recibía finezas inesperadas y casi inmerecidas. Sofía, para corregirlo, lo avergonzaba con censuras y consejos, riendo:

"Hoy estuviste insoportable; parecías un criado."

"Cristiano, domínate más cuando tengamos gente de visita; no pongas los ojos fuera de las órbitas, yendo de un lado al otro con ese aire de niño que recibe golosinas."

El negaba, explicaba o se justificaba; al final terminaba por estar de acuerdo, que era preciso no parecer que se sentía por debajo de los favores; cortesía, afabilidad sí, pero nada más...

—Justamente, pero no vayas a caer en el extremo opuesto —contestó Sofía—, no te pondrás descortés...

Palha era entonces las dos cosas; al principio poco amable, frío, casi desdeñoso; pero luego, la reflexión o el impulso inconsciente restituían a nuestro hombre la animación habitual, y con ella, según el momento, el exceso y el estrépito. Sofía era la que, en realidad, corregía todo. Observaba, imitaba. La necesidad y su vocación le habían hecho adquirir, poco a poco, lo que no había recibido del nacimiento ni de la fortuna. Por lo demás, estaba en esa edad intermedia en que las mujeres inspiran igual confianza a las señoritas de veinte que a las señoras de cuarenta. Algunas la adoraban; muchas la colmaban de alabanzas.

Así fue como nuestra amiga, poco a poco, despejó la atmósfera. Rompió las relaciones antiguas, familiares, algunas tan íntimas que difícilmente podrían disolverse; pero el arte de recibir sin afecto, oír sin interés y despedirse sin pesar, no era una de sus menores prendas; y una a una se fueron yendo aquellas pobres personas modestas, sin maneras ni ropa elegante, amistades de poca monta, de diversiones caseras, de hábitos sencillos y sin elevación. Con los hombres hacía exactamente lo que el mayor había contado, cuando ellos la veían pasar en coche que era, entre paréntesis, suyo. La diferencia estaba en que ya ni los espiaba para saber si la veían. Se había terminado la luna de miel con la grandeza; ahora desviaba los ojos, con dureza, hacia otro lado, conjurando, con un gesto definitivo, el peligro de alguna vacilación. Ponía así a los viejos amigos en la obligación de no quitarse el sombrero.

CAPITULO CXXXIX

RUBIÓN QUISO todavía interceder por el mayor, pero el aire de fastidio con que Sofía lo interrumpió fue tal que nuestro amigo prefirió preguntarle si, de no llover a la mañana siguiente, realizaría el paseo a Tijuca.

—Ya le hablé a Cristiano; me dijo que tiene un asunto que hacer, que lo dejemos para el domingo que viene.

Rubión, después de un instante:

—Vayamos nosotros dos. Salimos temprano, paseamos, almorzamos allá; a las tres o cuatro estamos de vuelta...

Sofía lo miró con tantos deseos de aceptar la invitación que Rubión no esperó respuesta verbal.

—Ya está resuelto, vamos —dijo.

—No.

—¿Cómo no?

Y repitió la pregunta, porque Sofía no le quiso explicar la negativa, por otra parte tan obvia. Obligada a hacerlo, explicó que el marido sentiría envidia, que era capaz de postergar el asunto de negocios y que podían esperar ocho días. La mirada de Sofía acompañaba a la explicación como un clarín acompañaría a un Padre Nuestro. Ganas tenía, ¡oh!, si tenía ganas de ir a la mañana siguiente con Rubión, camino arriba, bien plantada en el caballo, sin hundirse en cavilaciones, no poética, sino valiente, fuego en la cara, toda de este mundo, galopando, trotando, deteniéndose. Allá arriba desmontaría un momento; todo soledad, la ciudad a lo lejos y encima el cielo. Apoyada en el caballo, peinándole las crines con los dedos, oiría a Rubión alabarle la intrepidez y el garbo... Llegó a sentir un beso en la nuca...

CAPITULO CXL

YA QUE HABLAMOS de caballos, no está mal decir que la imaginación de Sofía era ahora un corcel brioso y petulante, capaz de escalar montañas y abrirse paso en el monte. Otra sería la comparación si la ocasión fuera distinta; pero corcel es lo que queda mejor. Da idea del ímpetu, de la sangre, del galope, al mismo tiempo que de la serenidad con que vuelve al verdadero camino, y por fin a la caballeriza.

CAPITULO CXLI

—ESTÁ DICHO, vamos mañana —repitió Rubión, que espiaba el rostro encendido de Sofía.

Pero el corcel había vuelto fatigado de la carrera y permaneció soñoliento en la caballeriza. Sofía ya era otra; había pasado el vértigo, el ardor soñado, el gusto de subir con él el camino de Tijuca. Cuando Rubión le dijo que le pediría al marido que la dejara ir al paseo, replicó sin alma:

—¡Está loco! ¡Queda para el domingo que viene!

Y fijó los ojos en la labor de aguja que estaba haciendo —*frivolité* es el nombre—, mientras Rubión ponía los suyos en un sectorcito de jardín raquíptico, junto a la salita de trabajo donde estaban. Sofía, sentada en el ángulo de la ventana, movía los dedos. Rubión vio en dos rosas vulgares una fiesta imperial y olvidó la sala, la mujer y a sí mismo. No puede decirse, ciertamente, cuánto tiempo estuvieron así callados, ajenos y distantes el uno del otro. Fue una criada la que los despertó, trayéndoles café. Tomado el café, Rubión se compuso las barbas, sacó el reloj y se despidió. Sofía, que estaba esperando su salida, quedó satisfecha, pero disimuló el placer con el asombro.

—¿Ya?

—Debo estar con una persona antes de las cuatro —explicó Rubión—. Estamos de acuerdo; el paseo de mañana, frustrado. Ordenaré que no apronten los caballos. Pero, ¿será seguro el domingo que viene?

—Seguro, seguro, no puedo afirmarlo; pero si Cristiano se decide con tiempo, creo que sí. Usted sabe que mi marido es el hombre de los inconvenientes.

Sofía lo acompañó hasta la puerta, le tendió la mano indiferente, respondió sonriente a alguna cosa trivial, volvió a la salita en la que había estado, al mismo ángulo de la misma ventana. No continuó en seguida el trabajo, cruzó las piernas haciendo bajar, por costumbre, la falda, y lanzó una mirada al jardín, donde las dos rosas habían dado a nuestro amigo una visión imperial. Sofía no vio más que dos flores mudas. Las observó, no obstante, algún tiempo; en seguida tomó el *frivolité*, trabajó un poco, se detuvo otro poco, dejando las manos en el regazo; y volvió a la obra, otra vez, para tornar a dejarla. De repente, se levantó y tiró los hilos y la *navette* en la cestita de junco, donde guardaba sus elementos de trabajo. ¡La cesta era también un regalo de Rubión!

—¡Qué hombre fastidioso!

De allí fue a apoyarse en la ventana, que daba al jardín raquíptico, donde se iban marchitando las dos rosas vulgares. A las rosas, cuando son nuevas, les importa poco o nada las iras de los demás; pero, si se deshojan, todo les sirve para humillar al alma humana. Quiero creer que esta costumbre nace de la brevedad de la vida. "Para las rosas —escribió alguien— el jardinero es eterno." ¿Y qué mejor manera de herir lo eterno que mofarse de sus iras?

Yo paso, tú permaneces; pero yo no hice más que florecer y perfumar, serví a las señoras y a las doncellas, fui letra de amor, adorné el ojal de los hombres, o expiro en el propio arbusto, y todas las manos, y todos los ojos me trataron y me vieron con admiración y afecto. Tú no, oh eterno; ¡tú te enojas, padeces, lloras, te afliges!, tu eternidad no vale uno solo de mis minutos.

Así, cuando Sofía llegó a la ventana que daba al jardín, ambas rosas se rieron a pétalos desprendidos. Una de ellas dijo que estaba bien, ¡bien hecho!, ¡bien hecho!

—Tienes razón en enojarte, hermosa criatura —agregó—, pero ha de ser contigo, no con él. ¿Qué vale él? Un triste hombre sin encantos, puede ser que un buen amigo y tal vez generoso, pero repugnante, ¿no? Y tú, requerida por otros, ¿qué demonio te lleva a prestar oídos a ese intruso de la vida? Humíllate, oh soberbia criatura, porque eres tú misma la causa de tu mal. Tú juras olvidarlo y no lo olvidas. ¿Y es necesario olvidarlo? ¿No te basta mirarlo, escucharlo, para despreciarlo? Ese hombre no dice nada, oh singular criatura, y tú...

—No es cierto —interrumpió la otra rosa con la voz irónica y descansada—; algo dice, y lo dice desde hace mucho tiempo, sin olvidarla ni cambiarla; es firme, olvida el dolor, cree en la esperanza. Toda su vida amorosa es como el paseo a Tijuca, del que hablabais hace poco: “¡Queda para el domingo que viene!”. Ea, ten piedad al menos; sé piadosa, ¡oh bonísima Sofía! Si has de amar a alguien fuera del matrimonio, ámalo a él, que te ama y es discreto. Anda, arrepíentete del gesto de hace poco. ¿Qué mal te hizo y qué culpa tiene si eres bonita? Y si hubiera culpa, no será la cesta quien la tiene, sólo porque él la compró, y menos aún los hilos y la *navette* que tú misma mandaste comprar a una criada. Eres mala, Sofía, eres injusta...

CAPITULO CXLII

SOFÍA SE QUEDÓ oyendo, oyendo... Interrogó a las otras plantas y no le dijeron nada diferente. Hay coincidencias maravillosas. Quien conoce el suelo y el subsuelo de la vida sabe muy bien que un trecho de muro, un banco, una alfombra, un paraguas, son ricos en ideas o en sentimientos cuando nosotros también lo somos, y que las reflexiones a medias entre los hombres y las cosas componen uno de los más interesantes fenómenos de la tierra. La expresión: “Conversar con sus botones”, aunque parezca simple metáfora es frase de sentido real y directo. Los botones operan sincrónicamente con nosotros; forman una especie de senado, cómodo y barato, que vota siempre nuestras mociones.

CAPITULO CXLIII

SE HIZO EL paseo a Tijuca, sin más inconveniente que el de una caída del caballo, al bajar. No fue Rubión el que cayó, ni Palha, sino su señora, que venía pensando en no sé qué y fustigó al animal con rabia; éste se espantó y la echó por tierra. Sofía cayó con gracia. Estaba particularmente esbelta, vestida de amazona, corpiño tentador por lo ajustado. Otelo exclamaría, si la viese: "¡Oh, mi bella guerrera!". Rubión se había limitado a esto, al comenzar el paseo: "¡Usted es un ángel!".

CAPITULO CXLIV

—ME QUEDÓ dolorida la rodilla —dijo ella entrando en casa y cojeando.

—Déjame ver.

En el cuarto de vestir, Sofía puso el pie sobre un banquillo y mostró a su marido la rodilla golpeada; se le había hinchado un poco, muy poco, pero al tocarla la hacía gemir. Palha, no queriendo lastimarla, le acercó la puntita de los labios apenas.

—¿Quedé en postura desairada al caer?

—No. Pues con un vestido tan largo... Apenas se pudo ver la punta del pie. No pasó nada, créeme.

—¿Me lo juras?

—¡Qué desconfiada eres, Sofía! Juro por todo lo que hay de más sagrado, por la luz que me alumbra, por Dios Nuestro Señor. ¿Estás satisfecha?

Sofía iba cubriendo la rodilla.

—Déjame ver otra vez. Creo que no será nada de importancia; ponle cualquier cosa. Manda preguntar a la botica.

—Está bien, déjame que me desvista —dijo ella forcejeando por bajar el vestido.

Pero Palha recorría con los ojos desde la rodilla hasta el resto de la pierna, donde ésta se reunía con la caña de la bota. Sin duda, era una bella obra de la naturaleza. La media de seda mostraba la perfección del contorno. Palha, por jugar, iba preguntando a la mujer si se había lastimado aquí, y

más aquí, indicando los lugares con la mano que iba bajando. Si hubiera aparecido un pedacito de esta obra maestra, el cielo y los árboles quedarían asombrados, concluyó él mientras la mujer bajaba el vestido y sacaba el pie del banco.

—Puede ser, pero no sólo estaban el cielo y los árboles —dijo ella—, también estaban los ojos de Rubión.

—¡Vaya, Rubión! Es verdad; ¿nunca más insistió con aquellas tonterías de Santa Teresa?

—Nunca; pero, en fin, no me agradaría... ¿Lo juras de verdad, Cristiano?

—Lo que tú quieres es que yo vaya subiendo de sagrado en sagrado hasta la cosa más sagrada. Juré por Dios; no te bastó. Juro por ti; ¿estás satisfecha?

Melindres de lascivo. Salió finalmente del cuarto de su mujer y se fue al suyo. Aquel pudor miedoso e incrédulo de Sofía le hacía bien. Le demostraba que ella era suya; pero, por lo mismo que él la poseía, consideraba que era de gran señor no afligirse por la vista casual e instantánea de un pedazo oculto de su reino. Y se apenaba de que lo casual se hubiera detenido en la punta de la bota. Era tan sólo la frontera; los primeros poblados del territorio, antes de la ciudad machucada por la caída, darían idea de una civilización sublime y perfecta. Y jabonándose, restregándose la cara, el cuello y la cabeza en la amplia palangana de plata, cepillándose, secándose, perfumándose, Palha imaginaba el pasmo y la envidia del único testigo del desastre, si éste hubiera sido menos incompleto.

CAPITULO CXLV

FUE POR ESA época que Rubión asombró a todos sus amigos. El martes siguiente al domingo del paseo (era entonces enero de 1870) avisó a un barbero y peluquero de la calle de Ouvidor que fuese a afeitarle a su casa, al otro día, a las nueve de la mañana. Allá fue un oficial francés, llamado Lucien, que entró al escritorio de Rubión según las órdenes impartidas al criado.

—¡Hum!... —rezongó Quincas Borba, sobre las rodillas de Rubión.

Lucien saludó al dueño de la casa, pero éste no advirtió la cortesía, como tampoco había oído el gruñido de Quincas Borba. Estaba en un ancho diván, dejando que el espíritu rompiera el techo y se perdiera en el aire.

¿A cuántas leguas iría? Ni cóndor ni águila podrían decirlo. En marcha hacia la Luna, uno veía aquí abajo más que las felicidades perennes, llovidas sobre él, desde la cuna, donde lo habían acunado hadas, hasta la playa de Botafogo, adonde ellas lo habían traído, por un suelo de rosas y jazmines. Ningún revés, ningún fracaso, ninguna pobreza; vida plácida, bordada de goces, con encaje de placeres superfluos. ¡En marcha hacia la Luna!

El barbero paseó la mirada por la salita, donde la principal figura era la mesa, y sobre ella los dos bustos de Napoleón y Luis Napoleón. En relación con este último también había, colgados de la pared, un grabado a litografía representando la *Batalla de Solferino* y un retrato de la emperatriz Eugenia.

Rubión calzaba un par de chinelas de damasco, bordadas en oro; en la cabeza, un gorro con borla de seda negra. En la boca, una sonrisa celeste.

CAPITULO CXLVI

—¡Hum! —repitió Quincas Borba, parado en las rodillas del amo.

Rubión volvió en sí y se encontró con el barbero. Lo conocía por haberlo visto últimamente en la peluquería; se levantó de la silla. Quincas Borba ladraba, como defendiéndole del intruso.

—¡Basta!, ¡cállate la boca! —le dijo Rubión, y el perro fue, con las orejas bajas, a esconderse detrás del cesto de los papeles. Durante ese tiempo, Lucien desempaquetaba sus aparatos.

—Usted va a perder una hermosa barba —le decía en francés. Conozco personas que han hecho lo mismo, pero para halagar a alguna dama. He sido confidente de hombres respetables...

—¡Justamente! —interrumpió Rubión.

No había entendido nada; aunque supiera algo de francés, apenas lo comprendía leído —como sabemos—, y no lo entendía hablado. Pero, fenómeno curioso, no respondió por impostura; oyó las palabras, como si fueran cumplido o aquiescencia; y, fenómeno más curioso aún, respondiéndole en portugués, pensaba hablar en francés.

—¡Justamente! —repitió—. Quiero restituir la cara al tipo anterior; es aquél.

Y como señalase el busto de Napoleón III, el barbero le respondió en nuestro lengua:

—¡Ah, el emperador! Bonito busto, por cierto. Obra fina. ¿El señor compró esto aquí o lo mandó traer de París? Son magníficas. Ahí está el primero, el grande; era un genio. Si no fuera la traición, ¡oh, los traidores!, ¿ve, señor?, los traidores son peores que las bombas de Orsini.

—¡Orsini! ¡Un infeliz!

—Lo pagó caro.

—Pagó lo que debía. Pero no hay bombas ni Orsini contra el destino de un gran hombre —continuó Rubión—. Cuando la fortuna de una nación pone en la cabeza de un gran hombre la corona imperial, no hay maldades que valgan... ¡Orsini! ¡Un bobo!

En pocos minutos, comenzó el barbero a echar por tierra las barbas de Rubión, para dejarle solamente la pera y los bigotes de Napoleón III; le ponderaba el trabajo; afirmaba que era difícil componer exactamente tanto una cosa como la otra. Y a medida que le cortaba las barbas, se las iba elogiando. ¡Qué lindas hebras! Era un grande y honesto sacrificio el que hacía, en verdad...

—Señor barbero, usted es un pedante —interrumpió Rubión—. Ya le dije lo que quiero; póngame la cara como estaba antes. Allí tiene el busto para guiarlo.

—Sí, señor, cumpliré sus órdenes, y verá qué semejanza va a resultar.

Y zás, zás, dio los últimos cortes a las barbas de Rubión, y comenzó a rasurarle las mejillas y las mandíbulas. Duró largo tiempo la operación; el barbero iba tranquilamente afeitando, comparando, dividiendo los ojos entre el busto y el hombre. A veces, para mejor cotejarlos, retrocedía dos pasos, los miraba alternativamente, se inclinaba, pedía al hombre que se volviera hacia un lado u otro, e iba a ver el lado correspondiente del busto.

—¿Va bien? —preguntaba Rubión.

Lucien le pedía con un gesto que se callara, y proseguía. Recortó la perilla, dejó los bigotes, y afeitó a fondo, lentamente, amigablemente, tediosamente, adivinando con los dedos alguna imperceptible puntita de pelo en el mentón o en la mejilla. A veces Rubión, cansado de estar mirando hacia el techo mientras el otro le perfeccionaba las mandíbulas, pedía descansar. Descansando, se palpaba el rostro y sentía el cambio por el tacto.

—Los bigotes no están muy largos —observaba.

—Falta arreglarle las puntas; aquí traigo los fierritos para rizárselos bien sobre el labio y después haremos las puntas. ¡Ah, prefiero componer diez trabajos originales a una sola copia!

Pasaron otros diez minutos antes que los bigotes y la perilla quedasen bien retocados. Al fin, listo. Rubión dio un salto, corrió al espejo del cuarto que quedaba al lado; era el otro, eran ambos, era él mismo, en suma.

—¡Justamente! —exclamó volviendo al escritorio, donde el barbero, habiendo juntado ya los aparatos, le hacía fiestas a Quincas Borba.

Y yendo a la mesa, abrió una gaveta, sacó un billete de veinte mil reis y se lo dio.

—No tengo cambio —dijo el otro.

—No necesita darme el vuelto —contestó Rubión con un gesto soberano—, saque lo que tenga que entregar a la casa, y el resto es suyo.

CAPITULO CXLVII

AL QUEDARSE solo, Rubión se estiró en un sillón, y vio pasar muchas cosas suntuosas. Estaba en Biarritz o Compiègne, no se sabe bien; Compiègne, parece. Gobernó un gran Estado, oyó a ministros y embajadores, bailó, cenó, y así otras acciones narradas en correspondencias de periódicos, que él había leído y le habían quedado en la memoria. Ni los gemidos de Quincas Borba lograban despabilarlo. Estaba lejos y muy alto. Compiègne quedaba en el camino de la Luna. ¡En marcha hacia la Luna!

CAPITULO CXLVIII

CUANDO BAJÓ de la Luna, oyó los lamentos del perro y sintió frío en las mandíbulas. Corrió al espejo y verificó que la diferencia entre la cara barbada y la cara lisa era grande pero que, así lisa, no le quedaba mal. Los comensales llegaron a la misma conclusión.

—¡Está perfectamente bien! Hace mucho que debía haber hecho eso. No es que las barbas grandes le sacaran la nobleza al rostro; pero, así como está ahora, tiene lo que tenía y además un aire moderno...

—Moderno —repitió el anfitrión.

Afuera, el mismo asombro. A todos les parecía sinceramente que este otro aspecto le quedaba mejor que el anterior. Una sola persona, el doctor Camacho, aunque juzgase que los bigotes y la perilla quedaban muy bien en el amigo, observó que era de buen criterio no alterar el rostro, verdadero espejo del alma, cuya firmeza y constancia debía reproducir.

—No es por hablarle de mí —concluyó—, pero nunca me veré la cara de otro modo. Es una necesidad moral de mi persona. Mi vida, sacrificada a los principios, porque nunca intenté conciliar principios, sino hombres; mi vida, digo, es una imagen fiel de mi cara, y viceversa.

Rubión lo oía con seriedad y asentía con la cabeza, que debía ser así por fuerza. Se sentía entonces emperador de los franceses, de incógnito, de paseo; al bajar a la calle volvió a lo que era. Dante, que vio tantas cosas extraordinarias, afirma haber asistido en el infierno al castigo de un espíritu florentino, al que una serpiente de seis pies abrazó de tal modo, y tan con-

fundidos quedaron, que al final ya no podía distinguirse bien si era un ente único o dos. Rubión todavía era dos. No se mezclaban en él su propia persona con el emperador de los franceses. Se turnaban; llegaban a olvidarse uno del otro. Cuando era sólo Rubión, no pasaba del hombre de costumbre. Cuando subía a emperador, era sólo emperador. Se equilibraban, uno sin el otro, enteros ambos.

CAPITULO CXLIX

—¿QUÉ CAMBIO es ése? —preguntó Sofía cuando él se le apareció el fin de semana.

—Vine a preguntar por su rodilla; ¿está bien?

—Gracias.

Eran las dos de la tarde. Sofía acababa de vestirse para salir, cuando la criada le fue a decir que estaba allí Rubión, tan cambiado de cara que parecía otro. Bajó a verlo curiosa; lo encontró en la sala, de pie, leyendo las tarjetas de visita.

—¿Pero qué cambio es ése? —repitió ella.

Rubión, sin ningún sentimiento imperial, respondió que suponía que le quedaban mejor los bigotes y la perilla.

—¿O estoy más feo? —concluyó.

—Está mejor, mucho mejor.

Y Sofía se dijo que tal vez fuera ella la causa del cambio. Se sentó en el sillón, y comenzó a calzarse los guantes.

—¿Va a salir?

—Sí, pero el coche no llegó todavía.

Se le cayó uno de los guantes. Rubión se agachó para recogerlo, ella hizo lo mismo, ambos tomaron el guante e insistiendo en levantarlo sucedió que las caras se encontraron en el aire, la nariz de ella dio contra la de él, y las bocas quedaron listas para reír, como rieron.

—¿La lastimé?

—¡No!, soy yo quien le pregunto...

Y se rieron otra vez. Sofía se calzó el guante, Rubión le miró un pie que se movía disimuladamente, hasta que el criado vino a decir que el coche había llegado. Se levantaron y rieron una vez más.

CAPITULO CL

TIESO, DESCUBIERTO, el lacayo abrió la portezuela del *coupé* cuando Sofía apareció en la puerta. Rubión le ofreció la mano para ayudarle a entrar, ella aceptó la galantería y entró.

—Ahora, hasta...

No pudo terminar la frase; Rubión había subido detrás de ella y estaba sentado a su lado; el lacayo cerró la portezuela, trepó a su asiento y el coche partió.

CAPITULO CLI

TAN RÁPIDO fue todo que Sofía perdió la voz y el movimiento; pero, al cabo de algunos segundos:

—¿Qué es esto?... Señor Rubión, mande parar el coche.

—¿Parar? ¿Pero usted no me dijo que iba a salir y que esperaba por él?

—No iba a salir con usted... No ve que... Mándelo parar...

Desconcertada, quiso ordenar al cochero que parara; pero el temor de un posible escándalo la hizo detenerse a medio camino. El *coupé* había entrado en la calle Bella de la Princesa. Sofía nuevamente le pidió a Rubión que advirtiera la inconveniencia de ir así, a la vista de Dios y de todo el mundo. Rubión respetó el escrúpulo y propuso que bajaran las cortinas.

—Me parece que no importa que nos vean —explicó Rubión—, pero cerrando las cortinas nadie nos ve. ¿Quiere?

Sin aguardar respuesta bajó las cortinas de un lado y del otro, y quedaron los dos a solas, porque si desde adentro podían ver una u otra persona que pasara, desde afuera nadie los veía. Solos, completamente solos, como en aquel día en que a las mismas dos de la tarde, en casa de ella, Rubión le lanzó al rostro su desesperación. Allá, al menos, la joven estaba libre; aquí, dentro del coche cerrado, no podía calcular las consecuencias.

Rubión, entretanto, había acomodado las piernas y no decía nada.

CAPITULO CLII

SOFÍA SE HABÍA replegado bien en un rincón. Podía ser asombro ante la situación, podía ser miedo; pero era principalmente repugnancia. Nunca ese hombre le había hecho sentir tanta aversión, asco, u otra cosa menos dura, si quieren, pero que se reducía a la incompatibilidad —¿cómo diré para que no agravié los oídos?—, a la incompatibilidad de la epidermis. ¿Dónde estaban los sueños de hacía pocos días? Ante la simple invitación para un paseo, a solas, en Tijuca, subió con él a la montaña, a galope, desmontó, oyó palabras de adoración, y sintió un beso en la nuca. ¿Dónde estaban aquellas fantasías? ¿Dónde los ojos fijos y grandes, las manos amigas y largas, los pies inquietos, las palabras tiernas y los oídos llenos de misericordia? Todo lo olvidó, todo desapareció, ahora que ambos se encontraban de veras solos, aislados por el coche y por el escándalo.

Y los caballos continuaban marchando, sacudiendo las patas, arrastrando lentamente el coche, por las piedras de la calle Bella de la Princesa. ¿Qué haría ella al llegar al Catete? ¿Iría hasta el centro con él? Pensó en seguir hasta la casa de alguna amiga; lo dejaría allí, le diría al cochero que se marchara. Le contaría todo al marido. En medio de aquella agonía le cruzaron por la mente algunos recuerdos banales, o extraños a la situación, como la noticia de un robo de joyas leído esa mañana en los diarios, el vendaval de la víspera, un sombrero. Al final se concentró en una sola preocupación. ¿Qué le diría Rubión? Vio que él continuaba mirando hacia el frente, callado, con la empuñadura del bastón en la barbilla. No le quedaba mal esa actitud, tranquila, seria, casi indiferente; pero entonces, ¿para qué se había metido en el coche? Sofía quiso romper el silencio; por dos veces movió nerviosamente las manos; casi la irritó la quietud del hombre, cuya acción sólo podía ser explicada por la pasión antigua y violenta. Después, imaginó que él mismo estaría arrepentido, y se lo dijo en buenos términos.

—No veo de qué puedo arrepentirme —contestó él, volviéndose—. Cuando usted dijo que estaba mal seguir así, a la vista del público, bajé las cortinas. No estuve de acuerdo, pero obedecí.

—Llegamos al Catete —lo interrumpió ella—, ¿quiere que lo lleve a su casa? No podemos ir juntos al centro.

—Podemos andar sin rumbo.

—¿Cómo?

—Sin rumbo, los caballos van andando y nosotros vamos conversando, sin que nos oigan ni adivinen...

—¡Por amor de Dios! No me hable así; djeme, salga del coche o salgo yo aquí mismo, y usted se encarga de él. ¿Qué es lo que quiere decirme? Quedan pocos minutos... Mire, ya doblamos hacia el centro; ordene ir para Botafogo, voy a dejarlo en la puerta de su casa.

—Pero si he salido hace poco de casa, voy hacia el centro. ¿Qué mal hay en que usted me lleve hasta allá? Si se trata de que no nos vean, me aprearé

en cualquier lugar, en la Plaza de Santa Lucía, por ejemplo, del lado del mar...

—Lo mejor es que se baje aquí mismo.

—Pero, ¿por qué no ir hasta el centro?

—No, no puede ser. ¡Se lo pido por lo más sagrado! No haga escándalos; vamos, dígame qué hay que hacer para obtener una cosa tan simple. ¿Quiere que me arrodille aquí mismo?

A pesar de la estrechez del espacio, iba a doblar las rodillas; pero Rubión se dio prisa en hacerla sentarse otra vez.

—No hace falta que se arrodille —dijo con blandura.

—Gracias; le pido entonces por Dios, por su madre, que está en el cielo...

—Debe estar en el cielo —confirmó Rubión—. ¡Era una santa mujer! Las madres son siempre buenas; pero de aquella, nadie que la haya conocido podrá decir otra cosa sino que era una santa. Y llena de prendas, como pocas. ¡Qué dueña de casa! Huéspedes, para ella, tanto daban cinco como cincuenta, era lo mismo, cuidaba de todo a tiempo y a hora, y se hizo famosa. Los esclavos le daban el nombre de *Señora Madre* porque era, realmente, madre para todos. ¡Debe estar en el cielo!

—Bien, bien —lo atajó Sofía—. Pues hágame esto por el amor de su madre, ¿eh?

—¿Esto qué?

—Apcarse aquí mismo.

—¿Y marchar a pie al centro? No puedo. Son manías tuyas; nadie nos ve. Y, además, estos caballos tuyos son magníficos. ¿Se dio cuenta cómo levantan las patas, lentamente, plás...plás...plás...?

Cansada de pedir, Sofía se calló, cruzó los brazos y se pegó aún más, si fuera posible, al rinconcito del coche.

—Ahora me acuerdo —pensó ella—, hago parar a la puerta del comercio de Cristiano; le digo de qué modo este hombre se introdujo en el *coupé*, los ruegos que le hice y las respuestas que me dio. Mejor eso que hacerle apearse misteriosamente en cualquier calle.

Entretanto, Rubión estaba quieto. De vez en cuando le daba vueltas en el dedo a su anillo de brillante, un solitario espléndido. No la miraba, ni le decía ni pedía nada. Iban como una pareja aburrida. Sofía había empezado a no entender qué razón lo habría llevado a entrar en el coche. Necesidad de transporte no podía ser. Vanidad, tampoco; había bajado las cortinas ante su primera queja. Ninguna palabra amorosa, ni una alusión remota aunque fuese tímida, llena de veneración y súplica. Era un ser inexplicable, un monstruo.

CAPITULO CLIII

—SOFÍA... —DIJO de repente Rubión, y continuó con lentitud—. Sofía, los días pasan, pero ningún hombre olvida a la mujer que verdaderamente gustó de él o si no no merece el nombre de hombre. Nuestros amores no serán olvidados nunca, por mí, claro está, y estoy seguro que tampoco por ti. Todo me lo diste, Sofía; tu propia vida corrió peligro. Verdad es que yo te vengaría, mi bella. Si la venganza puede alegrar a los muertos, tendrías el mayor placer posible. Felizmente, mi destino nos protege, y pudimos amarnos sin trabas ni sangre...

La joven lo miraba azorada.

—No te asombres —continuó él—, no nos vamos a separar; no, no te hablo de separación. No me digas que morirías; sé que habrías de derramar muchas lágrimas. Yo no, que no vine al mundo para llorar, pero no por eso mi dolor sería menor; al contrario, los dolores guardados en el corazón duelen más que los otros. Las lágrimas son buenas porque uno se desahoga. Querida amiga, te hablo así porque es necesario que tengamos cautela; nuestra insaciable pasión puede hacernos olvidar esta necesidad. Nos hemos familiarizado mucho, Sofía; como nacimos el uno para el otro, nos parece que ya estamos casados. Oye, querida, oye, alma de mi alma... ¡La vida es bella!, ¡la vida es grande! ¡La vida es sublime! Contigo, sin embargo, ¿qué nombre habrá que darle? ¿Recuerdas nuestra primera entrevista?

Rubión dijo esta última palabra queriendo tomarle la mano. Sofía retrocedió a tiempo; estaba desorientada, no entendía y tenía miedo. La voz de él crecía, el cochero podría oír... Y aquí una sospecha la estremeció: tal vez la intención de Rubión fuera justamente hacerse oír, para que la difamasen o para obligarla por el terror. Tuvo impulsos de abalanzarse sobre él, de gritar que la socorrieran y salvarse mediante el escándalo.

El, en voz baja, después de una corta pausa:

—Me acuerdo como si fuese ayer. Tú llegaste en coche, no era éste; era un coche de plaza, una calesa. Bajaste temerosa, con el velo sobre la cara; temblabas como un tallo verde... Pero mis brazos te ampararon... El sol de aquel día debía haberse detenido, como cuando obedeció a Josué... Y sin embargo, mi flor, aquellas horas fueron largas como el diablo, no sé por qué; en rigor debían ser cortas. Era tal vez porque nuestra pasión no acababa más, no acabó ni ha de acabar nunca... En compensación, no vimos más el sol; iba cayendo hacia el otro lado de las montañas cuando mi Sofía, todavía temerosa, salió a la calle y tomó otra calesa. ¿Otra o la misma? Creo que fue la misma. No imaginas cómo quedé; parecía atontado, besé todo lo que habías tocado; llegué a besar el umbral de la puerta. Y estuve casi, casi por ir arrastrándome a besar los peldaños de la escalera... No lo hice, me contuve, me encerré para que no se perdiera tu perfume; violeta, si bien recuerdo...

No, no era posible que la intención de Rubión fuese hacerle creer al co-

chero una falsa aventura. La voz era tan débil que Sofía mal podía escucharla; pero, si le costaba entender las palabras, no llegaba a comprender su sentido. ¿A qué venía esa historia no sucedida? Cualquiera que la oyese pensaría que era cierta, tan sincero era el tono, tal la ternura de los términos y la verosimilitud de los pormenores. Y él continuó suspirando las bellas reminiscencias...

—¿Pero qué broma es ésta? —le atajó finalmente Sofía.

Nuestro amigo no le respondió: enfrascado en sus imágenes, no oyó la pregunta, y siguió adelante. Le recordó un concierto de Gottschalk. El divino pianista tocaba una melodía; ellos oían, pero el demonio de la música llevó los ojos del uno hacia el otro, y ambos olvidaron el resto. Cuando la música cesó, estallaron los aplausos y ellos se despertaron. ¡Ay, tristes!, despertaron con la mirada de Palha encima de ellos, ojos de onza furiosa. Esa noche temió que él la matara.

—Señor Rubión...

—Napoleón, no; llámame Luis. Soy tu Luis, ¿no es verdad, gentil criatura? Tuyo, tuyo... Llámame tuyo; tu Luis, tu querido Luis. Ay, si supieras el placer que me das cuando te oigo esas dos palabras: "¡Mí Luis!". Tú eres mi Sofía, la dulce, la mimosa Sofía de mi alma. No perdamos estos instantes; vamos a decirnos nombres tiernos; pero en voz baja, muy bajito, para que los pícaros que van en el pescante no escuchen. ¿Para qué habrá cocheros en este mundo? Si el coche anduviera por sí solo uno hablaría a gusto e iría hasta el fin del mundo.

Iban entonces bordeando el Paseo Público; Sofía no se dio cuenta. Miraba fijamente a Rubión; no podía ser perversidad calculada, ni le atribuía mofa... ¡Delirio es lo que era!; tenía la sinceridad de la palabra, como persona que ve o vio realmente las cosas que cuenta.

—Es preciso echarlo de aquí —pensó la joven. Y, armándose de coraje—: ¿Dónde estaremos? —le preguntó—. Es el momento de separarnos. Fíjese por ese lado; ¿dónde estamos? Parece que es el convento; estamos en la playa de la Ayuda. Dígale al cochero que pare; o, si quiere, puede apearse en la plaza de la Carioca. Mi marido...

—Voy a nombrarlo embajador —dijo Rubión—. O senador, si quiere. Senador es mejor; se quedan los dos aquí. Si fuese embajador, no consentiría que tú lo acompañases, y las malas lenguas... Tú sabes la oposición que sufro, las calumnias... ¡Ah, gente perversa! ¿Convento de la Ayuda, dijiste? ¿Qué tienes que ver tú con él? ¿Quieres ser monja?

—No; digo que ya pasamos el convento de la Ayuda. Lo dejaré en la plaza de la Carioca. ¿O vamos hasta el negocio de mi marido?

Sofía volvió a aferrarse a la segunda opción; no se haría sospechosa al cochero, probaría mejor su inocencia a Palha contándole todo, desde la entrada inesperada en el coche hasta el delirio. ¿Y qué delirio era ése? Sofía pensó que el motivo podía ser ella misma, y esta conjetura la hizo sonreír de piedad.

—¿Para qué? —dijo Rubión—. Voy a apearme aquí mismo, es más seguro. ¿Para qué tiene él que desconfiar de nosotros y maltratarte? Puedo castigarlo, pero siempre me quedaría el remordimiento del mal que él te

causaría. No, linda flor amiga; el viento que se atreviese a tocar tu persona, puedes creer que lo mandaría poner fuera del espacio, como a un viento indigno. Tú no conoces bien todavía mi poder, Sofía; anda, confiesa.

Como Sofía no confesaba nada, Rubión la llamó bonita, y le ofreció el solitario que tenía en el dedo; ella, sin embargo, aunque amase las joyas y tuviera el deseo de un solitario, rechazó medrosamente el ofrecimiento.

—Comprendo el escrúpulo —dijo él—, pero nada pierdes por eso, porque has de recibir otra piedra aún más bella, y de manos de tu marido. Te haré duquesa. ¿Oíste? El título le será otorgado a él, pero la causa eres tú. Duque... ¿Duque de qué? Buscaré un título bonito; o si no élígelo tú misma, porque es para ti, no es para él, es para ti, mimosa mía. No hace falta que lo elijas ahora, ve para casa y piénsalo. No te avergüences; mándame decir el que te parezca más bonito, y dictaré inmediatamente el decreto. También puedes hacer otra cosa: elige y dímelo en nuestro primer encuentro, en el lugar de costumbre. Quiero ser el primero que te llame duquesa. Querida duquesa... El decreto vendrá después. ¡Duquesa de mi alma!

—Sí, sí —dijo ella desatinadamente— pero avisemos al cochero que nos lleve hasta la casa de Cristiano.

—No, me apeo aquí... ¡Para!, ¡para!

Rubión levantó las cortinas, y el lacayo vino a abrir la portezuela. Sofía, para alejar toda sospecha, pidió nuevamente a Rubión que fuese con ella hasta la casa del marido; le dijo que éste necesitaba hablarle con urgencia. Rubión miró con cierto asombro a la mujer, al lacayo y a la calle; y respondió que no, que iría después.

CAPITULO CLIV

APENAS SE separaron se produjo en ambos un franco contraste.

Rubión, en la calle, volvió la cabeza para todos lados, la realidad se apoderaba de él y el delirio se desvanecía. Andaba, se paraba ante un negocio, cruzaba la calle, detenía a un conocido, le pedía noticias y pareceres; esfuerzo inconsciente para sacudirse la personalidad prestada.

Por el contrario, Sofía, pasado el susto y el asombro, se sumergió en el ensueño; todas las referencias e historias mentirosas de Rubión le despertaron algo así como nostalgias —¿nostalgias de qué?—, “nostalgias del cielo” que es lo que decía el padre Bernardes del sentimiento de un buen cristiano.

Nombres diversos relampagueaban en el azul de aquella posibilidad. ¡Cuánto pormenor interesante! Sofía reconstruyó la vieja calesa, donde entró rápidamente, donde bajó temblorosa, para deslizarse por el corredor, subir la escalera y encontrar a un hombre que le dijo las ternuras más apetitosas de este mundo, y se las repetía ahora, junto a ella, en el coche, pero no era, no podía ser Rubión. ¿Quién sería? Nombres diversos relampagueaban en el azul de aquella posibilidad.

CAPITULO CLV

DIVULGÓSE LA noticia de la locura de Rubión. Algunos, al no encontrarlo en las horas del delirio, hacían experiencias, para ver si el rumor era verdadero; encaminaban la conversación hacia los asuntos de Francia y del emperador. Rubión resbalaba al abismo, y los convencía.

CAPITULO CLVI

PASARON ALGUNOS meses, vino la guerra franco-prusiana, y las crisis de Rubión se tornaron más agudas y menos espaciadas. Cuando los correos de Europa llegaban temprano, Rubión salía de Botafogo, antes del almuerzo, y corría a esperar los diarios; compraba la *Correspondencia de Portugal*, y se iba a leerla en el Carceler. Cualesquiera que fuesen las noticias, las consideraba victorias. Hacía un recuento de muertos y heridos y siempre encontraba un gran saldo a su favor. La caída de Napoleón III fue para él la captura del rey Guillermo; la revolución del 4 de Septiembre, un banquete de bonapartistas.

En casa, los amigos que comían con él no trataban de disuadirlo. Tampoco lo alentaban, avergonzados unos de los otros; sonreían y hablaban de otra cosa. Todos, entretanto, tenían sus grados militares, el mariscal Torres, el mariscal Pío, el mariscal Ribeiro, y respondían al título. Rubión los veía uniformados; ordenaba un reconocimiento, un ataque, y no era necesario que ellos salieran a cumplir sus órdenes; la mente del anfitrión abarcaba todo. Cuando Rubión dejaba el campo de batalla para volver a la mesa, ésta era otra. Ya sin platería, casi sin porcelana ni cristales, aun así aparecía a los ojos de Rubión regiamente espléndida. Pobres gallinas flacas eran ascendidas a faisanes; picadillos triviales, asados de mala muerte traían el sabor de los más finos manjares de la tierra. Los comensales formulaban algún reparo, entre sí —o al cocinero—, pero Lúculo cenaba siempre con Lúculo. Todo lo demás de la casa, gastado por el tiempo y por la incuria, alfombras descoloridas, muebles rotos y en desorden, cortinas mugrientas, nada tenía su aspecto actual, sino otro, lustroso y magnífico. Y el lenguaje era también diverso, rotundo y copioso, y así los pensamientos, algunos extraordinarios, como los del finado amigo Quincas Borba, teorías que él no había entendido, cuando las oyera en otros tiempos en Barbacena, y que ahora repetía con lucidez, con alma, a veces empleando las mismas frases del filósofo. ¿Cómo explicar esa repetición de lo oscuro, ese conocimiento de lo inextricable, cuando los pensamientos y las palabras parecían haberse ido con los vientos de otros días? ¿Y por qué todas esas reminiscencias desaparecían con la vuelta de la razón?

CAPITULO CLVII

LA COMPASIÓN de Sofía —explicado el mal de Rubión por el amor que él le profesaba— era un sentimiento a medias, ni simpatía pura ni egoísmo profundo, sino participando de ambos a la vez. Siempre que evitara cualquier situación idéntica a la del *coupé*, todo marcharía bien. En las horas en que Rubión estaba lúcido, lo escuchaba y le hablaba con interés, porque además la enfermedad, que le daba audacia en los momentos de crisis, le redoblaba la timidez en las horas normales. No sonreía, como Palha, cuando Rubión subía al trono o comandaba un ejército. Creyéndose la autora del mal, lo perdonaba; la idea de haber sido amada hasta la locura, lo sacralizaba.

CAPITULO CLVIII

—¿POR QUÉ no lo tratan? —preguntó una noche doña Fernanda, que lo había conocido allí un año antes—; puede ser que se cure.

—Parece que no es cosa grave —replicó Palha—, tiene esos accesos, pero tranquilos, como ha visto; ideas de grandeza que se le pasan en seguida; y fíjese que, fuera de eso, conversa perfectamente. Sin embargo, puede ser... ¿Qué opina usted?

Teófilo, el marido de doña Fernanda, contestó que sí, que era posible.

—¿Qué hacía él o qué hace ahora? —continuó el diputado.

—Nada, ni ahora ni antes. Era rico pero gastador. Lo conocimos cuando vino de Minas y fuimos, por así decirlo, su guía en Río de Janeiro, donde no había vuelto desde hacía largos años. Buen hombre. Siempre con lujo, ¿recuerda? Pero, no hay riqueza inagotable cuando se gasta el capital; fue lo que él hizo. Hoy creo que tiene poco...

—Podría salvarle ese poco, haciéndose nombrar curador mientras él se trata. No soy médico, pero puede ser que ese amigo suyo se sane.

—No digo que no. Realmente, es una pena... Es amable con todos y también presta sus servicios. ¿Sabe que estuvo a punto de ser pariente nuestro? ¿No sabía? Quiso casarse con María Benedicta.

—A propósito de María Benedicta —interrumpió doña Fernanda—, me olvidaba que traigo una carta de ella para mostrarla a usted, Sofía; la recibí ayer. ¿Sabe que ya bien pronto estarán de vuelta? Aquí está.

Entregó la carta a Sofía, que la abrió sin entusiasmo y la leyó con fastidio. Era algo más que una vulgar carta transatlántica, era un depósito moral, una confesión íntima y completa de persona feliz y agradecida. Contaba los más recientes episodios del viaje, desordenadamente, porque los viajeros eran lo principal, y las más bellas obras del hombre o de la naturaleza valían menos que los ojos que las miraban. A veces, un incidente de hotel o callejero ocupaba más papel y traía más interés que otros, porque resaltaba las cualidades del marido. María Benedicta lo amaba tanto o más que el primer día. Al final, tímidamente, en el *post-scriptum*, pidiendo que no se lo dijera a nadie, confesaba que iba a ser madre.

Sofía dobló el papel, no ya con fastidio, sino con despecho, y por dos motivos que se contradicen; pero la contradicción es cosa de este mundo. Comparada aquella carta con las que había recibido de María Benedicta, se diría que Sofía era tan sólo una conocida, sin otro vínculo de sangre o de afecto; y, sin embargo, no querría ser confidente de aquella felicidad susurrada desde el otro lado del océano, llena de minucias, de adjetivos, de exclamaciones, del nombre de Carlos María, de los ojos de Carlos María, de las frases de Carlos María y finalmente del hijo de Carlos María. Parecía una provocación, y casi hacía pensar en la complicidad de doña Fernanda.

Hábil, sabiendo contenerse a tiempo, Sofía disimuló el despecho y devolvió sonriendo la carta de la prima. Quiso decir que, por el texto, la feli-

ciudad de María Benedicta debía estar tan intacta como al principio, pero la voz no le salió de la garganta. Doña Fernanda fue la que se encargó de la conclusión:

— ¡Bien se ve que es feliz!

— Así parece.

CAPITULO CLIX

SI LA MAÑANA siguiente no fuese lluviosa, otra hubiera sido la disposición de Sofía. El sol no siempre es agente de buenas ideas; pero, al menos, permite salir, y el cambio de espectáculo muda las sensaciones. Cuando Sofía despertó, ya la lluvia caía espesa y continua, y el cielo y el mar eran todo uno, tan bajas estaban las nubes, tan densa era la cerrazón.

Tedio por dentro y por fuera. Nada en que explayar la vista y descansar el alma. Sofía metió el alma en un cajón de cedro, cerró el de cedro en el cajón de plomo del día, y permaneció sinceramente difunta. No sabía que los difuntos piensan, que un enjambre de nociones nuevas vienen a sustituir a las viejas, y que salen criticando al mundo como los espectadores salen del teatro criticando la pieza y los actores. La difunta sintió que algunas nociones y sensaciones continuaban viviendo. Venían mezcladas, pero tenían un punto de partida común: la carta de la víspera y los recuerdos que le trajo de Carlos María.

En verdad, creía haber apartado lejos aquella figura aborrecida, y he aquí que reaparecía, que sonreía, que la miraba fijo, que le susurraba al oído las mismas palabras del egoísta ocioso e infatuado que la invitó un día al vals del adulterio y la dejó sola en medio del salón. Alrededor de ésa venían otras; María Benedicta, por ejemplo, una persona insignificante, que ella había ido a buscar al campo para darle el lustre de la ciudad y que olvidó todos los beneficios para sólo acordarse de sus ambiciones. Y también doña Fernanda, madrina de sus amores, que había traído en la víspera, a propósito, la carta de María Benedicta con el *post-scriptum* confidencial. No comprendió que el placer de la amiga bastaba para explicar la distracción respecto a la parte reservada de la carta; menos aún indagó si la naturaleza moral de doña Fernanda permitía esa suposición. Vinieron así otras cavilaciones e imágenes, y retornaron las primeras, y todas se iban uniendo y desuniendo. Entre ellas, apareció un recuerdo de la víspera. El marido de doña Fernanda había envuelto a Sofía en una larga mirada de admiración. Ella,

en verdad, estaba en sus mejores días; el vestido subrayaba admirablemente la perfección del busto, la estrechez de la cintura y el delicado relieve de las caderas; era de *foulard*, color de palha.*

—Color de *palha* —acentuó Sofía riendo, cuando doña Fernanda lo elogió, poco después de entrar—, color de *palha*, como un recuerdo de este señor.

No es fácil disimular el placer de la lisonja; el marido sonrió lleno de vanidad, tratando de leer en los ojos de los otros el efecto de aquella delicada prueba de amor. Teófilo elogió también el vestido, pero era difícil mirarlo sin mirar también el cuerpo de la dueña; por eso las largas miradas que le dirigió, sin concupiscencia, es cierto, y casi sin reincidencia. Pues ese recuerdo de la víspera, un gesto sin invitación, una admiración sin deseo, vino a colarse ahora, cuando Sofía pensaba en la maldad de la otra.

Carlos María, Teófilo... Otros nombres relampaguearon en el cielo de aquella posibilidad, como quedó expuesto en el capítulo CLIV. Y todos vinieron ahora, porque la lluvia continuaba cayendo y el cielo y el mar estaban todavía unidos por la misma cerrazón. Irrumpieron todos esos nombres, con las personas correspondientes y hasta imágenes sin nombres, las adventicias o ignoradas que una sola vez pasaron a su lado, entonaron el himno de la admiración y recibieron el óbolo de la buena voluntad. ¿Por qué no retuvo a alguno de tantos, para oírlo cantar y enriquecerlo? No es que los óbolos enriquezcan a nadie, pero hay otras monedas de mayor valor. ¿Por qué no retuvo a uno de tantos nombres elegantes y hasta egípcios? Esa pregunta muda le corrió por las venas, por los nervios, por el cerebro, sin más respuesta que la agitación y la curiosidad.

CAPÍTULO CLX

EN ESTO LA lluvia cesó un poco, y un rayo de sol logró romper la niebla, uno de esos rayos húmedos que parecen venir de ojos que han llorado. Sofía pensó que todavía podría salir; estaba inquieta por ver, por andar, por sacudir aquel sopor, y esperó que el sol barrierá la lluvia y se apoderara del cielo y de la tierra; pero el gran astro percibió que la intención de ella era convertirlo en linterna de Diógenes, y le dijo al rayo húmedo: "Vuelve, vuelve a mi seno, rayo casto y virtuoso; no vayas tú a conducirla adonde su deseo

* *Palha*: Paja, en portugués. Juego de palabras entre un color y el apellido del marido de Sofía.

la quiere llevar. Que ame, si le parece; que responda a las esquelas amorosas, si las recibe y no las quema; no le sirvas tú de antorcha, luz de mi seno, hijo de mis entrañas, rayo, hermano de mis rayos...».

Y el rayo obedeció, recogién dose al foco central, un poco extrañado del temor del sol, que ha visto tantas cosas ordinarias y extraordinarias. Entonces el velo de nubes se hizo otra vez espeso, y más oscuro, y la lluvia volvió a caer en grandes chaparrones.

CAPITULO CLXI

SOFÍA SE RESIGNÓ a la reclusión. Ya tenía el alma tan confusa y difusa como el espectáculo exterior. Todas las imágenes y nombres se perdían en el mismo deseo de amar. Es justo decir que ella, cuando regresaba de esos estados de conciencia vagos y oscuros, intentaba huirles y guiaba el espíritu hacia un asunto diverso; pero le sucedía como a los que tienen sueño y forcejean por permanecer despiertos: los ojos se cierran cada vez que se despa-bilan, y vuelven a abrirse para cerrarse otra vez. Al final, dejó de mirar la lluvia y la niebla; estaba cansada y para reposar fue a abrir las hojas del último número de la *Revista de Ambos Mundos*. Un día, en lo mejor de los trabajos de la comisión de Alagoas, una de las elegantes compañeras de tareas, casada con un senador, le había preguntado:

—¿Está leyendo la novela de Feuillet, en la *Revista de Ambos Mundos*?

—Sí —replicó Sofía—, es muy interesante.

No la estaba leyendo, ni conocía la *Revista*; pero al día siguiente le pidió al marido que la suscribiera; leyó la novela, leyó las que salieron después y hablaba de todas las que había leído o estaba leyendo. Abiertas las hojas de aquel número, y terminada una novela, Sofía se fue a su cuarto y se tiró en la cama. Había pasado mal la noche y no le costó quedarse dormida —descanso profundo, largo y sin sueños—, salvo al final, en que tuvo una pesadilla. Estaba delante de la misma pared de niebla de ese día, pero en el mar, en la proa de una lancha, echada de bruces, escribiendo con el dedo en el agua un nombre, *Carlos María*. Y las letras quedaban grabadas, y para mayor nitidez, la espuma llenaba los surcos. Hasta aquí no había nada que la atur-diera, a no ser el misterio; pero es sabido que los misterios de los sueños parecen hechos naturales. He aquí que la pared de la cerrazón se rasga, y nada menos que el propio dueño del nombre aparece ante los ojos de Sofía, camina hacia ella, la toma en los brazos y le dice muchas palabras de ternura,

análogas a las que ella, unos meses antes, le había oído a Rubión. Y no la afligieron, como las de éste; al contrario, las escuchó con placer, medio reclinada hacia atrás, como si fuera a desmayarse. Ya no era lancha sino carruaje donde ella se iba con el primo, de manos entrelazadas, enamorada de un lenguaje de oro y sándalo. Tampoco hay aquí nada que asuste. El terror sobrevino cuando el carruaje se detuvo, muchas figuras enmascaradas la rodearon, mataron al cochero, arrancaron las portezuelas, apuñalaron a Carlos María y arrojaron el cadáver al suelo. Después, uno de ellos, que parecía ser el jefe, ocupó el lugar del difunto, se sacó la máscara y le dijo a Sofía que no se asustara, que él la amaba cien mil veces más que el otro. En seguida la tomó de las muñecas y le dio un beso, pero un beso húmedo de sangre, oliendo a sangre. Sofía lanzó un grito de horror y se despertó. Tenía a los pies de la cama al marido.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

—¡Ah! —respiró Sofía—. He gritado, ¿no es cierto?

Palha no respondió nada; miraba sin ver, pensaba en los negocios. Entonces un temor asaltó a la mujer, ¿habría hablado en voz alta, murmurado alguna palabra, un nombre cualquiera, el mismo que había escrito en el agua? Y en seguida, desperezándose con los brazos en alto, los dejó caer sobre el hombro del marido, cruzó la punta de los dedos en la nuca, y murmuró medio alegre, medio triste:

—Soñé que te estaban matando.

Palha se enterneció. Que la hubieran hecho sufrir por él, aunque fuera en sueños, lo llenó de piedad, pero de una piedad agradable, un sentimiento particular, íntimo, profundo, que le hacía desear otras pesadillas, para que lo asesinaran ante la vista de ella, y para que ella gritara angustiada, convulsa, llena de dolor y de pavor.

CAPITULO CLXII

AL DÍA SIGUIENTE, el sol apareció claro y cálido, el cielo límpido y el aire fresco. Sofía se metió en el coche y salió a hacer visitas y a pasear para desquitarse de la reclusión. El propio día le hizo bien. Se vistió canturreando. La conversación con las señoras que la recibieron en sus casas, y con las que encontró en la calle del Ouvidor, la agitación externa, las noticias mundanas, el buen aspecto de tanta gente fina y amiga, bastaron para quitarle del alma los pensamientos de la víspera.

CAPITULO CLXIII

ASÍ, PUES, LO que parecía voluntad imperiosa se reducía a pura veleidad y, con algunas horas de intervalo, todos los malos pensamientos se retiraron a sus aposentos. Si me preguntáis por algún remordimiento de Sofía, no sé qué deciros. Hay una escala de resentimiento y de reprobación. No es sólo en las acciones que la conciencia pasa gradualmente de la novedad a la costumbre, y del temor a la indiferencia. Los simples pecados del pensamiento están sujetos a esa misma alteración, y el hábito de pensar en las cosas despierta tanta afección a ellas, que, al final, el espíritu no las extraña ni las repele. Y en estos casos hay siempre un refugio moral en la imparcialidad exterior que es, en otros términos más explicativos, el cuerpo sin mácula.

CAPITULO CLXIV

UN SOLO INCONVENIENTE afligió a Sofía en ese día puro y brillante; fue un encuentro con Rubión. Había entrado en una librería de la calle del Ouvidor para comprar una novela; mientras esperaba el vuelto, vio entrar al amigo. Rápidamente volvió la cara y recorrió con la mirada los libros del estante, unos libros de anatomía y de estadística; recibió el dinero, lo guardó y, con la cabeza baja, rápida como una flecha, tomó calle arriba. La sangre se le aquietó sólo cuando la calle del Ouvidor quedó bien atrás.

Unos días después, al entrar en casa de doña Fernanda, se encontró con él en el zaguán. Creyó que subía, y se dispuso a subir también, aunque recelosa; pero Rubión bajaba, se estrecharon las manos familiarmente y se despidieron hasta la tarde.

—¿Viene aquí muchas veces? —le preguntó Sofía a doña Fernanda, después de contarle el encuentro del zaguán.

—Esta es la cuarta vez, cuarta o quinta; pero sólo la segunda vez apareció delirando. En las otras es como lo vio ahora, tranquilo y hasta conversador. Hay siempre algo en él que no está completamente bien. ¿No reparó en los ojos, ligeramente perdidos? Eso es; por lo demás, conversa bien. Créame, doña Sofía; ese hombre puede curarse. ¿Por que no hace que su marido tome esto a pecho?

—Cristiano tiene el propósito de hacerle examinar y tratar; pero no se preocupe que yo lo apuraré.

—Eso es. Parece ser muy amigo de usted y del señor Palha.

—¿Le habrá dicho alguna inconveniencia acerca de mí en el delirio? —pensó Sofía—. ¿Convendrá revelarle la verdad?

Resolvió que no; el mismo mal de Rubión explicaría las inconveniencias. Prometió que apremiaría al marido y esa misma tarde le expuso el asunto a Palha. Es un gran fastidio, replicó éste. Y preguntó qué interés tenía doña Fernanda en volver sobre aquel asunto. ¡Que se ocupara ella! Era un fastidio tener que cuidar del otro, acompañarle y probablemente recoger y administrar el resto de dinero que aún quedara, convirtiéndose en curador, como le había dicho el doctor Teófilo. Una molestia de todos los diablos.

—Ya tengo una gran carga sobre mí, Sofía. Y además, ¿cómo ha de ser? ¿Habrá que traerlo a casa? Parece que no. ¿Dónde meterlo? En alguna casa de salud... Sí, pero ¿y si no pudieran aceptarlo? No lo mandaré a la Playa Bermeja... ¿Y las responsabilidades? ¿Prometiste que me hablarías?

—Lo prometí, y afirmé que tú harías esto —respondió Sofía sonriendo—. Tal vez no cueste tanto como parece.

Sofía insistió aún. La compasión de doña Fernanda la había impresionado mucho; le encontró un no sé qué distinguido y noble, y advirtió que si la otra, sin relaciones estrechas ni antiguas con Rubión, se mostraba así interesada, era de buen tono no ser menos generosa.

CAPITULO CLXV

TODO SE HIZO tranquilamente. Palha alquiló una casita en la calle del Príncipe, cerca del mar, donde metió a nuestro Rubión, algunos muebles y al perro amigo. Rubión aceptó la mudanza sin disgusto y, cuando le volvió el delirio, con entusiasmo. Estaba en los palacios de Saint-Cloud.

No sucedió así con los amigos de la casa, que recibieron la noticia de la mudanza como un decreto de exilio. Todo en la antigua casa formaba parte de ellos, el jardín, la verja, las canteras, los escalones de piedra, la ensenada. Todo lo sabían de memoria. Era sólo entrar, colgar el sombrero e ir a esperar en la sala. Habían perdido la noción de la casa ajena y del favor recibido. Después, la vecindad. Cada uno de aquellos amigos de Rubión estaba habituado a ver a las personas del lugar, las caras de la mañana y las de la tarde, algunos llegaban a saludarlos, como a sus propios vecinos. ¡Paciencia! Ahora irían a Babilonia, como los desterrados de Sión. Donde quiera que estuviese el Eufrates, encontrarían sauces donde colgar las arpas nostálgicas, o más propiamente, perchas donde poner los sombreros. La dife-

rencia entre ellos y los profetas era que, al cabo de una semana, tomarían otra vez los instrumentos y los tañerían con la misma gracia y fuerza; cantarían los viejos himnos, tan nuevos como en el primer día, y Babel acabaría por ser la misma Sión, perdida y rescatada.

—Nuestro amigo necesita reposo por algún tiempo —les dijo Palha en Botafogo, el día antes de la mudanza—. Ya habrán advertido que no anda bien; tiene sus horas de olvido, de trastorno, de confusión, se ve a tratar, por ahora es necesario que descanse. Le conseguí una casa pequeña, pero puede ser que, aun así, vaya a un establecimiento de salud.

Lo oyeron atónitos. Uno de ellos, Pío, reaccionando más rápidamente que los otros, respondió que aquello se debía haber hecho hacía tiempo; pero, para hacerlo, era preciso tener influencia decisiva en el ánimo de Rubión.

—Muchas veces le dije, de buenas maneras, que era indispensable consultar un médico, por parecerme que tenía alguna cosa en el estómago... Era un modo de disimular el problema, ¿comprende? Pero él siempre respondía que no tenía nada, que digería bien... "Pero come menos —le decía yo—, hace días que no come casi nada; está más delgado, un poco amarillo...". Comprenderá que no podía decirle la verdad. Llegué a consultar a un médico, amigo mío; pero nuestro buen Rubión no lo quiso recibir.

Los otros cuatro iban confirmando con la cabeza aquella invención; era todo cuanto se les podía pedir y todo lo que les permitía el aturdimiento del golpe. Terminaron preguntando el número de la nueva casa para ir a pedir noticias. ¡Pobre amigo! Cuando se marcharon y se despidieron unos de otros, se produjo un fenómeno con el que no contaban; es que ellos mismos casi no podían separarse. No es que los ligara amistad ni estima; el propio interés los hacía antipáticos. Pero la costumbre de verse todos los días, al almuerzo y a la cena, sentados a la misma mesa, casi los había fusionado; la necesidad los hizo soportables, el tiempo los tornó mutuamente necesarios. En resumen, eran ellos mismos quienes iban a padecer con la ausencia de las caras de costumbre, del gesto, de las patillas, de los bigotes, de la calva, de los estilos particulares, del modo de comer, de hablar y de estar de los compañeros. Más que separación, era desarticulación.

CAPITULO CLXVI

RUBIÓN NOTÓ que ellos no lo acompañaron a la casa nueva, y los mandó llamar; ninguno vino y su ausencia llenó de tristeza a nuestro amigo durante las primeras semanas. Era la familia que lo abandonaba. Rubión trató de recordar si les había hecho algún daño, de obra o de palabra, y no encontró nada.

CAPITULO CLXVII

—CONVERSÉ CON el hombre; le encontré ideas delirantes. A pesar de no ser médico alienista, creo que puede curarse... Pero, ¿quiere que le revele un descubrimiento interesante?

—¿Cree usted que sanará? —dijo doña Fernanda, sin atender a la pregunta del doctor Falcón.

El doctor Falcón era diputado, diputado y médico, amigo de la casa, varón sabio, escéptico y frío. Doña Fernanda le había pedido el favor de examinar a Rubión, poco después que éste se trasladó a la casa de la calle del Príncipe.

—Sí, creo que sanará, siempre que sea tratado regularmente. Puede ser que la enfermedad no tenga antecedentes en la familia. Hágalo ver por un especialista. ¿Pero no quiere saber mi interesante descubrimiento?

—¿Cuál es?

—Tal vez tenga que ver con la enfermedad una persona conocida suya —le respondió él sonriendo.

—¿Quién?

—Doña Sofía.

—¿Cómo es eso?

—El me habló de ella con entusiasmo, me dijo que era la más espléndida mujer del mundo y que la había nombrado duquesa, por no poder nombrarla emperatriz; pero que no se metieran con él, que era capaz de hacer como el tío, divorciarse y casarse con ella. Deduje que habría sentido pasión por la joven; y después la intimidad, Sofía de aquí, Sofía de allá... Disculpeme, pero yo creo que los dos se amaron...

—¡Oh, no!

—Doña Fernanda, creo que se amaron. ¿Qué le sorprende? Yo apenas la conozco; usted parece que no la conoce hace mucho tiempo ni vivió en la intimidad de ella. Puede ser que se hayan amado, y que alguna pasión violenta... Supongamos que ella lo hubiese echado de casa... Es verdad que tiene la manía de las grandezas; pero todo se relaciona...

Doña Fernanda no lo miraba, avergonzada de oír aquella suposición; evitaba discutirlo por lo delicado del asunto. La sospecha le parecía sin fundamento, absurda, inverosímil; no iba a creer en aquel amor espurio, aunque se lo oyese al propio Rubión. Un trastornado, en suma. Y aunque no lo fuese, es probable que no le diera crédito. Sí, no le merecía fe. No podía creer que Sofía hubiese amado a ese hombre, no por él, sino por ella, tan correcta y pura. Era imposible. Quiso defenderla; pero a pesar de la intimidad del doctor Falcón, se desvió por segunda vez del asunto, y repitió la pregunta de hacía un momento:

—¿Le parece entonces que se podrá curar?

—Puede, pero no basta mi examen. Usted sabe que, en estas cosas, es mejor un especialista.

Poco después, al salir a la calle, Falcón se sonreía de la resistencia de

doña Fernanda en aceptar su hipótesis. "Con seguridad, ha habido algo —se decía—; buena cara, y si no es buen mozo, tiene buena presencia y fuego en los ojos. Con seguridad..." Y repetía algunas frases de Rubión, evocaba el gesto y la modulación tierna de la voz, y cada vez más se le iba ahondando la sospecha. "Con seguridad..." Era imposible que no se hubieran amado; la oposición de doña Fernanda le parecía ingenua, a no ser que fuera un recurso para cambiar de tema y no tocar el asunto. Debía de ser eso...

En este punto, sin querer, el diputado se detuvo. Una sospecha nueva había asaltado su espíritu. Tras algunos instantes, meneó la cabeza voluntariamente, como desmintiéndose, como encontrándose absurdo, y siguió andando. Pero la sospecha es tenaz y cuando ocupa de veras el interior del hombre no hace caso de la cabeza ni de sus gestos. "Quién sabe si doña Fernanda no suspiró también por él? ¿Esa dedicación no sería una prolongación del amor, etc.?" Y así fueron naciendo preguntas, que encontraban en lo íntimo del doctor Falcón respuesta afirmativa. Aún se resistió, era amigo de la casa, sentía respeto por doña Fernanda, la sabía honesta; pero —iba pensando— bien podía ser que un sentimiento oculto, recatado, ¿quién sabe si hasta provocado por la misma pasión de la otra? Esas tentaciones existen. El contagio de la lepra corrompe la sangre más pura; un triste bacilo destruye el más robusto organismo.

Poco a poco, los conatos de resistencia fueron cediendo a la noción de la posibilidad, de la probabilidad y de la certeza. Es cierto que tenía noticia de algunas obras de caridad de doña Fernanda; pero aquel caso era nuevo. Esa dedicación especial a un hombre que no era asiduo visitante, ni viejo amigo, ni pariente, correligionario, colega del marido, o cualquier cosa que lo hiciera partícipe de la vida doméstica por las relaciones, por la sangre o por la costumbre, no era explicable sin algún motivo secreto. Amor, seguramente; curiosidad de mujer honesta, que puede desembocar en el vicio y en el remordimiento. Aquélla habría retrocedido a tiempo; le quedó la simpatía mórbida... Y luego, ¿quién sabe?

CAPITULO CLXVIII

Y LUEGO, ¿quién sabe?, repitió el doctor Falcón a la mañana siguiente. La noche no había apagado su desconfianza. Y luego, ¿quién sabe? Sí, no sería sólo simpatía mórbida. Sin conocer a Shakespeare, enmendó a Hamlet: "Hay entre el cielo y la tierra, Horacio, muchas cosas más de lo que sueña vuestra vana *filantropía*". Allí puso su dedo el amor... Y no se burlaba ni criticaba nada. Ya dije que era escéptico; pero, como también era discreto, no transmitió a nadie su conclusión.

CAPITULO CLXIX

LA VUELTA DE Carlos María y de la mujer interrumpió las preocupaciones de doña Fernanda respecto a Rubión. Fue a bordo a recibirlos, los condujo a Tijuca donde un viejo amigo de la familia de Carlos María había alquilado y amueblado una casa, por orden de él. Sofía no fue a bordo; mandó el *coupé* a esperarlos en el muelle Pharoux, pero doña Fernanda ya tenía allí una calesa, que los llevó, y además a ella y a Palha. De tarde Sofía fue a visitar a los recién llegados.

Doña Fernanda no cabía en sí de contento. Las cartas de María Benedicta los daban por felices; ella no pudo leer, desde luego, en los ojos y en las maneras del matrimonio la confirmación de lo escrito. Parecían satisfechos. María Benedicta no contuvo las lágrimas cuando abrazó a la amiga, ni ésta las suyas, y ambas se abrazaron como dos hermanas de sangre. Al día siguiente, doña Fernanda preguntó a María Benedicta si ella y el marido eran felices y, al saber que sí, la tomó de las manos y la miró largamente sin encontrar palabras. No logró más que repetir la pregunta:

—¿Son felices?

—Lo somos —respondía María Benedicta.

—No sabes qué bien me hace tu respuesta. No es sólo porque tendría remordimientos si ustedes no tuviesen la felicidad que yo imaginé darles, sino también porque es muy bueno ver felices a los demás. ¿El te quiere como el primer día?

—Creo que más, porque yo lo adoro.

Doña Fernanda no entendió esta palabra. *¡Creo que más, porque yo lo adoro!* En verdad, la conclusión no parecía concordar con la premisa: pero era el caso de enmendar de nuevo a Hamlet: "Hay entre el cielo y la tierra, Horacio, muchas cosas más de lo que sueña vuestra vana *dialéctica*". María Benedicta comenzó a contarle el viaje, a desgranar sus impresiones y recuerdos; y como el marido se había reunido con ellas, poco después, recurría a la memoria de él para llenar las lagunas.

—¿Cómo fue, Carlos María?

Carlos María recordaba, explicaba, o rectificaba, pero sin interés, casi impaciente. Había adivinado que María Benedicta acababa de confiar a la otra sus venturas, y mal podía disimular el efecto desagradable que esto le causaba. ¿Para qué decir que era feliz con él, si no podía ser de otra manera? ¿Y por qué divulgar sus cariños y palabras, sus misericordias de dios grande y amigo?

El regreso a Río de Janeiro fue una condescendencia suya. María Benedicta quería tener aquí el hijo; el marido cedió, de mala gana, pero cedió. ¿Por qué de mala gana? Es difícil explicarlo, no menos que entenderlo. En lo relativo a la maternidad, Carlos María tenía ideas personales y singulares, recónditas, no confiadas a nadie. Le parecía impúdica la naturaleza al hacer de la gestación humana un fenómeno público, patente, creciente hasta pa-

recer un defecto físico, sugestivo hasta la irreverencia. De ahí venía el deseo de la soledad, del misterio y de la ausencia. Viviría de buena gana los últimos tiempos en el interior de una casa única, ubicada en lo alto de una colina, vedada al mundo, donde la mujer bajara un día con el hijo en los brazos y la divinidad en los ojos.

Sobre esto no le hizo ninguna proposición a su mujer. Hubiera tenido que discutir y no le gustaba discutir; prefería ceder. María Benedicta tenía, naturalmente, el sentimiento contrario; se consideraba a sí misma un templo divino y recatado en el que vivía un dios, hijo de otro dios. La gestación estaba llena de fastidios, de dolores, de incomodidades que ella ocultaba lo más que podía al marido; pero todo eso le daba mayor valor a la futura criatura. Aceptaba el mal con resignación —si es que no lo abrigaba con alegría—, dado que era la condición de la venida del fruto. Cumplía cordialmente el oficio de la especie. Y repetía sin palabras la respuesta de María de Nazareth: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí su voluntad".

CAPITULO CLXX

—¿QUÉ TIENES? —preguntó María Benedicta al marido, en cuanto se quedaron solos.

—¿Yo? Nada. ¿Por qué?

—Parecías disgustado.

—No, no estaba disgustado.

—Lo estaba, sí —insistió ella.

Carlos María sonrió, sin responder. María Benedicta ya le conocía esa sonrisa especial, inexpresiva, sin ternura ni censura, superficial y pálida. No insistió en averiguar, se mordió los labios y se retiró.

En el cuarto, durante un tiempo, no pensó en otra cosa que no fuera aquella sonrisa descolorida y muda, señal de algún disgusto, cuya culpa no podía ser más que ella. Y recorría toda la conversación, todos los gestos que había hecho, y no encontraba nada que explicase la frialdad, o lo que fuera, de Carlos María. Tal vez se había mostrado excesiva en sus palabras; era su costumbre, si estaba contenta, poner el corazón en las manos y distribuirlo a amigos y a extraños. Carlos María reprochaba esa generosidad, porque le daba un aire de premio mayor a su estado moral y doméstico y porque le parecía banal e inferior. María Benedicta recordaba que, en París, en la colonia brasileña, había sentido más de una vez ese efecto de sus expansio-

nes, y se había reprimido. Pero ¿estaría doña Fernanda en el mismo caso? ¿No era la autora de la felicidad de ambos? Rechazó esa hipótesis y trató de hallar otra. Al no encontrarla volvió a la primera y, como le sucedía siempre, le dio razón al marido. En verdad, por más íntima y grata que fuese, no debía contar a su buena amiga los detalles de su vida; era ligereza suya...

Vinieron a interrumpirla náuseas en este punto de las reflexiones. La naturaleza le recordaba una razón de Estado —la razón de la especie— más apremiante y superior que los disgustos del marido. Cedió a la necesidad; pero, pocos minutos después estaba al lado de Carlos María, rodeándole el cuello con el brazo derecho. El, sentado, leía una revista inglesa; tomó la mano de ella, pendiente sobre el pecho, y terminó la página.

—¿Me perdonas? —preguntó su mujer, cuando lo vio cerrar la revista—. De ahora en adelante voy a ser menos charlatana.

Carlos María le tomó las dos manos, sonriendo, y respondió que sí con la cabeza. Fue como si lanzara una onda de luz sobre ella; la alegría le penetró el alma. Se diría que en el propio feto repercutió la sensación y bendijo al padre.

CAPITULO CLXXI

—¡PERFECTAMENTE! ¡Así es como los quiero ver! —exclamó una voz del lado de la galería.

María Benedicta se apartó rápidamente del marido. La galería, que se comunicaba con la sala mediante tres puertas, tenía una de éstas abierta. De allí había venido la voz; de allí espiaba y reía la cabeza de Rubión. Era la primera vez que le veían. Carlos María, sin levantarse, lo miraba, serio, esperando. Y la cabeza reía, con sus abundantes bigotes de punta de aguja, mirando a uno y otro, y repitiendo:

—¡Perfectamente! ¡Así es como los quiero ver!

Rubión entró, les tendió la mano que ellos recibieron sin cariño, dijo muchas frases de admiración y alabanza a María Benedicta, ella tan gentil, él tan gallardo; notó que ambos tenían el nombre de María, especie de predestinación, y acabó informando sobre la caída del ministerio.

—¿Cayó el ministerio? —preguntó involuntariamente Carlos María.

—No se habla de otra cosa en la ciudad. Voy a sentarme, sin pedir permiso, ya que no me ofrecen una silla —continuó él, sentándose, sacando el

bastón que traía bajo el brazo y apoyando las manos en él—. Pues así es, el ministerio renunció. Voy a organizar otro. Ha de entrar Palha, nuestro Palha, su primo Palha y usted también, si lo desea, será ministro. Necesito un buen gabinete, todo de gente amiga y firme, capaz de dar la vida por mí. Llamaré a Morní, a Pío, a Camacho, a Rouher, al mayor Siqueira. ¿Se acuerda usted del mayor? Creo que se quedará con la cartera de guerra; no conozco hombre más apto para las cuestiones militares.

María Benedicta, molesta e impaciente, caminaba por la sala, a la espera de que el marido le pidiera algo; éste le dijo con los ojos que se fuera; ella no esperó otro gesto, pidió permiso al huésped y se retiró. Rubión, no bien ella salió, la elogió nuevamente, una flor, dijo; y se corrigió, riendo; dos flores, creo que hay allí dos flores. ¡Nuestro Señor las bendiga! Carlos María le tendió la mano en señal de despedida.

—Mi querido señor...

—¿Puedo incluirlo en el ministerio? —preguntó Rubión.

Al no oír respuesta, entendió que sí y le prometió una buena cartera. El mayor iría a la de Guerra, Camacho a la de Justicia. ¿No los conocía acaso? "Dos grandes hombres, Camacho aún más grande que el otro." Y obediendo a Carlos María, que iba andando en dirección a la puerta, Rubión se retiraba sin advertirlo; pero no fue tan pronto. En la galería, antes de bajar los escalones, le contó varios episodios de la guerra. Por ejemplo, había restituido Alemania a los alemanes; era simpático y político. Ya le había devuelto Venecia a los italianos. No necesitaba más territorio; las provincias del Rhin, sí, pero había tiempo de procurarlas.

—Mi querido señor... —insistió Carlos María tendiéndole la mano.

Lo despidió y cerró la puerta; Rubión profirió aún algunas palabras y bajó los escalones. María Benedicta, que los espiaba desde el fondo, fue a encontrarse con el marido, lo retuvo de la mano y se quedó mirando a Rubión que atravesaba el jardín. No iba derecho, ni de prisa, ni callado; se detenía, gesticulaba, recogía una rama seca, viendo mil cosas en el aire, más gentiles, que la dueña de casa, más gallardas que el dueño. Desde la ventana miraban a nuestro amigo y, en cierto lance grotesco, María Benedicta no pudo contener la risa; Carlos María, sin embargo, miraba plácidamente.

CAPITULO CLXXII

—PERO SI LA caída del ministerio es verdad —dijo ella—, ¿sabes quién va a ser ministro?

—¿Quién? —preguntó Carlos María con los ojos.

—Tu primo Teófilo. Naná me contó que abrigaba alguna esperanza, y por eso fue que se quedó este año en la Corte. Desconfió, o ya se hablaba de la salida del ministerio; tal vez desconfiase. No me acuerdo bien de lo que ella me dijo; pero parece que entra.

—Puede ser.

—Mira, allí va Rubión; se paró, está mirando hacia arriba, espera tal vez la diligencia o el coche. El tenía coche. Allá va andando...

CAPITULO CLXXIII

—¡Así que Teófilo será ministro! —exclamó Carlos María. Y, después de un instante—: Creo que será un buen ministro. ¿Te gustaría verme también ministro?

—Si quisieras, ¿qué remedio?

—¿De manera que, por tu voto, no lo sería? —preguntó Carlos María. “¿Qué debo de responder?” pensó ella, escrutando el rostro del marido.

El, riendo:

—Confiesa que me adorarías aunque fuese un simple ordenanza de ministro.

—¡Justamente! —exclamó la joven, echándole los brazos al cuello.

Carlos María le acarició los cabellos, y murmuró serio:

—Bernadotte fue rey y Bonaparte emperador. ¿Querías ser la reina-madre de Suecia?

María Benedicta no entendió la pregunta ni él se la explicó. Para explicarla sería menester decir que posiblemente ella llevaba en su seno a un Bernadotte; pero esta suposición significaba un deseo, y el deseo una confesión de inferioridad. Carlos María colocó otra vez las manos sobre la cabeza de su mujer, con un gesto que parecía decir: “María, tú elegiste la mejor parte...”. Y ella pareció entender el sentido de aquel gesto.

—¡Sí! ¡Sí!

El marido sonrió y volvió a la revista inglesa. Ella, recostada en el sillón, le pasaba los dedos por los cabellos, muy suavemente y calladita para no perturbarlo. El seguía leyendo, leyendo, leyendo. María Benedicta fue atenuando la caricia, retirando los dedos poco a poco, hasta que salió de la sala donde Carlos María continuó leyendo un estudio de Sir Charles Little, M. P., sobre la famosa estatua de Narciso, del Museo de Nápoles.

CAPITULO CLXXIV

CUANDO RUBIÓN fue a la casa de doña Fernanda, a la tardecita, el criado le dijo que no podía subir. La señora estaba indispuesta; el señor estaba con ella; parece que esperaban al médico. Nuestro amigo no insistió y se fue.

Era al revés: era el señor quien estaba enfermo, y la señora la que lo acompañaba; pero el criado no podía cambiar el recado que le habían dado. Otro criado desconfió, es cierto, que el enfermo fuese él y no ella, porque lo había visto entrar abatido. Arriba, en el cuarto de ellos, se oía un rumor de voces, ora alto, ora bajo, con intervalos de silencio. Una criadita, que subió de puntillas, bajó diciendo que había oído quejarse a su amo; probablemente la señora estaba muy mal. Abajo, un parlotear sordo, oídos atentos, conjeturas; extrañaban que de arriba no pidieran agua, cualquier remedio, un caldo al menos. La mesa puesta, el criado de corbata, el cocinero orgulloso y ansioso... ¡Justamente hoy, una de las mejores comidas!

¿Qué sucedía? Teófilo tenía aún el gesto abatido con que entró; estaba sentado en un diván, sin chaleco, con los ojos fijos. A su lado, sentada también, tomándole una de las manos, doña Fernanda le pedía que se tranquilizara, que no valía la pena. Y se inclinaba para verle el rostro, lo atraía hacia sí, quería que recostara la cabeza en el hombro de ella...

—Deja, deja —murmuraba el marido.

—¡No vale la pena, Teófilo! ¿Ahora un ministerio...? ¿Valdrá tanto un cargo de poco tiempo, lleno de disgustos, insultos, trabajos, para qué? ¿No es mejor la vida tranquila? Admito que haya habido injusticia; creo que sí, tú has prestado servicios; pero, ¿será tan grande la pérdida? Anda, querido, cálmate; vamos a cenar.

Teófilo se mordía los labios, tironeándose una de las patillas. No escuchó nada de lo que su mujer le dijo, ni exhortaciones ni consuelos. Oía las conversaciones de la noche anterior y de esa mañana, las combinaciones políticas, los nombres pronunciados, los rechazados y los aceptados. Ninguna combinación lo había incluido, aunque él hubiera hablado con mucha gente acerca del verdadero aspecto de la situación. Era oído con atención por unos, con impaciencia por otros. Una vez, los anteojos del organizador parecieron interrogarlo, pero el gesto fue rápido, e ilusorio. Teófilo recomponía ahora la agitación de tantas horas y lugares, recordaba a quienes lo miraban de reojo, los que sonreían, los que andaban con la misma cara que él. Hacia el final ya no hablaba; las últimas esperanzas se le apagaban en los ojos como lamparitas de madrugada. Había oído los nombres de los ministros, se veía obligado a encontrarlos buenos; pero ¡qué fuerza no necesitó para articular alguna palabra! Recelaba que le descubrieran el desaliento o el despecho, y todos sus esfuerzos concluían por acentuarlos más aún. Palidecía, le temblaban los dedos.

CAPITULO CLXXV

—ANDA, VAMOS a comer— repitió doña Fernanda.

Teófilo se dio un golpe en la rodilla, con la mano abierta, y se incorporó diciendo palabras sueltas y rabiosas, andando de un lado para el otro, golpeando con el pie, amenazando. Doña Fernanda no pudo vencer la violencia de aquel nuevo acceso, esperó que fuese corto, y fue corto; Teófilo se acercó al sillón, meneó la cabeza y cayó otra vez postrado. Doña Fernanda acercó una silla y se sentó a su lado.

—Tienes razón, Teófilo; pero es preciso ser hombre. Eres joven y fuerte, aún tienes un futuro, y tal vez un gran futuro. ¿Quién sabe si entrando ahora en el ministerio no perderías más adelante? Entrarás en otro. A veces, lo que parece desgracia es felicidad.

Teófilo le apretó la mano, agradecido.

—Es perfidia, es intriga —murmuraba mirándola—, conozco a todos esos canallas. Si te contara todo, todo... Pero, ¿para qué? Prefiero olvidarlo... No es por culpa de una miserable cartera que estoy dispuesto —continuó después de unos instantes—. Las carteras no valen nada. Quien sabe trabajar y tiene talento puede burlarse de las carteras, y mostrar que es superior a ellas. La mayor parte de esa gente, Naná, no me llega a mí ni a los talones. De eso estoy bien seguro, y ellos también. ¡Caterva de intrigantes! ¿Dónde encontrarán más sinceridad, más fidelidad, más ardor para la lucha? ¿Quién trabajó más en la prensa, en el tiempo del ostracismo? Se disculpan; dicen que los gabinetes ya vienen organizados desde San Cristóbal... ¡Ah, quisiera hablar con el Emperador!

—¡Teófilo!

—Le diría al Emperador: "Señor, Vuestra Majestad no sabe lo que es esa política de pasillos, esas combinaciones de camarilla. Vuestra Majestad quiere que trabajen los mejores en sus consejos, pero son los mediocres los que se acomodan... El mérito no cuenta". Eso es lo que le diré algún día; puede ser que mañana mismo...

Se calló. Después de una larga pausa se levantó y fue hasta la salita de trabajo, que quedaba en el cuarto de al lado; la mujer lo acompañó. Ya estaba oscuro, encendió el pico del gas y se paseó por la habitación con los ojos velados por la melancolía. Había allí cuatro grandes estanterías cubiertas de libros, de informes, de presupuestos, de balances del Tesoro. El escritorio estaba en orden. Tres armarios altos, sin puertas, guardaban los manuscritos, notas, recuerdos, cálculos, apuntes, todo apilado y retulado metódicamente: *créditos extraordinarios, créditos suplementarios, créditos de guerra, créditos de marina,* ejercicio del 61-62, del 62-63, del 63-64, etc.* Allí trabajaba mañana y noche, sumando, calculando, recogiendo los elementos de sus discursos y opiniones, porque era miembro de tres comisiones

* Préstamo de 1868, ferrocarriles, deuda interna.

parlamentarias, y trabajaba generalmente por sí y por seis colegas; éstos oían y firmaban. Uno de ellos, cuando los dictámenes eran extensos, los firmaba sin oír.

—Hombre, usted sabe y basta —le decía—; páseme la pluma.

Todo allí respiraba atención, cuidado, trabajo asiduo, meticoloso y útil. De la pared, en ganchos, pendían los periódicos de la semana que eran después sacados, guardados y finalmente encuadernados semestralmente, para consultas. Los discursos del diputado, impresos y encuadernados en 4.º se alineaban en un estante. Ningún cuadro o busto o adorno, nada para recrear, nada para admirar; todo seco, exacto, administrativo.

—¿De qué vale todo esto? —preguntó Teófilo a su mujer, tras algunos instantes de triste contemplación—. Horas de cansancio, largas horas de la noche hasta la madrugada, a veces... No se dirá que este escritorio es el de un hombre ocioso; aquí se trabaja. Tú eres testigo de que trabajo. ¿Todo para qué?

—Consuélate trabajando —murmuró ella.

El, amargo:

—¡Pobre consuelo! No, no, acabaré con esto, no me preocuparé más. Mira, en la cámara, todos me consultan, hasta los ministros, porque saben que yo me consagro de verdad a los asuntos de la administración. ¿Cuál es el premio? ¿Venir para aquí, en mayo, a aplaudir a los nuevos señores?

—Pues no aplaudas nada —le dijo mansamente su mujer—. ¿Quieres hacerme un favor? Vayamos a Europa, en marzo o abril, y regresemos de aquí a un año. Pide licencia en la cámara, desde dondequiera que estemos, desde Varsovia, por ejemplo; tengo muchas ganas de ir a Varsovia —continuó, sonriendo y tomándole graciosamente la cara entre las manos—. Dime que sí; contesta, así escribo hoy mismo a Río Grande, el vapor sale mañana. Esta dicho; ¿vamos a Varsovia?

—No bromees, Naná, que esto no es cosa de bromas.

—Hablo seriamente. Ya hace mucho tiempo que estoy por proponerte un viaje, a ver si descansas de este papelerío infernal. ¡Es demasiado, Teófilo! Apenas si puedes hacer alguna visita. Paseo, es raro. Casi no conversas. Nuestros hijos apenas ven a su padre, porque aquí no se entra cuando tú trabajas... Es necesario descansar; te pido un año de reposo. Mira que es en serio. Vayamos a Europa en marzo.

—No puede ser —balbució él.

—¿Por qué no?

No podía ser. Era invitarlo a salir de su propia piel. La política lo era todo. ¿Que también había política afuera? Sí, pero, ¿qué tenía que ver él con ella? Teófilo no conocía nada de lo que pasaba afuera, excepto nuestra deuda con Londres o media docena de economistas. Sin embargo, agradeció a su mujer la intención de la propuesta:

—Eres muy buena.

Y un vago sentimiento de esperanza restituía a la voz del diputado la humanidad perdida en aquella grave crisis moral. Los papeles le infundían ánimo. Toda aquella masa de estudios se le aparecía como la tierra abonada y sembrada a los ojos del labrador. No tardaría en germinar; el trabajo ten-

dría su recompensa; un día, tarde o temprano, el germen brotaría y el árbol daría frutos. Era precisamente lo que su mujer había dicho con otras palabras directas y propias; pero sólo ahora veía la posibilidad de la cosecha. Recordó las explosiones de cólera, de indignación, de desesperación, de las quejas de hacía un momento y se sintió avergonzado. Quiso reír y lo hizo mal. A la cena, y durante el café, se entretuvo con los hijos, que aquella noche se acostaron más tarde. Nuno, que ya iba al colegio, donde había oído hablar del cambio de gabinete, le dijo al padre que quería ser ministro. Teófilo se puso serio.

—Hijo mío —dijo— elige otra cosa, menos ministro.

—Dicen que es lindo, papá; dicen que andan en coche con un soldado atrás.

—Pues yo te doy un coche.

—Papá, ¿ya has sido ministro?

Teófilo intentó sonreír y miró a su mujer, que aprovechó la ocasión para mandar a acostar a los niños.

—Ya, ya fui ministro —respondió el padre besando la frente de Nuno—, pero no quiero serlo más, es muy feo, da trabajo. Tú serás capellán.

—¿Qué es capellán?

—Capellán es la cama —respondió doña Fernanda—; vete a dormir, Nuno.

CAPITULO CLXXVI

EN EL ALMUERZO, al día siguiente, Teófilo recibió una carta traída por un ordenanza.

—¿Ordenanza?

—Sí, señor, dice que viene de parte del señor Presidente del Consejo.

Teófilo abrió la carta, con mano trémula. ¿Qué sería? Había leído en los diarios la nómina de los nuevos ministros; el gabinete estaba completo. No hubo divergencia de nombres. ¿Qué podía ser? Doña Fernanda, frente a su marido, procuraba leerle en el rostro el texto de la carta. Veía una luz; percibió que la boca sofrenaba una sonrisa de satisfacción, al menos de esperanza.

—Dígale que espere —ordenó Teófilo al criado.

Fue al escritorio y volvió minutos después con la respuesta. Se sentó a la mesa, silencioso, dando tiempo a que el criado entregara la carta al orde-

nanza. Esta vez, como ya estaba prevenido, oyó las patas del caballo y poco después el galope, calle abajo, y se sintió feliz.

—Lee —dijo.

Doña Fernanda leyó la carta del Presidente del Consejo; era un pedido para que fuera a hablarle a las dos de la tarde.

—Pero, entonces, ¿el ministerio...?

—Está completo —se apresuró a decir el diputado—; los ministros están nombrados.

No creía del todo en lo que decía. Imaginaba alguna vacante de última hora, y la necesidad urgente de llenarla.

—Ha de ser alguna conferencia política, o tal vez quiera conversar sobre el presupuesto, o encargarme algún estudio.

Diciendo esto para engañar a su mujer, aceptó la probabilidad de las hipótesis, y otra vez se abatió; pero, tres minutos después, las mariposas de la esperanza revoloteaban delante de él, no dos, ni cuatro, sino un torbellino que cegaba el aire.

CAPITULO CLXXVII

DOÑA FERNANDA esperó, impaciente, como si el ministerio fuera de ella y pudiera proporcionarle un placer que no fuese amargo y complicado. Sin embargo, si era para satisfacer al marido, todo le parecía bien. Teófilo volvió a las cinco y media. Por su aspecto reconoció que venía satisfecho. Corrió a apretarle las manos.

—¿Qué hay?

—¡Pobre Naná! Tendremos que salir con los bártulos a costas. El marqués me pidió insistentemente que aceptara una gobernación de primer orden. No pudiendo meterme en el gabinete, donde tenía un lugar señalado, deseaba, quería y rogaba que compartiese la responsabilidad política y administrativa del gobierno, asumiendo una gobernación. No podía, en ningún caso, prescindir de mi prestigio (son sus palabras), y espera que en la cámara asuma el lugar de jefe de la mayoría. ¿Qué me dices?

—Que preparemos los bártulos — respondió doña Fernanda.

—¿Te parece que podía negarme?

—No.

—No podía. Tú sabes, no se puede negar una ayuda así a un gobierno amigo; o si no se retira uno de la política. El marqués me trató muy bien;

yo ya sabía que era un hombre superior; ¡pero qué risueño y afable!, no te imaginas. Quiere también que asista a una reunión; los ministros y algunos amigos, pocos, media docena. Me confió ya el programa del gabinete, en reserva...

—¿Cuándo salimos?

—No sé; lo veré mañana por la noche. La reunión es mañana a las ocho... Pero, ¿no te parece que hice bien, aceptando?

—Por cierto.

—Sí; si me negase me censurarían, y con razón. En política, la primera cosa que se pierde es la libertad. Tú, si quisieras, podrías quedarte; dentro de cinco meses, o cuatro, se abren las cámaras; apenas tendré tiempo de llegar y dar un vistazo.

CAPITULO CLXXVIII

DOÑA FERNANDA aceptó la propuesta; no interrumpía así la educación de su hijo; era una separación de cuatro meses. Teófilo partió a los pocos días. En la mañana del día del viaje, bien temprano, fue a despedirse del despacho. Echó la última mirada a los libros, informes, presupuestos, manuscritos, a toda esa parte de la familia que sólo tenía lengua e interés para él. Había atado los paleles y los folletos para que no se extraviaran y le hizo a su mujer grandes recomendaciones. Parado en el centro del cuarto, paseó la vista por los estantes y repartió el alma por todos ellos. Se despedía así de sus santos y amigos, con verdadera nostalgia. Doña Fernanda, que estaba a su lado, no vivió allí más que los diez minutos de la despedida. Teófilo vivió muchos años.

—No te preocupes, yo cuidaré de ellos, yo misma les quitaré el polvo todos los días.

Teófilo le dio un beso... Otra mujer lo hubiera recibido triste, por ver que él amaba tanto los libros que parecía preferirlos a ella. Pero doña Fernanda se sintió venturosa.

CAPITULO CLXXIX

RUBIÓN, DESDE el día de la crisis ministerial, no volvió a casa de doña Fernanda; no supo nada, ni de la gobernación ni del viaje de Teófilo. Vivía entre el perro y un criado, sin grandes crisis ni prolongados reposos. El criado hacía el trabajo irregularmente, se guardaba las gratificaciones y recibía, a menudo, el título de marqués. Por lo demás, se divertía. Cuando al amo se le daba por conversar con las paredes, el criado corría a espiarlo; asistía al diálogo, porque Rubión se encargaba de responder por ellas, como si hubieran hecho alguna pregunta. De noche, iba a charlar con los amigos de la vecindad.

—¿Cómo va el chiflado?

—El chiflado anda bien. Hoy invitó al perro a cantar; el perro ladró mucho y a él le encantó la cosa como si fuera un gran personaje. Cuando le da la manía, parece que es el que gobierna el mundo. Ayer, en el almuerzo, me dijo: «Marqués Raimundo... quiero que tú...», y el resto fue tan confuso que no entendí nada. Al final me regaló unas monedas.

—Que te las guardaste en seguida...

—¡Claro!

Cuando Rubión volvía en sí de su delirio, toda aquella parloteante fantasmagoría se convertía, por unos instantes, en una tristeza callada. La conciencia, en la cual quedaban rastros del estado anterior, forcejeaba por arrancarlos de sí. Era como la ascensión dolorosa de un hombre desde el abismo, trepándose por las paredes, arrancándose la piel, dejando las uñas, para llegar arriba, para no caer de nuevo y perderse. Iba entonces a visitar a los amigos, unos nuevos, otros viejos, como a la familia del mayor y la de Camacho, por ejemplo.

Este, desde hacía algún tiempo, casi no lo atendía. Ni la política le proporcionaba tema para los discursos de otrora. En el escritorio, cuando veía a Rubión asomarse a la puerta, hacía un gesto de impaciencia, que en seguida contenía; el otro notaba ese cambio y se perdía en conjeturas: ¿se le habría escapado alguna ofensa, por descuido, o comenzaba a incomodarlo? Y para deshacer el fastidio o el resentimiento, hablaba suavemente, risueño, abriendo largas pausas respetuosas, esperando que él dijera cualquier cosa. En vano apelaba al Marqués de Paraná, cuyo retrato continuaba colgado en la pared; repetía los nombres que le había oído: ¡el gran marqués!, ¡el estadista consumado! Camacho asentía con la cabeza y seguía escribiendo sin parar, consultando los expedientes y los maestros del derecho, Lobao, Coelho da Rocha, citando, tachando, pidiéndole disculpas. Tenía que entregar un alegato ese día. Lo interrumpía para buscar en la estantería.

—Con permiso...

Rubión apartaba las piernas para dejarlo pasar; él sacaba un tomo de las Ordenaciones del Reino, y hojeaba, hojeaba, saltando páginas, volviendo atrás, al tuntún, sin buscar nada, únicamente con el propósito de despedir

al importuno; pero el importuno se quedaba, por eso mismo, y se miraban disimuladamente. Camacho volvía a su alegato. Para leer, sentado, se inclinaba mucho hacia la izquierda, de donde le venía la luz, dando la espalda a Rubión.

—Aquí está oscuro —aventuró Rubión un día.

Y no oyó respuesta, tan atento parecía el abogado en la lectura de los expedientes. “Realmente, puede que lo moleste”, pensó nuestro amigo. Le escrutaba la expresión dura y seria, el gesto con que tomaba la pluma para continuar el interminable alegato. Veinte minutos más de silencio absoluto. Al cabo de este plazo, Rubión lo vio dejar la pluma, erguir el busto, estirar los brazos y pasarse las manos por los ojos. Le dijo con interés:

—Cansado, ¿no?

Camacho hizo un gesto afirmativo y se preparó para continuar; entonces nuestro hombre se levantó y aprovechó el intervalo para decir adiós.

—Volveré cuando esté menos atareado.

Le tendió la mano; Camacho se la estrechó ligeramente, y volvió a enfrascarse en el papel. Rubión bajó la escalera, aturdido, herido por la frialdad de su ilustre amigo. ¿Qué le habría hecho?

CAPITULO CLXXX

AQUELLA VEZ tuvo la fortuna de encontrar al mayor Siqueira.

—Iba ahora mismo a su casa —le dijo—. ¿Va para allá?

—Sí; pero ya no estamos en la misma casa; nos mudamos a los Cajueiros, calle de la Princesa...

—Sea donde fuere, vamos.

Rubión necesitaba un pedazo de cuerda que lo atara a la realidad, porque el espíritu se sentía otra vez presa del vértigo. Sin embargo, habló con tal acierto y propiedad que el mayor lo encontró en pleno juicio, y le dijo:

—¿Sabe que tengo una gran noticia que darle?

—Veamos.

—Se la daré cuando lleguemos.

Llegaron. era una casa de dos pisos; Toñita les abrió la puerta de la calle. Llevaba un vestido nuevo y aros.

—Mírela bien —le dijo el mayor tomando a la hija por la barbilla.

Toñita retrocedió avergonzada.

—La estoy mirando —respondió Rubión.

—¿No se nota en seguida que es una persona que se va a casar?

—¡Ah, felicitaciones!

—Es verdad, sí, se va a casar. Le costó, pero lo encontró. Consiguió por ahí un novio, que la adora, como todos ellos; yo, cuando fui novio, adoré a mi difunta de un modo que fue una cosa nunca vista... Se va a casar. Consiguió un novio. Le costó, pero lo encontró. Persona seria, de mediana edad; viene aquí todas las noches. De mañana, cuando pasa para la oficina, creo que golpea en la ventana o ella ya lo espera; yo finjo que no me doy cuenta...

Toñita decía que no con la cabeza, pero sonriendo de un modo que parecía decir que sí. ¡Estaba tan alegre! Ni se acordaba ya que había aspirado a Rubión, que éste había sido una de las últimas y, por fin, la última de sus esperanzas. Entraron en la sala; Toñita fue hasta la ventana, volvió, la cabeza alta, andando distraídamente, reconciliada con la vida.

—Buena persona —repitió el mayor—, excelente... Toñita, ve a buscar el retrato... Anda, ve a buscar a tu novio...

Toñita fue a buscar el retrato. Era una fotografía que representaba a un hombre maduro, de cabello corto, extraño, mirando con aire de asombro, la cara chupada, el cuello fino y la chaqueta abrochada.

—¿Qué le parece?

—Muy bien.

Toñita recibió el retrato y lo miró un momento; pero pronto le quitó los ojos y permaneció sentada, mientras la imaginación salió a esperar a Rodrigues. Se llamaba Rodrigues. Era más alto que ella —cosa que el retrato no mostraba— y estaba empleado en una repartición del ministerio de Guerra. Viudo, con dos hijos, uno en el batallón de los menores, otro que era tuberculoso —doce años—, condenado a muerte. ¿Qué importa? Era el novio; todas las noches, al acostarse, Toñita se arrodillaba ante la imagen de Nuestra Señora, su madrina, le agradecía el favor y le pedía que la hiciera feliz. Soñaba ya con un hijo; lo llamaría Alvaro.

CAPITULO CLXXXI

RUBIÓN ESCUCHÓ callado un discurso del mayor. La boda se celebraría dentro de un mes y medio; el novio tenía que realizar algunas reformas en la casa, no era rentista, vivía del sueldo y había recurrido a préstamos. La casa era la misma y no exigía muebles nuevos ni suntuosos; pero siempre hay algunas necesidades... En suma, de ahí a un mes y medio, o alrededor de cinco semanas, estarían unidos por los santos lazos del matrimonio.

—Y yo me veo libre de esta carga —concluyó el mayor.

—¡Oh! —protestó Rubión.

La hija se reía; estaba acostumbrada a las bromas del padre, y tan dispuesta a la alegría que nada la molestaba; aun cuando el padre se refiriese a sus cuarenta años cumplidos no se sentiría incomodada. Todas las novias tienen quince años.

—Verá cómo él la buscará después, con nostalgia —le dijo Rubión a Toñita.

—¡Vaya! ¡Tal vez yo me case también!

Rubión se levantó repentinamente y dio algunos pasos; el mayor no vio la expresión del rostro, ni percibió que el espíritu del hombre iba tal vez a descarrilarse y que él mismo lo presentía. Le pidió que se sentara y le contó de sus tiempos de casado y de campaña. Cuando llegó a la narración de la batalla de Monte Caseros, con las marchas y contramarchas propias de su discurso, tenía delante suyo a Napoleón III. Callado al principio, Rubión prorrumpió en palabras de aplauso, citó Solferino y Magenta, prometió a Siqueira una condecoración. Padre e hija se cruzaron miradas; el mayor dijo que amenazaba una lluvia muy fuerte. En efecto, había oscurecido un poco. Era mejor que Rubión se fuese antes de que empezara a llover; no había traído paraguas, él no tenía más que uno viejo...

—Ahí viene mi coche —replicó Rubión tranquilamente.

—No vendrá, fue a esperarlo en el Campo. ¿No ves desde ahí el coche, Toñita?

Toñita hizo un gesto vago y desganado. No quería mentir, pero tenía miedo y deseaba que Rubión se marchara. Desde la casa era imposible ver el Campo de la Aclamación. Ya entonces su padre había tomado a Rubión del brazo y lo encaminaba hacia la puerta.

—Vuelva mañana, después, cuando quiera.

—Pero, ¿por qué no puedo esperar aquí hasta que venga el coche? —preguntó Rubión—. La emperatriz no puede exponerse a la lluvia...

—La emperatriz ya se fue.

—Hizo mal. Eugenia hizo muy mal. General... ¿Por qué ha de seguir siendo mayor? General, vi el retrato de su yerno; quiero darle el mío. Mándelo a buscar a las Tullerías. ¿Dónde está el coche?

—Está en el Campo, esperando.

—Hágalo llamar.

Toñita, que estaba en la ventana, dijo volviéndose hacia adentro:

—Allá viene Rodrigues.

Y volvió a mirar hacia la calle, inclinándose, sonriendo, mientras en la sala el padre continuaba conduciendo a Rubión hacia la puerta, sin violencia, pero tenazmente. Este se detenía, reprendía:

—¡General, soy su emperador!

—Ciertamente, pero acompañeme Vuestra Majestad...

Habían llegado a la puerta; el mayor la abrió, justamente cuando Rodrigues ponía los pies en el umbral. Toñita entró para recibir al novio, pero la puerta estaba obstruida por el padre y por Rubión. Rodrigues se sacó el sombrero, mostrando el cabello, áspero y canoso; tenía en las mejillas chupadas unas pecas, pero la sonrisa era buena y humilde —más humilde que buena—, y, no obstante la trivialidad del gesto y de la persona, resultaba

agradable. Los ojos no mostraban el asombro de la fotografía; este efecto provenía del énfasis que había puesto en todo el cuerpo, con el propósito de que el retrato *saliese bonito*.

—Este señor es mi futuro yerno —le dijo el mayor a Rubión—. ¿No es cierto que vio en el Campo un coche y un escuadrón de caballería? —le preguntó a Rodrigues guiñándole un ojo.

—Parece que sí, señor.

—Ya ve —continuó Siqueira volviéndose hacia Rubión—. Vaya, vaya, doble la calle de San Lorenzo, y camine derecho hacia el Campo. Adiós, hasta mañana.

Rubión bajó tres escalones —eran cinco— y se detuvo delante del recién llegado, lo miró unos instantes y declaró que tenía mucho gusto en conocerlo, que fuese buen esposo y buen yerno. ¿Cómo se llamaba?

—Juan José Rodrigues.

—Rodrigues. Le mandaré una condecoración aquí para el saco. Es mi regalo de bodas. Hazme acordar, Siqueira.

Siqueira lo tomó del brazo para ayudarlo a bajar los dos últimos peldaños y dejarlo en la calle.

—¿En el Campo, dices?

—En el Campo.

—Adiós.

Desde la calle, Rubión miró aún hacia las ventanas, con los dedos en el sombrero, a fin de saludar a Toñita, pero Toñita estaba en la sala, donde Rodrigues acababa de entrar, fresco y delicioso, como la primera rosa de verano.

CAPITULO CLXXXII

RUBIÓN NO PENSÓ más en el coche ni en el escuadrón de caballería. Fue hacia abajo, anduvo por varias calles, hasta que subió por la de San José. Desde el palacio imperial, venía gesticulando y hablando a alguien que suponía traer del brazo, y era la emperatriz. ¿Eugenia o Sofía? Ambas en una sola persona, o más bien la segunda con el nombre de la primera. Los hombres que pasaban se detenían, desde el interior de los comercios corría gente a las puertas. Unos se reían, otros permanecían indiferentes; algunos, después de ver lo que era, desviaban la vista para ahorrarse la pena que les daba el espectáculo del delirio. Una turba de negritos acompañaba a Rubión, algunos

tan próximos que le oían las palabras. Niños de toda clase engrosaban el grupo. Cuando vieron la curiosidad general, decidieron gritar, y comenzó la rechifla:

—¡Eh, loco!, ¡loco!

Ese griterío llamó la atención de otras personas, muchas ventanas de las casas comenzaron a abrirse, aparecieron curiosos de ambos sexos y todas las edades, un fotógrafo, un tapicero, tres y cuatro figuras juntas, unas cabezas por encima de otras, todas inclinadas, espiondo, acompañando al hombre que hablaba a la pared, con su gesto lleno de grandeza y deferencia.

—¡Eh, loco!, ¡loco! —gritaban los chiquilines.

Uno de ellos, mucho menor que los demás, se asía a los pantalones de otro, más crecido. Estaban ya en la calle de la Ayuda. Rubión seguía sin oír nada; pero, al oírlos supuso que eran aclamaciones, e hizo una reverencia de agradecimiento. La rechifla aumentaba. En medio del tumulto, se distinguió la voz de una mujer a la puerta de una colchonería:

—¡Deolindo!, ¡ven para casa, Deolindo!

Deolindo, el chico que se agarraba a los pantalones de otro más grande, no obedeció; puede ser que ni lo oyese, tanta era la gritería y tal la alegría del pequeñuelo, clamando con su voccecita menuda:

—¡Eh, loco!, ¡loco!

—¡Deolindo!

Deolindo trató de esconderse entre los demás, para escapar a las miradas de su madre que lo llamaba; ésta, sin embargo, corrió hacia el grupo y lo arrancó de ahí. En verdad, era demasiado pequeño para andar en tumultos callejeros.

—Mamá, déjame ver...

—¡Qué ver ni qué ver!, ¡janda!

Lo metió en casa y se quedó en la puerta, mirando para la calle. Rubión había detenido el paso; ella pudo verlo bien, con sus gestos y palabras, el pecho alto y un saludo circular con el sombrero.

—Los locos tienen gracia a veces —dijo ella sonriendo a una vecina.

Los muchachos continuaban vociferando y riendo, y Rubión siguió andando, con el mismo coro detrás. Deolindo, a la puerta del negocio, al ver alejarse al grupo, pedía lloriqueando a la madre que lo dejara ir también, o que lo llevara. Cuando perdió las esperanzas, reunió todas las energías en un solo gritito agudo:

—¡Loco!

CAPITULO CLXXXIII

LA VECINA se rió. La madre se rió también. Confesó que su hijo era la piel de Judas, un demonio que nunca estaba tranquilo; no podía perderlo de vista. Cualquiera distracción, y ya estaba en la calle. Y esto desde pequeño; sólo tenía dos años cuando escapó de morir bajo un carro, allí mismo; estuvo a un tris. Si no hubiera sido por un hombre que pasaba, un señor bien vestido, que acudió rápidamente, hasta con peligro de su vida, estaría muerto y bien muerto. En esto el marido, que venía por la vereda opuesta, atravesó la calle e interrumpió la conversación. Traía el ceño fruncido, apenas saludó a la vecina, y entró; su mujer fue a encontrarse con él. ¿Qué pasaba? El marido le contó la rechifla.

—Pasó por aquí —dijo ella.

—¿No reconociste al hombre?

—No.

El marido cruzó los brazos y se quedó mirándola, fijo, callado. La mujer le preguntó quién era.

—Es aquel hombre que nos salvó de la muerte a Deolindo.

La mujer se estremeció.

—¿Lo viste bien? —preguntó.

—Perfectamente. Yo ya lo había encontrado varias veces, pero entonces no estaba así. ¡Pobre! Y los chiquilines gritaban detrás de él. ¡Vaya!, no hay policía en esta tierra.

Lo que le dolía a la mujer no era tanto la locura del hombre, ni siquiera la rechifla; sino la parte que tuvo su hijo, la misma criatura que el hombre había salvado de la muerte. Realmente, ¿cómo podía el niño reconocerlo ni saber que le debía la vida? Le dolía el encuentro, la coincidencia. Al final, se contentó con echarse encima todas las culpas. Si hubiera tenido más cuidado, el pequeño no habría salido y no habría tomado parte en la broma. Temblaba a ratos y estaba inquieta. Su marido tomó la cabeza del hijo y le dio dos besos.

—¿Viste toda la escena? —preguntó a su mujer.

—Sí.

—Yo incluso quise darle el brazo y traerlo para aquí; pero me dio vergüenza. Los chiquilines eran capaces de hacerme una silbatina. Desvié el rostro, porque podía reconocerme. ¡Pobre! Fíjate que no parecía oír nada, y seguía satisfecho, creo que hasta se reía... ¡Qué cosa triste es perder el juicio!

Su mujer pensaba en la travesura del hijo; no se la contó al marido, le pidió a la vecina que no dijera nada y, de noche, sólo muy tarde pegó los ojos. Se le había metido en la cabeza que, años después, su hijo perdería el juicio, era castigado por esa burla y que ella escupía al cielo indignada, blasfemando.

CAPITULO CLXXXIV

DOS HORAS después de la escena de la calle de la Ayuda llegó Rubión a la casa de doña Fernanda. Los chicos se fueron dispersando, poco a poco, y los claros no se llenaron; los tres últimos juntaron sus adioses en un alarido único y formidable. Rubión continuó solo, apenas notado por los habitantes de las casas, porque la gesticulación disminuía o mudaba de aspecto. No se dirigía a la pared, a la supuesta emperatriz; pero todavía era emperador. Caminaba, se detenía, murmuraba, sin grandes gestos, soñando siempre, siempre, siempre, envuelto en ese velo a través del cual todas las cosas eran otras, contrarias y mejores; cada farol tenía un aspecto de magistrado, cada esquina la apariencia de un cortinado. Rubión seguía derecho a la sala del trono, para recibir a un embajador cualquiera, pero el palacio era interminable, era preciso atravesar muchas salas y galerías, es cierto que sobre alfombras, y entre alabarderos, altos y robustos.

De las gentes que lo veían y se paraban en la calle, o se asomaban a las ventanas, muchas interrumpían un instante sus pensamientos tristes o hastiados, las preocupaciones del día, los tedios, los resentimientos, éste una deuda, aquél una enfermedad, desprecios de amor, canalladas de amigo. Cada miseria se olvidaba, lo que era mejor que consolarse; pero el olvido duraba lo que un relámpago. Pasado ya el enfermo, la realidad los ganaba otra vez, las calles eran calles porque los palacios suntuosos desaparecían con Rubión. Y más de uno sentía lástima del pobre diablo; comparando los dos destinos, más de uno agradecía al cielo la parte que le había tocado; amarga, pero consciente. Preferían su casucha real al alcázar fantasmagórico.

CAPITULO CLXXXV

RUBIÓN FUE internado en una casa de salud. Palha había olvidado la obligación que Sofía le impuso, y Sofía no recordó más la promesa hecha al riograndense. Ambos se ocupaban de otra casa, un palacete en Botafogo, cuya reconstrucción estaba a punto de terminarse y que ellos querían inaugurar, en el invierno, cuando las cámaras trabajasen, y toda la gente estuviera de vuelta de Petrópolis. Pero ahora la promesa fue cumplida; Rubión ingresó

en el establecimiento, donde quedó ocupando una sala y un cuarto especiales, recomendado por el doctor Falcón y por Palha. No ofreció resistencia; los acompañó con satisfacción y entró en sus aposentos, como si los conociera desde hacía mucho. Cuando ellos se despidieron diciendo que pronto volverían, Rubión los invitó a un desfile militar, el sábado.

—Pues sí, sábado —asintió Falcón.

—El sábado es buen día —continuó Rubión—. No faltes, duque de Palha.

—No faltaré —dijo Palha al salir.

—Mira, te mandaré uno de mis coches, sin estrenar; es preciso que tu mujer pose su hermoso cuerpo donde nadie aún osó sentarse. Almohadones de damasco y terciopelo, arreos de plata y ruedas de oro; los caballos descienden del mismo caballo que mi tío montaba en Marengo. Adiós, duque de Palha.

CAPITULO CLXXXVI

—PARA MÍ está claro —salió pensando el doctor Falcón—, ese hombre fue amante de la mujer de este tipo.

CAPITULO CLXXXVII

ALLÁ QUEDÓ el hombre. Quincas Borba había intentado entrar en el carruaje que llevó al amigo, y porfió en acompañarlo, corriendo; fue necesaria toda la fuerza del criado para agarrarlo, contenerlo y encerrarlo en casa. Era la misma situación de Barbacena; pero la vida, mi querido señor, se compone rigurosamente de cuatro o cinco situaciones que las circunstancias varían y multiplican ante nuestros ojos. Rubión pidió insistentemente que le mandaran el perro. Doña Fernanda, logrado el consentimiento del director, trató de satisfacer el deseo del enfermo. Quiso escribir a Sofía, pero fue ella en persona al Flamengo.

CAPITULO CLXXXVIII

—MANDARÉ AVERIGUAR, es aquí cerca —propuso Sofía.

—Vamos nosotras mismas. ¿Qué tiene? Ya pensé en una cosa. ¿Valdrá la pena conservar la casa puesta y alquilada, cuando la cura puede prolongarse? Mejor es entregarla, vender los muebles y ver lo que resulta.

Fueron a pie desde el Flamengo hasta la calle del Príncipe, cosa de tres a cuatro minutos. Raimundo estaba en la calle, pero vio gente a la puerta y fue a abrirla. El interior de la casa tenía un aspecto de abandono, sin la firmeza y regularidad de las cosas, que parecen conservar un resto de vida interrumpida; era el abandono de la negligencia. Pero, por otro lado, el desorden de los muebles de la sala expresaba bien el delirio del dueño, sus ideas torcidas y confusas.

—¿Fue muy rico? —le preguntó doña Fernanda a Sofía.

—Algo tenía —respondió ésta— cuando llegó de Minas; pero parece que lo malgastó todo. Mire, levántese la falda que el piso parece que no se barre desde hace un siglo.

No era sólo el piso; los muebles tenían la costra de la incuria. Ni por ésas el criado explicaba nada; miraba, escuchaba y, muy bajito, silbaba una polca de moda. Sofía no le preguntó por la limpieza; estaba ansiando huir “de esa inmundicia”, se decía a sí misma, y tenía ganas de preguntar por el perro, que era el principal motivo de la visita; pero no quería mostrar interés por él ni por lo demás. La trivialidad de todo aquello no le decía nada al espíritu ni al corazón; el recuerdo del alienado no la ayudaba a pasar el tiempo. Para sus adentros, su compañera le parecía singularmente romántica y afectada. “¡Qué tontería!”, iba pensando, sin abandonar la sonrisa aprobatoria con la que respondía a todas las observaciones de doña Fernanda.

—Abra aquella ventana —le dijo ésta al criado—; todo huele a moho.

—¡Oh, insoportable! —respondió Sofía, respirando con asco.

Pero, a pesar de la exclamación, doña Fernanda no se resolvió a salir. Sin que ningún recuerdo personal proviniera de aquella miserable estancia, se sentía presa de una conmoción particular y profunda, distinta a la que da la ruina de las cosas. Aquel espectáculo no le proporcionaba un tema de reflexiones generales, no le enseñaba la fragilidad de los tiempos, ni la tristeza del mundo; le hablaba tan sólo de la enfermedad de un hombre, de un hombre al que ella apenas conocía, a quien habló pocas veces. E iba mirando y deteniéndose, sin pensar, sin deducir, metida en sí misma, apenada y muda. Sofía no osaba articular palabra, con temor de ser desagradable a tan conspicua dama. Ambas tenían los vestidos recogidos, para evitar la mácula del polvo; pero Sofía agregó a esa precaución la agitación viva, continua e impaciente del abanico, como persona que se sofocara en aquel ambiente. Llegó a toser algunas veces.

—¿Y el perro? —preguntó doña Fernanda al criado.

—Está encerrado en el cuarto, allí dentro.

—Vaya a buscarlo.

Quincas Borba apareció. Flaco, abatido, se detuvo en la puerta de la sala, extrañando a las dos señoras, pero sin ladrar; apenas alzaba los ojos apagados. Doña Fernanda chasqueó los dedos; él se paró y meneó la cola.

—¿Cómo se llama? —preguntó doña Fernanda.

—Quincas Borba —respondió el criado, riendo, con palabras lentas—. Tiene nombre de gente. ¡Eh! ¡Quincas Borba! ¡Anda! La señora está llamando.

—¡Quincas Borba! ¡Ven aquí! ¡Quincas Borba! —repitió doña Fernanda.

Quincas Borba acudió al llamado, sin saltar, ni alegre. Doña Fernanda se inclinó, le preguntó por el amigo, si estaba lejos, si quería ir a verlo. Así inclinada, interrogaba al criado sobre el trato del perro.

—Ahora come, sí, señora; no bien mi amo se fue no quería comer ni beber; hasta pensé que estuviese rabioso.

—¿Come bien?

—Come poco.

—¿Busca al amo?

—Parece que lo busca —respondió Raimundo tapándose la boca de la risa—; pero yo lo atranqué en el cuarto, para que no se escapara. Ya no llora; al principio lloraba mucho, hasta me despertaba... Tenía que golpear con un palo en la puerta y gritar para que se calmara...

Doña Fernanda acariciaba la cabeza del animal. Era la primera ternura después de largos días de soledad y desprecio. Cuando doña Fernanda cesó de acariciarlo y levantó el cuerpo, él se quedó mirándola a ella y ella a él, con ojos tan fijos y profundos que parecían penetrar en lo más íntimo. La simpatía universal, que era el alma de esta señora, olvidaba toda la consideración humana ante aquella miseria oscura y prosaica, y extendía al animal una parte de sí misma, que lo envolvía, que lo fascinaba, que lo ataba a los pies de ella. Así, la pena que le daba el delirio del amo, se la transmitía ahora al propio perro, como si ambos representasen la misma especie. Y sintiendo que su presencia le comunicaba al animal una sensación buena, no quería privarlo de ese beneficio.

—Se está usted llenando de pulgas —observó Sofía.

Doña Fernanda no la oyó. Siguió mirando los ojos dulces y tristes del animal, hasta que éste dejó caer la cabeza y se puso a olfatear la sala. Había sentido el olor del amo. La puerta de la calle estaba abierta; se hubiera escapado por ahí pero Raimundo acudió a sujetarlo. Doña Fernanda le dio algún dinero al criado para que lo lavase y lo llevase a la casa de salud, recomendándole el mayor cuidado, que lo llevase en brazos, o atado por una cadena. En esta parte intervino también Sofía, ordenando que antes pasase por su casa.

CAPITULO CLXXXIX

SALIERON. SOFÍA, antes de poner el pie en la calle, miró hacia uno y otro lado, espiando por si venía alguien. Felizmente la calle estaba desierta. Al verse fuera de la pocilga, Sofía readquirió el uso de las buenas palabras, el arte suave y delicado de captar a los demás, y le dio amorosamente el brazo a doña Fernanda. Le habló de Rubión y de la gran desgracia de la locura; así como también del palacete de Botafogo. ¿Por qué no iba con ella a ver las obras? Era sólo merendar y partirían inmediatamente.

CAPITULO CXC

SOBREVINO UN acontecimiento que distrajo a doña Fernanda de Rubión; fue el nacimiento de una hija de María Benedicta. Corrió a Tijuca, llenó de besos a la madre y a la criatura, le dio la mano a besar a Carlos María.

— ¡Siempre exuberante! —exclamó el joven padre, obedeciendo.

— ¡Siempre tan seco! —replicó ella.

A pesar de la resistencia del primo, doña Fernanda acompañó la convalecencia de María Benedicta, tan cordial, tan buena, tan alegre, que era un encanto tenerla en casa. La felicidad de aquí la hizo olvidar la desgracia de allá; pero, restablecida la reciente madre, doña Fernanda volvió al enfermo.

CAPITULO CXCI

“ESPERO RESTITUIRLE la razón al cabo de seis u ocho meses. Va muy bien.”

Doña Fernanda mandó a Sofía esta respuesta del director de la casa de salud y la invitó a ir a ver al enfermo, si eso no le parecía mal. “¿Qué mal puede haber?”, respondió Sofía en una esquela. “Pero es que no tendrá ánimo para verlo; fue tan amigo nuestro que no sé si podría soportar la vista y la conversación del pobre hombre. Le mostré la carta a Cristiano, que me declaró haber liquidado los bienes del señor Rubión; resultaron tres contos y doscientos.”

CAPITULO CXCH

—SEIS MESES, ocho meses pasan rápido —reflexionó doña Fernanda.

Y fueron llegando, con los acontecimientos a cuestras, la caída del ministerio, la subida de otro en marzo, el regreso del marido, la discusión de la ley "de los ingenuos",¹ la muerte del novio de Toñita, tres días antes de casarse. Toñita exprimió las últimas lágrimas, unas de amistad, otras de desesperanza, y quedó con los ojos tan enrojecidos que parecían enfermos.

Teófilo, que había merecido del nuevo gabinete la misma confianza que del anterior, tuvo parte activa en los debates parlamentarios. Camacho declaró en su periódico que la ley "de los ingenuos" absolvía la esterilidad y los crímenes de la situación. En octubre, Sofía inauguró sus salones de Botafogo, con un baile que fue el más célebre de ese entonces. Estaba deslumbrante. Ostentaba sin orgullo sus brazos y hombros. Ricas joyas; el collar seguía siendo uno de los primeros regalos de Rubión, tan cierto es que, en esta clase de adornos, las modas se conservan más. Toda la gente admiraba la donosura de aquella treinteañera fresca y robusta; algunos hombres hablaban, ¡con pena!, de sus virtudes conyugales, de la profunda adoración que ella sentía por su marido.

CAPITULO CXCH

AL DÍA SIGUIENTE del baile, doña Fernanda se despertó tarde. Fue hasta el escritorio del marido, que ya había devorado cinco o seis diarios, escrito diez cartas y rectificado la posición de algunos libros en los estantes.

—Recibí esta carta hace poco —dijo él.

Doña Fernanda la leyó; era del director de la casa de salud; notificaba que Rubión, desde hacía tres días, había desaparecido, sin haber podido ser encontrado por más esfuerzos que habían empleado la policía y él mismo. "Tanto más me asombra esta fuga —concluía la carta—, cuanto que la mejoría era grande y se podía contar que, en dos meses más, estaría completamente sano."

¹ *La discusión de la ley de los ingenuos*: También llamada de "libertad de vientres" (1871). Establecía que a partir de esta fecha los hijos nacidos de madres esclavas serían libres. Como se ve, se trataba de la abolición gradual del régimen esclavista.

Doña Fernanda quedó consternada; consiguió que el marido le escribiera al jefe de policía y al ministro de Justicia, pidiéndoles que ordenasen las más severas investigaciones. Teófilo no tenía el menor interés en el hallazgo ni en la cura de Rubión; pero quiso servir a su mujer, cuya bondad conocía y porque, dicho sea de paso, le gustaba cartearse con los hombres de las altas esferas.

CAPITULO CXCIV

¿CÓMO HALLAR, sin embargo, a nuestro Rubión y a su perro si ambos habían partido para Barbacena? Ocho días antes, Rubión le escribió a Palha para que fuera a verlo; éste acudió a la casa de salud, vio que él razonaba claramente, sin la menor sombra de delirio.

—Tuve una crisis moral —le dijo Rubión—, ahora estoy bien, perfectamente bien. Le pido que me saque de aquí. Creo que el director no se opondrá. Mientras tanto, como quiero dejar algunos regalos a la gente que me ha atendido y también han cuidado a Quincas Borba, vea si me puede adelantar cien mil reis.

Palha abrió la cartera sin vacilar y le dio el dinero.

—Trataré de hacerlo salir —le dijo—, pero probablemente hagan falta algunos días (estaba en vísperas del baile); no se preocupe por eso; dentro de una semana estará libre.

Antes de salir consultó al director, que le dio buenas noticias del enfermo. "Una semana es poco —le dijo—, para ponerlo bien, bien, necesito aún dos meses." Palha confesó que lo encontraba sano; en todo caso, mandaba quien sabía, y si fuesen necesarios seis o siete meses más, que no precipitara el alta.

CAPITULO CXCXV

RUBIÓN, EN CUANTO llegó a Barbacena y comenzó a subir la calle que ahora se llama Tiradentes, exclamó deteniéndose:

— ¡Al vencedor, las papas!

Se había olvidado de todo, la fórmula y la alegoría. De repente, como si las sílabas hubiesen quedado en el aire, intactas, esperando a alguien que pudiera entenderlas, unir las, recompuso la fórmula y la profirió con el mismo énfasis de aquel día en que la tomó por ley de la vida y de la verdad. No se acordaba enteramente de la alegoría; pero las palabras le dieron el sentido vago de la lucha y de la victoria.

Subió, acompañado por el perro, y fue a detenerse delante de la iglesia. Nadie le abrió la puerta; no vio ni sombra de sacristán. Quincas Borba, que no comía desde hacía muchas horas, se le pegaba a las piernas, cabizbajo, esperando. Rubión se volvió, y desde lo alto de la calle extendió su mirada hacia abajo y a lo lejos. Era ella, era Barbacena; la vieja ciudad natal se le iba descubriendo desde las capas profundas de la memoria. Era ella; aquí estaba la iglesia, allí la cárcel, más allá la farmacia de donde venían los medicamentos para el otro Quincas Borba. Sabía que era ella, cuando llegó; pero, a medida que los ojos se explayaban, las reminiscencias iban llegando, más numerosas, en bandadas. No veía a nadie; una ventana, a la izquierda, parecía ocultar a alguien que espiaba. Todo lo demás, desierto.

—Tal vez no sepan que llegué —pensó Rubión.

CAPITULO CXCXVI

DE PRONTO relampagueó; las nubes se amontonaron rápidamente. Relampagueó más fuerte y estalló un trueno. Comenzó una llovizna densa, más densa, hasta que se desató la tempestad. Rubión, que a las primeras gotas se había alejado de la iglesia, fue andando calle abajo, seguido siempre por el perro, hambriento y fiel, ambos aturdidos debajo del aguacero, sin destino, sin esperanza de abrigo o de comida... La lluvia los golpeaba sin misericordia. No podían correr, porque Rubión temía resbalar y caer, y el perro no quería perderlo. A media calle acudió a la memoria de Rubión la farmacia, volvió sobre sus pasos, subiendo contra el viento que le daba en el rostro; pero al cabo de veinte pasos se le borró la idea de la cabeza; ¡adiós farmacia!, ¡adiós abrigo! Ya no se acordaba del motivo que lo había hecho cambiar de rumbo, y bajó otra vez, y el perro detrás, sin entender ni huir, los dos empapados, confundidos, al son de los truenos recios y continuos.

CAPITULO CXCVII

VAGARON SIN destino. El estómago de Rubión interrogaba, exclamaba, intimaba; por fortuna, el delirio engañaba la necesidad con sus banquetes de las Tullerías. Quincas Borba es quien no tenía igual recurso. Y anda que te anda arriba y abajo. Rubión, de cuando en cuando, se sentaba en el pavimento, y el perro se le subía a las piernas, para adormecer el hambre; encontraba los pantalones mojados y bajaba; pero en seguida volvía a subir, tan frío era el aire de la noche, ya noche alta, ya noche muerta. Rubión le pasaba las manos por encima, refunfuñando algunas débiles palabras.

Si, a pesar de todo, Quincas Borba conseguía dormir, pronto se despertaba, porque Rubión se levantaba y se ponía otra vez a bajar y subir laderas. Soplaba un viento triste, que parecía un cuchillo, y les daba escalofríos a los dos vagabundos. Rubión iba despacio; el propio cansancio no le permitía las grandes zancadas del principio, cuando la lluvia caía a torrentes. Las paradas eran ahora más frecuentes. El perro, muerto de hambre y de fatiga, no entendía aquella odisea, ignoraba el motivo, había olvidado el lugar, no oía nada, sino las voces sordas del amo. No podía ver las estrellas que ya entonces rutilaban, libres de nubes. Rubión las descubrió; había llegado a la puerta de la iglesia, como cuando entró en la ciudad; acababa de sentarse cuando las divisó. Estaban tan hermosas. Reconoció que eran las arañas del gran salón y ordenó que las apagaran. No pudo ver la ejecución de la orden; allí mismo se durmió, con el perro a su lado. Cuando despertaron por la mañana estaban tan juntitos que parecían pegados.

CAPITULO CXCVIII

—¡AL VENCEDOR, las papas! —exclamó Rubión cuando vio la calle, sin noche, sin agua, besada por el sol.

CAPITULO CXCIX

FUE LA COMADRE de Rubión quien los auxilió, a él y al perro, viéndolos pasar delante de su puerta. Rubión la reconoció, aceptó el abrigo y el almuerzo.

—Pero, ¿qué es eso, compadre? ¿Cómo es que llegó así? Su ropa está toda mojada. Voy a darle unos pantalones de mi sobrino.

Rubión tenía fiebre. Comió poco y sin ganas. La comadre le pidió que le contara la vida que había hecho en la Corte, a lo que él respondió que eso llevaría mucho tiempo y que sólo la posteridad la acabaría. Los sobrinos de su sobrino, concluyó él magníficamente, son los que me verán en toda mi gloria. Comenzó, sin embargo, un resumen. Al cabo de diez minutos, la comadre no entendía nada, tan desarticulados eran los hechos y los conceptos; cinco minutos después empezó a sentir miedo. Cuando los minutos llegaron a veinte, pidió permiso y fue a decirle a una vecina que Rubión parecía haber perdido el juicio. Volvió con ella y un hermano que se demoró poco tiempo y salió a divulgar la novedad. Fueron llegando otras personas, de a dos y de a cuatro, y antes de una hora mucha gente espiaba desde la calle.

—¡Al vencedor, las papas! —vociferaba Rubión a los curiosos—. ¡Aquí me ven emperador! ¡Al vencedor, las papas!

Estas palabras oscuras e incompletas eran repetidas en la calle, examinadas, sin que les encontraran sentido. Algunos antiguos enemigos de Rubión iban entrando, sin cumplidos, para gozar mejor; y le decían a la comadre que no le convenía quedarse con el loco en casa, que era peligroso; debía mandarlo a la cárcel, hasta que la autoridad lo enviara a otra parte. Una persona más comprensiva recordó la conveniencia de llamar al doctor.

—¿Doctor, para qué? —replicó uno de los primeros—. Este hombre está loco.

—Tal vez sea delirio de fiebre; ¿se fijó qué caliente está?

Angélica, animada por tantas personas, le tomó el pulso, y lo encontró febril. Mandó venir al médico, el mismo que había tratado al finado Quincas Borba. Rubión lo reconoció también, y le contestó que no era nada. Había capturado al rey de Prusia y aún no sabía si lo haría fusilar o no; era seguro, con todo, que exigiría una indemnización pecuniaria enorme, cinco millones de francos.

—¡Al vencedor, las papas! —concluyó riendo.

CAPITULO CC

Pocos días después murió... No murió súbdito ni vencido. Antes de comenzar la agonía, que fue corta, se puso la corona en la cabeza, una corona que no era, al menos, un sombrero viejo o una bacía, donde los espectadores reconocieran la ilusión. No, señor; él tomó nada, levantó nada y se ciñó nada; sólo él veía la insignia imperial, pesada de oro, cuajada de brillantes y otras piedras preciosas. El esfuerzo que había hecho para levantar medio cuerpo no duró mucho; el cuerpo cayó otra vez; el rostro conservó, por ventura, una expresión gloriosa.

—Guarden mi corona —murmuró—. Al vencedor...

La cara quedó seria, porque la muerte es seria; dos minutos de agonía, una mueca horrible, y estaba firmada la abdicación.

CAPITULO CCI

QUERÍA CONTAR aquí el final de Quincas Borba, que también enfermó, gimió infinitamente, huyó enloquecido en busca del amo, y amaneció muerto en la calle, tres días después. Pero, al ver la muerte del perro narrada en un capítulo especial, es probable que me preguntes si es él o su difunto homónimo quien da título al libro, y ¿por qué habría de ser uno y no el otro?; interrogante tan lleno de interrogantes, que nos llevaría lejos... ¡Ea! Lloro a los dos recientes muertos, si tienes lágrimas. Si sólo tienes risas, ¡ríete! Es lo mismo. La Cruz del Sur, que la linda Sofía no quiso mirar, como le pedía Rubión, está lo bastante alta como para no discernir las sonrisas y las lágrimas de los hombres.







CRONOLOGIA*

* Para la columna de "Vida y Obra" se han utilizado los excelentes trabajos de J. Galante de Souza: "Cronología de Machado de Assis" en *Revista do Livro*, núm. 11, Río de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1958, y "Cronología Bibliográfica" que acompaña los volúmenes de la edición crítica de MA publicada por el mismo Instituto Nacional do Livro. Para la columna sobre Brasil se han utilizado diversas fuentes, pero como orientación la de Sergio Buarque de Holanda, en su *Historia Geral da Civilização Brasileira*, vol. 7, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1972.

El Departamento técnico de la Biblioteca Ayacucho ha revisado y completado el trabajo de la Prof. Neusa Pinsard Caccese, preparando asimismo las columnas "América Latina" y "Mundo Exterior".

1839

En la quinta del Livramento (Cerro del Livramento, Río de Janeiro, Brasil) nace el 21 de junio Joaquim María Machado de Assis, hijo legítimo de Francisco José de Assis, pintor mulato, y María Leopoldina Machado de Assis, lavandera de las Azores.

Es bautizado en la Capilla del Livramento el 13 de noviembre, según atestigua el certificado de bautismo de la Parroquia de Santa Rita (libro núm. 8, folio 167): "A los trece días del mes de noviembre de mil ochocientos y treinta y nueve años en la Capilla de la Señora del Livramento, filial de esta Matriz, por provisión del Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor, Vicario Capitular Narciso da Silva Nepomuceno y con mi licencia, el reverendo Narciso José de Morães Marques bautizó y puso los Santos Oleos a Joaquim, inocente hijo legítimo de Francisco José de Assis y María Leopoldina Machado de Assis, él natural de esta Corte y ella de la Isla de Faial, digo, ella de la Isla de São Miguel: fueron padrinos el Excelentísimo Señor Joaquim Alberto de Sousa da Silveira y Doña María José Mendonça de Barroso, nació a los veintiún días de junio del presente año, de lo cual se hizo este asiento. El Vicario: José Francisco da Silva Cardoso".

1840

B: Revuelta en Maranhão contra la Regencia conocida como "Balaiada". Araújo Lima nombra a Luís Alves de Lima e Silva, futuro Duque de Caixas, presidente de la Provincia de Maranhão. Proclamación de la República Catarinense en la Villa de Laguna.

Gonçalves de Magalhães: *Oligato*. Nacen Antônio Carlos Gomes y Tobias Barreto.

AL: México concluye la guerra con Francia. Batalla de Yungay: Chile derrotado a la Confederación peruano-boliviana; exilio de Santa Cruz. Guerra civil en Colombia, hasta el 42. Balliván presidente de Bolivia, Vargas reelecto en Venezuela y Flores en Ecuador. Rivera declara la guerra a Rosas.

C. Villaverde: *Cecilia Valdés* (1.^a parte). Segura: *El sargento Canuto*. Ascasubi: *Paulino Lucero* (-51). Echeverría: *El matadero*. Nace Eugenio María de Hostos.

B: Mayoría de edad de Pedro II, proclamado emperador; comienza el Segundo Imperio. Ley Interpretativa del Acto Adicional de 1834: consolidación del poder de los presidentes de provincias respecto de la Asamblea. Pacificación de la provincia de Grao-Pará (Cabanagem, 1835-). Garibaldi hecho prisionero en la batalla de Capivari.

AL: Guerra civil en México y Colombia. España reconoce la independencia de Ecuador. Gamarra presidente de Perú. Tratado Mackau Arana resuelve la intervención francesa en el Plata. Línea de vapores entre Valparaíso y Londres.

Esp.: Convenio de Vergara entre Espartero y Maroto, fin de la guerra carlista; Don Carlos se asila en Francia. Fr.: Ministerio Thiers; insurrección de Blanqui. Ingl.: Fracasa la Convención Nacional Carlista; instauración del sistema nacional de Registros civiles. Turq.: Abdul-Medjil I, sultán (-61). Crisis europea por cuestión egipcia.

Primer Congreso científico italiano en Pisa. T. Schwann descubre la célula animal. Ch. Goodyear: vulcanización del caucho. Primera asociación obrera en Barcelona.

Blanc: *Sobre la organización del trabajo*. Ranke: *Historia de Alemania durante la Reforma*. Gioberti: *Introducción al estudio de la filosofía*. Macaulay: comienza la *Historia de Inglaterra* (-61). Stendhal: *La Cartuja de Parma*. Poe: *La caída de la Casa Usher*. Balzac: *Esplendor y miseria de las cortesanas*. P. Borel: *Madame Putiphar*. Turner: *El último viaje del Temerario*. Berlioz: *Benvenuto Cellini y Romeo y Julieta*. Chopin: *Preludios*. Wagner en París.

Esp.: Levantamiento liberal y abdicación de la Regenta Cristina; Espartero Regente. Fr.: Ministerio Guizot (-48). Ingl.: Casamiento de Victoria con Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha; ocupación de Hong Kong; Guerra del Opio. Países Bajos: Guillermo II, rey. Egipt.: Mehemet Alí, bajá de Egipto, se subleva contra el imperio turco. Prusia: Federico Guillermo, rey. EE.UU.: Partido abolicionista.

Inglaterra realiza más del 30 % del comercio internacional. Frégier: Plan de construcciones públicas para obreros en Francia. Primeras importaciones de guano a Europa. Liebig: *De la química*

1841

1842

Muerte del Dr. Francia y fin de su largo gobierno en Paraguay (1814).

Pardo: periódico *El espejo de mi tierra*. Antonio Leocadio Guzmán: periódico *El Venezolano*. La "habanera" en Cuba.

B: Acto de coronación de Pedro II (18-VII). Restablecimiento del Consejo de Estado (23-XI). Reforma del Código de Procesamiento Criminal (3-XII). Luís Alves de Lima e Silva pacifica la "Balaíada" en Maranhão.

Fundación del Conservatorio de Música de Río de Janeiro; nombramiento de Francisco Manuel da Silva como maestro-compositor de la Capilla Imperial. Nace Fagundes Varela.

Al.: El presidente peruano Gamarra invade Bolivia; derrota y muerte en Ingavi. Yucatán intenta independizarse de México y desiste ante la sublevación india de la "guerra de las castas". Recurso de amparo por primera vez en la legislación mexicana. Convenio de Pasto entre Colombia y Ecuador por el cual éste se anexa Túquerres. Presidencia de Rivera en Uruguay y de Bulnes en Chile.

Gómez de Avellaneda: *Sab.* Baralt: *Resumen de la historia de Venezuela*. Polémica Varela-Alberdi.

B: La Corona disuelve la Cámara de Diputados: frustración de las esperanzas liberales y revolución en São Paulo y

aplicada a la agricultura. Gauss: *Atlas del magnetismo terrestre*. Aparición del timbre postal en Inglaterra. Cunard: funda en Liverpool compañía naviera.

Proudhon: *¿Qué es la propiedad?* Cabot: *Viaje a Icaria*. Savigny: *Sistema del derecho romano contemporáneo*. Guérin: *El centauro*. Sainte-Beuve: *Port-Royal* (-59). Nerval traduce *Fausto*. Grillparzer: *¡Ay del que miente!* Zorrilla: *Los cantos del trovador*. Donizetti: *La favorita*. Delacroix: *Entrada de los cruzados a Constantinopla*.

Ingl.: Caída del gabinete liberal; Ministerio Peel (-46). Monarquismo constitucionalista en los reinos escandinavos. Tratado de Meeregen: cierre de los estrechos del Bósforo y Dardanelos a los buques de guerra. EE.UU.: John Tyler sucede a Harrison, muerto ese año.

Fr.: Ley de disminución del trabajo infantil; reposición de la Ley de enseñanza. Ley de Joule sobre energía eléctrica. De Cristoforis: máquina atmosférica de bencina con carburador. Whitworth: sistema universal de roscas. Thomas Cook: organiza los primeros viajes turísticos.

Feuerbach: *La esencia del cristianismo*. Schopenhauer: *Los problemas fundamentales de la moral*. List: *Sistema nacional de la economía política*. Carlyle: *Los héroes*. Emerson: *Ensayos* (-44). Gogol: *Almas muertas*. Wagner: *El buque fantasma*. Adam: ballet *Gisèle*.

Esp.: Levantamiento contra Espartero en Cataluña; aparición del Partido Republicano. Port.: Movimiento de liberales mo-

1843

Minas Gerais. Suspensión de garantías constitucionales y pacificación de la revolución a cargo de Caxias; São Paulo se rinde a fines de junio y Minas Gerais en agosto, tras la Batalla de Santa Luzia. Apresados y deportados los principales jefes liberales. Caxias, Comandante del Ejército de Río Grande del Sur. Piedra fundamental del Hospicio D. Pedro II en Playa Vermelha, Río de Janeiro.

Construcción de la Iglesia Matriz de la Gloria, en Río de Janeiro, según modelo de la Magdalena de París. Nace Franklin Távora.

AL: Fusilamiento de Francisco Morazán, héroe de la independencia centroamericana. Herrán presidente de Colombia. Campaña de Castilla en Tacna contra la anarquía. Primera declaración de independencia de Paraguay. Abolición de la esclavitud en Uruguay.

Alberdi: *El gigante Amapolas*. G. de la Concepción Valdez (Plácido): *El veguero*. A. Berro: *Poesías*, editadas por Andrés Lamas.

En Chile, inauguración de su Universidad (rector Andrés Bello); fundación de la *Sociedad Literaria*; aparición del primer periódico, *El Progreso* (D. F. Sarmiento su fundador); polémica literaria Bello-Sarmiento.

B: Tratado de alianza con Argentina contra el oriental Rivera; sin la ratificación de Rosas, Brasil vuelve a la neutralidad mantenida hasta entonces. Matrimonio de D. Pedro II con D.^a Teresa Cristina de Bourbon, princesa de las dos Sicilias. Reforma del servicio de correos y lanzamiento del primer sello postal llamado "olho de Boi". Muere Feijó.

Joaquim Norberto de Sousa e Silva, San-

derados, establecimiento de la Carta de 1826; gobierno del conde de Thomas.

Fr.: Muere el duque de Orleans; ley de Regencia. *Ingl.*: Tratado de Nankín, fin de la Guerra del Opio, cesión de Hong Kong por los chinos. Los bóers fundan el Estado libre de Orange. *EE.UU.*: Fijación de la frontera con Canadá.

EE.UU.: Reconocimiento jurídico de los sindicatos. Fundación de *La Nación*, órgano de la joven Irlanda. Mayer: principio de conservación de la energía. Joule: equivalente mecánico del calor. Lawes: patente procedimiento para producir superfosfatos. Primer concierto de la New York Philharmonic Orchestra. El deporte en el sistema de enseñanza británico.

Mill: *Lógica*. Bertrand: *Gaspar de la noche*. Sué: *Los misterios de París*. Poe: *El escarabajo de oro*. Whitman: *Franklin Evans*. Daumier: *Tipos parisinos*. C. Franck: *Trios*. Glinka: *Rusland y Ludmilla*. Nace Mallarmé y muere Stendhal.

Esp.: Pronunciamento militar, imposición de la mayoría a Isabel; exilio de Espartero. Fr.: Reestablecimiento de la *Entente Cordiale* con Inglaterra. *Ingl.*: Anexión de Natal; segundo Trek de los bóers. Revolución en Atenas.

Miseria en Irlanda: población disminuye de 8,3 a 5,7 millones en 1863. Ley de Ohm sobre vibraciones sonoras. Bottax inicia excavaciones de Khorsabad. Brunel:

1844

tiago Nunes Ribeiro y otros, fundan la revista *Minerva Brasiliense*. Pereira da Silva: *Parnaso brasileño*. Teixeira e Sousa: *El hijo del pescador*. José Inácio de Abreu e Lima: *Compendio de Historia del Brasil*. Nacen Alfredo de Eschagnolle, Taunay y Pedro Américo, considerado uno de los principales pintores del siglo XIX, junto con Almeida Júnior y Vitor Meireles.

AL: Santa Ana: "Bases orgánicas o nueva Constitución". Fiebre amarilla en Ecuador. Soublette presidente de Venezuela y Vivanco Director Supremo de Perú. Se inicia el Sitio Grande de Montevideo, hasta el 51. Chile ocupa el Estrecho de Magallanes.

Plácido: *El hijo de la maldición*. Lastarria: *El mendigo*. De Angelis: *Archivo Americano*.

B: Revuelta en Alagoas. Amnistía a los liberales de la revolución de 1842 y a los separatistas gaúchos que depusieran las armas.

Joaquim Manuel de Macedo: *La Moreninha*.

AL: Revueltas militares en México contra Santa Anna. Revolución Trinitaria en Santo Domingo separa la República Dominicana de Haití. Insurrecciones negras en Cuba. En Perú, comienzo de la explotación del guano. Crisis económica en Montevideo a consecuencia del bloqueo. Carlos López presidente de Paraguay. España reconoce la independencia de Chile.

Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo*. F. Bilbao: *Sociabilidad chilena*. Alberdi: *Memoria sobre la conveniencia y el objeto de un Congreso Organizador Americano*. Nace Manuel González Prada.

botadura del "Great Britain", vapor accionado por hélices y con casco de acero. Kierkegaard: *Diario de un seductor*. Macaulay: *Ensayos críticos e históricos*. Montalembert: *El deber de los católicos*. Dickens: *Martin Chuzzlewit*. Labrouste: Biblioteca de Santa Genoveva en París. Turner: *Los alrededores de Venecia*. Donizetti: *Don Pascual*. Wagner: *El holandés errante*. Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano*.

Esp.: Gobierno del general Narváez; represión política. Fr.: Guerra con los marroquíes. It.: Mazzini funda la *Joven Europa*. EE.UU.: Triunfa James Knox Polk, candidato de los estados esclavistas y anexionista.

Ingl.: Movimiento cooperativo en Rochdale; reorganización del Banco de Inglaterra. Ley sanitaria de vivienda y urbanismo en Londres. Unión de Friburgo, socialcristiana (-91). Levantamiento de los tejedores de Silesia. Telégrafo Morse entre Baltimore y Washington. Kalbe: ácido acético sintético. Keller: celulosa para la preparación del papel. Primera exposición industrial del Zollverein alemán. G. Williams funda la YMCA en Londres.

Carlyle: *Pasado y presente*. Kierkegaard: *El concepto de la angustia*. Marx, refugiado en París, redacta los *Manuscritos*

1845

Poco se sabe de la infancia y adolescencia de MA. Parece cierto que no fue un niño sano: la epilepsia y la tartamudez probablemente daten de su infancia. Pronto pierde a la hermana y a la madre. Miembro de una familia pobre, no puede realizar estudios regulares: aprende a leer con la madrastra, María Inés, y frecuenta la escuela pública.

1846

B: Davi Canabarro, jefe de los rebeldes de Rio Grande do Sul, resuelve aceptar la amnistía; pacificación de la guerra de los Farapos (1835-) por Luís Alves de Lima e Silva. Protesta del ministro de relaciones exteriores ante Bill Aberdeen, quien sometía a juicio de los tribunales ingleses a los navíos y súbditos brasileños sospechosos de complicidad con el tráfico de africanos.

Fundación de la Sociedad Epicúrea en la Academia de São Paulo. Macedo: *El mozo rubio*. Gonçalves Dias: *Primeros cantos*. Varnhagen: *Los épicos brasileños*.

AL: Texas anexada a EE.UU. Primera línea de vapores entre Cádiz y La Habana. Mosquera presidente de Colombia, Castilla de Perú, Roca de Ecuador, tras el Tratado de Virginia y la deposición de Flores. España reconoce la independencia de Venezuela. Intervención anglo-francesa en el Plata.

"Jotabeche" funda *El Copiapino*. Sarmiento: *Facundo*. Segura: *Ña Catita*. M. Payno: *El fístol del diablo*. *El Comercio del Plata*, en Montevideo (Florencia Varela) y *El Paraguay Independiente* en Asunción.

B: El Vizconde de Mauá construye los astilleros de Ponta de Arcaia, Niterói. Primer baile de máscaras en Río de Janeiro el sábado de carnaval. Nace la Princesa Isabel.

económico-filosóficos. Disraeli: *Coningsby o la nueva generación*. Dostoievski traduce al ruso *Eugenia Grandet*. Dumas: *Los tres mosqueteros*. E. Barret Browning: *Poemas*. Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Verdi: *Hernani*. Nace Nietzsche.

Esp.: Sanción de nueva constitución; Don Carlos abdica en favor de su hijo. Jesuitas en Lucerna. Tratado franco-chino en Whampoa. EE.UU.: Texas y Florida admitidos como estados esclavistas; guerra con México.

Faraday: Estudios sobre la polarización de la luz. Layard inicia excavaciones de Kalach y Nínive. Creación del Colegio Real de Química en Londres; primera sociedad para la provisión de viviendas en Londres. Producción textil británica sobre 17,5 millones de husos.

Max Stirner: *El único y su propiedad*. Disraeli: *Sybil*. Marx: *Tesis sobre Feuerbach*. Engels: *Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Poe: *El cuervo*. Humboldt: *Cosmos*. Delacroix: *El sultán de Marruecos*. Viollet-le-Duc y Lassus ganan el concurso para la reconstrucción de Nuestra Señora de París. Wagner: *Tanhäuser*.

Esp.: Casamiento de Isabel; caída de Narváez. Port.: Levantamiento popular contra Thomas. Ingl.: Abolición de la Ley de granos; agitación en Irlanda; escisión en el partido conservador, ministerio Russell. Ale.: Asamblea intelectual del Pueblo Alemán en Franckfurt. Austria se ane-

1847

Martins Pena: *Judas en Sábado de Aleluya*.

AL: EE.UU. invade México, triunfo de Palo Alto y ocupación norteamericana de Monterrey y Nueva California. Primera Presidencia de Monagas en Venezuela. Tratado de Bidlack garantiza la soberanía del gobierno de Bogotá sobre Panamá. Reelección de Bulnes en Chile. Flores propone a España "la reconquista de América".

Gómez de Avellaneda: *Guatimozín*, J. M. Gutiérrez: *América poética*. Echeverría: *Dogma socialista*.

B: Creación de la Presidencia del Consejo de Ministros. El senador Vergeiro inicia en Ibicaba el sistema de parcelamientos con colonos alemanes.

Pereira da Silva: *Plutarco brasileño*. Nace Castro Alves.

AL: Veracruz capitula ante la flota norteamericana. Nueva declaración de independencia de Guatemala. Amnistía general en Perú. Ballivián abandona presidencia de Bolivia. Fundación de Punta Arenas en Chile, que asegura su soberanía en el extremo austral.

A. J. Irisarri: *El cristiano errante*. A. Bello: *Gramática de la lengua castellana*.

xa Cracovia. *Papado*: Encíclica *Qui Pluribus*; amnistía a los presos liberales por Pío IX. *EE.UU.*: Tratado anglonorteamericano en Washington.

Galle observa el planeta Neptuno de acuerdo a cálculos de Le Verrier. Primera intervención quirúrgica con anestesia en Inglaterra. Baños y lavaderos públicos en Londres.

Proudhon: *Filosofía de la economía del Estado o necesidad de la miseria*. Michelet: *El Pueblo*. Dostoievski: *El doble*. Thackeray: *Feria de vanidades*. Keller: *Poesías*. Sand: *El pantano del diablo*. Daumier: *Nuestros buenos burgueses*. Berlioz: *La condenación de Fausto*.

Esp.: La reina Isabel se separa; general Serrano, favorito. *Port.*: Derrota de los insurrectos de Oporto; ayuda militar de Inglaterra y España. *Fr.*: Enfrentamiento de Guizot con Palmerston. Campaña de los banquetes; agudización de la oposición a la monarquía. *It.*: Movimiento del "Risorgimento" en Turín. *Ingl.*: Resurgimiento del carlismo. *Bélg.*: Ministerio liberal Rogier. *Ale.*: Movimientos liberales en Renania, Sajonia y Baviera; campaña por el Parlamento Nacional Germánico.

Ingl.: Ley sobre jornadas del trabajo femenino. *Fr.*: Producción textil sobre 4,2 millones de husos. Yacimientos de oro en California. Helmholtz: principio de conservación de la energía. Simpson: parto con anestesia de cloroformo. Rawlinson descifra la escritura cuneiforme. Inauguración de la línea Hamburgo-América. Gervinus funda la *Gaceta alemana*. Nace T. A. Edison.

Marx: *Miseria de la Filosofía*. Michelet *Historia de la revolución francesa* (-53). Lamartine: *Historia de los gi-*

1848

1849

B: Revolución de liberales "Playera" en Pernambuco, sofocada el año siguiente.

Gonçalves Dias: *Segundos cantos* y *Sex-tillas del hermano Antao*. Macedo: *Los dos amores*. Alvares de Azevedo y otros: *Revista mensual de ensayo filosófico paulistano*. Muere Martins Pena.

AL: Tratado Guadalupe Hidalgo entre EE. UU. y México, por el que EE. UU. se anexa Texas, Arizona, Nuevo México y Alta California. Yucatán reincorporada a México; revueltas mayas. Abolición del ejército en Costa Rica. Constitución de Honduras. Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan. Castilla convoca en Perú un Congreso Internacional. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros".

Aréstegui: *El padre Horán*. J. A. Saco: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos*. De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos*. José de la Luz y Caballero funda en Cuba el colegio *El Salvador*.

B: Fundación de Joinville, Santa Catarina. Epidemia de fiebre amarilla en Río de Janeiro.

Revista Guanabara, redactores: Gonçalves Dias, Macedo y Pôrto Alegre.

rondinos. Ranke: *Historia alemana en la época de la reforma*. Balzac: *El primo Pons*. E. Brontë: *Cumbres borrascosas*. Emetson: *Poemas*. Merimée: *Carmen*.

Esp.: Regreso de Narváez al gobierno; levantamiento carlista sofocado; expulsión del embajador inglés. Port.: Gobierno liberal de Saldanha. Fr.: Revolución de Febrero; caída de Luis Felipe; proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Junio; represión de Cavaignac; elección de Luis Bonaparte. It.: Levantamientos en Sicilia, Milán, Venecia y Roma; huida del Papa. Ale.: Los "Días de Marzo" en las calles de Berlín; insurrección y huida del príncipe heredero; Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Aust.: Revolución en las calles de Viena; dimisión de Metternich. Levantamiento en Hungría; República de Kossuth. Guerra anglo-bóer.

Ingl.: Sanción de la Ley de Salud Pública. Kneíp: hidroterapia. Inauguración de la línea Barcelona-Mataró. Stephenson-Fairbairn: puente de acero "Britannia" de la línea Chester-Holyhead.

Marx-Engels: *Manifiesto comunista*. S. Mill: *Principios de economía política*. Macaulay: *Historia de Inglaterra*. Mann: *Lecciones sobre educación*. J. Grimm: *Historia de la lengua alemana*. A. Dumas: *La Dama de las Camelias*. Rossetti: hermandad prerrafaelista. Menzel: *Entierro en Berlín de los caídos de Marzo*. Schumann: *Manfredo*.

It.: Austria reprime los movimientos del norte. Derrotados Garibaldi y Mazzini; República de Roma; Víctor Manuel II, rey de Piamonte y Cerdeña. Fr.: Actuación de Luis Bonaparte y la Montaña; ministerio extraparlamentario de Bona-

1850

AL.: Continúa la guerra racial en Yucatán. Primer acuerdo canalero entre Nicaragua y EE. UU. Reinstauración del Imperio en Haití, hasta 1859. Insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela y exilio de Monagas. Perú acrecienta venta de guano a Europa.

Márquez: *La bandera de Ayacucho y Pablo o la familia del mendigo*. *Alamán*: *Historia de México* (-52). Fundación de la Universidad de la República, en Montevideo. Nace Enrique José Varona (-1933).

B.: Ley Eusébio de Queirós extinguiendo el tráfico negrero en el Brasil (4-IX). Entra en vigor el Código Comercial (25-XI). Ley de Tierras (18-IX). Creación de la Provincia de Amazonas, separada de Gao-Pará. Campaña contra Oribe, de Uruguay y Rosas, de Argentina (-52). Primera línea de vapor desde Europa (22-III).

Varnhagen: *Antología de la poesía brasileña*. Nace el pintor José de Almeida Júnior.

AL.: Tratado Bulwer-Clayton entre Inglaterra y EE. UU. estableciendo zonas de influencia en América Central. Los jesuitas expulsados de Colombia y reincorporados en Ecuador. Guerra Grande: tratado Lépredour-Arana entre la Con-

parte. *Ale.*: El Parlamento sanciona Constitución Federal; Rey de Prusia rechaza la corona; disolución del Parlamento. Alianza austro-rusa contra Hungría; dimisión de Kossuth. *Papado*: Enciclica *Nostris et Nobiscum*. *EE. UU.*: General Taylor, presidente. *Fr.*: Subsidio para construcción de viviendas populares; prohibición de huelga de mineros. Creciente inmigración irlandesa a EE. UU.

Fizeau: experiencias sobre la velocidad de la luz. *Francis*: turbina hidráulica radial. *Worms*: plancha estereotipo curva. *Livingtone* descubre el lago Ngami. *Monnier* realiza las primeras experiencias con hormigón armado.

Dickens: *David Copperfield* (-50). *Lamartine*: *Raphael*. *Fernán Caballero*: *Las Gaviotas*. *Ruskin*: *Las siete lámparas de la arquitectura*. *Courbet*: *El hombre del cinturón*. *Nicolai*: *Las alegres comadres de Windsor*. Muere Chopin.

Port.: Destitución de Saldanha; Gobierno de Thomas. *It.*: Cavour ingresa al gabinete de Piamonte. *Fr.*: Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral de Thiers. *Ale.*: Convenio de Olmutz; reparto de Schleswing y Holstein entre Prusia y Austria; Nueva Constitución prusiana. *EE. UU.*: Renovación del convenio Clay sobre la esclavitud en California; Fillmore, presidente.

Población europea: 270 millones. *Fr.*: 35,63 millones de habitantes. Censo en EE. UU.: 23,26 millones de habitantes. *Ingl.*: Producción de algodón 1,85 millones de km.; ley sobre jornada de 10 horas en industrias textiles para mujeres y adolescentes; primera ley sobre librerías populares. *Kelvin*: memorias sobre el calor. Se funda la agencia Reuter. Sin-

1851

Muere su padre. La madrastra se emplea como vendedora de dulces en un colegio, donde el niño también vende dulces. Además, MA sirve como sacristán en la Iglesia de Lampadosa.

federación y Francia. Muere Artigas en el Paraguay y San Martín en Francia. Población total de AL: 30 millones. Brasil: 8; México: 7,6; Colombia: 1,49; Perú: 1.188; Cuba: 1.886. 52 % en los países tropicales; 32 % en México y América Central; 4,1 % en Argentina y Uruguay.

M. Cervantes: *Caramurú*. Bello: *Compendio de la historia de la literatura*. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*.

B: Concluye la alianza ofensiva y defensiva con los Colorados de Uruguay y revolucionarios de Entre Ríos contra Rosas (29-V). Tratado de límites, navegación y comercio con Perú. Acuerdos sobre límites con Uruguay (12-X).

Gonçalves Dias: *Ultimos cantos*. Construcción del Palacio de Itamarati por Jacinto Rebêlo.

AL: Mariano Arista presidente de México. Intentos por formar en Chihuahua la República de Sierra Gorda. Última expedición anexionista del General Narciso López en Cuba, que es fusilado por el gobierno español. Abolición de la esclavitud en Colombia y Ecuador; en éste el General Urbina se proclama Jefe Supremo. Primer ferrocarril entre Lima y Callao y entre Caldera y Copiapó. Fracasa revolución liberal en Chile; Montt gobernará por un decenio. Concluye Sitio Grande de Montevideo; alianza antirrusista en el Plata: Urquiza prepara el Ejército Grande.

Lastarria: *Diario político*. Maitín: *Obras poéticas*. Mármol: *Amalia* (-55) y *Armonías*. Muere Echeverría.

ger: máquina de coser. Primer cable submarino entre Dover y Calais. Classius: segunda ley de termodinámica.

Bastiat: *Armonías económicas*. Carlo Curci: *Civiltà Cattolica*. Schopenhauer: *Parerga y Paralipomena*. Emerson: *Los hombres representativos*. Hawthorne: *La letra escarlata*. Corot: *Danza de las ninfas*. Goya: *Los proverbios*. Wagner: *Lohengrin*. Muere Balzac.

Esp.: Concluye el gobierno de Narváez; Concordato con el Papa. Port.: Pronunciamiento de Saldanha; regresa al gobierno; Acta adicional de la Constitución; reformas liberales. Fr.: Golpe de Estado de Luis Bonaparte; disolución de la Asamblea; presidencia vitalicia. Ale.: Bismarck representante de Prusia en la dieta germánica. Revuelta de los Taiping en China.

Censo en Inglaterra: 17.928 millones de habitantes; primera ley de construcciones subvencionadas. Primera exposición universal en Londres; federación de mecánicos. 220 mil irlandeses emigran a EE. UU. Creación de la Bolsa de Barcelona. Monier patenta sistema de hormigón armado.

Comte: *Sistema de filosofía positiva*. Juan Donoso Cortés: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Macaulay: *Ensayos biográficos*. Exilio de Hugo. Melville: *Moby Dick*. Hnos. Goncourt: *Diarios* (-84). Longfellow: *La leyenda dorada*. Murger: *Escenas de la vida de bohemia*. Nerval: *Viaje a Oriente*. Paxton: Palacio de Cristal. Ruskin: *Las piedras de Venecia*. Verdi: *Rigoletto*. Schumann: *Hermann y Dorotea*.

1852

1853

B: El Vizconde de Mauá organiza la Compañía de Navegación a Vapor del Amazonas, que iniciará el ciclo del caucho en la región. Ley de Garantía de Intereses al capital empleado en ferrocarriles. Protestas contra el tratado del 15 de julio entre Argentina y Paraguay sobre los límites en Misiones. Fritz Müller, naturalista alemán, se instala en Blumenau.

Bernardo de Guimarães: *Cantos de soledad*. José Francisco Lisboa comienza la publicación del *Diario de Timón*. Construcción de Santa Casa de Misericordia en Río de Janeiro. Creación del Conservatorio Nacional de Música. Nace en México Rodolfo Bernardelli. Muere Alvares de Azevedo.

AL: Destierro de los jesuitas en Ecuador. Código civil peruano. Batalla de Caseros y caída de Rosas; gobierno provisional de Urquiza. Política de fusión en Uruguay; Giró Presidente.

M. Bilbao: *El inquisidor mayor*. Alberdi: *Bases*.

B: Período de tregua política. Gabinete de Conciliación, bajo la presidencia de Honório Hermeto Carneiro Leao, Marqués de Paraná, que reúne elementos conservadores y liberales. Firman en Londres contrato para la construcción del ferrocarril D. Pedro II. Fundación del nuevo Banco del Brasil. Muere María Quitéria, heroína de las luchas por la independencia.

Alvares de Azevedo: *Poesías*. Montalverne: *Obras oratorias*. Teixeira e Souza: *La niña robada*. Laurindo Rabelo: *Trovas*. Las Academias de Derecho de Olinnda y São Paulo pasan a denominarse Facultades.

Fr.: Establecimiento del Imperio con Bonaparte. It.: Cavour presidente del Consejo de Piamonte. Ale.: Negociaciones de Austria con Alemania del Sur para la unión aduanera; denuncia de Prusia; coalición de Darmstadt; independencia de Montenegro. Ingl.: Reconocimiento de Transvaal independiente.

Remodelación de París: Haussmann, prefecto del Sena. Kelvin: principio de la disipación de la energía. Fundación del Banco Crédit Mobilier en París. Norman Bouchaut instala el primer "Gran Magazin", la *Maison du Bon Marché* de París.

Comte: *Catecismo positivista*. Spencer: *Principios de psicología* (-57). R. Ihering: *Principios del derecho romano*. Carey: *Armonía de los intereses agrícolas, manufactureros y comerciales*. Los Grimm inician el *Diccionario alemán*. Gauthier: *Esmaltes y Camafeos*. Beecher-Stowe: *La cabaña del tío Tom*. De Lisle: *Poemas antiguos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Baltard: Mercado Central de París (-58).

Esp.: Dimisión de Bravo Murillo. Port.: Muere la reina María; minoridad de Pedro I y regencia de Saldanha. Rusia: Propuesta a Inglaterra sobre el reparto de Turquía; comienza la Guerra en Crimea; ocupación rusa de los principados danubianos; flota franco-inglesa en los Dardanelos. Restauración del Zollverein. Rusia y EE.UU. reclaman acceso al Japón. EE.UU.: Pierce, presidente; adquisición del Sur de Arizona a México. Los Taiping se apoderan de Nankín.

Fr.: Avances de la Iglesia en la educación. Primer congreso científico internacional de Estadística en Bruselas. Exploración de los yacimientos carboníferos en

1854

AL: Renuncia Arista en México, Santa Anna asume el poder como dictador y Alteza Serenísima. México vende a EE. UU. 103.000 km. cuadrados de territorio por 10 mil millones de pesos. Primera proposición de EE. UU. a España para comprar Cuba y Puerto Rico. Insurrección de Castilla en Perú contra el presidente Echenique. Nueva Constitución en Colombia, anticlerical y federalista. Urquiza presidente en Argentina, Venancio Flores de Uruguay.

Corpancho: *Brisas de mar* y *La lira patriótica*. Blest Gana: *Una escena social*. Alberdi: *Cartas quillotanas*. Nace José Martí. Muere J. E. Caro.

B: El Vizconde de Mauá inaugura el primer ferrocarril en Petrópolis (30-IV). Ley que otorga poderes a la Marina para reprimir el tráfico de esclavos en las costas brasileñas. Subsidio mensual y empréstito extraordinario al gobierno de Flores en Uruguay; intervención armada en Montevideo. Iluminación a gas y telégrafo en Río de Janeiro. Creación del Instituto de Niños Ciegos.

Francisco Adolfo de Varnhagen: *Historia general del Brasil*, 1.^{er} tomo. Manuel Antônio de Almeida: *Memorias de un sargento de milicias*. Pôrto Alegre asume la dirección de la Academia Imperial de Bellas Artes. Por insistencia del Emperador, Montalverne vuelve a predicar, produciendo célebre pánico de San Pedro de Alcántara.

AL: Plan de Ayutla desconoce poder de Santa Anna. Álvarez Presidente; Benito Juárez, Melchor Ocampo, Guillermo Prieto, Ponciano Arriaga, Ministros. Ley Juárez suprime fueros eclesiásticos y militares. Establecimiento de la Compañía del Tránsito en Nicaragua. William Wal-

el Ruhr. Herzer: revista liberal-socialista en Londres.

Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (-55). Lieber: *La libertad civil y el gobierno autónomo*. Hugo: *Los castigos*. Gogol: *Taras Bulba*. Verdi: *La Traviata* y *El Trovador*. Liszt: *Rapsodias húngaras*. Nace Van Gogh.

Esp.: Escándalo por la conducta de la reina. Movimiento de conservadores moderados y liberales. Gobierno de Espartero. La reina madre abandona el país. Francia e Inglaterra declaran la guerra a Rusia. EE. UU.: Conflicto en Kansas; formación del Partido Republicano; discurso de Lincoln contra la esclavitud.

Berthelot: principios de la termodinámica. Riemann: geometría no-euclidiana. Producción de acero con convertidores Besemer. Primera hilandería en Bombay. Fundición en Dakar. Ferrocarriles sobre los Alpes y en la India. Se declara el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

Mommsen: *Historia de Roma*. Nerval: *Las quimeras* y *Silvia*. Tennyson: *La carga de la brigada ligera*. Tiutchev: *Poesía*. Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa*. Nacen Rimbaud y Poincaré.

1855

MA se estrena en las letras de imprenta con el poema "Ella". La revista en que se publica es *A Marmota Fluminense*, editada por la Librería de Paula Brito. En ella colaborará regularmente hasta 1861. La librería es el punto de reunión de los jóvenes escritores de la época y poco a poco MA es acogido por ellos.

1856

Como aprendiz de tipógrafo ingresa a la Tipografía Nacional, a la fecha dirigida por el novelista Manuel Antônio de Almeida, quien se constituye en su protector al saber de su precaria situación económica.

ker intenta la secesión de la Baja California en favor de EE. UU. Abolición de la esclavitud en Perú y Venezuela. Dictadura de Melo en Colombia. Buenos Aires formaliza su segregación. Muere Rivera en Uruguay.

J. J. Pesado: *Los Aztecas*. V. F. López: *La novia del hereje*.

B: Epidemia de cólera en Río de Janeiro.

Abreu e Lima: *El socialismo*. Junqueira Freire: *Inspiraciones del claustro*. Macedo: *El forastero y El diario de mi tío*. Muere Junqueira Freire.

AL: Sublevación de los indios de Puebla: "religión y fueros". Ferrocarril transoceánico de Panamá, de propiedad norteamericana. Fracasa expedición haitiana contra Dominicana. R. Carrera nombrado presidente vitalicio de Guatemala. Segunda presidencia de Castilla en Perú: "era de los millones de guano" y de Monagas en Venezuela. Derrocamiento de Flores en Uruguay, acercamiento entre blancos y colorados. Código civil chileno, obra de Andrés Bello.

Cisneros: *El pabellón peruano*. J. M. Paz: *Memorias*. Baralt: *Diccionario de galicismos*.

B: El café se convierte en el producto de exportación dominante. Construcción de la primera carretera pavimentada del país: la Uniao e Indústria, que une Petrópolis con Juíz de Fora. Línea férrea entre Santos y Jundiá, São Paulo. Tratado de comercio y navegación con Argentina (7-III). Tratado de amistad, comercio y navegación con Paraguay (6-IV). Captura del buque norteamericano "Canadá". Población de Río de Janeiro:

Esp.: Predominio liberal en las Cortes Constituyentes. Reformas eclesiásticas. Port.: Mayoridad de Pedro I. Fr.: Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajo y propiedad industrial. Ingl.: Gobierno de Palmerston. Guerra de Crimea: batalla de Sebastopol con derrota aliada; Piemonte y Cerdeña intervienen contra Rusia. Masacre de musulmanes en Yunnan.

Lobachevsky: pangeometría. Autorización a Lesseps para construir el canal de Suez. 1.ª Exposición Internacional de París. Los Rothschild fundan el Kreditanstalt de Viena. Primera huelga general en España. Nightingale: los heridos de Crimea son atendidos por enfermeras.

Büchner: *Fuerza y materia*. Le Play: *Los obreros europeos*. Kierkegaard: *El momento*. Browning: *Hombres y mujeres*. Baudelaire: *El Spleen de París*. Nerval: *Aurelia*. Whitman: *Hojas de hierba* (-97). Courbet: *El taller*.

Esp.: O'Donnell reemplaza a Espartero; fracasa levantamiento liberal; gobierno de Narváez; disolución de las Cortes. It.: Memorándum de Cavour sobre Italia. Francia e Inglaterra firman tratado con Rusia en París; fin de la Guerra de Crimea. Convención Internacional sobre guerra naval.

Ley sobre Sociedades Anónimas en Inglaterra. Hallazgo del Neanderthal. Sin-

1857

188.156 habitantes. Compañía Central de Colonización.

Polémica Gonçalves de Magalhães-José de Alencar.

Gonçalves de Magalhães: *La Confederación de los Tamoiós*. José de Alencar: *Cartas sobre la Confederación de los Tamoiós*. Macedo: *El fantasma blanco*. Creación del Liceo de Artes y Oficios en río de Janeiro.

AL: Ley Lerdo de desamortización de bienes eclesiásticos, en México. William Walker "presidente" de Nicaragua y alianza centroamericana para combatirlo. Muere en La Habana Georg Weerth, miembro de la Liga de los Comunistas Alemanes. Se fijan fronteras entre Ecuador y Colombia. Decreto de amnistía en Ecuador. Constitución liberal en Perú. Pacto de la Unión en Uruguay.

Vélez de Herrera: *Romancero cubano*. Alberdi: *Organización política y económica de la Confederación*.

B: Nuevo gabinete conciliador, bajo la presidencia del Marqués de Olinda, Pedro de Araujo Lima. EE.UU. demanda el pago de 212.365 dólares por el buque "Canadá (23-I)". Tratado con Argentina declara los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, de libre navegación (20-XI). Instalación de alcantarillas en Río de Janeiro. Creación del Instituto de Sordomudos.

Sousândrade: *Harpas salvajes*. José de Alencar: *El Guaraní* y *El demonio familiar*. Gonçalves Dias: *Cantos*, primera parte de *Los Timbiras* y *Diccionario de la lengua Tupí*. Creación de la Imperial Academia de Música y Opera Nacional. Muere Montalverne. Nace Alúísio Azevedo.

tesis de un colorante de anilina. Burton-Speke: expedición a la zona de los grandes lagos africanos.

Tocqueville: *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio*. Barret Browning: *Aurora Leigh*. Oksakov: *Crónica familiar*. Ibsen: *La fiesta en Solhaug*. Teatro de la Zarzuela en Madrid. Nace O. Wilde.

Ingl.: Grave crisis financiera; incremento de su expansión colonial y conquista de mercados; revuelta de los cipayos; franco-ingleses ocupan Cantón. Fr.: Entrevista de Napoleón con el Zar. Ale.: Guillermo de Prusia asume la regencia de Federico Guillermo IV. EE.UU.: Constitución esclavista en Kansas; caso Dred Scott; Buchanan, presidente.

Primer Censo en España: 15 millones de habitantes; Ley Moyano de Instrucción Pública; fundación de la Academia Tomista. Fundación de las Universidades de Calcuta y Madrás. Pasteur: estudio de la fermentación por los microorganismos. Kekulé: tetravalencia del carbono. Producción de papel con pulpa de madera. Elisha Otis patenta el ascensor.

1858

Abandona la Tipografía Nacional pasando a ser corrector de pruebas de la editora de Paula Brito. Reintégrase nuevamente al grupo de la *Marmota* y a la sociedad literario-humorística fundada por aquel editor, la "Petalógica".

Inicia su colaboración en el diario *O Paraíba* de Petrópolis, la cual continuará hasta 1859.

Inicia también su colaboración con el *Correio Mercantil*, donde escribirá, aunque con poca frecuencia, hasta 1864. Al parecer ingresó en la redacción del periódico como corrector, llevado por uno de los propietarios, Pedro Luis y Francisco Otaviano.

AL: Nueva Constitución en México, rechazada por conservadores militares y eclesiásticos; golpe de Estado de Comonfort; se inicia la resistencia de Benito Juárez. Primera plantación de café en Guatemala (Escuintla). Walker expulsado de América Central. Confederación Granadina (-61). Ospina presidente de Colombia. J. Linares primer presidente civil de Bolivia. Colonización inglesa de una zona del Amazonas en Ecuador; García Moreno rector de la Universidad Central. Nueva Constitución en Venezuela. Rosas, exiliado en Inglaterra, reo de "lesa patria" en Argentina. Primera línea férrea argentina entre Buenos Aires y La Florida. Desaparecen en Chile los mayorazgos creados en 1833.

E. del Campo: *Carta de Anastasio el Pollo*. Salaverry: *Abel*.

B: Convención fluvial firmada con Paraguay para asegurar la libertad de navegación en el río Paraguay. Inauguración del ferrocarril D. Pedro II.

Alencar: *Las alas de un ángel*. Nace el pintor Belmiro de Almeida.

AL: Benito Juárez presidente de México establece cuartel general en Veracruz: guerra de los Tres Años. Insurrección de Julián Castro en Valencia contra la Constitución del 57: presidencia y nueva Constitución. Guerra civil entre federalistas y centralistas, hasta el 63. Exilio de Guzmán Blanco. Segunda presidencia de Castilla y bloqueo de los puertos ecuatorianos. Abolición de la República unitaria y reconstitución de la República federalista de los Estados Unidos de Colombia. Segunda y fracasada revolución liberal en Chile. California y Australia se cierran como mer-

Buckle: *Historia de la civilización de Inglaterra*. Flaubert: *Madame Bovary*. Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de *Historias extraordinarias* de Poe. Eliot: *Escenas de la vida clerical*. O. Feuillet: *La novela de un joven pobre*. Champfleury: manifiesto *El realismo*. Coubert: *Muchachos a la orilla del Sena*.

Esp.: Reforma O'Donnell al gobierno; organización de la Unión Liberal. It.: Entrevista Napoleón-Cavour en Plombières, acuerdan acción conjunta contra los austriacos. Fr.: Atentado Orsini contra Napoleón. Ing.: Eliminación de la Compañía de las Indias. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tientsin. Comercio de China abierto a ingleses y franceses; reglamentación del comercio de opio. EE.UU.: Campaña electoral de Illinois; Douglas contra Lincoln.

Polémica de Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. Virchow: patología celular. Constitución de la Compañía del canal de Suez. Adhesión de los países al sistema métrico decimal de 1795. Fundación de los transportes Wells Fargo. Apariciones de la Virgen a Bernadette Soubirous en Lourdes.

Carlyle: *Historia de Federico II*. Prou-

1859

Participa en la fundación de la revista de F. Eleuterio de Sousa, *O Espelho*, en la cual escribe hasta su extinción en 1860. Por primera vez colabora con carácter obligatorio, redactando la sección de teatro ("Revista de Teatros") además de cumplir con otros trabajos. Frecuenta el Club Literario Fluminense.

Con poesía de MA y música del maestro Ferrari, es representada en el Teatro de San Pedro de Alcántara, la ópera en tres actos, *Pipelet* (basada en la novela de Eugenio Sue *Los misterios de París*), obra cuyo original se ha perdido.

1860

Publica en *A Marmota* una comedia en un acto, "imitada del francés", titulada *Hoje avental, amanhã Luva* (Hoy de delantal, mañana de guantes), que es su primera experiencia teatral.

En una nueva fase reaparece el *Diário do Rio de Janeiro* bajo la dirección de Saldanha Marinho. El jefe de redacción es Quintino Bocaiuva, amigo de Machado, quien lo invita a participar del cuerpo de

cados cerealeros de Chile. Ramón de la Sagra, Cónsul del Uruguay en Francia.

J. L. Mera: *Poesías*. J. M. Heredia, J. A. Quintero, J. C. Zena: *El laúd del desterrado*.

B: Firma del tratado de límites con Venezuela.

Casimiro de Abreu: *Primavera*. Alencar: *Mamá*. Garnier publica *Revista Popular*. Inauguración de la Pinacoteca de la Imperial Academia de Bellas Artes en Río de Janeiro.

AL: Leyes de Reforma en México: separación Iglesia-Estado, nacionalización de bienes eclesiásticos, matrimonio y Registro civiles. Los conservadores establecen acuerdos con Francia (tratado Montalmonete) y los liberales con EE.UU. (tratado McLane-Ocampo sobre istmo de Tehuantepec). Fabbre Geffrard presidente de Haití. Tratado de Napasingue entre Ecuador y Perú. Guerra entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires; Urquiza derrota a los porteños.

Orgaz: *Las tropicales*. J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas*. La *Revista de Lima*.

B: Creación del Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas. El café representa el 48,8 % del valor total de las exportaciones brasileñas. Inauguración de la primera máquina a vapor para molienda de caña de azúcar.

dion: *La justicia en la Revolución y en la Iglesia*. Wagner: *Sigfrido*. Offenbach: *Orfeo en el infierno*.

Esp.: Guerra de Marruecos; rechazo de la proposición norteamericana para adquirir Cuba. Fr.: Ruptura con los católicos; etapa liberal del Imperio. Ocupación de Saigón. It.: Piamonte y Cerdeña declaran la guerra a Austria con el apoyo de Francia; victoria de Magenta y Solferino; Piamonte incorpora Lombardia y Toscana; Venecia en poder de Austria; Garibaldi inicia campaña libertadora. Ale.: Fortalecimiento del ejército prusiano, con Guillermo Hohenzollern. EE.UU.: Reconocimiento del gobierno de Benito Juárez; ejecución de John Brown; guerra contra la esclavitud.

Darwin: *El origen de las especies*. Drake: Perforación para extracción de petróleo en EE. UU. Bunsen-Kirchhoff: Espectroscopia. Monturiol: Prueba del sumergible "El Ictíneo".

S. Mill: *Sobre la Libertad*. Marx: *Crítica de la economía política*. Dickens: *Historia de dos ciudades*. Hugo: *La leyenda de los siglos* (-83). Tennyson: *Los idilios del rey*. Bécquer: *Primeras Rimas*. Maquet: *El bebedor de ajeno*. Ingres: *El baño turco*. P. Webb: *La casa roja* de W. Morris. Gounod: *Fausto*.

Esp.: Ocupación de Tetuán. Fracasa un levantamiento carlista. Fr.: Tratado comercial con Inglaterra. Liberalización de ley aduanera. It.: Revolución en Sicilia y Nápoles dirigida por Garibaldi; ambas regiones se incorporan a Italia. Se restablecen en Hungría las institucio-

redacción. La experiencia en ese órgano moderno, liberal, de oposición, será fundamental para el escritor: la colaboración sistemática lo pondrá en contacto con el gran público, lo obliga a reflejar los acontecimientos del día asumiendo posiciones críticas y lo ayuda a perfeccionar el estilo, limpiándolo de la adjetivación excesiva característica de la época. En sus artículos MA se muestra preocupado con los problemas de su tiempo, coparticipando de ellos, al contrario de lo que la tradición dice. Su tarea principal es la reseña de los trabajos del Senado, pero atiende diversas otras secciones: "Revista Dramática", "Comentarios de la Semana", "Conversaciones Hebdomadarias", "Al azar", "Semana Literaria", "Cartas Fluminenses", utilizando varios seudónimos: Gil, Job y Platão.

Se inicia la publicación de la *Semana Ilustrada* de Enrique Fleiuss, donde MA colabora, espaciadamente, hasta fines del 75. Escribe con el seudónimo de Dr. Scmana, el cual es usado también por otros escritores.

1861

Publica *Desencantos*, fantasía dramática en dos partes, y *Queda que as mulheres têm para os tolos* (Falta que le hacen las mujeres a los tontos), que aparece como si fuera una traducción. Ambas son publicadas por la editorial de Paula Brito.

Con versos de MA se representa en el *Ginnasio Dramático* la ópera en un acto *As bodas de Joaninha* (Las bodas de Juanita) de Luis Olona.

Francisco de Paula Batista: *Compendio de hermenéutica jurídica*. Alencar: *Cinco minutos y La viuda*. Nace el pintor Antonio Pavieira. Muere Casimiro de Abreu.

AL: Fin de la guerra de los Tres Años; Miramón huye a Francia. William Walker ejecutado. Inglaterra devuelve a Honduras las islas Bray. El Vaticano reanuda relaciones con Haití. Guerra civil en Colombia. Constitución conservadora en Perú. García Moreno, Jefe Supremo de Ecuador. Presidencia de Derqui en Argentina; guerra de policía contra el Chacho Peñaloza en el interior. Primer censo uruguayo: 221.243 habitantes. Primera línea de telégrafo en Argentina.

Vicuña Mackenna: *Historia de la independencia en el Perú*. Blest Gana: *La aritmética en el amor*.

B: Caixas, presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Guerra. Captura del buque británico "Príncipe de Gales" por civiles. Exposición Nacional, organizada por el Marqués de Abrantes con más de 6.000 productos nacionales. Creación de la East Rey Mining Co.

Fagundes Varela: *Nocturnas*. Joaquim Felice dos Santos: *Los invisibles*. Representación de *La noche del Castillo*, de Carlos Gomes en la Opera Nacional. Muere José Antonio de Almeida.

AL: Juárez entra a Ciudad de México: presidente. Suspensión de la deuda externa e invasión de Inglaterra, Francia y España para cobrarla. República Dominicana reincorporada al Imperio Hispánico. Dictadura de Páez en Venezuela. Toma de Bogotá por el General Mos-

nes autónomas. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Rusia funda Vladivostok. EE.UU.: Lincoln presidente; Secesión de Carolina del Sur.

Londres: 2,8 millones de habitantes. Berlín: 493 mil. París subterráneo: dentro del plan de Haussmann, incorporación del sistema de drenajes y agua potable para una población de más de millón y medio de parisinos. Speke-Grant: descubrimiento de los afluentes del Nilo. Lenoir: máquina de explosión. Fetchner: elementos de la psicofísica. Primer Congreso Internacional de química en Karlsruhe. Crémieux funda la Alianza Israelita Universal. Se instala en Elche la primera máquina de alpargatas.

Taine: *La Fontaine y sus fábulas*. Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia*. Baudelaire: *Los paraísos artificiales*. Ovtstovsky: *La Tormenta*. Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad*.

Esp.: Conflicto con México por el pago de deudas. Acuerdo en Londres por una acción conjunta con Inglaterra y Francia. Port.: Comienza el reinado de Luis I (-90). It.: Víctor Manuel es proclamado rey de Italia; primer Parlamento; muere Cavour. Ale.: Guillermo I, rey de Prusia. EE.UU.: Los Estados del Sur se separan de la Unión y constituyen la Confederación; Guerra de Secesión.

Reis inventa el teléfono. Nightingale dirige la primera escuela de enfermeras en Londres. Supresión de la servidumbre en Rusia.

S. Mill: *Sobre el utilitarismo*. Proudhon: *Teoría del impuesto*. Bachofen: *El Matriarcado*. Cournot: *Tratado sobre el encadenamiento de las ideas fundamen-*

1862

Por dos años será bibliotecario de la sociedad *Arcadia Brasileira*. Al tiempo es admitido como socio del *Conservatorio Dramático Brasileiro*. En el Ateneo Dramático son representadas dos comedias suyas con un intervalo de sólo tres meses: *O caminho da porta* (El camino de la puerta) y *O Protocolo* (El protocolo), ambas en un acto. En São Paulo es presentado uno de sus dramas, en dos actos: *Gabriela*. Inicia sus colaboraciones en *O Futuro* de Faustino Xavier de Novais. En una carta anónima al Obispo de Río de Janeiro (18-IV) publicada en el *Jornal do Povo* se lamenta del nivel eclesiástico y de los oficios y festividades religiosas que "están lejos de ofrecer la majestad y la gravedad imponente del culto católico". "Nuestro clero está lejos de ser aquel que pide la religión del cristianismo. Reservadas las excepciones, nuestro sacerdote no tiene nada del carácter piadoso y noble que conviene a los ministros del Crucificado."

1863

Editado por la tipografía del *Diario do Rio de Janeiro*, aparece el volumen primero del *Teatro* de Machado de Assis, reuniendo las comedias *O caminho da porta* y *O Protocolo*. Como prefacio al libro Quintino Bocaiuva escribe una "Carta al Autor" donde dice: "(...)

quera, liberal. Nuevo conflicto armado entre la Confederación y Buenos Aires; batalla de Pavón y victoria de Mitre.

L. B. Cisneros: *Julia o escenas de la vida de Lima*. Mera: *La virgen del sol*. Juan María Gutiérrez rector de la Universidad de Buenos Aires. Nace José Rizal.

B: Arresto de oficiales británicos en Río de Janeiro. Inglaterra captura 5 buques mercantes brasileños en represalia por la captura del "Príncipe de Gales" (31-XII).

Cónego Fernández Pinheiro: *Curso elemental de Literatura Nacional*. Alencar: *Lucíola*. F. Távora: *Los indios de Jaguaribe*. Edición brasileña de *Historia del Brasil*, de Southey. Construcción del Palacio de Catete. Inauguración del monumento a D. Pedro II en Rossio. El Teatro de São Januário pasa a llamarse Ateneo Dramático.

AL: Tratado de La Soledad: españoles e ingleses se retiran de México; Francia prosigue la guerra, sitio de Puebla. Privilegios para la Iglesia en Ecuador. Muere el presidente López en Paraguay, le sucede su hijo Solano. San Román presidente de Perú, Mitre de Argentina. Sarmiento gobernador de la provincia de San Juan. Segunda vía férrea argentina (Buenos Aires-San Fernando). Fundación de la colonia judía Moisesville, en Entre Ríos. Amnistía en Chile para los liberales del 59.

Segura: *Las tres viudas*. Blest Gana: *Martín Rivas*.

B: Arbitraje de Leopoldo de Bélgica en la cuestión Christie, anglo-brasileña, pronunciándose por este último; ministro brasileño en Londres paga la indem-

tales en las ciencias y en la historia. Dos-toievski: *Recuerdos de la casa de los muertos*. Eliot: *Silas Marner*. Hebbel: *Los nibelungos*. Garnier: comienza la construcción de la Opera de París.

Esp.: El general Prim reembarca luego de su incursión punitiva en México. Fr.: Napoleón modera su apoyo al nacionalismo italiano; intenta evitar la toma de Roma. It.: Garibaldi lanza el grito "Roma o Muerte"; derrota de Aspromonte. Ale.: Bismarck preside el ministerio en Prusia. Aust.: Negativa de Prusia para su acceso al Zollverein. Revolución en Grecia. Francia en Cochinchina y Obock. EE. UU.: Lincoln libera a los esclavos en los estados rebeldes; 186 mil soldados negros en el ejército yanqui.

Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard: función de los nervios vasomotores. Berthelot: síntesis del acetileno. Spencer: *Primeros Principios*. Thiers: *Historia del Consulado y el Imperio*. Hugo: *Los miserables*. Flaubert: *Salambó*. De Lisle: *Poemas bárbaros*. Manet: *Lola de Valencia*. Von Klenze termina los Propileos de Munich. Verdi: *La fuerza del destino*. Nace Debussy.

Esp.: Renuncia de O'Donnell. Bél.: Congreso católico en Malinas, discurso de Montalembert; ataque a la intolerancia y el absolutismo. Fr.: Protectorado

Tus comedias son para ser leídas y no representadas. Como son un juego del espíritu pueden distraer al espíritu. Como no tienen corazón no pueden aspirar a sensibilizar a nadie. Tú mismo las consideras así y reconocer eso es dar prueba de buen criterio contigo mismo, cualidad rara de encontrar entre los autores”.

Inicia una intensa colaboración con el *Jornal das Familias* de B. L. Garnier. Además de cuentos firmados, publica muchos con varios seudónimos. Job, Vitor de Paula, Lara, Max y otros.

En una reunión de aficionados es representada su comedia en un acto *Quase Ministro* (Casi ministro).

1864

Publica su primer volumen de versos, *Crisálidas*, con sello de la Librería Garnier.

Inicia su colaboración en la *Imprensa Acadêmica* de São Paulo, donde escribe con el seudónimo de Silencio.

En el Teatro Gimnasio es representada en traducción de MA la comedia *Montjove* de Octavio Feuillet.

nización de 3.000 libras (26-II). Suspensión de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña.

Joaquim Felício dos Santos: *Acaiaça*. Macedo: *Brasilianas*. Tavares Bastos: *Cartas del solitario*. Nace el poeta Cruz e Sousa. Muere el actor Juan Caetano.

AL: Francia ocupa Ciudad de México y ofrece el trono a Maximiliano de Habsburgo. Nueva sublevación proclama la República en Santo Domingo. Escuadra española en el Callao. Gobierno federal de Falcón en Venezuela. Constitución liberal en Colombia. Concordato entre Ecuador y el Vaticano. España reconoce independencia de Argentina. Asesinado el Chacho Peñaloza, último de los caudillos del interior argentino. Ferrocarril Santiago-Valparaíso.

Palma: *Anales de la Inquisición de Lima*. Arona: *Ruinas*. Hostos: *La peregrinación de Bayoán*. Hernández: *Vida del Chacho*. Vicuña Mackenna: *Don Diego Portales*. Barros Arana rector del Instituto Nacional de Santiago de Chile.

B: Ultimátum de Saravia contra el presidente uruguayo Aguirre por el trato dado a los ciudadanos brasileños en ese país. Bombardeo de Paysandú. Decreto concede la libertad de los esclavos al servicio del gobierno. Crisis bancaria. Ferrocarril D. Teresa Cristina en Santa Catarina. Llega al Brasil la misión científica dirigida por Agassiz. Captura del vapor "Marqués de Olinda" por los paraguayos.

Alencar: *Diva y Minas de plata*. F. Varela: *Voces de América*. Angelo Agostini funda el diario abolicionista *O Diabo Coxo* con Luis Gama y Sisenando Nabuco.

en Camboya. *Ale.*: Bismarck disuelve el Landtag. Revolución en Polonia. Cristián IX, rey de Dinamarca. Jorge I, rey de Suecia. *EE. UU.*: Lincoln proclama la abolición de la esclavitud, concretada dos años después; victoria decisiva de la Unión en Gettysburg.

Crisis en la industria textil inglesa por la Guerra de Secesión. Proceso sosa-amoniaco por Solvay. Lasalle funda la asociación de trabajadores alemanes. Krupp funda colonias obreras en Essen. Creación del Crédit Lyonnais en Francia.

Renan: *Vida de Jesús*. Huxley: *El lugar del hombre en la naturaleza*. Proudhon: *Sobre el principio federativo*. Taine: *Historia de la literatura inglesa*. Littré: *Diccionario de la lengua francesa* (-68). Ibsen: *Los pretendientes*. Dostoievski: *Memorias del subsuelo*. Primer número del *Petit Journal*. Salón de los Rechazados en París. Manet: *Almuerzo sobre la hierba*. Rossetti: *Beata Beatriz*. Berlioz: *Los troyanos*. II parte.

Esp.: Ministerio de Narváez. *It.*: Tratado entre Francia e Italia para la ocupación de Roma. Fundación de la I Internacional en Inglaterra. Tratado de Viena austro-pruso-danés. *Papado*: Pío IX publica la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*. *EE. UU.*: Sherman ocupa Atlanta y Georgia; reelección de Lincoln. Spencer: *Principios de biología*. Rohls explora el Sahara. Producción de acero con el sistema Siemens-Martin. Dunant: creación de la Cruz Roja Internacional en Ginebra. Primeras competencias de atletismo universitario; encuentro Oxford-Cambridge.

1865

Se funda la *Arcadia Fluminense* que lo cuenta entre los socios fundadores. En un sarao de sociedad, es representada, ese mismo año, su comedia *Os Deuses de Casaca* (Los dioses de chaqueta).

En el Gimnasio Dramático se representa, en traducción de MA, el drama *Suplicio de una mujer* de E. Girardin y A. Dumas hijo.

Publica en el *Jornal das familias* su cuento "Confesiones de una viuda joven" y en el *Correio Mercantil* se entabla una polémica sobre la moralidad del relato.

AL: Maximiliano desembarca en Veracruz; ofensiva republicana. Congreso de Naciones Americanas, en Lima. Ocupación española de las islas Chincha. Chile apoya a Perú, Ecuador se abstiene. Melgarejo gobierna Bolivia. Constitución estableciendo los Estados Unidos de Venezuela. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario ante Chile y Perú.

Cisneros: *Edgardo*.

B: Resolución definitiva de la Cuestión Christie. Tratado de la Triple Alianza con Argentina y Uruguay contra Solano López, del Paraguay; inicia la Guerra del Paraguay (-70).

F. Varela: *Cantos y fantasías*. Pôrto Alegre: Colombo. J. F. Lisboa: *Obras reunidas*. Fundación del espiritismo en Salvador, Bahía. Muere el Músico Francisco Manuel da Silva, compositor del Himno Nacional.

AL: Maximiliano reconoce las Leyes de Reforma; enemistad con los conservadores y la Iglesia. Abolición de la esclavitud en las colonias holandesas de América. Las Cortes españolas reconocen la independencia dominicana. Muere el dictador Carrera: restauración conservadora: "la teocracia medieval"; comienza la explotación del café en Guatemala. Primer mensaje telegráfico despachado en Bogotá. Tratado Vivanco-Pareja pone fin defectuosamente al conflicto de Perú con España. Fin del mandato constitucional de García Moreno; lo sucede J. Carrión en Ecuador. Código civil argentino. Libertad de cultos en Chile.

Palma: *La lira americana*. J. M. Gutiérrez: *Estudio biográfico y crítico sobre algunos poetas sudamericanos del siglo XIX*. J. Zaldumbide: *El Congreso,*

W. Emmanuel: *La cuestión laboral y el cristianismo*. Le Play: *La reforma social*. Lombroso: *Genio y Locura*. Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*. Hnos. Goncourt: *Renée Mauperin*. Tennyson: *Enoch Arden*. Rodin: *El hombre de la nariz rota*. Degas: *Retrato de Manet*. Offenbach: *La hermosa Elena*. Nace Toulouse-Lautrec.

Esp.: Conflicto de Narváez con los universitarios. Renuncia y retorno de O'Donnell. Fr.: Napoleón prohíbe la publicación del *Syllabus*. Oposición del gabinete. Ingl.: Ministerio Russell. Ale.: Tratado de Gastein; Prusia obtiene Schleswik y Austria el Holstein. EE. UU.: Captura de Richmond; capitulación del general Lee en Appomatox; el congreso aprueba la abolición de la esclavitud; asesinato de Lincoln; fin de la guerra de Secesión.

Berthelot: *Lecciones sobre termodinámica*; inventa el calorímetro. Lister: experiencias con anestésicos. Bernard: *Introducción a la medicina experimental*. Broca: *Investigaciones y observaciones antropológicas*. Moleschot: *La unidad de la vida*. Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Peters Otto: Asociación general de mujeres alemanas. Primer congreso obrero en España.

Proudhon: *Sobre el principio del arte*. S. Mill: *Examen de la filosofía de Hamilton*. Carroll: *Alicia en el país de las maravillas*. Tolstói: *Guerra y Paz* (-69). Hnos. Goncourt: *Germinie Lacerteux*. Sully-Prudhome: *Poemas*. Maquet: *Olympia*. Wagner: *Tristán e Isolda*. Brahms: *Danzas húngaras*.

1866

La Tipografía del Instituto Imperial Artístico publica la comedia *Os Deuses de Casaca*. Primero en el *Diario do Rio de Janeiro* y luego por la Tipografía Perseverança se publica la novela de Víctor Hugo *Los trabajadores del mar*, en traducción de MA.

Otras dos piezas dramáticas traducidas por MA son representadas: un drama de Théodore Barrière y Edouard Plouvier, *El ángel de la media noche*, y una comedia de Beaumarchais, *El barbero de Sevilla*. Por decreto imperial es nombrado "Caballero de la Orden de la Rosa".

Abandona el *Diario do Rio de Janeiro* al ser nombrado ayudante del director del *Diario Oficial*.

En el Teatro Gimnasio es representada la comedia de V. Sardou *La familia Benoiton*, traducida por MA.

1867

José de Alencar le escribe presentándole a Castro Alves que pasaba por Río de Janeiro con destino a São Paulo. MA le responde con un cuidadoso análisis del drama *Gonzaga* que le había leído el joven poeta. La respuesta revela, además, la admiración de MA por Alencar y su satisfacción por haber merecido la confianza del gran novelista. Dice en un pasaje de la carta: "Es buena y gran fortuna co-

don Gabriel García Moreno y la República. Muere Andrés Bello. Nace José Asunción Silva.

B: Apertura del río Amazonas para la navegación internacional. Decreto concede la libertad de los esclavos que sirven a la guerra del Paraguay.

El botánico Francisco Alegre Alemão asume la dirección del Museo Nacional. Nace Vicente de Carvalho.

AL: Bombardeo del Callao y derrota española. Tratado de límites entre Chile y Bolivia y acuerdo para dividir exportaciones de guano. Derrotas de Solano López en la guerra de la Triple Alianza: Tuyutí y Curuzú.

J. Montalvo: *El Cosmopolita* (-68). Gutiérrez González: *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. Del Campo: *Fausto*.

B: Guerra del Paraguay; retirada de Laguna. Tratado de límites con Bolivia. Prohibición de venta separada de matrimonios esclavos y limitación de edad para la separación de padres e hijos. Inauguración del ferrocarril Santo-Jundáí.

Esp.: Sofocado el levantamiento republicano del general Prim; retorno de Narváez. Fr.: Imperiales y republicanos forman el Tercer Partido; Napoleón retira tropas de Roma y México. It.: Guerra con Austria; incorporación de Venecia. Ale.: Guerra austroprusiana; victoria de Prusia; organización de la Confederación del Norte. Polémica internacional entre proudhonianos y marxistas.

Black Friday londinense. En la batalla de Sadowa, utilización de fusiles de retrocarga y transporte de soldados por ferrocarril. Nobel inventa la dinamita. Siemens-Weathtone-Varley: dínamo. Mendel: experiencias sobre híbridos; herencia. Primer cable transatlántico. Fundación del Ku-kux-klan en Norteamérica. Hazañas de Búfalo Bill.

Bakunin: *Catecismo revolucionario*. Lange: *Historia del materialismo*. Hugo: *Los trabajadores del mar*. Dostoiévski: *Crimen y castigo*. Verne: *De la tierra a la luna*. Antología *Parnaso Contemporáneo* (Leconte de Lisle). Verlaine: *Poemas saturnianos*. Swinburne: *Poemas y baladas*. Corot: *La iglesia de Marisell*. Doré: ilustraciones para la Biblia. Offenbach: *La vida parisense*. Smetana: *La novia vendida*. Von Suppé: *Caballería ligera*.

It.: Garibaldi invade el Estado pontificio. Ingl.: Reforma electoral, se extiende el derecho al voto del obrero industrial; conspiración de los fenianos; el imperio ultramarino incluye 200 millones de personas. Aust.: Francisco José

nocer a un poeta; mejor y mayor fortuna es recibirlo de las manos de Vuestra Excelencia, con una carta que vale una fortuna, con una recomendación que es una consagración. La musa del señor Castro Alves no podía tener más afortunada introducción en la vida literaria. Abre sus ojos en pleno Capitolio. Sus primeros cantos obtienen el aplauso de un maestro. Pero si esto me entusiasma, hay otra cosa que me conmueve y confunde; es la extremada confianza que es al mismo tiempo un motivo de orgullo para mí (...) En cuanto a Vuestra Excelencia, respirando en las gradas de nuestra Tijuca, los sorbos puros y vivificantes de la naturaleza, va meditando sin duda en otras obras maestras con las cuales habrá de sorprendernos pronto. Debe hacerlo sin temor. Contra la conspiración de la indiferencia, tiene su Excelencia un aliado invencible: es la conspiración de la posteridad" (Río de Janeiro, 29 de febrero de 1868).

Escribe el prólogo para el libro de Ernesto Cibrão, *A Casa de João Jacques Rousseau*.

1868

Estando con algunos amigos en el Club Fluminense, encuentra a Domingo Faustino Sarmiento que llegado a Río, procedente de los Estados Unidos, acababa de entrevistarse con el Emperador. "La impresión que nos dejara ese hombre fue, en verdad, profunda. En aquella visión rápida del presidente electo puédesse decir que se nos aparecía el futuro de la nación argentina. En efecto, una nación rebajada por el despotismo, ensangrentada por las revoluciones, en la cual el poder sólo procedía de la fuerza vencedora y de la voluntad personal, presentaba este espectáculo interesante: un general patriota, que algunos años antes, después de una revolución y una batalla decisiva, fuera elevado al poder y fundara la libertad constitucional, iba a entregar tranquilamente las riendas del Estado, no a otro general triunfante, después de nueva revolución, sino a un simple letrado, ausente de la patria, electo libremente por sus conciudadanos" (*Gazeta de Notícias*, 9-VII-88).

Sousândrade: *El guesa errante* (-88). Nace Oliveira Lima.

AL: Fusilamiento de Maximiliano y Miramón en Querétaro. Entrada de Juárez a Ciudad de México. Guerra civil en Haití. Mosquera prisionero; asume Santos Acosta en Colombia. Se abre el Amazonas a la navegación internacional.

Isaacs: *Maria*. Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (-72). Caro y Cuervo: *Gramática de la lengua latina*. Lastarria: *La América*.

B: Guerra del Paraguay; batallas de Itororó, Avaí, Lomas Valentinas y Angostura; ocupación de Asunción. Primeras líneas de tranvías de tracción a sangre en Río de Janeiro.

Macedo: *Memorias del sobrino de mi tío*. Agassis publica *A Journey in Brazil* en los EE.UU.

AL: Juárez reelegido. Grito de Yara en Cuba y de Lares en Puerto Rico. Tratado de Colombia con EE.UU. sobre construcción del canal de Panamá queda incompleto. Presidencia de Balta en Perú y concesión única del guano a la Casa Dreyfus. Sarmiento presidente de Argentina, Fernando Guzmán de Nicaragua.

Calcaño: *Blanca de Torrestella*. M. Altamirano: *Revistas Literarias de México*, folletín de *La Iberia*.

inicia la modernización del imperio; constitución de la doble monarquía de Austria, Hungría. EE.UU.: Adquisición de Alaska; Reino del Carpet-baggers en el Sur.

Pasteur: estudios de cristalografía; fermentación del vino. Prensa rotativa de Marinoni. Sales-Soule-Glidden: primeros modelos de máquinas de escribir. Hallazgo de diamantes en el Estado libre de Orange. Inauguración del "Gran Hotel" en París, el más grande de Europa.

Marx: *El Capital* (tomo I). Zola: *Tberèse Raquin*. Ibsen: *Peer Gynt* y *Brandt*. B. Harte: *Papeles vagabundos*. Millet: *El Angelus*. Monet: *Mujeres en el jardín*. Gounod: *Romeo y Julieta*. Strauss hijo: *Junto al hermoso Danubio azul*.

Esp.: Pronunciamiento militar destrona a Isabel, Muerte de Narváez. Gobierno de Prim. Ingl.: Laboristas obtienen victoria electoral; Ministerio Gladstone (-74). Disolución de la sección francesa de la Internacional. Primer congreso de Trade Unions. Fin de la dinastía Shogún; occidentalización del Japón; Dinastía Meiji. EE.UU.: Derecho al voto a los negros.

Darwin: *Variaciones de los animales y las plantas*. Cirugía antiséptica de Lister. Haeckel: *Historia natural de la creación*. Descubrimiento del Cromagnon en Francia. Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios. Última expedición de Livingstone al África del Sur.

Dostoievski: *El idiota*. Bécquer: *Rimas*. Browning: *El anillo y el libro*. Lautréamont: *Los cantos de Maldoror*. Renoir: *El matrimonio Sisley*. Boito: *Mefistófeles*. Brahms: *Un réquiem alemán*. Wagner: *Los Maestros cantores*.

1869

Publicación del volumen de poesía *Falenas* y del de *Contos fluminenses*, ambos por la editorial B. L. Garnier que habrá de convertirse en editora de toda su obra. Cásase el 12 de noviembre, en el oratorio del Conde de São Mamede, con Carolina Augusta Xavier de Novais, hermana del poeta portugués Faustino Xavier de Novais, amigo de MA, la cual había llegado a Río de Janeiro hacía un año. A pesar de la oposición de la familia de la joven, el casamiento será de los más felices y la influencia de Carolina en la vida y en la carrera literaria del escritor de las más benéficas. Esta unión, perfecta en todos los sentidos (tal vez empañada sólo por la falta de un hijo) servirá de inspiración para la creación del casal Aguiar en el *Memorial de Aires* que MA, inconsolable por la pérdida de su mujer, escribirá tres años después de su muerte.

En sus cartas de novio, MA deja ver su lado sentimental: "(...) Dice la Staël que los primeros amores no son los más fuertes porque nacen simplemente de la necesidad de amar. Así pasa conmigo; pero además de esas razones, hay otra capital y es que tú no te pareces nada a las mujeres vulgares que he conocido. Espíritu y corazón como los tuyos son prendas raras; alma tan buena y tan elevada, sensibilidad tan delicada, razón tan recta, no son bienes que la naturaleza haya esparcido a manos llenas entre las de tu sexo. Tú perteneces al pequeño número de mujeres que además saben amar, sentir y pensar. ¿Cómo no te amaría? (...) Después... después, querida, quemaremos el mundo, porque sólo es en verdad señor del mundo quien está por encima de sus glorias fofas y de sus ambiciones estériles. Ambos estamos en ese caso: nos amamos y yo vivo y muero por ti. Escríbeme y cree en el corazón de tu Machadinho".

1870

Publicación de las *Poesías póstumas* de Faustino Xavier de Novais, muerto tres meses antes del casamiento de MA y Carolina, con una introducción de MA.

Traduce parte del *Oliver Twist* de Charles Dickens, para el *Jornal da Tarde*.

B: Tratado de extradición con Argentina. Decreto Imperial concede a Edward P. Wilson autorización para la explotación petrolera en Bahía.

Macedo: *Víctimas y verdugos*. Castro Alves: *Espumas flotantes*. F. Varela: *Cantos del desierto y de la ciudad*. Guimarães Jr.: *Corimbos*. J. Freire: *Elementos de retórica nacional*. El pintor Almeida Jr. ingresa a la Academia de Bellas Artes de Río de Janeiro. Nace Anita Malfatti.

AL: Alzamiento de Las Villas en Cuba. Segundo tratado sobre el canal de Panamá, también incompleto. Golpe de Estado en Ecuador, García Morcno Jefe Supremo. Primer censo nacional argentino: 1.737.076 habitantes. Revolución liberal iniciada por Máximo Jerez en Nicaragua.

I. M. Altamirano: *Clemencia*. G. G. de Avellaneda: *Obras literarias* (-71). *El Cubano Libre*. *La Prensa*, en Buenos Aires.

B: Finaliza la guerra del Paraguay; es derrotado el ejército paraguayo y diezmada su población. Lanzamiento del Manifiesto Republicano. Resolución final del caso "Canadá"; Brasil debe pagar a los EE.UU. 106.740,05 dólares. Nuevo ministerio del Vizconde St. Vincent. Primer número del periódico *A República*, órgano del nuevo Partido Republicano. Agassiz publica en EE.UU. *Geología y geografía física del Brasil*.

F. Távora: *Cartas a Cincinato*. Estreno de la ópera de Carlos Gomes *O Guarani* en el Teatro Lírico de Río de Janeiro.

Esp.: Las Cortes establecen la monarquía constitucional; Ley de sufragio Universal; el general Serrano nombrado regente, Prim jefe de gobierno. Gestiones para designar un nuevo rey. Fr.: El partido liberal es llamado a formar gobierno. Tensiones diplomáticas con Prusia por la cuestión española. EE.UU.: Grant, presidente. Apertura del Concilio Vaticano I. Tokio, capital del Japón.

Maxwell: teoría de la electricidad. Mendeleiev: ley periódica de los elementos. Galton: herencia natural. Albert: heliograbado. Inauguración del canal de Suez. Concluye la construcción del ferrocarril del Pacífico en Norteamérica. Constitución del Partido socialdemócrata en el Congreso de Eisenach. Exposición Universal en París; promoción a la vivienda popular.

Ritcher: *Los derechos de las mujeres*. Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Dickinson: *Poemas*. Verlaine: *Fiestas galantes*. Flaubert: *La educación sentimental*. Wagner: *El oro del Rhin*. Franck: *Las beatitudes*.

Esp.: Designación de Amadeo de Saboya; asesinato de Prim. Sexenio revolucionario. Fr.: Guerra francoprusiana. Sitio de París por los alemanes. Napoleón capitula en Sedán y abdica; caída del II Imperio; proclamación de la República. Ale.: Los Estados organizan el Imperio, a cuya cabeza se coloca el rey de Prusia. It.: Tropas entran en Roma y la declaran capital del reino. Papado: Concilio Vaticano I declara el dogma de infalibilidad del Papa; primer decreto dogmático *De Fide Catholica*; Excomunión de Víctor Manuel II.

Londres tiene 3,2 millones de habitan-

1871

Es designado miembro del segundo Conservatorio Dramático de Río de Janeiro.

AL: Caída de Melgarejo en Bolivia. Gobierno liberal de Salgar en Colombia. Primera presidencia de Guzmán Blanco en Venezuela. Fin de la guerra del Paraguay, muerte de Solano López, destrucción del desarrollo económico y de la población del país, principalmente masculina. Revolución de las Lanzas en Uruguay. España reconoce independencia uruguaya.

Torroella: *El mulato*. L. V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. *La Nación* en Buenos Aires.

B: Organización del Gabinete por el Vizconde de Rio Branco. Ley de vientres Rio Branco para los esclavos nacidos a partir del 28 de septiembre.

Alencar: *El tronco de Ipé*. Taunay: *El retrato de Laguna*.

AL: Juárez se reelige; oposición de Porfirio Díaz. Estudiantes fusilados en Cuba. Constitución liberal en Costa Rica (hasta 1949). Conflicto de Guzmán Blanco con la Iglesia venezolana. Melgarejo asesinado en Lima. Ferrocarril Barranquilla-Salgar y Pisco-Yca. Fiebre amarilla en Buenos Aires. Asociación Rural del Uruguay. Errázuriz Zañartu, presidente de Chile. Vicente Cuadra, presidente de Nicaragua.

J. D. Cortés: *El Parnaso Peruano*. Martí: *El presidio político en Cuba*. J. M. Gutiérrez, V. F. López y A. Lamas: *Revista del Río de la Plata*. Muere fusilado Juan Clemente Zenca. Nace José E. Rodó.

tes; agitación en Irlanda. Desarrollo de los ferrocarriles: Inglaterra posee 21.821 kilómetros de vías; Alemania 19.500 y Francia 17.500. Primera hilandería mecánica en Japón. Rockefeller funda la Standard Oil. Impacto del petróleo como fuente energética. Schliemann: excavaciones en Troya.

Taine: *Sobre la inteligencia*. Disraeli: *Lothair*. Ritschl: *La doctrina cristiana de la justificación y la redención*. Pérez Galdós: *La fontana de oro*. Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo*. Pissarro: *La ruta*. Wagner: *Las Walkirias*. Delibes: *Coppelia*.

Fr.: Guillermo I, coronado en Versalles; Paz de Francfort, Alemania gana Alsacia y Lorena; insurrección en París, la Comuna; Semana Sangrienta; Thiers, presidente. Ingl.: Estatuto legal de los Trade Unions. EE. UU.: Escándalo de Tammany-Hall en Nueva York. Japón: Abolición de los clanes y reorganización administrativa.

Darwin: *El origen del hombre*. Tylor: *Culturas primitivas*. Maddox: placa seca fotográfica de bromuro de plata. Maxwell: teoría ondulatoria de la luz. Teólogo Doellinger excomulgado por el Papa, forma la secta de los Viejos Católicos; ratificación del *Non Expedit*. Incendio de Chicago. Stanley halla con vida a Livingstone.

Menger: *Principios de la economía política*. Bakunin: *Dios y el Estado*. Renan: *La reforma intelectual y la moral*. Zola: *Los Rougon-Macquart* (-93). Carroll: *A través del espejo*. Bécquer: *Rimas*, ed., póstuma. Estreno de *Aida* de Verdi. Nace Proust.

1872

Garnier publica su primera novela: *Ressurreição* (Resurrección). "La benevolencia con que fue recibido un volumen de cuentos y novelas que publiqué hace dos años, me animó a escribirla", dice en el prólogo.

En las *Névoas matutinas* (Nieblas matutinas) de Lúcio de Mendonça aparece una carta-prefacio de MA, datada el 24 de enero de 1872.

1873

El matrimonio, que se había instalado al comienzo en la calle de los Andradas, 119, muda ahora su residencia a la calle Santa Lucía, 54.

Las publicaciones de este año son: *Histórias da meia-noite* (cuentos); *Higiene para uso dos mestre-escolas* (obra del doctor Gallard traducida por MA) y la "Noticia de la actual Literatura Brasileña. Instinto de Nacionalidad", artículo que escribe para *El nuevo mundo* de New York.

Planteando el tema del nacionalismo literario, allí escribe: "No hay duda de que una literatura, sobre todo una literatura naciente, debe alimentarse principalmente de los asuntos que le ofrece su región; pero no establezcamos doctrinas tan absolutas que la empobrezcan. Lo que ante todo se debe exigir del escritor es cierto sentimiento íntimo que

B: Se inicia la "Cuestión religiosa". Regresa el Emperador de su viaje a Europa. Inauguran el primer tramo ferroviario de la Cía. Paulista de Estradas de Ferro, Jundáí-Campinas. Elevador hidráulico une las partes altas y bajas de Salvador. El Vizconde de Itauna realiza la primera ligadura de aorta abdominal en Brasil. Primer Censo Nacional: 10.112.061 habitantes. Nace Osvaldo Cruz, que erradicará la fiebre amarilla y la viruela de Río de Janeiro.

L. Mendonça: *Nieblas matutinas*. B. Guimarães: *El buscador de diamantes* y *El seminarista*. Taunay: *Inocencia*. Vítor Meireles pinta *La Batalla del Riachuelo*.

AL: Muerte de Juárez y presidencia de Lerdo de Tejada. Rebelión conservadora en Honduras. Levantamiento campesino en El Salvador; decreto para inmigración china. Reprimida en Carite, Filipinas, revuelta de nativos contra España. M. Pardo, primer presidente civil del Perú.

R. Palma: *Tradiciones peruanas* (-91). J. Hernández: *Martín Fierro*. H. Ascasubi: *Santos Vega*. A. Lussich: *Los tres gauchos orientales*.

B: Convención republicana de Itu, San Pablo. Concesión a Inglaterra para la construcción del telégrafo. Nace Alberto Santos Dumond.

Alencar: *Sueños de oro* y *La guerra de los buboneros*. Joaquim Norberto: *La conspiración minera*.

AL: Ferrocarril Veracruz-México. España ejecuta a los revolucionarios cubanos del "Virginius". Barrios en Guatemala confisca iglesias y expulsa congregaciones. Ley aboliendo esclavitud en Puerto Rico. Matrimonio civil en Vene-

Esp.: Don Carlos se proclama rey; agitación republicana. Ale.: Expulsión de los jesuitas; política de la "Kulturkampf". Limitación de la acción eclesiástica en la educación y la cultura. Congreso de la Internacional en La Haya. Oscar II, rey de Suecia y Noruega. EE. UU.: Amnistía de los sudistas; reelección de Grant.

Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y medidas. Primera vía férrea en Japón. Westinghouse: frenos de aire. Tercer Congreso de la Federación Regional Española; victoria anarquista.

Spencer: *Estudios de sociología*. Wundt: *Principios de psicología filosófica*. Nietzsche: *El origen de la tragedia*. Brandes: *Grandes corrientes de la literatura europea del siglo XIX*. Butler: *Erewhon*. Daudet: *Tartarin de Tarascón*. Daumier: *La monarquía*. Degas: *Una clase de baile*. Bizet: *La arlesiana*.

Esp.: Abdica Amadeo I; restablecimiento de la República; gabinetes de Pi y Margall y Castelar. Levantamientos federales en Andalucía. Fr.: Avance de la fracción clerical; Mac-Mahon, presidente; Alemania retira sus tropas. Alianza de los tres emperadores europeos. Crisis económica mundial. Patrón oro en Europa y EE. UU.

Van der Waals: ecuación de los gases reales. Medio millón de inmigrantes europeos a EE. UU.

Spencer: *Sociología descriptiva*. Bakunin:

lo torne hombre de su tiempo y de su país, incluso cuando trate asuntos remotos en el tiempo o en el espacio”.

Otra traducción suya, de la comedia de Alfred de Musset *Así son todas*, es representada en el Teatro San Luis.

Es designado primer oficial de la Secretaría de Agricultura: dispone ya de 5.400 cruzeiros anuales.

1874

Habiendo conquistado alguna estabilidad financiera, el matrimonio se muda a la calle de Lapa, 96, segundo piso, pero ya al año siguiente volverá a trasladarse a la calle de las Laranjeiras, 4, cerca del Largo do Machado. En folletines del diario *O Globo* y después recogidos en un volumen por Gomes de Oliveira & Co. aparece la segunda novela de MA: *A mão e a luva* (La mano y el guante). “Esta novela —dice en la Advertencia— sujeta a las urgencias de la publicación diaria, salió de las manos del autor capítulo a capítulo, siendo natural que la narración y el estilo padecieran con ese método de composición, un poco fuera de los hábitos del autor. Si la escribiera en otras condiciones le daría un desenvolvimiento mayor y algún colorido mayor a los caracteres que aquí quedan bocetados. Conviene decir que el diseño de esos caracteres —sobre todo el de Guiomar— fue mi objetivo principal, si no el exclusivo, sirviéndome apenas la acción de tela para trazar los contornos de los perfiles.”

zuela. Muere Páez en Nueva York. Tratado secreto entre Perú y Bolivia contra Chile. El Congreso ecuatoriano consagra su país al Sagrado Corazón de Jesús. Carrera naval armamentista de Chile. Crece la corriente inmigratoria hacia el Plata.

Martí: *La República española ante la Revolución cubana*. M. Acuña: *Versos*. Lévy: *Nicaragua*. J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y verso*. Nace Gómez Carrillo.

B: Tratado con el Perú acerca de mutuas concesiones de territorio. Decreto de regulación de franquicias ferroviarias. Reforma aduanera del Vizconde de Rio Branco. Comienza el flujo inmigratorio de italianos. Cable submarino con Europa. Creación de la Escuela Politécnica.

Alencar: *Ubirajara*. B. Guimaraes: *El indio Alfonso*. Taunay: *Oro sobre azul e Historias brasileñas*. Sousândrade: *Obras poéticas*. Pereira Barreto: *Las tres filosofías*, 1.ª parte.

AL: Lerdo de Tejada atacado por conservadores y liberales. Comité Revolucionario cubano. Nueva Constitución en Venezuela y ruptura con la Santa Sede. Primera locomotora llega al Titicaca, atravesando los Andes. García Moreno carga la cruz por las calles de Quito en una procesión de Semana Santa. Venida en Argentina revolución mitrista; Avellaneda presidente; Segunda Guerra del Desierto. Enmienda del tratado de Chile con Bolivia: impuestos a Chile por las industrias de Atacama.

Cuervo: *Notas a la Gramática de Bello*. J. P. Varela: *La educación del pueblo*. J. C. Zenca: *Poesías completas* (póstumo).

Política y anarquía. Rimbaud: *Una temporada en el infierno*. Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas*. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días*. Pérez Galdós comienza los *Episodios nacionales*.

Esp.: El ejército disuelve las Cortes y restaura a Alfonso XII; comienza ministerio de Cánova del Castillo. *Ingl.*: Ministerio Disraeli (-80) a la caída de Gladstone. Ley contra la prensa socialista en Alemania. *EE.UU.*: Los demócratas reconquistan la mayoría en el Congreso. *Papado*: Pío IX prohíbe la participación de los católicos en política.

Fundación de la Unión Postal en Berna. Ley de matrimonio civil en Prusia. Stanley atraviesa el Africa. Haeckel: *Antropogénia o Historia de la evolución humana*. Le Bel-Van't Hoff: estereoquímica.

Walras: *Elementos de economía política pura*. Flaubert: *La tentación de Saint Antoine*. Valera: *Pepita Jiménez*. Alarcón: *El sombrero de tres picos*. Primera exposición impresionista (Sala del fotógrafo Nadar). Monet: *Impresión*. Grieg: *Peer Gynt*. Mussorgski: *Boris Godunov*. Strauss: *El murciélago*.

1875

Publica, con el sello Garnier, su volumen de poesía *Americanas* "un eco tardío del indianismo. La influencia de Gonçalves Dias y Alencar es evidente y Machado nada agregó ni nada alteró a la manera de idealizar al aborigen" (Manuel Bandeira).

En la *Gazeta de Noticias* se publica el parecer de MA sobre el drama *Os Lazaristas* de Antônio Ennes; la licencia para representar ese drama provocó en Río y en Bahía amplia discusión.

En una fiesta de los Vizcondes De Silva, en homenaje al aniversario del Barón de Cotegipe, se representa su comedia *O Cenário* (El decorado) cuyo original se considera perdido.

1876

Invitado por el director de la Biblioteca Nacional, Ramiz Galvão, para ejercer la jefatura de la sección de manuscritos, rehúsa.

Con el seudónimo de Manassés, escribe, hasta 1878, para la *Ilustração Brasileira*. Inicialmente atiende una crónica quincenal, "Historia de Quince Días", que pasa luego a ser mensual, "Historia de Treinta Días". Primero en folletín del diario *O Globo*, y luego en volumen, según el contrato que firmara con B. L. Garnier, aparece su novela *Helena*, inicialmente titulada *Helena do Vale*. Años después la evocará con estas palabras: "No me culpéis por lo que le veáis de novelista. De las que hice entonces ésta me fue particularmente apreciada. Ahora mismo, que hace tanto que me fui para otras y diferentes páginas, oigo un eco remoto al releer éstas, eco de mocedad y de fe ingenua".

B: Ley de Servicio Militar obligatorio. Situación deficitaria de los bancos Mauá y Nacional. Fundación de la Sociedad para el Culto y la Difusión Positivista.

Alencar: *Señora, El sertanero y el jesuita*. L. Mendonça: *Alboradas*. B. Guimarães: *La esclava Isaura*. Tobías Barreto: *Estudios de filosofía y crítica*. Circula el periódico *A Provincia de S. Paulo*.

AL: Rebelión yanqui en Sonora. Elección para la presidencia de Tomás Estrada Palma, en Cuba. Disidencias dentro de los insurrectos cubanos: el regionalismo villareño. Creación de la Universidad de Guatemala. Auge de las exportaciones cafetaleras en Costa Rica. García Moreno asesinado en Quito. Salitre en Antofagasta. Fracasa revolución de Piérola contra Pardo en Perú. Se agudiza la crisis financiera argentina. Destierro de principistas en Uruguay; Revolución Tricolor.

J. A. Saco: *Historia de la esclavitud*. Montalvo: *La dictadura perpetua*. Academia mexicana de la lengua. Nacen Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.

B: Barón de Rio Branco designado cónsul en Liverpool. Escuela de Minas en Ouro Preto.

F. Távora: *La cabellera*. Castro Alves: *Gonzaga o la Revolución de Minas*. Aparece la *Revista Ilustrada*. Fundación de la Escuela de Bellas Artes de Bahía.

AL: Rebelión de Porfirio Díaz contra Lerdo de Tejada: Plan de Tuxtepec; muere Santa Anna. Primer ingenio azucarero con máquinas de vapor en Santo Domingo. Rebelión liberal en Honduras: M. A. Soto. Hilarión Daza, dictador de

Esp.: Alfonso XII llega a Madrid. Fr.: Sanción de leyes republicanas. Enmienda Wallon para períodos presidenciales de siete años. Ingl.: Compra de las acciones del canal de Suez; Parnell en la Cámara de los Comunes. Ale.: Programa de Gotha; formación del Partido Obrero Socialista. Expulsión de las congregaciones religiosas. Conflicto de Bismarck con Francia.

Firma de la Convención Métrica Internacional en París. Santuola descubre las pinturas rupestres de Altamira. Inauguración de la Opera de París. Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. Berthelot: síntesis química. Berlín llega al millón de habitantes.

Taine comienza *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Fundación del *Petit Parisien*. Tolstói: *Ana Karenina* (-77), Tennyson: *La Reina María*. Meredith: *La carrera de Beauchamp*. Manet: *Los remeros de Argenteuil*. Bizet: estreno de *Carmen*. Saint-Saëns: *Danza Macabra*.

Esp.: Concluye la segunda guerra carlista, el pretendiente se refugia en Francia; sanción de la Constitución de la Monarquía. Ingl.: Victoria, emperatriz de la India. Disolución de la I Internacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia. Creación de la Asociación Internacional Africana. EE. UU.: Custer es vencido por Toro Sentado.

Koch: bacilo del ántrax. Teléfono de G. Bells. Máquina frigorífica de amo-

1877

Había sido promovido, al finalizar el año anterior, a jefe de sección de la Secretaría de Agricultura por decreto de la Princesa Isabel. Su comportamiento y eficacia como funcionario son ejemplares y ejemplar su asistencia y asiduidad en sus cargos. Fuera de su trabajo oficial, prepara su novela *Iaiá Garcia*. En el personaje Luis García, se ha pretendido encontrar un retrato del autor: "Sus maneras eran frías, modestas y corteses: la fisonomía un poco triste. Un observador atento podía adivinar por detrás de esa impasibilidad aparente, o contraída, las ruinas de un corazón desengañado. Así era: la experiencia, que fue precoz, produjo en Luis García un estado de apatía y escepticismo con sus toques de desdén. El desdén no se revelaba por ninguna expresión exterior; era una arruga del corazón. Por fuera sólo había máscara inmóvil, el gesto lento y las actitudes tranquilas. Algunos podrían temerlo, otros detestarlo, sin que mereciese execración o temor. Era inofensivo por temperamento y por cálculo".

Bolivia. Revolución liberal de Veintemilla en Ecuador. Tercer levantamiento de López Jordán en Argentina. Vapor "Frigorifique" hace su primer viaje llevando carne argentina a Europa. Ley de inmigración y colonización. Latorre inicia en el Uruguay la década de dictadura militarista. Aníbal Pinto presidente de Chile.

Montalvo: *El Regenerador*. B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. H. H. Gattel y F. Carnevallini: *El Porvenir de Nicaragua*. Revista *La Tertulia*.

B: Gran sequía en el Nordeste (-79).

Joaquim Monteiro Caminhoá: *Botánica médica y general*. Miguel Lemos: *Primeros ensayos positivistas*. Muere José de Alencar.

AL: Porfirio Díaz electo presidente de México. Estrada Palma prisionero en Cuba; V. García presidente; pacificación de Las Villas. Decreto de Barrios que reconoce trabajo forzoso del indígena guatemalteco. Motines en Quito contra Veintemilla. Crisis financiera en Perú y Chile. Unión Tipográfica, primer sindicato argentino. Muere Rosas en Inglaterra. Reforma educativa de J. P. Varela en Uruguay; ley de educación común. Pedro J. Chamorro presidente de Nicaragua.

Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas*. Zorrilla de San Martín: *Notas de un himno*. O. V. Andrade: *Prometeo*. Fundación del Ateneo de Montevideo. *Revista de Cuba* (-84). Sociedad Antropológica. Martí profesor de Literatura en la Universidad de Guatemala.

niaco de von Linde. Otto: motor de cuatro tiempos.

Lombroso: *El hombre delincuente*. Mallarmé: *La siesta de un jauno*. Twain: *La aventuras de Tom Sawyer*. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. Zola: *La taberna*. Renoir: *El molino de la Galette*. Festival wagneriano en Bayreuth: *El anillo de los nibelungos*.

Esp.: Aprobación de la *Ley Provincial*. Fr.: Muere Thiers. Reorganización del Partido Liberal en Inglaterra. Guerra Ruso-Turca. EE.UU.: Hayes, presidente, retira tropas del sur.

Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE.UU. Iluminación pública con lámparas eléctricas de arco en París. Schiaparelli descubre los canales de Marte.

Engels: *El antidübring*. Mommsen: *El sistema militar de César*. Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de Hartmann. Flaubert: *Tres cuentos*. Carducci: *Odas bárbaras*. Rodin: *La ciudad de bronce*. Mengoni: termina la galería Víctor-Emmanuel en Milán.

1878

Inicia su colaboración en el diario *O Cruzeiro*, donde publicará varias colaboraciones bajo el seudónimo de Eleazar y en folletín su novela *Iaiá Garcia*, que luego será recogida en volumen por G. Vianna & Co.

Escribe la carta-prefacio a las *Harmonías Errantes* de Francisco de Castro y dos resonantes artículos en que hace restricciones a la novela de Eça de Queiroz *El primo Basilio* y donde expresa su pensamiento sobre la escuela realista con la seriedad y precisión con que ejercía la función crítica. Sobre el realismo, dice: "Me corresponde concluir y concluir aconsejando a los jóvenes talentos de ambas tierras de nuestra lengua que no se dejen seducir por una doctrina caduca, aunque aún en el verdor de sus años. Este mesianismo literario no tiene la fuerza de universalidad ni de vitalidad; trae consigo la decrepitud (...) Volvamos los ojos hacia la realidad, pero excluyamos el realismo, así no sacrificaremos la verdadera estética". Viaja a Nova Friburgo por motivos de salud, permaneciendo allí tres meses.

1879

Retorna en marzo a Río y en el mes de octubre inicia su colaboración con la *Revista Brasileira* de N. Midosi y en *A Estação* de Lombaerts & Comp. Está escribiendo las *Memorias póstumas de Brás Cubas* que publicará el año próximo en aquella revista.

Como contribución crítica, publica su artículo "Nueva Generación" en que revisa la situación de la poesía brasileña y de los jóvenes poetas, formulando críticas severas (a Sílvio Romero, por ejemplo).

B: Congreso agrícola de Recife. Creación de la Empresa de Minería del Municipio de Tirandentes, Minas Gerais.

Alberto de Oliveira: *Canciones románticas*. S. Romero: *La filosofía en el Brasil*. Medalla de bronce para Juan Bautista de Lacerda en la muestra antropológica de París. Rodolfo Amoedo gana el premio de viaje a Europa con el cuadro *Sacrificio de Abraham*. Muere el pintor Agostinho da Motta.

AL: Enmienda constitucional prohibiendo reelección presidencial. Fracasa rebelión de Escobedo contra Díaz en México. Pacto del Zanjón y fin de la Guerra de los Diez Años en Cuba. España concede representación en Cortes. Gobierno liberal independiente de J. Trujillo en Colombia; obras de construcción del Pacífico y excavaciones del Canal de Panamá por compañía francesa. Asesinado el ex presidente Pardo; tensión en Perú por los problemas entre Chile y Bolivia (éste viola enmienda del 74 e impone impuestos a las exportaciones de Antofagasta). Veintemilla presidente constitucional con facultades extraordinarias, en Ecuador.

Martí: *Guatemala*. Galván: *Enriquillo* (-82). Medina: *Historia de la literatura colonial de Chile*. Lastarria: *Recuerdos literarios*. Wilde: *Tiempo perdido*. Félix Medina: *Lira nicaragüense*.

B: Pinheiro Machado funda el Partido Republicano Riograndense. Estudios para la construcción del puerto de Vitoria, en Espíritu Santo.

S. Romero: *Cantos del fin del siglo*. F. Távora: *El matrero*. Exposición General de Bellas Artes en Río de Janeiro.

It.: Humberto I, rey; Armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stefano.

Ale.: En el congreso de Berlín, las principales potencias acuerdan reparto de influencias sobre los Balcanes; disolución del Reichstag. Turcos entregan Chipre a Inglaterra. Papado: León XIII sucede a Pío IX; Encíclica *Quod Apostolici*.

Edison-Swan: lámpara incandescente. Utilización de la hulla blanca. Stoecker-Wagner: fundación del Partido Trabajador Cristiano social. Booth funda el Ejército de Salvación. Exposición Universal de París.

Nietzsche: *Humano, demasiado humano*. Pierce: *Cómo podemos hacer claros nuestros pensamientos*. Queiroz: *El primo Basilio*. J. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana*. Sully Prudhomme: *La Justicia*.

Fr.: Consolidación de la Tercera República. Ale.: Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano; alianza austro-alemana; fin de la "Kulturkampf"; difusión de la enseñanza laica y común. Atentado contra Alejandro II. Papado: Encíclica *Aeterni Patria*, retorno al tomismo.

1880

A partir del 15 de marzo comienza a publicarse en folletín las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, donde se modifican los caminos de su narrativa y se establecen sus modos propios, bajo la influencia de grandes narradores del XVIII europeo. Algunos de los capítulos de la novela deberá dictarlos a su mujer por problemas de vista. En el prólogo a su tercera edición, MA evocó la recepción de su obra: "Capistrano de Abreu, dando noticia de la publicación del libro, preguntaba: ¿Las *Memorias póstumas de Brás Cubas* son una novela? Macedo Soares, en carta que me escribió en ese tiempo, recordaba amistosamente los *Viagens na Minha Terra*. Al primero ya le respondía el difunto Brás Cubas (como el lector vio o verá en el prólogo de él que va adelante) que sí y que no, que era novela para unos y no lo era para otros. En cuanto al segundo, así se explicó el finado: "Trátase de una obra difusa, en la cual yo, Brás Cubas, adoptando la forma libre de un Sterne o de un Xavier de Maisire, creo que les introduje

AL: Sublevación de marinos en Veracruz; orden de Díaz: "mátalos en caliente". La "guerra chiquita" en Cuba. Constitución liberal y positivista en Guatemala (-1945). Leyes antiejidales en El Salvador y proceso de concentración de la riqueza: las "catorce familias". L. Salomon presidente de Haití (-88). Guzmán Blanco presidente de Venezuela. Rebeliones en Antioquia; levantamiento del ejército en Bogotá. Se frustra conspiración de Alfaro en Guayaquil. Guerra del Pacífico o "salitrera": Chile contra Bolivia y Perú; ocupación de Antofagasta y Atacama; Prado abandona presidencia, asume Piérola; muerte del capitán Grau y cuantiosas pérdidas peruanas. Campaña del Desierto al mando de Roca; incremento de líneas férreas y de la educación pública. Latorre, presidente constitucional del Uruguay.

Varona, Barreto, Tejero y otros: *Arpas cubanas*. J. L. Mera: *Cumandá*. J. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*. E. Gutiérrez: folletín de *Juan Moreira*. Guido y Spano: *Ráfagas*. Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*.

B: Guerra del Vintén en Río de Janeiro. Joaquín Nabuco funda la Sociedad Brasileña contra la Esclavitud. Constitución de la Asociación Industrial. Laboratorio de fisiología experimental en Río de Janeiro. Muere Guilherme Lünd, fundador de la paleontología en el Brasil.

Guimarães Jr.: *Sonetos y rimas*. Pereira Barreto: *Positivismo y tecnología*. Silvio Romero: *La literatura brasileña y la crítica moderna*.

AL: Primer cargamento bananero de Costa Rica a Nueva York. Abolición gradual de la esclavitud en Cuba. Cons-

Wundt: laboratorio de psicología experimental. Pasteur: principio de la vacuna. Primer edificio con estructura de acero en Chicago; Escuela de Chicago. Siemens: primer ferrocarril eléctrico en Berlín. Nace Einstein.

Ibsen: *Casa de muñecas*. Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (-80). Zola: *Nana*. H. James: *Daisy Miller*. Meredith: *El egoísta*. Chaicovski: *Eugenio Oneguín*.

Esp.: Fundación del Partido Fusionista. Fr.: Gabinete de J. Ferry; política laica; expulsión de los jesuitas. Ingl.: Ministerio Gladstone reemplaza a Disraeli en elecciones; guerra anglo-bócr.

Laveran: parásito de la malaria. Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. Hallyerith construye máquina de fichas perforadas. Invención de la bicicleta. Fundación de la Compañía del canal de Suez. Desarrollo de EE.UU.: 50 millones de habitantes; comienza la producción de acero. Producción mundial: Ingl.: 6.059; Ale.: 1.262; Fr.: 1.178 (en miles de Tn.).

una sarna de pesimismo". "Toda esta gente viajó: Xavier de Maistre hizo la vuelta de su cuarto, Garret la de su tierra, Sterne de la tierra de otros. De Brás Cubas se puede decir tal vez que hizo la vuelta de la vida." "Hay en el alma de este libro, por más risueño que parezca, un sentimiento amargo y áspero, que está lejos de proceder de sus modelos. Es copa que puede haber sido tallada en igual escuela, pero que contiene otro vino."

En el Teatro D. Pedro II se representa su comedia en un acto *Tu só, tu, puro amor...* que le fuera encomendada por el Real Gabinete Portugués de Lectura de Río de Janeiro para las fiestas conmemorativas del tercer Centenario de la muerte de Camões. Al año siguiente el Gabinete lo designará socio honorario.

Es nombrado oficial del gabinete del Ministro de Agricultura, Buarque de Macedo.

1881

Aparecen en libro las *Memorias póstumas de Brás Cubas* (Tipografía Nacional) y su comedia *Tu só, tu, puro amor...* (Lombaerts & Co.). Inicia su colaboración con la *Gazeta de Noticias* para la cual escribirá en forma continuada hasta 1897, regresando a ella en 1899, en 1900, en 1902 y en 1904 para colaboraciones esporádicas. Se hará cargo de varias secciones: "Balas de improviso" con el seudónimo de Lélío; "A + B" bajo el seudónimo de João das Regras; "Gaceta de Holanda" con el seudónimo de Malvolio; "Buenos Días" con el seudónimo Boas Noites y, anónimamente, de la sección "La Semana".

titución liberal de Honduras (-93). Región de Alta Verapaz gran productora de café guatemalteco (plantadores alemanes); Barrios presidente constitucional. Gobierno de R. Núñez en Colombia: ley de Instrucción Pública, se levanta destierro a obispos y se deroga la Ley de Inspección de Cultos; el poeta J. Isaacs encabeza levantamiento en Antioquia; empieza la época del café, Chile controla todo el Pacífico; las acciones de la guerra se extienden a Lima. Presidencia de Roca en Argentina: "Paz y Administración". Renuncia Latorre en Uruguay: "los uruguayos son ingobernables".

Varona: *Conferencia filosófica* (-88). Montalvo: *Las Catilinas* (-81). Altamirano: *Rimas y Cuentos de invierno*. M. J. Othón: *Poesías*. Pérez Bonalde: *Ritmos*. Ameghino: *La antigüedad del hombre en el Plata*. E. M. de Hostos funda la Escuela Normal en Puerto Rico.

B: Gobierno de liberales. Primera elección directa, exclusión de los analfabetos; electorado de 1.114.660 votantes sobre una población estimada de 11 millones de habitantes. Votan sólo 145.296 ciudadanos.

Aluisio de Azevedo: *El mulato*. Nace Lima Barreto. Muere Cándido Méndez de Almeida.

AL: Problemas fronterizos entre México y Guatemala por las regiones de Chiapas y Soconusco. En Cuba, Constitución española de "los notables". Constitución venezolana, inspirada en la suiza; arbitraje español por litigios fronterizos con Colombia; telégrafo Bogotá-Caracas. Deterioro de la educación pública en Ecuador. Batalla de Cho-

Fiske: *Ideas políticas norteamericanas*. Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles* (-82). Maupassant: *Bola de Sebo*. Swinburne: *Cantos de primavera*. Tennyson: *Balada*. A. Daudet: *Numa Rumestán*. Brahms: *Danzas húngaras*.

Esp.: Ministerio de Sagasta con el partido fusionista; liberalización política. Ingl.: Muerte de Disraeli; Salisbury, líder conservador. Asesinato de Alejandro II; sucesión del zar Alejandro III. EE. UU.: Garfield, presidente, muere ese mismo año. Renovación de la alianza de los tres emperadores. Papado: Enciclica *Diuturnum Illud*.

Industria mundial del petróleo: 3 millones de toneladas anuales. Stanley funda Leopoldville. Meisenbach inventa la autotipia. Ribot: *Las enfermedades de la memoria*.

H. James: *Washington Square*. France: *El crimen de Silvestre Bonnard*. Verlaine: *Cordura*. Verga: *Los Malavoglia*. F. de Saussure enseña lingüística en la

1882

Escribe a Joaquim Nabuco (14-I) informándole que está a punto de salir de la Corte por unos dos meses a fin de restaurar las fuerzas perdidas en el excesivo trabajo que tuviera en los años 1880 y 1881. Viaja a Petrópolis o a Nova Friburgo, para descansar.

Publica su colección de cuentos *Papéis avulsos* (Papeles sueltos) que reúne doce narraciones: "en cuanto al género de ellas, no sé qué diga que no sea inútil. El libro está en manos del lector. Diré solamente que si hay aquí páginas que parecen meros cuentos y otras que no lo son, defíndome de las segundas diciendo que los lectores de las demás pueden hallar en ellas algo interesante y de las primeras defíndome con San Juan y Diderot".

Escribe la introducción (VII) para el volumen *Sinfonías* de Raimundo Correia y el prefacio (X) para los *Contos seletos das Mil e Uma Noites* de Carlos Jansen.

rrillos y Miraflores y ocupación chilena de Lima, con destrucción de la Biblioteca Nacional. Presidencia de Santa María en Chile abre etapas de auge económico, colonización y fomento de la educación. Incremento de los latifundios en Argentina: venta por ley de territorios conquistados al indio; tratado de límites con Chile.

A. Bello: *Filosofía del entendimiento*. López Prieto: *Parnaso cubano*. Cambaceres: *Potpourri*, Martí funda la *Revista Venezolana. Anales*, del Ateneo de Montevideo; debate Bartolomé Mitre-Vicente Fidel López; muere Cecilio Acosta.

B: Proyecto y dictamen acerca de la enseñanza secundaria y superior en la Cámara de Diputados por parte de Rui Barbosa. El caucho ocupa el tercer lugar como rubro de exportación. Ley de protección a las patentes de invención.

Teófilo Dias: *Fanfarrías*. Tobías Barreto: *Estudios alemanes*. Araripe Jr.: *José de Alencar*. S. Romero: *Introducción a la historia de la literatura brasileña*. Primera exposición individual de Almeida Jr. en Río de Janeiro.

AL: Colaboración del partido de los "científicos" con la dictadura de P. Díaz. Heureaux presidente de Santo Domingo (-99). La "república aristocrática" en Costa Rica: P. Fernández Oreamuno. Veintemilla se proclama una vez más Jefe Supremo de Ecuador; se inicia movimiento "restaurador". Comienza unificación y reconstrucción del Perú tras la derrota ante Chile. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. General Santos presidente del Uruguay.

Martí: *Ismaelillo*. Villaverde: *Cecilia*

Escuela Práctica de Altos Estudios (-91). Renoir: *El almuerzo de los remeros*. Chaicovski: *Obertura 1812*. Offenbach: *Los cuentos de Hoffmann*. Nace Picasso y muere Carlyle.

Fr.: Ley Ferry sobre enseñanza laica, gratuita y obligatoria primaria. It.: Intervención en Eritrea. Ale.: Triple alianza con Austria e Italia. Protectorado inglés en Egipto. Expulsión de los judíos de Rusia. EE.UU.: Primeras leyes restringiendo la inmigración. Chinos y japoneses ocupan Seúl. Muerte de Gambia.

Primera central eléctrica en Nueva York por T. A. Edison. Transmisión de energía eléctrica en la Exposición Internacional de Munich; 57 km. Koch: báculo de la tuberculosis. Charcot: experiencia en la Salpêtrière. Ratzel: antropogeografía.

Carducci: *Confesiones y batallas*. J. M. Pereda: *El sabor de la tierra*. Manet: *El bar de las Folies-Bergères*. Gaudí comienza *La Sagrada Familia* de Barcelona. Wagner: *Parsifal*. Nacen Joyce y Stravinski. Muere Emerson.

1883

Funda, como otros, la *Liga de Enseñanza del Brasil*, destinada al desarrollo de las diversas ramas de la enseñanza pública "para promover la adopción de métodos científicos reputados más provechosos y al mismo tiempo promover el mejoramiento de las condiciones del profesorado entre nosotros".

Comienza a aprender alemán. Entre sus compañeros de estudio se encuentra Capistrano de Abreu, Ferreira de Araújo, Orville Derby, Vale Cabral, etc.

Fúndase en Río la Asociación de Hombres de Letras del Brasil (30-VIII) que lo designa (11-X) uno de sus miembros. En dicha Asociación participaban, entre otros, Antônio Ferreira Lima, Rui Barbosa, Luís de Castro, Sílvio Romero, Franklin Doria.

Valdés (ed. definitiva). Montalvo: *Siete tratados*. Pérez Rosales: *Recuerdo del pasado* (-86). Medina: *Los aborígenes de Chile*. T. Dias: *Fanfarrias*. Ayón: *Historia de Nicaragua* (I). La Nación nombra a Martí su corresponsal en Nueva York.

B: Proyecto y dictamen sobre la enseñanza primaria por Rui Barbosa. Comienza la "Cuestión militar". Asesinato del redactor de *Corsário*, Apulco de Castro, en Río de Janeiro. Fundación de la Confederación Abolicionista, por José do Patrocínio. Joaquim Nabuco representa la Anti-Slavery Society en el Congreso para la Reforma del Derecho de Gentes, realizado en Milán. Reglamento para la concesión e instalación de líneas telefónicas. Primera usina termoeléctrica en Campos.

Raimundo Correia: *Sinfonías*. Capistrano de Abreu: *El descubrimiento del Brasil y su desarrollo en el siglo XVI*. B. Guimarães: *Rosaura abandonada*. S. Romero: *Cantos populares del Brasil*. Liceo de Artes y Oficios en Santa Catarina. Sociedad de Conciertos Clásicos en Río de Janeiro.

AL: Concesión venezolana a Cía. Hamilton para explotar bosques y asfaltos. Comienzo del movimiento nacional ecuatoriano de la "Restauración". Tratado de Ancón y fin de la ocupación de Lima; Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años; las riquezas salitreras chilenas pasarán a inversionistas británicos. Gobierno de Iglesias en Perú. Campañas de ocupación de territorios indios en el Chaco argentino; se inicia fuerte proceso de devaluación monetaria. Expropiación de los territorios araucanos del sur de Chile,

Fr.: Segundo Ministerio Ferry. Ocupación de Madagascar e Indochina. Guerra franco-china. Ley de divorcio. *Ingl.*: Fundación de la Sociedad Fabiana en Londres. Plejanov y Akselrod fundan el partido marxista ruso.

Motor de bencina de Daimler-Maybach. Cantor: teoría de los conjuntos. Excursiones de Búfalo Bill.

Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra* (-91). Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea*. Stevenson: *La isla del tesoro*. Maupassant: *Una vida*. Amiel: *Diario íntimo*. Mackmurdo: Dibujos de tapices. Franck: *El cazador furtivo*. Delibes: *Lakmé*. Muere Marx.

1884

MA y su esposa se mudan para una casa confortable en la calle Cosme Velho, 18. En ella vivirán hasta la muerte.

Escribe la introducción para *Meridionais* de Alberto de Alveira y publica su cuarta colección de cuentos, *Histórias sem data* (Historias sin fecha) que reúne dieciocho relatos, de los cuales sólo dos efectivamente no llevan fecha. "Supongo, sin embargo, que mi finalidad es definir estas páginas porque tratan, en sustancia, de cosas que no son especialmente del día, o de un cierto día", explica en la advertencia del volumen.

tras la última gran sublevación india. Adán Cárdenas presidente de Nicaragua.

Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles*. Varona: *Estudios literarios y filosóficos*. J. Calcaño: *Cuentos fantásticos*. Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América*. V. F. López: *Historia de la República Argentina*. I. De María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87). Zorrilla de San Martín: primera cátedra de Literatura.

B: Dictamen de Rui Barbosa en la Cámara de Diputados sobre la emancipación de los esclavos a partir de los sesenta años de edad. Abolición de la esclavitud en la provincia de Ceará.

J. Nabuco: *El Abolicionista*. Alberto de Oliviera. *Meridionales*. Aluisio de Azevedo: *Casa de pensión*. Barón de Macaúba: *Nueva Ley de Enseñanza Infantil*.

AL: Reforma constitucional en México para permitir reelección de Díaz y nuevo código minero que facilita penetración extranjera. Crisis económica cubana; G. Gómez y Macco dirigen movimiento revolucionario desde el exilio. Tratado Keith-Soto instala empresas bananeras en Honduras. J. Crespo presidente electo de Venezuela. Segundo gobierno de Núñez en Colombia; constitución del Partido Nacional. Alzamiento y derrota de Eloy Alfaro en Ecuador. J. M. P. Caamaño, presidente (10-II). Pacto de Truce: Bolivia pierde costa de la provincia de Atacama. Ferrocarril transandino argentino-chileno; Ley Avellaneda de enseñanza primaria laica, gratuita y obligatoria en Argentina. Sufragio universal en Chile para alfabetizados mayores de 25 años.

Gavidia: *Versos*. Barros Arana: *Historia*

Ale.: Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín: ingleses en Sudán, alemanes en el sudoeste africano. Ley de seguro social de accidentes de trabajo en Alemania. Ley Waldech-Rousseau sobre sindicatos. EE. UU.: Crack bursátil en Nueva York.

Parsons: turbina de vapor a reacción. Mergenthaler: linotipia. H. de Chardonnet: seda artificial a la nitrocelulosa. Maxim: ametralladora. Eastman: película fotográfica en rollos. Minas de oro en Transvaal.

Spencer: *El hombre contra el Estado*. Engels: *El origen de la familia, la propiedad y el Estado*. G. B. Shaw: *Manifiesto de la sociedad fabiana*. Huysmans: *Al revés*. Daudet: *Safo*. De Lisle: *Poemas trágicos*. Strindberg: *Casados* (1.ª serie). Verlaine: *Poetas malditos*. Grupo "Les XX". Bruckner: *Séptima sinfonía*.

1885

Como una prolongación de las *Memorias póstumas*, comienza a escribir su novela *Quincas Borba*: "pero la novela se dirige por nuevos caminos, pasando a focalizar la progresiva locura de Rubi3n, heredero universal de Cubas" (Renard P3rez).

Escribe el prefacio para el libro *Miragens* de En3ias Galv3o.

1886

En 15-VI se inicia la publicaci3n en *A Estaci3o* de la novela *Quincas Borba*, que padecer3 de diversas interrupciones en su aparici3n en fasc3culos y que s3lo alcanzar3 la forma de libro en 1891.

general de Chile. L. V. López: *La Gran Aldea*. Groussac: *Fruto vedado*. Acevedo Díaz: *Brenda*. Rigoberto Cabezas y Anselmo H. Rivas fundan el primer diario: *Diario de Nicaragua*, después *Diario Nicaragüense*.

B: Ascenso de los conservadores; Barón de Cotegipe, ministro. Ley Saravia-Cotegipe de liberación de esclavos sexagenarios. Comienza gran corriente migratoria hacia São Paulo por iniciativa de los cafetaleros.

S. Romero: *Estudios de literatura contemporánea*. Vicente de Carvalho: *Fosforescencias*.

AL: Ley de colonización en México; apresamientos contra Guatemala. El presidente Barrios proclama la Unión Centroamericana; oposición de Costa Rica, Nicaragua y El Salvador; invasión guatemalteca al Salvador; muerte de Barrios; la Asamblea revoca el decreto presidencial. Concesión venezolana Hamilton transferida a Nueva York y Bermúdez Co. Los marines ocupan Colón, Panamá. Fracción del liberalismo colombiano contra el gobierno federal; fuerte repercusión en la economía del país. Pena de muerte en Ecuador. Renuncia de Iglesias en Perú; Cáceres contra a Lima.

Martí: *Amistad funesta*. G. Prieto: *El romancero nacional*. Lastarria: *Antaño y hogaño*. W. H. Hudson: *La tierra purpúrea*. R. Obligado: *Poesías y Santos Vega*. Varona: *Revista Cubana* (95).

B: Empréstito externo de 6 millones de libras esterlinas. Asumen en la Cámara de Diputados los paulistas Campos Salles y Prudente de Morais, elegidos

Esp.: Muere el rey, minoridad de su hijo Alfonso XIII, regencia de María Cristina de Habsburgo. Crisis de los Balcanes: enfrentamiento Bulgaria-Rusia; guerra Servio-Búlgara. Gabinetes Salisbury en Inglaterra; ocupación de Nigeria. Italia ocupa Massaua. Papado: Encíclica *Inmortale Dei*.

Pasteur: vacuna contra la rabia. Nordenfellt construye un submarino. Daimler inventa la motocicleta.

Nietzsche: *Más allá del bien y del mal*. Marx: *El Capital* (tomo II), compilado por Engels. Andersen: *Cuentos*. Zola: *Germinal*. Hudson: *La tierra purpúrea*. Laforgue: *Lamentaciones*. Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. Twain: *Huckleberry Finn*. H. Richardson: Almacenes Marshall, Field & Co. en Chicago.

Ing.: Avance del socialismo. El Parlamento rechaza proyecto liberal de autonomía irlandesa. Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. EE.UU.:

Publicación del volumen *Tierras, Compilación para estudio*. Escribe la carta-prefacio al libro *Tipos e Quadros* de Luís Leopoldo Fernandes Pinheiro Júnior.

Es designado por el Emperador vocal del Conservatorio Dramático, del cual ya era miembro.

Conmemorando el vigésimo segundo aniversario de la publicación de *Crisálidas* se le ofrece un homenaje en el Hotel Globo, al cual concurre la élite intelectual de la ciudad: los viejos amigos y los jóvenes de la nueva generación. En esta ocasión MA pronuncia su primer discurso.

1887

Recibe el título de socio honorario del Congreso Literario Gonçalves Dias.

Escribe el prólogo para una edición de *O Guarani* de José de Alencar, de la cual sólo se publicaron los primeros fascículos: "Es la pujante obra de la mocedad. Escribíola a medida que se publicaba, ajustando la materia al espacio del periódico, condiciones adversas al arte y excelentes para granjear la atención pública. Vencer esas condiciones en lo que tenían de opuestas y utilizarlas en lo que tenían de propicias fue la gran victoria de Alencar, como ya había sido la del autor de *Los Tres Mosqueteros*. (...) Cualesquiera que sean las influencias extrañas a que obedece, este libro es esencialmente nacional. La naturaleza brasileña, con las exuberancias que Burke opone a nues-

como representantes republicanos bajo el rótulo de Partido Conservador. Fundación de la Sociedad Promotora de Inmigración.

Alberto de Oliveira: *Sonetos y poemas*. Alexandre Levy: Suite brasileña para orquesta.

AL: Definitiva abolición de la esclavitud en Cuba. Ley de educación en Costa Rica. Constitución liberal en El Salvador (-1945); fuerza pública armada para controlar la vagancia en el campo. Cuarta y última elección de Guzmán Blanco en Venezuela. Cáceres presidente de Perú, Balmaceda de Chile, Juárez Celman de Argentina, Núñez reelecto en Colombia y nueva Constitución centralista: la República de Colombia.

García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Díaz Mirón: *Poesías escogidas*. R. J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). Discurso de Manuel González Prada en el Ateneo de Lima. Escuela Nacional de Bellas Artes en Bogotá. J. Batlle y Ordóñez: *El Día* en Montevideo. Sarah Bernhardt, por primera vez en el Río de la Plata. Nace Ricardo Güiraldes.

B: Viaje de D. Pedro II a Europa; comienza la tercera regencia de Isabel. El Club militar comunica a la Regente que el ejército se niega a participar en la captura de esclavos fugitivos. Espíritu Santo inaugura su primera línea férrea.

Aluísio de Azevedo: *El hombre*.

AL: Instrucción primaria obligatoria en México; telégrafo entre México y Guatemala. Primera zafra azucarera cubana con mano de obra asalariada. Primer concordato entre Colombia y la

Manifestación obrera en Chicago; fundación de la AFL.; captura de Gerónimo.

Kraft-Ebing: psicopatología sexual. Fabricación electrolítica del aluminio. Finaliza la construcción del Canadian Pacific. Hertz: hondas electromagnéticas.

Rimbaud: *Las iluminaciones*. Moréas: *Manifiesto simbolista*. D'Amicis: *Corazón*. Stevenson: *El extraño caso del doctor Jeckill y mister Hyde*. Tolstoi: *Sonata a Kreutzer*. Chéjov: *Cuentos*. Bartholdi: *La libertad iluminando al mundo*. Rodin: *El beso*.

Fr.: Elección de Sadi Carnot; Boulanger ministro de guerra. It.: Ministerio Crispi (-96); Política anticlerical. Ingl.: Primera conferencia imperial inglesa; condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. EE.UU.: Ejecución de anarquistas el 1.º de Mayo en Chicago. Primeras medidas anti-trust.

Tonnies: *Comunidad y sociedad*. Ostwald: *Revista de quimicofísica*.

Kipling: *Cuentos simples de las colinas*. D'Annunzio: *Las elegías romanas*. Strind-

tra carrera civilizada, aquí se extiende vista por varios lados; su vida interior a comienzos del siglo xvii debía ser la que el autor nos describe, salvo el colorido literario y los toques imaginarios con los cuales, incluso cuando abusa de ellos, nos encanta. Aquí se encontrará la nota suave, tan característica del autor, junto al rasgo másculo como lo pedía el contacto y el contraste de la vida salvaje y la vida civil".

1888

Por decreto imperial, es elevado a oficial de la Orden de la Rosa, por servicios prestados a las letras.

Participa de los festejos de la abolición de la esclavitud, en el desfile organizado por la Imprenta de Río de Janeiro: "Hubo sol y un gran sol en ese domingo de 1888 en que el Senado restituyó la ley, que la regente sancionó y todos salimos a la calle. Sí, también yo salí a la calle, yo, el más encogido de los caracoles, también yo entré en la procesión, en carruaje abierto, con perdón, huésped de un gordo amigo ausente; todos respiraban felicidad, todo era delirio. Verdaderamente, fue el único día de delirio público que recuerdo haber visto" (*A Semana*).

Iglesia. Tratado de límites Ecuador-Perú. Proceso chileno de debilitamiento del poder presidencial y predominio del Parlamento. Restauración del principismo en el Uruguay, tras una década de gobierno militarista. Formación del Partido Democrático en Chile. Primer censo en Buenos Aires: 433.375 habitantes. Evaristo Carazo presidente de Nicaragua.

E. Rabasa: *La bola*. J. Rizal: *Noli me tangere*. Palma: *La bohemia de mi tiempo*. B. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (-88). Ayón: *Historia de Nicaragua* (II vol.). J. Guadalupe Posada se instala en Ciudad de México.

B: Nuevo ministerio del Senador Oliveira. Ley Aurca de abolición de la esclavitud en todo el Imperio. Pedro II regresa al Brasil. Reactivación de la propaganda republicana.

Tobías Barreto: *Cuestiones vigentes*. S. Romero: *Historia de la literatura brasileña*. Olavo Bilac: *Poesías*. Raúl Pompéia: *El Ateneo*. L. Mendonça: *Visiones del abismo*. Inglês de Sousa: *El misionero*.

AL: Nueva reelección de Díaz. Predominio político-económico de la burguesía cafetalera en Costa Rica. Suspendedos trabajos del Canal de Panamá; Rebelión de J. Crespo en Venezuela; presidencia de Rojas Paúl. Desarrollo industrial en Uruguay; fuerte desvalorización de la moneda en Argentina.

L. Díaz: *Sonetos*. Hostos: *Moral social*. F. Gamboa: *Del natural*. Altamirano: *El zarco*. Acevedo Díaz: *Ismael*. Zorrilla de San Martín: *Tabaré*. Medina: *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* (-912). Garcia

berg: *Hijo de sirvienta*. Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*. Antoine funda el Teatro Libre. Van Gogh: *El padre Tanguy*. Sullivan: Auditorium de Chicago. Debussy: *La doncella elegida*. Nace Le Corbusier. Muere J. Laforgue.

Ale.: Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia. EE.UU.: Harrison, presidente; conflicto germano-norteamericano sobre las islas Samoa. Papa: Encíclica *Libertas*.

Exposición Universal de Barcelona. Creación del Instituto Pasteur. Expedición de Nansen a Groenlandia. Doehring: cemento armado pretensado. Forest: primer motor de gasolina.

Bosanquet: *Lógica*. Nietzsche: *El anticristo*. Ribot: *Psicología de la atención*. Maupassant: *Pedro y Juan*. Strindberg: *La señorita Julia*. Ibsen: *La dama del mar*. Chéjov: *La estepa*. Gauguin: *El cristo amarillo*. Debussy: *Arabescos*. Rimsky-Korsakov: *Schéhérazade*. Nace O'Neill; muere Louisa M. Alcott.

1889

Es promovido a director de la Dirección de Comercio de la Secretaría de Agricultura, culminando su carrera burocrática.

Salas: *El Parnaso Centroamericano*. Ramón Uriarte: *Galería poética centroamericana*. Nacen J. E. Rivera y López Velarde.

B: Ouro Preto, presidente del último gabinete de la Monarquía. Proclamación de la República (15-XI); depuesto el Emperador, por tropas al mando del coronel Botelho de Magalhães. El mariscal Deodoro da Fonseca, jefe del gobierno provisorio; las provincias se constituyen en estados. Convocatoria a la Asamblea Constituyente para redactar proyecto de Constitución. Primera usina hidroeléctrica de gran capacidad en Juiz de Fora, Minas Gerais; participación del Brasil en la Primera Conferencia Panamericana. Expulsión de la familia imperial. Muere en Porto, Portugal, la emperatriz Teresa Cristina. Al finalizar la monarquía, la deuda externa ascendía a 31.104 millones de libras esterlinas.

José Veríssimo: *Estudios brasileños*, 1.ª serie. Capistrano de Abreu: *Caminos antiguos y poblamiento del Brasil*. Clovis Bevilacqua: *Epocas e individualidades*. Carlos Gomes: ópera *El esclavo*.

AL: Código civil español en Filipinas. Pacto provisorio de unión entre El Salvador, Honduras y Guatemala. Primera conferencia de los Estados americanos en Washington. Convención Cubana en Cayo Hueso. Fundación del Partido Demócrata Venezolano. Campaña de represión periódica en Colombia. Contrato Grace en Perú para explotación por 66 años del guano y los ferrocarriles. Primera sección del puerto de Buenos Aires; representación argentina en el Congreso de París que funda la Segunda Internacional. Roberto Sacasa a la presidencia de Nicaragua

Esp.: Promulgación del Código Civil. Port.: Muere Luis I, sucesión de Carlos I. Fr.: Fundación de la II Internacional; 1.º de Mayo, día de los Trabajadores. Ale.: Huelgas mineras; leyes de protección social. Austr.: Muerte del príncipe heredero Rodolfo en Mayerling. Ingl.: Huelga de los estibadores. Cecil Rhodes recibe concesiones africanas. Fundación de Rodesia. Conferencia Colonial en Bruselas.

Exposición Internacional de París. Construcción de la Galería de las Máquinas y la torre de Eiffel: utilización de vidrio y acero: la torre mide 300 metros; críticas de Zola, Maupassant, de Lisle, Sully-Prudhomme, los Goncourt, etc.

Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. D'Annunzio: *El placer*. Yeats: *Peregrinaciones de Oisen*. Van Gogh: *Paisaje con ciprés y Autorretrato*. A. Choisy: *Historia de la Arquitectura*.

1890

MA junto a Ferreira de Araujo, Emilio Rouède y Pardal Mallet, firman una solicitud de la Sociedad de Hombres de Letras para que se ponga en ejecución el artículo 261 del Código Criminal respecto a los derechos de autor.

y con él concluyen los llamados "30 años conservadores".

Payno: *Los bandidos de Río Frio* (-91). Ayón: *Historia de Nicaragua* (III). Martí: *La edad de oro*. J. Sierra: *México social y político*. Matto de Turner: *Aves sin nido*. J. A. Silva: *Nocturno II*. Gómez Carrillo llega a Europa. Muere Montalvo.

B: Asamblea Constituyente se reúne en Río de Janeiro. Separación entre el Estado y la Iglesia; libertad de cultos e institución del matrimonio civil. Reforma del Código Penal que reemplaza al de 1830. Reconocimiento de la República Federativa por parte de los EE. UU. e Inglaterra. Segundo Censo Nacional: 14.333.915 habitantes. Creación del Partido Obrero en Río de Janeiro.

Eduardo Prado: *Anales de la dictadura militar en el Brasil*. Aluisio de Azevedo: *El cortico*. Fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes en Río de Janeiro.

AL: Enmienda constitucional mexicana permitiendo reelección. Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Golpe de Estado de C. Ezeta en El Salvador. R. Andueza Palacio presidente de Venezuela; reclamaciones de EE. UU. Morales Bermúdez, adicto a Cáceres, presidente de Perú. Leyes colombianas regulando la actividad comercial. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete Balmaceda en oposición al Congreso. Quiebra la Baring Brothers; grave crisis financiera en el Río de la Plata. J. Herrera y Obes presidente del Uruguay; el civilismo; leyes inmigratorias. Unión Cívica, primer partido político argentino de corte moderno; revuelta contra Juárez Celman, renuncia y ascenso de Carlos Pellegrini. Por primera vez se ce-

Ale.: Bismarck abandona el gobierno. Conferencia en Berlín de protección al trabajo. Conferencias coloniales anglo-alemanas y anglo-francesas. EE. UU.: Ley Sherman anti-trust. Tarifas aduaneras proteccionistas Mc Kinley. Nace Charles de Gaulle.

Behring: suero antidiftérico. Otto Lilienthal: artefacto volador (-96). Ley sobre vivienda obrera en Inglaterra. Quiebra de la Banca Baring en Londres. Kautsky funda el Partido Socialdemócrata Alemán.

W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. Zola: *La bestia humana*. Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Frazer: *La rama dorada*. Hamson: *Hambre*. Cézanne: *Jugadores de cartas*. Borodin: *El Príncipe Igor*. Suicidio de Van Gogh.

1891

Finalmente se publica el *Quincas Borba* en forma de libro, con el sello B. L. Garnier, en una tirada de mil ejemplares que tiene buena acogida de los compradores. Llegado a los 51 años, es entonces el escritor brasileño más importante, según el consenso de los intelectuales del país.

En ocasión de colocarse la piedra fundamental de la estatua de José de Alencar, M^A pronuncia un discurso.

lebra en el Río de la Plata el 1.º de Mayo. Creación de la Unión Panamericana, en Washington a iniciativa de E.E. UU.

Del Casal: *Hojas al viento*. Romerogarcía: *Peonía*. L. G. Urbina: *Versos*. T. Carrasquilla: *Simón el Mago*.

B: Deodoro da Fonseca, electo presidente del Brasil; primer gabinete republicano. Disolución del Congreso por el presidente, revolución de la Marina liderada por el almirante Custodio José de Mello. Renuncia de Deodoro y presidencia del general Floriano Peixoto. Constitución republicana. Ola de especulación financiera, llamada "encilhamento". Pedro II muere en París. Comienza a circular en Río de Janeiro el periódico *Jornal do Brasil*.

Ouro Preto: *Advenimiento de la dictadura militar en Brasil*. Oliveira Paiva: *Dona Guidinha do Poço*. J. F. Lisboa: *Vida del padre Vieira*.

AL: Malestar económico y político en Cuba. Sentencia arbitral dictada por España sobre límites entre Colombia y Venezuela. Crisis financiera argentina, suspensión de pagos, creación del Banco de la Nación Argentina, regreso del general Mitre. Primer congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina. El Congreso contra Balmaceda en Chile, batalla de Concón, renuncia, asilo y suicidio de Balmaceda en la embajada argentina; almirante Montt Presidente.

Martí: *Versos sencillos* y *Los pinos nuevos*. Martell: *La Bolsa*. Lamas: *Génesis de la revolución*. *La Habana Literaria* (-92). Joaquín Torres García en Cataluña.

Port.: Alzamiento republicano en Oporto. Fr.: Alianza defensiva con Rusia. Fracasa golpe de estado de Boulanger que se suicida. Ingl.: Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Papado: Encíclica de León XIII *Rerum Novarum*. Fundación del Bureau Internacional de la Paz en Berna.

Construcción del Transiberiano. Hallazgo del Pitecantropo de Java. Michelin presenta el neumático.

C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Ibsen: *Hedda Gabler*. Hardy: *Teresa de Ubervilles*. Gauguin: *Las mujeres en Tabiti*. R. Strauss: *Muerte y transfiguración*.

1892

Pasa a Director General de Vialidad, dentro del proyecto de reforma que transformaría la Secretaría de Agricultura, a la que pertenece, en Secretaría de Industria, Vialidad y Obras Públicas. Atiende la crónica semanal de la *Gazeta de Noticias*, comentando las actualidades, tanto las nacionales como las extranjeras: "*Tannhäuser* y *bonds* eléctricos. Finalmente tenemos en esta tierra esas grandes novedades. El empresario del Teatro Lírico nos hizo el favor de dar la famosa ópera de Wagner y la Compañía de Botafogo se tomó a pecho lo de transportarnos más de prisa. ¿Caerán juntos el burro y Verdi?" (2-X); "Una sola nota idílica entre tanta cosa grave, lúgubre, trágica o simplemente enfadosa: fue la muerte de Renan. La de Tennyson, que también ocurrió esta semana, no tuvo igual carácter, a pesar del poeta que era, de la edad que tenía" (9-X).

1893

Colaboraciones para *A Semana*: sobre los proyectos de establecer nueva capital para el país, abandonando Río de Janeiro; sobre los engaños en el peso de la mercadería; sobre la irrupción del carnaval; sobre las ingeniosas invenciones lingüísticas: "Merimée confesó un día que de la historia sólo apreciaba las anécdotas. Yo ni las anécdotas. Me contento con palabras. Palabra brotada en el calor del debate o compuesta

B: Manifiesto de los Trece Generales contra Floriano; acuerdo de Floriano con los paulistas. Mato Grosso declara su independencia bajo el nombre de República Transatlántica. Tropas gubernamentales en Cubaya, Mato Grosso. Insurrección separatista en Río Grande do Sul. Reinician las obras de los muelles de Santos. Muere Deodoro. Creación del Instituto Adolfo Lutz y del Instituto Agronómico en São Paulo. Tranvía eléctrico en Río de Janeiro. Primer Congreso Socialista, en Río de Janeiro.

Inglés de Sousa: *Cuentos amazónicos*.

AL: Rizal organiza en Manila la sociedad secreta "La Liga Filipina"; "Kati-punan", por A. Bonifacio. Revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla. Sublevación de los Taraumaras en Tomóchic. J. Crespo se proclama dictador en Caracas. Batalla Cururuyqui contra indios en Bolivia. Núñez reelecto en Colombia con M. A. Caro de vice. Sáenz Peña presidente de Argentina; L. Alem prisionero, radicales abstencionistas. Fundación del Partido Obrero Argentino. Batlle y Ordóñez propone organización política uruguaya basada en clubes populares.

H. Frías: *Tomóchic*. Del Casal: *Nieve*. *El Cojo Ilustrado*, en Caracas. Lafone Quevedo: investigaciones arqueológicas en el norte argentino. Guido Spano preside *El Ateneo*, en Buenos Aires. Nace César Vallejo.

B: Revolución federalista en Río Grande (-95). El almirante Custodio de Melo bombardea Río de Janeiro; los insurgentes ocupan Fuerte Villegaignou. Muere el mariscal Deodoro da Fonseca.

Cruz e Sousa: *Broqueles*. Eduardo Pra-

Fr.: "Affaire Panamá", Lesseps condenado. Bula papal sobre participación de los católicos en la política de la República. Convención militar franco-prusiana. It.: Constitución definitiva del Partido Socialista. *Ingl.*: Ministerio Gladstone.

Lorentz descubre los electrones. Schleich: Anestesia local. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*.

Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Maeterlinck: *Pelléas y Mélisande*. Shaw: *Casas de viudos*. Toulouse-Lautrec: *Jane Avril en el Moulin Rouge*. V. Horta: Casa Tassel de Bruselas; el modernismo en arquitectura. Leoncavallo: *Los payasos*. Muere Whitman.

Esp.: Guerra de Melilla. Fr.: Protectorado de Dahomey; ocupación de Siam. *Ingl.*: Autonomía de Irlanda rechazada por la cámara de los Lores. Fundación del Independant Labour Party. EE. UU.: Segunda presidencia de Cleveland; crack

por estudio, hija de la necesidad, oriunda del amor a lo exquisito, obra del azar, cualquiera que sea su certificado de bautismo, es eso lo que me interesa de la historia de los hombres"; expectativa de óperas y presentación de Sarah Bernhardt; el gusto por los rumores, etc., etc.

1894

En las columnas de *O Tempo*, Deocleciano Mártir denuncia a MA como enemigo del régimen republicano y conspirador monárquico. Bajo el seudónimo de Z. Marcas, lo defiende en *A Semana* Lúcio de Mendonça.

Participa en el banquete que le es ofrecido a Aluísio Azevedo con motivo de la publicación de su obra *Livro de uma Sogra* (Libro de una suegra).

Firma contrato con Laemmert & Cía. para la edición de *Varias Historias*, su quinta colección de cuentos.

do: *La ilusión americana*. Coelho Neto: *La Capital Federal*.

AL: J. Y. Limantour ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Aumenta campaña autonomista en Cuba; división del partido Unión Constitucional y formación del Partido Reformista. Reconocimiento de la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. Año de grave agitación política en Colombia. Manifiesto a la nación del Partido Liberal venezolano. Vía férrea Lima-La Aroya. Conflicto con los radicales en Argentina: Roca captura Rosario. Influencia "directriz" presidencial en Uruguay. Fuerzas liberales en León declaran a Zelaya presidente de Nicaragua.

Del Casal: *Bustos y Rimas*. Acevedo Díaz: *Grito de gloria*. Mueren Altamirano y Del Casal. Nace V. Huidobro.

B: Prudente de Moraes Barros, primer presidente civil (15-XI). Batalla cerca de Passo Fundo, Río Grande; el general Saravia es derrotado por las tropas gubernamentales al mando del general Lima y es ultimado. Inauguración de la confitería Colombo en Río de Janeiro, marco de la *belle époque*.

Taunay: *El ensillamiento*. Araripe Jr.: *Gregorio de Matos, Literatura brasileña, Movimiento de 1893, Estudios de literatura brasileña* (-1907). Nina Rodríguez: *Los africanos en el Brasil*. Silvio Romero: *Doctrina contra doctrina*. Nace Emilio Dí Cavalcanti.

AL: Bonilla presidente de Honduras. Terremoto en Venezuela; Crespo presidente y conflicto con la Guayana Británica. Muere R. Núñez. Proclamación cafetalera colombiana alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Tacna y Arica

bursátil; abolición de la Ley Sherman; protectorado en Hawai. Insurrección de los Jóvenes Checos en Praga. Masacre en Armenia.

Exposición colombina de Chicago; concluye la Escuela de Chicago. Ford construye su primer automóvil. Elster-Seitel: célula fotoeléctrica; Diesel construye motor de gas-oil. Morey: primer proyector cinematográfico.

Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*. Heredia: *Los trofeos*. Menéndez Pelayo: *Antología de poetas hispano-americanos* (-95). Mallarmé: *Verso y prosa*. Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio*, con la ilustración *Salomé* de Beardsley. Munch: *El grito*. Chaicovski: *Sinfonía Patética*. Dvorak: *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Esp.: Fin de la Guerra de Melilla; convenio de Marruecos. Fr.: Asesinato de Sadi Carnot. Condena de Dreyfus. It.: Invasión de Abisinia. Ingl.: Gladstone se retira de la vida política. Rusia: Nicolás II, zar. Guerra sino-japonesa.

Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años. E. Drumont ataca a Dreyfus en el periódico *La Cruz*. Lumière patenta el cinematógrafo. Yersin: bacilo de la peste. Roux: suero antidiftérico.

Marx: edición del volumen III de *El Capital*. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica*. Buchner: *Darwinismo y socialismo*. S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo*. Kipling: *El libro de la jungla*. Renard: *Cabeza de zanahoria*. Rodin: *Los burgueses de Calais*. Gaudet: *Elementos y Teoría de la arqui-*

1895

Inicia su colaboración con la nueva publicación dirigida por José Veríssimo, *Revista Brasileira* (XII) en la cual ya había publicado un perfil de MA firmado por Araripe Júnior. En el grupo que frecuentaba la redacción de la revista, se encontraba Taunay, Nabuco, Silva Ramos, Lúcio de Mendonça, Graça Aranha, Inglês de Sousa, João Ribeiro. De ellos surgirá el proyecto de la Academia Brasileña.

En carta a Ernesto Cibrao ofrece al Real Gabinete Portugués en Río de Janeiro uno de los dos manuscritos que poseía de la pieza *Tu só, tu, puro amor*. El otro manuscrito ya lo había entregado a la Biblioteca Nacional, en ocasión de la exposición camoniana.

Al concluir el año Coelho Neto pronuncia una conferencia titulada "MA y su obra".

pasan a poder de Chile, sin que ningún plebiscito sea convocado. J. I. Borda presidente de Uruguay.

J. A. Silva: *Nocturno*. M. González Prada: *Páginas libres*. E. Acevedo Díaz: *Solidad*. Revista *Cosmópolis* en Caracas y *Azul* en México. Nace J. C. Mariátegui.

B. Batalla decisiva contra los rebeldes de Río Grande, cerca de la frontera uruguayana. Suicidio de da Gama. Ocupación de la isla de Trinidad, Espíritu Santo, por Inglaterra, que reconocerá los derechos brasileños al año siguiente. Cuestión de Palmas con Argentina; laudo arbitral del presidente Cleveland favorable al Brasil. Levantamiento de la Escuela Militar en Río de Janeiro. Muere Floriano Peixoto. Suicidio de Raúl Pompéia.

Fariás Brito: *La finalidad del mundo* (-1905). Adolfo Caminha: *Buen criollo y El normalista*. J. Nabuco: *Balmaceda*. Coelho Neto: *Espejismo*.

AL: Segunda guerra de independencia cubana; José Martí muerto en Dos Ríos. Eloy Alfaro entra en Quito. Revuelta liberal en Colombia, dirigida por Santos Acosta. Reclamaciones extranjeras a Venezuela y ultimátum Richard Olney a Gran Bretaña. Piérola entra en Lima: presidente. Renuncia Sáenz Peña en Argentina; asume Uruburu. Pacto de Amalpa entre Honduras, Nicaragua y El Salvador para una común política exterior. Conflicto con Inglaterra por la Mosquitía; ocupación del Corinto; pago de indemnización; retirada. Nacen el general Augusto César Sandino y Víctor R. Haya de la Torre.

L. Díaz: *Bajo-relieves*. M. Zeno Gandía: *La charca*. S. Chocano: *En la aldea*. Muere Gutiérrez Nájera.

tectura. Otto Wagner: Estaciones de tranvía en Viena. Verdi: *Falstaff*. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno*.

Esp.: Gobierno de A. Cánova del Castillo. Fr.: Fundación de la C. G. T. Ministerio Salisbury de coalición en Inglaterra. Convención sino-japonesa; paz de Shino-seki.

Roentgen: Rayos X. Institución del Premio Nobel de la paz. Primeras exhibiciones cinematográficas de los Lumière. Inauguración del canal de Kiel. Exposición "Art Nouveau" en la galería Bing.

Hertzl: *El Estado judío*. Valéry: *Las tardes con el Sr. Teste*. Wells: *La máquina de explorar el tiempo*. Verhären: *Las ciudades tentaculares*. Crane: *La roja insignia del coraje*. Yeats: *Poesías*. Bourget: *Ultramar*. Sienkiewicz: *Quo Vadis?* Gauquin se instala en Tahití. Cézanne: *Los bañistas*. Muere Engels.

1896

Aparece su libro de cuentos *Varias Historias*: "fueron escogidas entre otras y podían haber sido aumentadas si no fuera que convenía limitar el libro a sus trescientas páginas".

En el Casino Fluminense es representada su comedia en un acto *Não consulte médico*. José Veríssimo promueve un almuerzo íntimo en el Hotel dos Estrangeiros para celebrar el estreno, del cual participan, entre otros, el Vizconde de Taunay, Rodrigo Otávio, Lúcio de Mendonça y Graça Aranha.

Es fundada la Academia Brasileña de Letras. Entre los fundadores se cuenta MA, quien el 4-I del año siguiente será electo presidente. Ocupará ese cargo hasta su muerte.

1897

Se publica el libro severamente crítico de Sílvio Romero: *Machado de Assis, estudo comparativo de literatura brasileira*. Es la única voz disonante en el coro de elogios que se tributa a MA, atribuyéndose en el ambiente esa disonancia a las críticas que MA formulara a la poesía de Sílvio Romero.

Participa en la fiesta conmemorativa del aniversario de la Constitución de la República.

Se inaugura con un acto solemne la Academia Brasileña de Letras (20-VI), correspondiendo a MA, en su calidad de presidente, el discurso inaugural: "...Iniciada por un joven [Lúcio de Mendonça] aceptada y completada por jóvenes, la Academia nace con un alma nueva y naturalmente ambiciosa. (...) La Academia Francesa, sobre la cual ésta fue modelada, sobrevive a los acontecimientos de todo tipo, a las escuelas literarias y a las transformaciones civiles. La vuestra querrá tener las mismas maneras de estabilidad y progreso. Ya el bautismo de

B: El gobierno de la República se instala en el Palacio de Catete. Guerra de Canudos, movimiento político-religioso de Bahía, liderado por Antônio Coselheiro. Fundación de la ciudad planificada de Belo Horizonte, en Minas Gerais. Primeras exhibiciones de cine en Río de Janeiro con el omniógrafo.

Rui Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. Leopoldo Miguez: *Prometeo*. Coelho Neto: *Sertón*. Nabuco: *La intervención extranjera durante la revolución*. Nepomuceno: *Serie Brasileña*. Fundación de la Academia Brasileña de Letras.

AL: Muere Maceo en Cuba. Intentos de asesinar al presidente Crespo. Se oficializa división del partido conservador colombiano. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro Alem en Argentina; aprestos bélicos para la cuestión de fronteras con Chile. Errázuriz presidente.

Nervo: *Perlas negras*. Gutiérrez Nájera: *Poesías*. T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*. Paul Groussac funda *La Biblioteca*. Se suicida J. A. Silva.

B: Atentado contra el presidente Moraes; muere el ministro de guerra mariscal Carlos Machado Bittencourt. Disturbios en Río de Janeiro por el fracaso de las expediciones militares contra Canudos; asalto a los periódicos monárquicos. Asesinato de Gentil de Castro, propietario del *Liberdade*. Canudos es finalmente arrasado; muerte de Antônio Conselheiro (3-X).

Artur Azevedo: *La Capital Federal*. Nabuco: *Un estadista del Imperio* (-99).

AL: Nueva proclamación de la República de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro in-

Esp.: Comienza la insurrección en Filipinas. *It.*: Paz con Abisinia. Italianos derrotados en Adua. Acuerdo ruso-austríaco sobre los Balcanes. Continúa la expansión colonial: ingleses en Sudán; franceses en Madagascar.

Fundación del *Daily Mail*. Primeros Juegos Olímpicos en Atenas. Marconi: telegrafía sin hilos. Becquerel: radioactividad. Inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York (Bartholdi).

Spencer: *Sociología*. M. Schwob: *Vidas imaginarias*. Kropotkin: *La anarquía*. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Chéjov: *La gaviota*. M. Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*. Proust: *Los placeres y los días*. Gauguin: *Nacimiento de Cristo*. Matisse: *El tejedor bretón*. Puccini: *La Bohemia*. Muere Verlaine.

Esp.: Asesinato de Cánovas por anarquistas. Gobierno de Sagasta. Conflicto Greco-turco por la unión de Creta a Grecia. EE. UU.: McKinley, presidente. Fundación del sionismo en Basilea.

Braun: tubo de rayos catódicos. Lorentz: teoría del electrón. Adler: vuelo en aeroplano. Hallazgo de oro en Klondyke. Guillaume: *Investigaciones acerca del níquel y de sus aleaciones*. Ellis: *Estudios sobre psicología sexual*.

Gide: *Los alimentos terrestres*. Wells: *El hombre invisible*. Ganivet: *Idearium español*. Rostand: *Cirano de Bergerac*. Edición póstuma y definitiva de *Hojas*

sus sillones con los nombres preclaros y apreciados de la ficción, la lírica, la crítica y la elocuencia nacional, es indicio de que la tradición es su primer voto. Nos corresponde hacer que ella perdure. Pasad a vuestros sucesores el pensamiento y la voluntad iniciales, para que también ellos los transmitan a los suyos y vuestra obra sea contada entre las sólidas y brillantes páginas de nuestra vida brasileña”.

1898

En el *Jornal do Comércio* se publican cuatro artículos defendiendo a MA de la crítica de Sílvio Romero. Fueron escritos por Lafaiete Rodrigues Pereira bajo el seudónimo de Labieno y serán reunidos en libro al año siguiente: *Vindiciae*. MA escribe a su autor para agradecer la defensa. Es puesto en disponibilidad administrativa, al considerarse la fusión de las Direcciones de la Secretaría de Industria, Vialidad y Obras Públicas. Para el cargo de Director es nombrado un ingeniero, pasando MA, a disgusto, como adjunto. En este año, sin embargo, el nuevo Ministro de Vialidad lo nombrará su secretario.

Redacta su primer testamento, designando a Carolina su heredera universal.

La Academia Brasileña de Letras adopta como divisa un verso de MA, tomado del poema “Versos a Corina” del libro *Crisálidas*, el cual su autor suprimió junto con otros al preparar sus *Poesías Completas*. Dice: “Esta es la gloria que queda, eleva y consuela”.

corpora indios a la ciudadanía ecuatoriana. Gran Bretaña somete a arbitraje su disputa con Venezuela. Auge de la explotación del caucho en el oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de A. Saravia en Uruguay.

R. Jaimes Freyre: *Castalia bárbara*. L. Lugones: *Las montañas de oro*. P. Groussac: *Del Plata al Niágara*. Rodó: *La vida nueva*. Blest Gana: *Durante la Reconquista*. S. Argüello: *Primeras ráfagas*.

B: Campo Salles, presidente, establece la llamada "política de los gobernadores". Acuerdo con los banqueros de la City de Londres para la consolidación de la deuda externa, que asciende a 47.500 millones de libras esterlinas. Santos Dumond asciende en su primer dirigible.

Alfonso Arinos: *Por el sertón*. Raimundo Correia: *Poesías*. Cruz e Sousa: *Evocaciones*. Alphonsus de Guimaraes: *Septenario y Cámara ardiente*. S. Romero: *Nuevos estudios de literatura contemporánea*.

AL: Explosión del "Maine" en La Habana; guerra hispanoamericana. Desembarco en Puerto Rico; gobierno de J. Brooke en San Juan. Independencia de Cuba; Tratado de París; España renuncia a la soberanía. Consejo de los Estados Unidos de Centro América en Amapala. J. A. Roca nuevamente presidente de Argentina, Andrade de Venezuela, Sanclemente de Colombia. En Nicaragua, nueva constitución. Zelaya presidente por segunda vez. Nace J. E. Gaitán. Primer automóvil en Lima; primer ascensor en Buenos Aires.

G. Valencia: *Ritos*. Chocano: *La selva virgen*. Vargas Vila: *Flor de fango*. Va-

de hierba. Fundación de la *Sezession* vienesa; el modernismo austriaco.

Esp.: Guerra con los EE.UU. Paz de París. Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam pasan a EE.UU.; anexión definitiva de Hawai. Fr.: Se reabre el caso Dreyfus. Rus.: Surge el Partido Socialdemócrata. Mueren Bismarck y Gladstone.

Marie Curie-Sklodowska: descubre el radio. Koldewey: excavaciones en Babilonia. Bordet: suero hemolítico.

Le Bon: *Psicología de las muchedumbres*. Rosa Luxemburgo: *Reformas y revolución*. Zola: *Yo acuso*. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. D'Annunzio: *El fuego*. Howard: *Mañana...* (teoría de la ciudad-jardín). Rodin: *Balzac*.

1899

Aparece su novela *Dom Casmurro*, que es para algunos críticos su más bella obra, "su novela más sufrida, más humana". Aparece asimismo su selección de *Páginas recolhidas*, donde reúne una diversidad de textos, desde los cuentos iniciales hasta la pieza teatral *Tu só, tu, puro amor*, pasando por ensayos críticos como el consagrado a la correspondencia de Renan con su hermana Enriqueta, un discurso en honor de José de Alencar y una selección de las crónicas de la *Gazeta de Notícias*, publicadas entre 1892 y 1894.

Ambos libros son editados por la casa Garnier, con la cual MA firma un contrato concediéndole la propiedad de todas sus obras ya publicadas por la cantidad de ocho contos. Disuelta la *Revista Brasileira*, acostumbraba a visitar la editorial Garnier, encontrándose allí con sus amigos. Este mismo año escribe a François Hypolyte Garnier solicitando autorización para la traducción alemana de sus obras, sin obtenerla, a no ser que el editor alemán asegure el pago de cien francos por volumen.

1900

Completa su acuerdo con H. Garnier, vendiéndole sus derechos sobre las *Poesías completas*, que serán publicadas al año siguiente.

lenuela y Nervo: *Revista moderna*. Visconti: *Juventud* (premio Exposición de París - 1900).

B: Clovis Bevilacqua comisionado para elaborar el proyecto de Código Civil. Visita del presidente argentino Julio A. Roca. Creación del Instituto Butantá en São Paulo. Peste bubónica en Santos. Taunay: *No declínio*. Nestor Vitor: *Cruz e Sousa*. Muere Almeida Jr. Nace Flávio de Carvalho.

AL: Protectorado norteamericano sobre Cuba. Presidente dominicano Heureaux asesinado y jefe revolucionario Jiménez presidente. Gobierno de T. Regalado en El Salvador. Guerra civil en Colombia "los mil días"; Uribe Uribe y B. Herrera contra el gobierno conservador. C. Castro entra en Caracas: presidente; fallo de la Comisión de Límites de París entre Venezuela y Gran Bretaña. Romaña presidente de Perú. Atacama, territorio favorable a Chile y no a Argentina.

Gómez Carrillo: *Bohemia sentimental y Maravillas*. G. Valencia: *Anarkos*. Chocano: *La epopeya del morro*. C. Zumeta: *El continente enfermo*. M. Díaz Rodríguez: *Cuentos de color*. J. J. Tablada: *Florilegios*.

B: Visita del presidente Campos Salles a la Argentina. Conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento del Brasil. Disputa con Guayana francesa por límites. Peste bubónica en Río de Janeiro. Santos Dumond gana el premio Deutch sobrevolando la torre Eiffel en globo. 3.º censo general: 17.384.340 habitantes.

J. Ribeiro: *Compendio de Historia del Brasil*. Cruz e Sousa: *Faroles*. Alberto de

Fr.: E. Loubet, presidente; convención franco-inglesa sobre el Sudán; segundo caso Dreyfus. Ing.: Guerra anglo-bócr: derrota inicial de los ingleses. EE.UU.: Revueltas en Filipinas; principio norteamericano de "Puerta abierta" en China. Primera conferencia de Paz en La Haya, a instancias de Rusia, formación del Tribunal de Arbitraje. Acuerdo anglo-ruso para dividirse Chipre.

Haeckel: *Enigmas del universo*. John Ruskin funda una escuela laboral en Cambridge. Fundación de la United Fruit Co. Primer empréstito norteamericano al extranjero por la Banca Morgan.

Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Maurras: *Tres ideas políticas*. Bosanquet: *Teoría filosófica del Estado*. Tolstoi: *Resurrección*. Zola: *Fecundidad*. Rilke: *Canción de amor*. V. Guimard: *Diseños Art Nouveau* para el Metro de París. Ravcl: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N.º 1*. R. Strauss: *Vida de un héroe*.

It.: Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Fr.: Ley Millerand sobre duración de jornada de trabajo. Invasión de Tchad. V Congreso Internacional Socialista en París, fundación de su *bureau* permanente. Ingl.: Fundación de la Labour Party de la Federación general de Trade Unions. Ocupación de Pretoria y Transvaal. Ale.: Unión General de Sindicatos Cristianos. Asociación Internacional para la protec-

1901

Su volumen de poesía incorpora una sección nueva, *Ocidentais*, que se agrega a los tres libros anteriores, transcritos con algunas pocas supresiones: "No diré de unos y otros versos, sino que los hice con amor, y de los primeros, que los releí con nostalgia". El volumen da motivo a una serie de cinco artículos de Múcio Teixeira, en el *Jornal do Brasil*, criticando acerbamente la poesía de MA.

Pronuncia un discurso al inaugurarse el busto de Gonçalves Dias y otro agradeciendo la sanción del proyecto que colocó a la Academia Brasileña de Letras bajo la protección del Estado.

Preside el homenaje a Lúcio de Mendonça por la publicación de su libro *Horas do bom tempo*.

Oliveira: *Poesías completas*. Conde de Alfonso Celso: *Por qué me ufano de mi país*. Silvio Romero: *Ensayos de sociología y literatura*. J. Nabuco: *Mi formación*.

AL: Francia exige con su flota indemnización dominicana. Castro, presidente constitucional de Venezuela; Marroquín, de Colombia por golpe de Estado. Tratado de límites argentino-chileno por zona de los Andes. Censo uruguayo: 936.000 h.; imposición de los Estados Unidos a Nicaragua y Costa Rica de los tratados Hay-Corea y Hay-Calvo, para adquirir la ruta del canal. Expulsión del Obispo de Nicaragua.

J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. García Monge: *El Moto y Las hijas del campo*. Vargas Vila: *Ibis*. Rodó: *Ariel*. Díaz Romero: *Harpas en el silencio*. Orrego Luco: *Un idilio nuevo*. Fundan en León la revista *El Alba*, que difundirá el darriísmo poético. J. J. Tablada en el Japón.

B: Tratado con Gran Bretaña sobre límites con la Guayana inglesa. Usina hidroeléctrica en Paraíba; industrialización intensiva en São Paulo. Código de la enseñanza.

Pereira Barreto: *El siglo XX bajo el punto de vista brasileño*. Comienza a circular el *Correio da Manhã* en Río de Janeiro. Coelho Neto: *Tormenta*. José Veríssimo: *Estudios de literatura brasileña*, 1.ª serie.

AL: Constitución de Cuba, enmienda Platt y presidencia de T. Estrada Palma. Batalla de La Hacha y derrota de las fuerzas liberales y venezolanas en la guerra civil colombiana. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje por diez años. Ser-

ción legal de los obreros. Expedición internacional contra Pekín.

Evans: la civilización minoica. M. Planck: teoría de los *quanta*. Primer dirigible de Zeppelin.

Wundt: *Psicología del pueblo*. Freud: *La interpretación de los sueños*. Husserl: *Investigaciones lógicas*. Chéjov: *Tío Vania*. Conrad: *Lord Jim*. A. Gaudí: el Parque Güell. Mueren Ruskin, Nietzsche y Wilde.

Ingl.: Muere Victoria, le sucede Eduardo VII. EE.UU.: Asesinato del presidente McKinley; Theodore Roosevelt, sucesor. Tratado Hay-Pauncefote sobre Canal de Panamá. Formación de la United States Steel Co. Paz en Pekín.

Primer Premio Nobel: Röntgen de Física; Sully-Prudhomme de Literatura. D. G. Brinton: *La raza americana*.

Maeterlinck: *La vida de las abejas*. Mann: *Los Buddenbrook*. Kipling: *Kim*. Lagerlöf: *Jerusalem*.

1902

En Montevideo (Uruguay) aparece una edición española de las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, en traducción firmada por Julio Piquet, autor y periodista integrante del cenáculo de Rodó.

Vuelve a la actividad como Director de la Secretaría de Industria del Ministerio de Vialidad, designado por el Presidente, Rodrigues Alves y su Ministro, Lauro Müller. Pasa a Director General de Contabilidad del Ministerio de Industria, Vialidad y Obras Públicas, cargo que ocupará hasta su muerte.

vicio militar obligatorio en Argentina; Congreso Nacional Obrero. Depósito de guano en Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica revertidos a Chile.

Gómez Carrillo: *Del amor, del dolor y del vicio*. González Prada: *Minúsculas*. Díaz Rodríguez: *Idolos rotos*. Díaz Mirón: *Iascas*. Vargas Vila: *Las rosas de la tarde*. P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*.

B: Elección del tercer presidente, Fco. de Paula Rodriguez Alves, que entrega a Rio Branco la dirección de la política exterior; reclutamiento de intelectuales blancos para la diplomacia. Dictamen de Rui Barbosa sobre el proyecto de Código Civil. Iniciación del movimiento de Plácido Castro para incorporación del territorio de Acre al Brasil.

Euclides da Cunha: *Los sertones*. Graça Arana: *Canaan*. R. Barbosa: *Réplica*. Olavo Bilac: *Poesías*, ed. definitiva. Alphonsus de Guimaraes: *Kirtale*. Primer disco grabado en el Brasil por Fred Finger.

AL: Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala y Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE.UU. por reclamaciones económicas. Compañía francesa vende acciones del Canal de Panamá a EE.UU.; fin de la guerra de "los mil días". Ultimátum de Gran Bretaña y Alemania y bloqueo de puertos venezolanos; bombardeo de Puerto Cabello; Roosevelt árbitro. Doctrina Drago y ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales.

Esp.: Alfonso XIII jura la Constitución como rey. *Ingl.*: Paz con los bóers; alianza anglo-japonesa. *Rus.*: Concluye la construcción del Transiberiano. *EE.UU.*: Adquisición de las acciones francesas del canal de Panamá. Fin de la resistencia filipina.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación del Carnegie Institution. Grace: *Estética*. Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. Gide: *El inmoralista*. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. H. James: *Las alas de la paloma*. Debussy: *Pelléas y Mélisande*.

1903

En los diarios aparece su nombre como el representante de las letras en la Convención Nacional que escogería al Presidente de la República para el cuatrienio 1906-1910. MA escribe a Lúcio de Mendonça, a quien pertenece la proposición, rehusando participar.

Firma contrato para la venta de la propiedad entera y perpetua de su próxima novela *Esau e Jacó*, con su editor H. Garnier.

Chocano: *Poesías completas*. Vargas Vila: *Ante los bárbaros*. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia*. Urbina: *Ingenuas*. D'Halmar: *Juan Lucero*. Fundación de la Universidad de La Plata.

B: Suscriben el Tratado de Petrópolis por el cual Brasil adquiere a Bolivia parte del Territorio del Acre, con 147.000 kilómetros cuadrados. Reforma urbana con demolición del caserío colonial: el "derrribenlo" del prefecto Pereira Passos; campaña de erradicación de la fiebre amarilla bajo la dirección de Osvaldo Cruz.

Domingos Olímpio: *Luzia-Homen*. Portinari: *Cargadores de café*. Muere Vítor Meireles.

AL: Cuba cede bases a EE. UU. (Guantánamo). P. J. Escalón presidente de El Salvador. Senado colombiano rechusa ratificar tratado Hay-Herran con EE. UU. sobre el Canal; insurrección de Panamá y declaración de independencia reconocida por EE. UU., que impide envío tropas colombianas; tratado cediendo Zona del Canal. Protocolos de pagos de Venezuela con EE. UU., México, Francia, Holanda y Bélgica; debates en el Tribunal de La Haya por las reclamaciones. En Nicaragua revolución del Lago comandada por E. Chamorro. Creciente desarrollo agropecuario en Argentina. Batlle y Ordóñez presidente del Uruguay; Revolución Nacionalista de A. Saravia y Pacto de Nico Pérez. Iluminación eléctrica en Río y Managua. Matanza de obreros salitreros en Iquique, Chile.

Darío Herrera: *Horas lejanas*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*. Bunge: *Nuestra América*. González Martínez: *Preludios*. F. Sánchez: *M'hijo el doctor*.

Papado: Muere León XIII y asciende Pío X. Pan.: Tratado Banau-Varilla para construir el canal de Panamá. Ingl.: Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el congreso de los socialistas rusos en Londres.

Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos. Wright: vuelo en aeroplano. Lévy-Bruhl: *Moral y ciencia de las costumbres*. E. Taylor: *Cultura primitiva* (1.ª ed. 1871).

Gorki: *Los bajos fondos*. S. Butler: *El camino de toda carne*. Shaw: *Hombre y superhombre*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. D'Annunzio: *Laudes del cielo*. Se constituye la Academia Goncourt.

1904

Aparece *Esaú e Jacó* (Esaú y Jacob), definida como una narración que concluye las *Memorias* del consejero Aires.

Es nombrado para la Comisión Fiscal y Administrativa de las Obras de muelles del puerto, función que acumuló con la de director General de Contabilidad.

Es electo miembro correspondiente de la Academia Real de Ciencias de Lisboa.

Viaja a Nova Friburgo con Carolina, enferma. Ni el reposo en esa ciudad ni los cuidados médicos consiguieron que se recuperara. El 20-X, en la casa de la calle Cosme Belho, a los 69 años, muere Carolina de un tumor intestinal. Es sepultada en el cementerio de San Juan Bautista. Su muerte fue un choque brutal para MA. Pierde el placer de vivir, sus dolencias de salud lo dominan y menudean los ataques. En las cartas a sus amigos, quéjase siempre de soledad; "Si la soledad me abate no es por la soledad en sí misma, es por la falta de mi vieja y querida mujer".

1905

Aparece en Buenos Aires una traducción —anónima— de *Esaú y Jacob*. En sesión solemne de la Academia Brasileña de Letras recibe un ramo del roble de Tasso enviado por Joaquim Nabuco desde Londres, con una carta en que dice: "Debemos tratarlo con el cariño y la veneración con que en Oriente tratan las caravanas a la palmera a veces solitaria del oasis".

B: Disputas con el Perú por el Territorio del Acre. Comienzo de la construcción del puerto; apertura de la Avenida Central en Río de Janeiro. Levantamiento de la Escuela Militar. Rebelión popular "rompe-faroles" en Río de Janeiro contra la vacunación obligatoria. Extinción de la fiebre amarilla por Osvaldo Cruz. Primera sala de cine en Río de Janeiro: *París en Río*.

Nepomuceno: poema sinfónico *O Garatujá*.

AL: Asamblea de Puerto Rico vota por la "estadidad". Revuelta del general Toledo en Guatemala con tropas venidas desde El Salvador. Presidencia de R. Reyes en Colombia. Bolivia: tratado de paz con Perú y tratado con Chile cediendo provincias marítimas a cambio de ferrocarril Arica-La Paz. José Pardo presidente de Perú. Resolución del Tribunal de La Haya sobre reclamaciones europeas contra Venezuela. M. Quintana presidente de Argentina. Revolución de Aparicio Saravia en Uruguay; muerte de Saravia; tratado de paz y amnistía. Delegados de Nicaragua y Honduras se reúnen en Guatemala y designan al rey de España árbitro sobre el pleito limítrofe.

F. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub terra*. Blest Gana: *Los transplantados*. Vargas Vila: *Los divinos y los humanos*. A. Santa María expone en Bogotá: polémica sobre impresionismo (Sanín Cano-Grillo). Nace P. Neruda.

B: Tratados con Argentina y Venezuela de demarcación de límites. Comienza la construcción de la usina hidroeléctrica de Riberao das Lajes. Creación del cuarto Banco del Brasil. Designación del primer cardenal brasileño y sudamericano. Con

Jap.: Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y Vladivostock. *China*: Sun Yat-sen funda el Kuo Min-Tang. *Fr.*: Ruptura con el Papado. *Hol.*: Congreso socialista en Amsterdam. *Afr.*: Sublevación de los bóers en Transvaal.

Pirandello: *El difunto Matias Pascal*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (-12). London: *El lobo de mar*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Picasso se instala en el Bateau-Lavoir. Fundación de *L'Humanité*.

Jap.: Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsushima. *Rus.*: Constitución de la Central Obrera Socialista. "Domingo rojo" en San Petersburgo. *Fr.*: Ley de 9 horas. *EE.UU.*: Segunda presidencia de Th. Roosevelt.

Redacta su segundo testamento, dejando sus bienes a una sobrina de Carolina. Comienza a estudiar griego.

1906

Publica los cuentos titulados *Relíquias de Casa Velha* (Relíquias de la casa vieja) junto con variados textos, entre ellos sus piezas teatrales *Não consultes médico* y *Lição de Botânica*: "Llama a mi vida una casa, da el nombre de reliquias a los inéditos e impresos que aquí van, ideas, historias, críticas, diálogos, y verás explicado el libro y el título". El volumen se abre con un soneto "A Carolina": "*Querida, ao pé do leito derradeiro / em que descansas dessa longa vida / aqui venho e virei, pobre querida / trazer-te o coração do companheiro*".

la introducción de la iluminación pública eléctrica comienzan a desaparecer los faroles a gas. Paulo de Fontin: grandes obras de urbanización y modernización en Río de Janeiro.

Cruz e Sousa: *Ultimos sonetos*. João Ribeiro: *Páginas de estética*. Sílvio Romero: *El alemanismo en el sur del Brasil*. Muere Pedro Américo.

AL: Aduana dominicana en manos de EE. UU. Reelección de Estrada Cabrera en Guatemala (candidato único). Estrada Palma reelecto en Cuba. Construcción del Canal de Panamá. Acuerdo venezolano de pagos con Gran Bretaña y Alemania; reclamaciones francesa y norteamericana; Castro reelecto presidente. R. Reyes dictador en Colombia. Atentado anarquista contra el presidente argentino Quintana. Creación de Liceos departamentales en Uruguay. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera. Prisión de Recabarren.

Othón: *Idilio salvaje*. Nervo: *Jardines interiores*. R. de las Carreras: *Salmo a la Venus Cavalieri*. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. A. J. Echeverría: *Concherrías*. Riva-Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente*. L. Lugones: *La guerra gaucha y Los crepúsculos del jardín*. S. Argüello: *El grito de las islas*.

B: Alfonso Augusto Pena, presidente; su lema es "poblar y sanear". Convenio de Taubaté: alianza de cafetaleros de Minas y São Paulo para sustentar el precio del café en el mercado mundial. Tercera Conferencia Panamericana en Río de Janeiro. Intervención federal en Goiás, Mato Grosso y Sergipe. En el campo de Bagatelle, París, Santos Dumond vuela en un aparato más pesado que el aire:

Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. F. Hodge: *Manual de los indios americanos del norte de México*. Freud: *Teorías de la sexualidad*.

Unamuno: *Vida de don Quijote y Sancho*. Rilke: *Libro de horas*. Falla: *La vida breve*. Los fauves en Francia; Die Brücke en Alemania. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé. Rilke, secretario de Rodin, en París.

Papado: Encíclica *Vehementer Nos*; condena por Pío X de Murri y Tyrell. Fr.: Rehabilitación de Dreyfus. Rus.: Huelgas en Moscú; reunión y disolución de la Duma. EE. UU.: Terremoto en San Francisco, CA.

Premio Nobel de la Paz a Th. Roosevelt. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Eijkman: sobre las vitaminas. Mon-

1907

En el banquete que la Academia Brasileña de Letras ofrece al historiador Guglielmo Ferrero, corresponde a MA pronunciar el discurso de salutación.

el "14 bis". Primer campeonato de fútbol.

Coelho Neto: *Torbellinos*. Construcción del Palacio Monroe y teatro Municipal de acuerdo a modelos de eclecticismo europeo.

AL: Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Roosevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de marines y control americano sobre la isla con Ch. Magoon gobernador. *Modus vivendi* entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo. Personería jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depone a L. García; Constitución liberal ecuatoriana. Figueroa Alcorta presidente de Argentina; ley de amnistía; se agudizan problemas de vivienda. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo. Terremoto en Valparaíso; P. Montt presidente de Chile. Cuarta reelección de Zelaya. El rey de España dicta su laudo sobre Honduras y Nicaragua.

Blanco Fombona: *Camino de imperfección* (-13). Vargas Vila: *Laureles rojos*. Chocano: *Alma América*. E. Payró: *El casamiento de Laucha*. Fray Mocho: *Cuentos*. Revista *Cosmos* en Nicaragua.

B: Política proteccionista para favorecer la industrialización. Plan de desarrollo ferroviario: en 1888 Brasil contaba con 9.320,9 km. en el período 1908-14 llegará a los 26.062,3 km. de vías férreas. Rui Barbosa defiende el derecho a la igualdad soberana de las naciones como delegado del Brasil en la Conferencia de Paz en La Haya. Inicia obras telegráficas la Comisión Rondón, ligando Río de

tessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplón. Reacción de Wasserman.

Westermarck: *Origen y evolución de las ideas morales*. Hobhouse: *Moral en evolución*. U. Sinclair: *La jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Pascoli: *Odas e himnos* (-13). Keyserling: *Sistema del mundo*. Bierce: *Diccionario del diablo*. Musil: *Las tribulaciones del estudiante Törless*. Alain: *Divagaciones*.

Papado: Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Hol.: Segunda Conferencia de La Haya. Ingl.: Acuerdo anglo-ruso sobre Asia; la triple *Entente*. Suecia: Gustavo V, rey.

Willstatter: estudios sobre clorofila. Lumière: fotografía en colores. General Baden-Powell funda los *boys-scouts*. E. Cohl inventa el dibujo animado.

Janeiro con Mato Grosso, Acre y Amazonas; publica obras de investigación geológica y etnológica. El general Cándido Rondón consigue apoyo del gobierno en su proyecto de recuperación de los serotones. Von Ihering, director del Museo Paulista, recomienda el exterminio de indios; indignación entre los intelectuales positivistas y científicos.

Oliveira Lima: *Pan-americanismo*. Euclides da Cunha: *Contrastes y confrontaciones*. S. Romero: *El Brasil social*. Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial*.

AL: Conferencia Centroamericana en Washington; tratado de paz y amistad; Corte de Justicia; Instituto Pedagógico, Oficina Internacional. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía política y suspensión de ley marcial. Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Tratado de amistad entre Perú y Chile, el primero desde la Guerra del Pacífico. Jornada de 8 horas para menores y mujeres en Argentina; datos oficiales: 231 huelgas en el año. Abolición de la pena de muerte en Uruguay. Guerra entre Nicaragua y Honduras. El ejército nicaragüense entra hasta la capital hondureña. Batalla de Namagüe.

F. García Calderón: *Le Pérou contemporain*. R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*. M. Ugarte: *Vendimias juveniles*. D. Agustini: *El libro blanco*. B. Lillo: *Sub sole*. M. Azuela: *María Luisa*. Revista *Nosotros* en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos*. Lima: revista *Contemporánea*. Revistas *Alma joven*, *Germinal* y *Albores* en Managua. Nace Manolo Cuadra.

Bergson: *La evolución creadora*. W. G. Summer: *Folkways*. W. H. R. Rivers: *The Todas*. Gorki: *La madre*. W. James: *Pragmatismo*. George: *El séptimo anillo*. Yeats: *Deirdre*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matynski: presentación de Ni-jinski, Karsavina, Pavlova y Drebrajenskaya en *Don Giovanni*.

1908

Publica *Memorial de Aires*, novela bajo la forma de diario de los años 1888 y 1889, a la que ya aludiera en la presentación de *Esau e Jacó*. En el Teatro de la Exposición Nacional se representa su comedia *Não consultes médico*.

Toma licencia, desde junio, de su empleo ministerial, para atender su salud. En agosto concurre por última vez a la Academia. A partir de esa fecha permanece en su casa, en un cuarto de la planta baja, donde recibe las constantes visitas de sus amigos. Se conserva lúcido hasta el último momento.

Muere el 29 de septiembre, en su antigua casa de la calle Cosme Velho: "Olimpio da Silva Pereira, oficial del registro civil y escribano vitalicio de la 6.^a sección del Distrito Federal, en 29 de septiembre de 1908, certifico que del libro de Registro de Muertos, bajo el número 52, consta a fojas 63 el registro de la muerte de Joaquim Maria Machado de Assis: edad 69 años, viudo, natural de esta capital, funcionario público, color blanco, fallecido de arterioesclerosis a las 3 y 20 horas de la mañana del día 29 de septiembre de 1908, en la residencia del propio finado, calle Cosme Velho, n.º 18. Dejó testamento". Homenajes gubernativos. El entierro es realizado por el gobierno. Después de embalsamado y de haberle tomado la máscara de yeso Rodolfo Bernardelli, el cuerpo es velado primero en su casa y después en el edificio del Silogeu. Conforme a sus deseos es enterrado junto a Carolina en el Cementerio de San Juan Bautista. En esa ceremonia habla como representante de la Academia, Rui Barbosa.

B: La escuadra norteamericana realiza maniobras en la bahía de Guanabar. Exposición internacional conmemorativa del cuarto centenario de la apertura de los puertos. Fundación de la Asociación Brasileña de Prensa. Comienzo de la inmigración japonesa. El conde Lasdain realiza la primera excursión en automóvil entre Río de Janeiro y São Paulo, cumpliendo el recorrido de 400 km. en veintiséis días.

Vicente de Carvalho: *Poemas y canciones*. João do Rio: *El momento literario*. Hermes Fontes: *Apoteosis*.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. Leguía presidente constitucional del Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Castro anula concesiones americanas; conflicto con Holanda y bloqueo holandés; Gómez se proclama presidente de Venezuela. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera; Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Escuadra de guerra norteamericana frente a Nicaragua. Emigración salvadoreña, guatemalteca y hondureña a Nicaragua.

González Prada: *Horas de lucha*. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*. A. de Estrada: *El huerto armonioso*. G. de Laferrère: *Las de Barranco*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Orrego Luco: *Casa grande*. Revistas *Esfinge* y *La Patria de Darío*. L. Argüello: *Claros de alma*. Primeros films argentinos.

Bélg.: Anexión del Congo. Grec.: Creta se une a Grecia. Aust.: Anexión de la Bosnia-Herzegovina. Port.: Asesinato de Carlos y coronación de Manuel. Ingl.: Jornada de 8 horas en las minas.

Blériot atraviesa la Mancha en avión. W. MacDougall: *Introducción a la psicología social*.

Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. Pound: *A lume spento*. Romain: *La vida unánime*. Khlebnikov: *Poesías*. Larbaud: *Las poesías de A. O. Barnabooth* (-23). Fundación del periódico *Acción Francesa* en París (Maurras, L. Daudet, Bainville, Bourget). El cine descubre California: nacimiento de Hollywood.



BIBLIOGRAFIA



1. FUENTES

- CARPEAUX, OTO MARÍA: *Pequena Bibliografia Crítica da Literatura Brasileira*. 3.^a ed. rev. y aum., Rio de Janeiro, Letras e Artes, 1964.
- Exposição Machado de Assis (1839-1939)*. Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Saúde, 1939.
- MASSA, JEAN-MICHEL: *Bibliographie Descriptive, Analytique et Critique de Machado de Assis (1957-1958)*. Rio de Janeiro, São Paulo (1965).
- MOTA, ARTUR: "Machado de Assis". *Revista da Academia Brasileira de Letras*. Rio de Janeiro, 147: 320-352, mar. 1934.
- SOUSA, J. GALANTE DE: *Bibliografia de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1955.
- : *Fontes para o Estudo de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1958.

2. OBRAS DE MACHADO DE ASSIS

- Queda que as mulheres têm para os tolos* (traducción). Rio de Janeiro, Tip. Paula Brito, 1861.
- Desencantos* (fantasía dramática). Rio de Janeiro, Paula Brito, 1861.
- Teatro*. Rio de Janeiro, Tip. del Diário do Rio de Janeiro, 1863.
- Crisálidas* (poesías). Rio de Janeiro, Garnier, 1864.
- Quase Ministro* (comedia). Rio de Janeiro, Tip. da Escola (1864?).
- Os deuses de casaca* (comedia). Rio de Janeiro, Instituto Artístico, 1866.

- Contos Fluminenses*. Rio de Janeiro, Garnier, 1869.
- Falenas*. Rio de Janeiro, Garnier, 1869.
- Ressurreição* (novela). Rio de Janeiro, Garnier, 1872.
- Histórias da meia-noite*. Rio de Janeiro, Garnier, 1873.
- A mão e a luva*. Rio de Janeiro, Gomes de Oliveira, 1874.
- Americanas*. Rio de Janeiro, Garnier, 1875.
- Helena*. Rio de Janeiro, Garnier, 1876.
- Iaiá Garcia*. Rio de Janeiro, G. Viana & Cía., 1878.
- Memórias póstumas de Brás Cubas*. Rio de Janeiro, Tip. Nacional, 1881.
- Tu só, tu, puro amor...* (comedia). Rio de Janeiro, Lombaerts & Cía., 1881.
- Papéis avulsos*. Rio de Janeiro, Lombaerts, & Cía., 1882.
- Histórias sem data*. Rio de Janeiro, Garnier, 1884.
- Quincas Borba*. Rio de Janeiro, Garnier, 1891.
- Várias Histórias*. Rio de Janeiro, Laemmert, 1896.
- Dom Casmurro*. Rio de Janeiro, Garnier, 1899.
- Páginas Recolhidas*. Rio de Janeiro, Garnier, 1899.
- Poesias Completas*. Rio de Janeiro, Garnier, 1901.
- Esau e Jacó*. Rio de Janeiro, Garnier, 1904.
- Relíquias de Casa Velha*. Rio de Janeiro, Garnier, 1906.
- Memorial de Aires*. Rio de Janeiro, Garnier, 1908.
- Crítica*. (Org. por Mario de Alencar). Rio de Janeiro, Garnier, 1910.
- Outras Relíquias*. (Selección de Mario de Alencar). Rio de Janeiro, Garnier, 1910.
- Teatro*. (Org. por Mario de Alencar). Rio de Janeiro, Garnier, 1910.
- A Semana*. (Org. por Mario de Alencar). Rio de Janeiro, Garnier, 1914.
- Cartas de Machado de Assis e Euclides da Cunha*. (Coleccionadas por Renato Travassos). Rio de Janeiro, Waissman, Reis & Cía., 1931.
- Correspondência de Machado de Assis*. (Reunida y anotada por Fernando Néri). Rio de Janeiro, Américo Bedeschi, 1932.
- Novas Relíquias*. (Org. por Fernando Néri). Rio de Janeiro, Ed. Guanabara, 1932.
- Obras Completas* (además de los volúmenes publicados por MA, contiene: "Crônicas", "A Semana", "Contos Fluminenses", "Crítica Literária", "Crítica Teatral", "Histórias Românticas", "Relíquias de Casa Velha", 2.º v., "Correspondência"). Rio de Janeiro, W. M. Jackson, 1937.
- Páginas Esquecidas*. (Org. por Elói Pontes). Rio de Janeiro, Casa Mandarino, 1939.
- Adelaide Ristori* (folletines). Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1955.
- Idéias e Imagens de Machado de Assis*. (Organizado y prologado por R. Magalhães Júnior). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Contos Esquecidos*. (Org. y prol. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Contos Avulsos*. (Org. y prol. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Contos Recolhidos*. (Org. y prol. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.

- Contos Esparsos*. (Org. y prolog. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Contos Sem Data*. (Org. y prolog. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Diálogos e Reflexões de um Relojoeiro*. (Org. y prolog. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1956.
- Prosa e Poesia*. (Prol. y notas de J. Galante de Sousa). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1957.
- Contos e Crônicas*. (Org. y prolog. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1958.
- Crônicas de Lélío*. (Org. y prolog. por R. Magalhães Jr.). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1958.
- Obra Completa*. (Org. por Afrânio Coutinho). Rio de Janeiro, Aguilar, 1959. 3 v.
- Dispensos*. (Introducción de Jean-Michel Massa). Rio de Janeiro, MEC/Instituto Nacional do Livro, 1956.
- : *Ediciones Críticas de Obras de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1975, 15 v.

3. ESTUDIOS SOBRE MACHADO DE ASSIS

- ALENCAR, MARIO DE: *Alguns Escritos*. Rio de Janeiro, Garnier, 1910.
- ANDRADE, MARIO DE: *Aspectos da Literatura Brasileira*. Rio de Janeiro, Americ-Edit., 1943.
- ARANHA GRAÇA: *Machado de Assis e Joaquim Nabuco*. Comentarios y notas a la correspondencia entre estos dos escritores. Rio de Janeiro, Monteiro Lobato & Cía., 1923.
- ATAÍDE, TRISTAO DE (seudónimo de Alceu Amoroso Lima): *A evolução do Conto no Brasil*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1958.
- : "Machado de Assis, o crítico". En: Assis, Machado de: *Obra Completa*. Rio de Janeiro, Aguilar, 1959, v. 3.
- : *Três ensaios sobre Machado de Assis*. Rio de Janeiro, P. Bluhm, 1941.
- BARREIRO, ARTUR: "Biografía de Machado de Assis". En: *Galeria Contemporânea do Brasil*. Rio de Janeiro, Lombaerts & Cía., 1884.
- BARRETO FILHO: *Introdução a Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Agir, 1947.
- : Machado de Assis. En: Coutinho, Afrânio, ed. *A Literatura no Brasil*. Rio de Janeiro, Ed. Sul Americana, 1955, v. 2.
- : Machado de Assis. En: Holanda, Aurélio Buarque de, ed. *O Romance Brasileiro*. Rio de Janeiro, O Cruzeiro, 1952.
- BOSI, ALFREDO: *História concisa da Literatura Brasileira*. São Paulo, Cultrix, 1970.

- BELO, JOSÉ MARÍA: *Retrato de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, A Noite, 1952.
- BROCA, BRITO: *Machado de Assis e a Política e Outros Estudos*. Rio de Janeiro, Simões, 1957.
- CARDOSO, WILTON: *Tempo e Memória em Machado de Assis*. Belo Horizonte (Establecimientos Gráficos Santa María), 1958.
- CARVALHO, RONALD DE: *Pequena História da Literatura Brasileira*. Rio de Janeiro, Briguiet, 1919.
- CASASSANTA, MARIO: *Machado de Assis e o Tédio à Controvérsia*. Belo Horizonte, Os Amigos do Livro, 1934.
- CASTELO, JOSÉ ADELARDO: *Aspectos do Romance Brasileiro*. Rio de Janeiro, Ministério de Educação e Cultura (sf.).
- : "Ideário Crítico de Machado de Assis". *Revista de História*. São Paulo, jul./sept. 1952.
- : *Realidade e Ilusão em Machado de Assis*. São Paulo, Cia. E. Nacional, 1969.
- CÂNDIDO, ANTÔNIO: "Esquema de Machado de Assis". En: *Vários Escritos* (São Paulo), Duas Cidades, 1970.
- CORÇÃO, GUSTAVO: "Machado de Assis cronista". En: Assis, Machado de: *Obras Completas*. Rio de Janeiro, Aguilar, 1959, v. 3.
- COUTINHO, AFRÂNIO: *A Filosofia de Machado de Assis e Outros Ensaios*. Rio de Janeiro, Livr. São José, 1959.
- : "Machado de Assis na Literatura Brasileira". En: Assis, Machado de: *Obras Completas*. Rio de Janeiro, Aguilar, 1959, v. 1.
- : *Exposição Machado de Assis* (Introducción de Augusto Meyer). Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Saúde, 1939.
- FAORO, RAIMUNDO: *Machado de Assis: A Pirâmide e o Trapézio*. sp. Cia. E. Nacional (1974) (Brasiliana, 356).
- FEDERAÇÃO, DAS ACADEMIAS DE LETRAS DO BRASIL: *Machado de Assis* (Conferencias). Rio de Janeiro, Briguiet, 1939.
- : *Machado de Assis* (Estudios y Ensayos). Rio de Janeiro, Briguiet, 1940.
- FREITAS, BEZERRA DE: *Forma e Expressão no romance Brasileiro*. Rio de Janeiro, Pongetti, 1947.
- GARBUGLIO, JOSÉ CARLOS: Presentación. En: Assis, Machado de: *O Alienista*, São Paulo, Atica, 1971.
- GOMES, EUGÊNIO: *Espelho contra Espelho*. São Paulo Ipê, 1949.
- : *Prata de Casa*. Rio de Janeiro, A. Noite, 1953.
- : *Aspectos do romance Brasileiro*. Salvador, Universidad de Bahía, 1958.
- : *Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Livr. São José, 1958.
- GRIEGO, AGRIPINO: *Machado de Assis*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1959.
- HOLANDA, AURÉLIO BUARQUE DE: "Linguagem e estilo de Machado de Assis". *Revista do Brasil* (3.ª serie). Rio de Janeiro, jul./ago. 1939.
- HOLANDA, SÉRGIO BUARQUE DE: *Cobra de vidro*. São Paulo, Martins, 1944.
- : *Jornal de Letras*. Rio de Janeiro, set. 1958. (Número consagrado a Machado de Assis).

- JUCÁ FILHO, CÂNDIDO: *O pensamento e a expressão de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, L. Fernandes, 1939.
- LEÃO, MÚCIO: "O romance de Machado de Assis". En: *Curso de Romances*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1952.
- : "O contista Machado de Assis". En: *Curso de Conto*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1958.
- LÍMA, HERMAN: *Variações sobre o Conto*. Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Cultura, 1952.
- LIMA, LUÍS COSTA: "O palimpsesto de Itaguaí". *José*. 3: 27-32, sept. 1976.
- LIMA SOBRINHO, BARBOSA: "A timidez de Machado de Assis". *Jornal do Brasil*. Rio de Janeiro, nov. 1929.
- : *Machado de Assis na palavra de Peregrino Jr.*, Cândido Moto Filho. Eugênio Gomes, Aluísio de Carvalho Filho. Salvador, Livr. Progresso, 1959.
- MAGALDI, SÁBATO: *Panorama do Teatro Brasileiro*. São Paulo. Difusão Européia do Livro, 1962.
- MAGALHÃES JÚNIOR, R.: *Machado de Assis desconhecido*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1955.
- : *Ao Redor de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1958.
- : *Machado de Assis, Funcionário Público*. Rio de Janeiro, Ministério da Viação e Obras Públicas, 1958.
- MAIA, ALCIDES: *Machado de Assis. Algumas notas sobre o humor*. Rio de Janeiro, Jacinto Silva, 1912.
- MARQUES, XAVIER: *Ensaaios*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1944.
- MASSA, JEAN-MICHEL: *A juventude de Machado de Assis (1839-1870)*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/Conselho Nacional de Cultura, 1971.
- MATOS, MARIO: *Machado de Assis, o Homem e a Obra. Os personagens explicam o Autor*. Sp. Cia. E. Nacional, 1939.
- : "O teatrólogo". En: Assis, Machado de: *Obra Completa*. Rio de Janeiro, Aguilar, 1959, v. 2.
- MENUCCI, SUD: *Machado de Assis*. Sp. 1943.
- MEYER, AUGUSTO: *Machado de Assis, 1935-1958*. Rio de Janeiro, Livr. São José, 1958.
- : *A sombra da estante*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1947.
- MIGUEL-PEREIRA, LÚCIA: *Machado de Assis. Estudo Crítico e Biográfico*. São Paulo, Cia. E. Nacional, 1936.
- : *Prosa de Ficção, de 1870 a 1920*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1950.
- MONTELO, JOSUÉ: *História da Vida Literária*. Rio de Janeiro, Nosso Livro, 1944.
- : *O Presidente Machado de Assis*. São Paulo, Martins, 1961.
- MONTENEGRO, OLÍVIO: *O Romance Brasileiro*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1938.
- MOOG, VIANA: *Heróis da Decadência*. Rio de Janeiro, E. Guanabara, 1934.
- PAES, JOSÉ PAULO: "Um aprendiz de morto". *Vozes*, 7: 13-28, sept. 1976.

- PATI, FRANCISCO: *Dicionário de Machado de Assis. História e Biografia das Personagens*. São Paulo, Rede Latina, 1958.
- PEREGRINO JÚNIOR: *Doença e Constituição de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1938.
- PEREIRA, ASTROJILDO: *Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Livr. São José, 1959.
- PEREIRA, LAFAIETE RODRIGUES (com o pseudônimo de Labieno): *Vindictiae*. Rio de Janeiro, Cruz Coutinho, 1899.
- PEREZ, RENARD: "Esboço biográfico de Machado de Assis". En: Assis, Machado de: *Obras Completas*. Rio de Janeiro, Aguilar, 1959, v. 1.
- PONTES, ELÓI: *A vida contraditória de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1939.
- PUJOL, ALFREDO: *Machado de Assis*. São Paulo, Tip. Brasil, 1917.
- Revista do Brasil*: Centenário de Machado de Assis. Rio de Janeiro, jun. 1939.
- Revista do Livro*. Edición Conmemorativa del Cincuentenario de la muerte de Machado de Assis. Rio de Janeiro, sept. 1958.
- Revista da Sociedade dos amigos de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, sept. 1958/sept. 1961 (7 números).
- RIEDEL, DIRCE CORTES: *O Tempo no Romance Machadiano*. Rio de Janeiro, Livr. São José, 1959.
- ROMERO, SÍLVIO: *Machado de Assis. Estudo Comparativo de Literatura Brasileira*. Rio de Janeiro, Laemmert, 1897.
- SCHWARZ, ROBERT: *Ao Vencedor as Batatas; forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro* (São Paulo), Duas Cidades, 1977.
- SIMÕES, JOÃO GASPAR: *Caderno de um Romancista*. Lisboa, Francisco Franco, 1942.
- : *Liberdade do Espírito*. Porto, Portugal, 1948.
- : *Literatura, Literatura, Literatura*. Lisboa, Portugal, 1964.
- SOARES, TEIXEIRA: *Machado de Assis. Ensaio de interpretação*. Rio de Janeiro, Guido & Cia., 1936.
- TATI, MIÉCIO: *O mundo de Machado de Assis. O Rio de Janeiro na Obra de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Secretaria da Educação e Cultura, 1961.
- TEIXEIRA, MARÍA DE LOURDES: *Esfinges de Papel*. (São Paulo), Edart, 1966.
- VERÍSSIMO, JOSÉ: *Estudos Brasileiros II*. Rio de Janeiro, Laemmert, 1894.
- : *Letras e Literatos*. Rio de Janeiro, José Olímpio, 1936.
- : *História da Literatura Brasileira*. Rio de Janeiro, Francisco Alves, 1916.
- VÍTOR, NESTOR: *A Crítica de Ontem*. Rio de Janeiro, Leite Ribeiro & Maurílio, 1919.
- XAVIER, LINDOLFO: *Machado de Assis no Tempo e no Espaço*. Rio de Janeiro, Coeditora Brasília Cooperativa, 1940.

INDICE

PRÓLOGO, por *Roberto Schwarz* IX

QUINCAS BORBA 1

CRONOLOGÍA 209

BIBLIOGRAFÍA 317

